

Una
buhardilla
en
París
CATHERINE ROBERTS

Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2017

© 2017 Catherine Roberts

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[10 años antes...](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Agradecimientos](#)

Nota de la autora

Lo que estás a punto de leer nunca ocurrió en realidad, pero muy bien podría haber sucedido.

Esta novela es un homenaje a Renoir, al arte impresionista y al París del siglo XIX, por el que saltarás de cita en cita.

Algunas anécdotas sobre la vida de Pierre Auguste Renoir son reales, especialmente la de su cuadro desaparecido: «La Esmeralda». Los personajes reales que aparecen están cronológicamente bien situados y podrían haberse cruzado con nuestros protagonistas («nuestros», porque los protagonistas van a ser tan tuyos como míos).

Prólogo

Florenca, Italia, 1874

Si tienes un sueño, haz que ocurra, no esperes que nadie venga a ofrecértelo en bandeja; sal de casa, indaga, busca posibles mentores. Sí, lo sé, en muchos casos perseguir tus ambiciones significa correr riesgos e incluso renunciar a cierto bienestar, a horas de sueño y hasta a la salud en tantos casos. Yo tuve que renunciar a mucho más que eso: tomar el timón de mi propio barco me hizo encallar entre las rocas varias veces antes de alcanzar un plácido puerto, pero no cambio por nada ese viaje. Ni por un momento. Mi aventura no hubiera sucedido de haber aceptado mi cómodo destino. Hoy, puedo decir, sonriendo, que mi vida no ha sido gris, el mosaico que la conforma está lleno de color, compuesto por las experiencias vividas, el perfecto rincón del mundo donde habité y, sobre todo, por toda la gente maravillosa que conocí. Y, ahora, no solo no entiendo mi vida sin ellos, sino que no puedo estar más orgullosa de mí.

Estoy exactamente donde quiero estar, donde elegí estar, haciendo lo que quiero hacer, aunque a un precio en su día inaudito, feroz, que en cierto momento sentí desgarrador. Solo deseo que las mujeres del futuro no tengan que renunciar a tanto como yo por el simple hecho de luchar por sus ilusiones y vocaciones.

Y para ello trabajamos las mujeres de esta institución; fuertes, unidas, valientes.

Nunca te dejes amedrentar.

Firmado:

Amy O'Connell

10 años antes...

Capítulo 1

La noche de la fiesta.

Campiña de Londres, comienzos de primavera, 1864.

Hampton's Manor se alborozaba ante el elegante gentío que llenaba sus salas de brindis, seducciones y cotilleo; miradas suspicaces entre bellas damas casadas y criados jovencitos vestidos con su primera librea; palmadas en los traseros de las camareras por parte de señores mayores que humedecían sus bigotes en whisky especialmente traído de Glenavon; vestidos rosa pastel, bandejas de caviar con salmón y copas del mejor champán francés sostenidas por manos enguantadas; cocineras y camareras ajetreadas... Y Amy, llorando, refugiada en su habitación. La fiesta de abajo era por ella: la fiesta previa al día de su boda. Pero la joven e inocente dama, no podía más que llorar a escondidas; desesperada, desconsolada, formando húmedos cercos sobre sus sábanas de seda verde. Se sentía idiota envuelta en su horrible vestido prenupcial, con su hermoso pelo castaño caoba cayendo desde un recogido imposible.

Se había obligado a sí misma a fingir amar a Johan —el prometido que sus padres le habían escogido— para contentar a su familia y a la sociedad. Deseaba cumplir con lo que se esperaba de ella... hasta el día en que las modistas vinieron a la mansión a acordar el diseño que tendría el traje de novia. Aquel día, le propusieron un discreto vestido de cuello alto en tonos grises; casto, como a su padre le gustaba. Richard Hampton era un hombre tradicional y algo hosco que nunca sonreía; daba la sensación de que le costara mover la boca debido al peso de su gran bigote. Por otra parte, estaba Lady Rose Hampton, su madrastra, mujer que vivía para su círculo social casi exclusivamente. Las apariencias le importaban tanto que deseaba presumir al máximo de su hijastra y cambió los patrones del vestido de novia hasta dar con un romántico diseño de escote barco en tonos cremosos, al estilo de la moda francesa. Era la única madre que Amy había conocido, ya que la suya murió en el parto y su padre volvió a casarse rápidamente. Ambas se trataban como madre e hija, al menos en apariencia, pero nunca nació entre ellas un excesivo cariño.

Tras acordar el diseño, Lady Rose puso a Amy a régimen de inmediato, llamándola rolliza varias veces delante de las patronistas que le tomaban medidas. Amy estaba acostumbrada a sufrir ese tipo de humillaciones por su ligero sobrepeso y solía evadirse, sumiéndose en sus pensamientos. Se imaginaba a sí misma recorriendo la alfombra que habría dispuesta el día de la boda en el jardín principal de la casa, entre fuentes y árboles, camino hacia un altar de flores blancas. Pero... algo fallaba, un pequeño detalle: no era Johan quien la esperaba junto al altar de sus sueños. Su corazón sufrió un pequeño encogimiento al comprobarlo. El respingo hizo que la aguja de una de las costureras se clavara en su muslo suave y blanco, y que lo corrompiera con una roja gota de sangre.

¿Quién esperaba en el altar?: Era una imagen borrosa; alguien alto y apuesto, de rostro difuminado, indefinido, en el que brillaba una franca sonrisa. Desde luego, no era su prometido, el pelirrojo adusto con el que sus padres la obligaron a contraer compromiso durante su baile de debutantes a la edad de dieciséis años, dos años atrás. A sus fríos preceptores les había parecido el más adecuado de entre todos los pretendientes, pues, al no ser el más extrovertido, no se convertiría fácilmente en alguien indiscreto, y, aunque tenía su buena fortuna, no era el más rico; esto garantizaba que Amy no se enfrentara a un posible rechazo de su familia. Johan tampoco había resultado ser el pretendiente más inteligente, a menudo solía molestarse cuando Amy expresaba sus ideas y opiniones en público, sobre todo cuando resultaban más interesantes y elocuentes que las de él. No parecía dispuesto a tolerarlo y ya comenzaba a ponerla en su sitio, recortándole las alas sin demasiada delicadeza. Y, para rizar el rizo, Johan tampoco era el más atractivo. Su madrastra imaginó que así no sería el más ligero de cascos cuando fuera marido, pero se equivocó: todos sabían que Johan frecuentaba los burdeles de Londres. Las afiladas lenguas de varias damas bien se habían encargado de que el rumor llegara a oídos de Amy durante las meriendas sociales, regocijándose con el momento de ver la cara de la muchacha al escucharlas. La sociedad no consideraba demasiado grave este comportamiento, su propio padre también lo hacía. Estaba mucho peor visto, por ejemplo, que una dama expresara sus deseos de estudiar. Maldita la ocasión en la que a Amy se le ocurrió pronunciar su sueño en voz alta: asistir a la universidad. Fue durante un tranquilo té de la tarde. Las miradas de sorpresa y desaprobación de sus padres no la sorprendieron, pero nunca olvidaría la agresividad del rostro de Johan y su tajante negativa.

—Mi esposa nunca será una de esas mujeres que suelen contradecir y molestar a los hombres con sus ideas, y las mujeres ilustradas son las peores en ese sentido.

Lady Rose, azorada, salió en defensa de su futuro yerno:

—¡Estudiar! ¿Qué necesidad hay? ¡Nunca he oído idea más ridícula! Esta niña no dice más que disparates. Johan te dará una cómoda vida —apuntó, con evidente vergüenza.

Más tarde, Amy comentó este incidente con su amigo Kieran, el atractivo ayudante irlandés del maestro pastelero, que se había convertido en algo parecido a un confidente para ella. No se le olvidaban sus palabras:

—Es una lástima que mucha gente valiente y visionaria, como vos, se vea acallada por sus propios familiares y conocidos. Como a ellos les aterra ser diferentes, creen que vos seréis infeliz si lo intentáis y que os repudiará la sociedad. Sé de lo que hablo, yo abandoné mi pueblo e Irlanda para perseguir mi sueño de ser un gran chef en contra de la opinión de mi padre, que quería que heredara su modesta ganadería. Yo estoy ya en mi propio camino, pero las damas lo tenéis más difícil, estáis condenadas a no tener más meta que formar una familia.

¡Y Amy se había perdido por él el resto de su temporada por Johan! Al «elegir» prometido tan apresuradamente, ya no acudió al resto de bailes de la misma forma que las solteras alocadas y coquetas que eran sus conocidas. Se comportaba adecuadamente en las fiestas, no cruzaba miradas con caballeros, no bailaba con nadie demasiado apuesto para no provocar comentarios, no coqueteaba. En conclusión: no se divertía. En aquel entonces pensó que ese comportamiento la convertiría en una dama de nombre intachable y en una hija y futura esposa responsable. Ahora se arrepentía soberanamente. La elección de Johan como esposo provino de un cúmulo de cobardes decisiones. Tenía que haber tomado parte en la selección... pero eso no era tan sencillo. Hubiera sido luchar contra la marea, su madrastra tenía la primera y última palabra. No quería disgustar y contradecir a sus mayores para... nada. Debió conformarse finalmente con un hombre treintañero anodino, aburrido, invisible, que poca emoción y pasión iba aportar a su vida. De todas formas, era tarde para cambiar de parecer, la joven casadera ya tenía dieciocho años. La familia corría el riesgo de que Amy se quedase solterona si emprendía a esas alturas la búsqueda de un nuevo prometido. La bella y madura Lady Rose temía tener una hijastra soltera muy por encima de una hija infeliz; así era, tristemente. La joven entendía que estos prejuicios no

eran exactamente culpa de su madrastra, sino de las imposiciones y miedos que creaba la sociedad de su tiempo. Casi todas las damas de clase alta actuaban igual por miedo al rechazo social; el instinto maternal parecía ser cosa de pobres.

A menudo echaba de menos a su nana y a sus institutrices, las únicas mujeres de las que había recibido verdadero amor y protección, ya despedidas hacía años. Ella tenía claro que no haría lo mismo con sus hijos: se encargaría personalmente de su crianza aunque eso fuese considerado propio de clase baja. Probablemente, Johan podría llegar a ser un padre de familia callado y mujeriego, quizá cumplidor. Poco más.

No podía evitarlo, Amy se moría de pena y llanto al ver cómo su familia justificaba un defecto de Johan tras otro, con tal de que se casara lo antes posible. Cuanto antes lo hiciera, antes podrían dejar de mantenerla. Aquel era el sino de muchos hermanos pequeños: la fortuna y la gloria eran para el primogénito; a los demás les aguardaban matrimonios rápidos, precoces en muchos casos. Menos bocas que mantener y más tiempo para la vida social era el deseo de muchos nuevos ricos. El primogénito, en el caso de los Hampton, era Hans, el adorado hermano mayor de Amy.

La única ilusión de la desdichada joven era pensar en el viaje de novios proyectado: acudiría a las celebraciones por el décimo aniversario de boda del emperador Francisco José de Austria y la famosa emperatriz Isabel (conocida como Sissi), en Viena. Aunque la noche de bodas le aterraba: ella era virgen y Johan ni siquiera la respetaba desde que estaban prometidos, seguía acudiendo a los burdeles. No sabía si podría soportarlo...

Esa visión la acabó de trastornar.

Necesitaba estar sola. ¡Y beber algo! No le gustaba demasiado el alcohol, pero siempre había oído decir que era el remedio más potente para calmar los nervios. Al día siguiente se celebraría la boda. Iba a empezar una vida aburrida junto a un hombre que le repelía. Era el momento ideal para emborracharse por primera vez.

La urgencia se apoderó de su cuerpo y de sus nervios. Recompuso, con prisas, los mechones sueltos de color avellana que escapaban del peinado. Alisó con las manos su vestido rosa y lo miró con desdén. Parecía una niña cursi, pensó. Todas las invitadas vestían el mismo color ese día pues así lo indicaba la tarjeta de invitación que habían recibido con motivo de la fiesta en su honor. Las fiestas que daban las grandes casas solían tener alguna temática central: ninfas y faunos, carnaval veneciano o la recurrente

vestimenta de corte Imperio que tan de moda había puesto en Francia la atrevida española Teresa Cabarrús y que, por supuesto, imitaban en Inglaterra. Pero, en cambio, su fiesta era simplemente «rosa»; idea nacida de la mojigatería de las que solían hacer gala su madrastra y sus tías.

Cuando bajara las escaleras se iba a encontrar un mar de «flores» rosas, mareadas ya por el champán, bailando entre un jardín de emperifollados capullos.

Se adcentó los ojos, se miró por última vez al espejo, respiró hondo y abrió la puerta con decisión. Descendió rápido las escaleras, evitando saludar tanto como le fue posible, y dirigió sus pasos desdichados directamente hacia las cocinas. Necesitaba una copa. O dos. Solo cuando cerró de nuevo la puerta tras ella volvió a respirar, dejándose caer contra la madera. Al girarse, se encontró con la mirada estupefacta de Kieran. Lo miró con ojos de súplica. Lo consideraba algo parecido a un amigo, pero, si era sincera con ella misma, debía reconocer que le atrajo desde el primer día que lo vio merodear por la mansión. Tan serio, y tan atractivo... Amy era tan adicta a sus pastelitos de crema y chocolate como a sus ojos color miel, aunque le daba vergüenza reconocerlo. El joven se sorprendió al ver a su señorita allí, en aquel estado, hermosa y jadeante, con sus tirabuzones caoba cayendo sobre su generoso escote, que subía y bajaba agitado, y sus ojos verdes brillantes a causa de las lágrimas. Uno de los grandes atractivos de Amy era el no ser consciente de su belleza; era apasionada, natural, vivaz, curiosa y a veces algo coqueta, pero no presumida. Lástima que mañana se marchara de la casa y no la volviera a ver a diario, pensó Kieran, alegrando la mansión con su sonrisa y amabilidad. Muchas veces la había deseado en secreto. Bocado prohibido, como los pastelitos que hacía para los señores. Que fuese la hija de sus patrones era puro morbo para él. Pero sentía pena por ella, pues se casaba con un hombre que todos sabían que no la apreciaba como muchos pensaban que se merecía, y, probablemente, no la trataría tampoco como la gran señorita que era.

—¿Os encontráis bien, *milady*? —se interesó Kieran, conteniéndose para abrazarla como hubiera deseado, con la manga pastelera todavía en la mano.

—¿Tienes algo fuerte? —le preguntó ella, con fuego en los ojos.

El rubor en las mejillas de él aumentó de intensidad.

—¿A qué os referís?

—A licor. Tenéis que tener algo aquí, en la pastelería, algo dulce y que embriague.

«¿Además de vos?», pensó Kieran. Y algo similar pasó con la mente de

Amy, sorprendiéndose a sí misma por pensar aquello. Enrojeció. Aquella noche estaba desconocida. Lo atribuyó todo a su estado de desesperación. En realidad, no lo conocía bien, él apenas llevaba unos meses trabajando en Hampton's Manor, pero tenía algo que conseguía que abriera su corazón en su presencia. Solo sabía que había llegado desde un pequeño pueblo de la costa este de Irlanda y que su padre era un ganadero más o menos próspero que lo había repudiado, rompiéndole el corazón a su tradicional y sumisa madre, una mujer francesa. Puede que hubiera heredado de ella sus maravillosas manos para la cocina. Le llamaba la atención su porte y su rostro serio, impropio de un muchacho de veinte años, también su pelo castaño claro alborotado, sus grandes ojos color miel y su tendencia a sonrojarse con facilidad. Todo ello bien llevado por un cuerpo alto de ancha espalda, plano vientre y firmes hombros.

Amy se halló meditando todo eso en silencio. ¡¿En qué estaba pensando?! ¡Siempre le habían dicho que era impropio fijarse así en un empleado! No supo decir cuánto tiempo habían estado mirándose mutuamente, parados, en silencio. Probablemente fue tan solo un instante, pero les pareció una apabullante eternidad.

Kieran reaccionó primero.

—¡Oh!... Lo siento. ¡Veré qué puedo encontrar!

—Date prisa, Kieran. Tu maestro puede volver en cualquier momento.

—No lo creo. Ha salido a recibir las felicitaciones de las damas y probablemente estará un buen rato proporcionando recetas, como le gusta hacer. Así que aquí estáis a salvo, *milady*. Veamos que hay por aquí —dijo, subiéndose a un taburete y rebuscando en un altillo—. Licor de castañas...

Ella lo miró con un dulce gesto de asco.

—Sí, está bastante agrio. Y algo de whisky supongo que será demasiado para una dama.

Amy expresó su acuerdo esbozando una sonrisa de medio lado.

—¡Licor de moras silvestres! Es lo más dulce de esta humilde despensa... a parte de vos —añadió.

—¡Vamos, Kieran! Lo has dicho por ser cortés, pero tus palabras amables no reflejan tus pensamientos. ¡Y no necesito eso ahora! —dijo, mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas ante el desconcierto del joven. Sus palabras la habían herido y él no alcanzaba a comprender por qué—. Lo siento, no he sido justa. Siempre viene bien escuchar un cumplido. ¡Es solo que tengo tantas ganas de que sea sincero! ¡No soporto un minuto más este

mundo de galanterías y falsas apariencias! A veces siento que no estoy hecha para él, aunque haya nacido aquí.

—Pero... mi cumplido era sincero, señorita Amy.

Kieran se armó de valor para dejar la manga a un lado y coger las manos de ella en gesto de ánimo.

—Vos sois el ser más dulce de esta mansión. Y, seguramente, de toda Inglaterra. Al menos de la parte que yo he conocido, que es solo esta mansión —bromeó, arrancándole a Amy una sonrisa—. Sea como sea, no merecéis llorar.

—Bebamos entonces, Kieran. Pues lúcida no puedo hacer otra cosa. Acompañame, por favor. Sírvete también de ese licor de moras silvestres.

Kieran sirvió el licor violáceo en un par de vasos de toско cristal, nada finos ni elegantes. A Amy le parecieron de lo más interesantes, estaba harta de finuras. El sabor dulzón e intenso del licor casero le encantó. Ambos bebieron y hablaron sin moderación ni en una cosa ni en la otra. Kieran nunca había visto a su señorita así de desesperada, siempre era tan sumisa y correcta en lo referente a su destino que esa noche estaba irreconocible. No quería casarse, era como si prefiriera que antes la llevaran al matadero. Trató de evitar el tema de la boda, causa de su angustia y su llanto previos, intentó hacerla reír y comenzó a hablar de banalidades. Su risa femenina y su inocente sentido del humor le cautivaron. Sentados frente a frente en la mesa, ambos con las cabezas ladeadas y los ojos brillantes, estaban sintiendo cosas que no se podían permitir. Los ojos de Kieran comenzaron a desobedecer y se escapaban hacia el escote de Amy de tanto en tanto, comenzó a notar una tensión bajo el pantalón que no podría aguantar por mucho tiempo. Y lo que era peor: ¡estaba descuidando su trabajo! Fuera, la fiesta continuaba.

—*Milady*, me vais a tener que disculpar pero si entra el maestro estaré automáticamente despedido.

—¡Claro que no! De eso me encargo yo. ¡Bebe! —dijo, llenándole otra vez el vaso.

—Y los señores han de estar buscándola, podrían venir en cualquier momento y encontrarla en este estado.

—¿Qué estado? —preguntó retóricamente, hablando ya con algo de dificultad—. No te preocupes. Mi madrastra no viene a las cocinas, en todo caso manda a algún sirviente. Además, está con los invitados, que le importan mucho más que yo. ¿Crees que se ha interesado por mí en toda la noche? ¿Crees que se ha interesado por mí en dieciocho años? —Tragó de golpe el

licor y rio con una fuerte carcajada que él temió que fuera oída en las estancias vecinas—. Vamos a brindar.

Kieran accedió, algo preocupado ya, llenando una vez más ambos vasos. Veía su puesto peligrar seriamente y nada le aterraba más que perder su puesto. Su gran sueño era ir a trabajar a París, pero con el mísero sueldo que recibía aún tardaría años en ahorrar para el pasaje y los primeros días de estancia. Si lo despedían, tendría que invertir lo ahorrado hasta el momento en buscar un nuevo trabajo en Inglaterra y volver a empezar de cero.

Amy alzó su vaso.

—Por que todos los empleados sean tan buenos como tú —deseó. Kieran dudó antes de alzar su vaso—. Y tan apuestos —añadió Amy.

—Creo que ya es hora de dejar el licor —dijo él, levantándose y recogiendo los vasos.

—¡Espera, espera, Kieran! ¡Un brindis más! Venga, no seas aguafiestas.

También se puso en pie y cayó sobre él al intentar recuperar su vaso de entre sus manos. Kieran la sujetó por la cintura y tembló al sentirla sobre su cuerpo. Se volvió a hacer el silencio entre ellos y se miraron a los ojos.

—Mañana me iré, me iré a una casa que detesto, y quién sabe si no podré brindar contigo nunca más.

—Espero que eso no pase.

—¿No quieres que me vaya? —preguntó ella, malinterpretando sus últimas palabras.

Sus cuerpos estaban tan pegados que sentían ambos la respiración del otro. Kieran miró sus labios, tan enrojecidos e inflamados por el licor, tan jugosos, tan cerca. Deseó lamerlos. Una onda eléctrica recorrió su espalda.

—No quería decir eso, sino que nunca más volvamos a estar juntos... para brindar. Deseo que eso no pase. Sois la única alegría de esta casa.

—No tiene por qué pasar...

Y tras estas palabras Amy hizo por primera vez en su vida algo solo porque le apetecía; no por contentar a los suyos, ni por convención social, solo porque era su deseo: acercó despacio su boca perfecta, carnosa, a los labios generosos de él. Kieran se estremeció, sin poder creer su suerte. ¡Quién le hubiera dicho cuando salió de Irlanda que acabaría besando a una hermosa heredera de forma tan clandestina!

La envolvió con la fuerza de sus brazos, intentando transmitir toda la pasión y protección que fue capaz a esa pequeña dama. Ella disfrutó el beso, largo, húmedo, inacabable, como si nunca antes hubiera sido besada. Y es

que nunca antes había sido besada con aquella honda pasión, aquella fuerza juvenil. Nada que ver con los fríos, mecánicos, secos besos de su prometido, que la asqueaban. Ahora estaba sabiendo lo que era besar. Sus dulces lenguas, empapadas aún en licor de moras, buscaban e inundaban sus respectivas bocas. Sus ansiosas manos buscaban la espalda, el cabello, el límite de la cintura del otro, sin ir nunca demasiado lejos. Ella se sentía llena, invadida, ausente del mundo exterior y con sensaciones extrañas entre sus piernas. Sensaciones que Johan nunca le había provocado. Y es que ahora veía lo diferente que podía ser besar por conformidad de besar por pasión.

Pero tuvo que parar, invadida por el miedo. Lo miró fugazmente y se sentó. Casi no podía respirar. La mano de él, extremadamente suave, acarició su mejilla y no pudo más que cerrar los ojos y gemir. Sentía una sensación de muerte en vida incapaz de controlar y que no quería que acabara.

—¿Qué vamos a hacer?

Él la miró de manera triste.

—Nada. Yo seguiré deseándola. Vos mañana os casaréis y os iréis.

—Entonces vamos a aprovechar esta noche.

Amy no sabía muy bien qué estaba haciendo ni cómo se atrevía, pero le cogió la mano y corrió, tironeando de Kieran. Abrió la puerta de la despensa y lo hizo pasar. Conocía un pasadizo secreto desde allí, la casa estaba llena de ellos. Apartó un par de sacos de harina ante la mirada confusa del joven pastelero, sacando fuerzas desconocidas, y descubrió una pequeña portezuela que se abrió al accionar una manivela cercana. Entraron, agachados, caminando entre la oscuridad. Ella guiaba al desconcertado y emocionado Kieran. Finalmente, llegaron a algún lugar en penumbra, donde un halo de luz eléctrica (uno de los lujos de la casa) se colaba por una fina rejilla. Las voces de los invitados y la música llegaban fuertes y cercanas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kieran.

—Bajo la escalera principal de la casa. Los invitados están al otro lado de la pared.

Ella no quiso hablar más. Le ayudó a tumbarse con urgente deseo sobre un suelo frío y desconocido, lleno de polvo y quién sabe de qué más. Se arremangó el vestido y se sacó los zapatos y las medias. Él parecía indeciso ante la situación. No podía creer que su fina señorita, su «*milady*», quisiera llegar tan lejos, pero no iba a desaprovechar la ocasión de calmar su deseo. Finalmente, se desabrochó el pantalón y lo dejó ceder, sin deshacerse de él. Amy se recostó sobre él. Una vez más sus labios se encontraron, sus cuerpos

se hallaron, centímetro a centímetro, exhalando el aire cuando hicieron coincidir externamente sus partes más íntimas. Tan solo un roce, pero las sensaciones eran totalmente nuevas e increíbles. Johan nunca se había excedido en sus jugueteos hasta ese punto... Amy había tenido que hacer grandes esfuerzos por calmarlo, por retrasar el momento, por permanecer virgen al menos hasta el matrimonio, donde ya no le quedaría más remedio que ceder. ¡Pero nada tenía que ver con aquello! Jamás había sentido tanta excitación. Su piel estaba erizada y enrojecida por entero, temía que su corazón en cualquier momento se le saliera del pecho y notaba entre sus piernas una humedad desbordante al roce con la rígida dureza de Kieran, que la acariciaba apasionadamente, hundiendo sus manos enloquecidas en su melena al besarla. Amy nunca hubiera imaginado tanta pasión; Kieran soñaba exactamente con aquello muchas noches. Embriagados por los impulsos eléctricos que mutuamente se provocaban, envueltos en el placer, apenas pudieron soportar el íntimo roce. Se movieron el uno sobre el otro, rozándose sin llegar a internarse. Sintieron el ardor que ese movimiento provocaba, sin pensar en lo que estaban haciendo, dejándose llevar, casi asustados. Kieran besó sus pechos y una cascada de goce los alcanzó al tiempo. Ahogaron un gemido cuando sus cuerpos se descargaron, el uno sobre el otro.

Permanecieron abrazados, aterrados, dichosos, durante un tiempo indefinido, con ambos corazones latiendo a acelerado compás.

Kieran, sin embargo, parecía confuso y algo preocupado.

—Lo... Lo siento —dijo al fin, al ser consciente de los problemas en los que se podía meter.

Amy tardó unos instantes en darse cuenta de a qué se refería. Nunca había escuchado nada tan tierno.

Lo besó dulcemente en la frente.

—Kieran, tienes la capacidad de provocar en mí algo muy especial.

El chico respiró, tranquilo y orgulloso, inflado de orgullo masculino. La abrazó con mayor fuerza, en agradecimiento.

—Vámonos —dijo ella, rompiendo el negro silencio del cuartucho. Fuera el baile continuaba, ajeno a ellos.

—Sí, debemos volver. Habrán notado nuestras ausencias ya.

—No, no quiero decir ahí fuera. Quiero decir que nos vayamos. ¡Vámonos! Tú y yo. ¡Vámonos de aquí! A algún lugar donde nadie nos conozca, donde nadie sepa de mi posición. A un lugar donde mañana no tenga que casarme.

—Pe-pero... no podemos hacer eso, *milady* —susurró estupefacto.

—No debemos, ¡pero sí podemos!

—Pero mi trabajo, vuestra boda, vuestra familia...

—Precisamente quiero escapar de mi boda y de mi familia. Y, probablemente, cuando salgamos de aquí puede que tu trabajo y mi reputación estén acabados. Huye conmigo, Kieran —dijo sentándose junto a él y cogiendo su mano—. Con tus manos maravillosas y mi recomendación seguro que encuentras un buen trabajo en cualquier otra ciudad. Como... ¡París! Sé que quieres ir allí para seguir tu formación como pastelero y yo quiero conocer la que llaman la ciudad del amor y la libertad. La ciudad de las novelas de Víctor Hugo. Yo cogeré los ahorros que pueda. No nos faltará de nada. ¡Vámonos al continente! ¡Acompáñame a ver Europa! Mañana será demasiado tarde.

Tras unos minutos de incredulidad, Kieran comprendió que Amy hablaba completamente en serio. ¿Se sentía capaz de acompañarla? ¿Prefería aferrarse a la seguridad de su monótono trabajo o intentar una aventura con la bella heredera? Por otra parte, su sueño siempre había sido ser maestro pastelero en París. Londres no era más que un alto en el camino; un sitio donde aprender y ahorrar. Pero ese tiempo de aprendizaje podría ser muy largo... De repente, lo vio claro: aquella era la mejor oportunidad posible para llegar a París de inmediato, sin esperar años. No se le presentaría otra igual. Acompañando a una gran dama, encontraría las puertas mucho más abiertas que si iba solo más tarde y, además, ella le financiaba el viaje. Se decidió, mucho más seducido por conseguir su propia ambición que por la idea romántica de escapar con su señorita. También le rondó la mente el deseo aún menos romántico de terminar lo que esa noche había empezado, ganando la gloria de desflorar a una gran dama, ya que no habían llegado a tanto. Le dio a Amy un intenso beso de aceptación. Debía armarse de valor.

Los dos corrieron por el pasadizo con la emoción a flor de piel. La incertidumbre de si su plan saldría bien, los devoraba.

Capítulo 2

La huida.

—Muy bien, ¿cómo lo haremos?

—Subiremos a uno de los carruajes que hay preparados en la entrada principal para llevar a los invitados que no duermen en la mansión de vuelta a sus casas, tras la fiesta. Debo parecer una invitada que se marcha y tú mi lacayo. Por eso no me quitaré el vestido rosa, pero me cubriré con una capa para salir sin ser reconocida. Debo ir a mis habitaciones antes, he de coger mis joyas, podríamos necesitarlas. Y uno de mis libros —añadió, melancólica.

—También, al despacho de vuestro padre, allí guarda el dinero y la chequera —añadió Kieran, con algo de malicia y evidente interés.

Amy dudó, no le gustaba la idea de robar a su padre. Aunque no echaría en falta su dinero... Quizá no echara en falta ni a su hija, pensó.

—Puede que en el despacho haya hombres reunidos, fumando habanos y bebiendo whisky. Ahí es donde se reúnen para ello —se excusó.

—Pensadlo de otra manera: no estáis llevándoos su dinero, sino el vuestro —manipuló—. A cambio de los bienes y presentes que los invitados os han regalado a vos por vuestra boda y que dejaréis atrás. Todo eso es vuestro.

Si el plan salía bien, no solo llegaría a París, sino que viviría como un gran señor, rumió Kieran. Amy era muy fácil de manejar a su antojo.

—Me las arreglaré. Prometo tardar veinte minutos, máximo, no quiero arriesgarme. Coge lo que quieras llevarte y nos vemos fuera. Espérame junto al primer carruaje. Ahora sal tú primero y avísame cuando esté todo despejado.

Amy no se creía lo que estaba a punto de hacer, nunca se había imaginado a sí misma tan valiente.

Kieran abrió con cuidado la portezuela que daba al almacén de harinas. Al salir agachado tropezó con un saco.

—¿¿Quién anda ahí?! —clamó una voz de hombre desde afuera.

Era *monsieur* Brulée, el gordo y orgulloso maestro pastelero. Se asomó a la habitación y descubrió a Kieran. Amy permanecía escondida en el pasadizo.

—¿Kieran! ¿Dónde te habías metido? Llevo diez minutos buscándote como

Illoco —afirmó, con su pronunciado acento francés, chillando y alargando las letras de «loco»—. Las damas desean más pastas. ¡Tienes pastas a medio hacer! ¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Y por qué vas con la camisa por fuera, el pelo despeinado y lleno de harina?

—Pues... he entrado al almacén, porque faltaba...

—¿Y bien? ¿Qué faltaba Kieran? —preguntó, con ira contenida, retorciendo su largo bigote con un dedo.

—Faltaba harina, pero luego me he caído y me he manchado y supongo que...

—¿Qué supones? Y, ¿por qué no me respondías cuando te llamaba?

—Puede que me haya golpeado la cabeza y... quedado inconsciente.

—¡Inconsciente! ¡*Ou, mon dieu!* ¿Qué pretendes Kieran, que te despida? ¡Pues esta noche no puede ser! ¡Hay mucho trabajo! Así que vuelve a él inmediatamente. Espero que tu golpe en la cabeza no te impida hacer pastitas en forma de corazón —ironizó, *monsieur* Brulée, humillando al chico.

Los minutos se hicieron interminables para Amy Hampton, que esperaba dentro del pasadizo oscuro y mohoso a que se volviera a ausentar el maestro pastelero para salir. Tenía el corazón en un puño. Pasaban los minutos y no había señales de Kieran. Aprovechó para retocarse el pelo y recomponerse el vestido. Y al fin escuchó un par de voces femeninas, excesivamente alegres, que al parecer se habían colado en las cocinas reclamando a su maestro de la glotonería y los dulces. No se equivocó al pensar que las mujeres habrían vuelto a llevarse a *monsieur* Brulée pues, a los pocos segundos, escuchó como Kieran accionaba la palanca que abría la pequeña puerta.

—Vamos, no sé cuánto tiempo tenemos.

El tiempo fue menos de lo que los dos suponían, pues el maestro volvió a entrar a recoger su gorro olvidado y los halló a ambos, afortunadamente, ya en la pastelería, que tenía varias entradas, y no en el almacén.

Amy salió al paso.

—*Monsieur*, sé que le sorprende verme aquí, pero he venido a darles una buena noticia. No necesitamos que trabajen más por esta noche.

—¡Pero...! —comenzó a decir el maestro, pero Amy lo cogió del brazo y lo encaminó hacia una de las puertas, muy decidida.

—Contentaremos a las damas con más champán. Ya basta de dulces y bombones. ¡No querrá que mañana en mi boda todas mis invitadas comiencen a regurgitar sus excesos! Les doy permiso para acabar su jornada ahora mismo a los dos. ¡De inmediato! Sé que le reclaman en la sala para

compartir sus deseados secretos culinarios. Vaya, *monsieur* Brulée, vaya — dijo, casi empujando al hombretón, sin darle opción a rebatir nada. Se giró un momento hacia el aprendiz—. Usted, Kieran, ya se puede retirar a su cuarto a descansar. ¡*Monsieur* Brulée, nos vemos en la sala en un momento! Buenas noches, Kieran.

Cuando Amy salió de la cocina, respiró. Descansó contra la pared un momento y se encaminó al despacho de su padre. Otra prueba le esperaba. Había estado en lo cierto: allí había hombres de grandes y pobladas patillas, poco amantes del baile, reunidos, flotando en una nube de humo espeso y caro. Tenía que hacerlos salir.

Se aclaró la garganta un momento.

—Disculpen, caballeros. Sus esposas y prometidas reclaman su presencia, tan solo, dicen, para un único baile. Yo no he sido capaz de decepcionarlas no viniendo personalmente a pedirles tal favor. Seguro que ustedes tampoco serán capaces de decepcionar a la anfitriona no concediéndolo. ¡Vayan y díganles que realizarán con ellas al menos un baile! Comprobarán su agradecimiento.

Los hombres se miraron entre sí con caras de verdadero fastidio. A regañadientes, fueron apagando sus puros y dedicándole a Amy una falsa reverencia al salir.

Al fin se quedó sola en el despacho. Tenía poquísimo tiempo.

Aguantando la respiración, tratando de no inspirar el humo infecto que los hombres habían dejado flotando en el ambiente, buscó la llave de los cajones del gran escritorio de roble. La guardaban dentro de uno de los carísimos jarrones Ming que descansaban sobre el mármol de la chimenea encendida, pero no sabía en cuál. Fue probando: nada en el primero. Se le atascó un poco la mano al comprobar el segundo de ellos. Si se le caía uno de esos jarrones, estaba perdida. Pero finalmente en el tercero estaba la llave y logró retirarla sin incidentes. Dentro del segundo cajón del escritorio encontró un sobre con más dinero del que había imaginado encontrar allí. Debía estar preparado para cubrir algún gasto de la boda. Pero como no habría boda... Aun así, no se sintió capaz de llevarse todo. Dejó aproximadamente la mitad en el cajón y se guardó el sobre con el resto en el escote del corsé. Dejó la llave de nuevo en el jarrón y, cuando estaba a punto de salir, vio algo sobre el escritorio que podía serle más útil que el dinero: el sello oficial de la familia: un león coronado enfrentándose a un dragón. Lo agarró sin pensarlo dos veces y se dirigió a toda prisa hacia su habitación. Pero, al salir, se dio de bruces con su

padre. Escondió el sello tras de sí.

De rostro serio y adusto, porte regio y canas incipientes, Lord Richard Hampton era un hombre que dedicaba todo su tiempo y energía a prósperos negocios de importación de tabaco de las Américas, producto que Amy odiaba. Su hija y él eran prácticamente dos desconocidos que siempre se habían tratado poco más que de forma correcta, debido a la frialdad del magnate.

—¡Amy! ¿Dónde estabas? Los invitados te echan en falta y empiezan a cansarse, pronto se irán los primeros y tu madre está preocupada por tu larga ausencia del baile. Sabes que no es protocolario ni de buen gusto desatender a los convidados.

A Amy se le llenaron los ojos de lágrimas. Como sospechaba, su madrastra no estaba en absoluto preocupada por ella, pese a haberla visto abandonar el baile con ojos enrojecidos, sino por los asistentes. Y su padre tampoco es que estuviera preocupado por su hija, sino por su esposa, a cuyas rabietas tenía pavor. Nunca cejaría en su empeño de referirse a Lady Rose como «tu madre» cuando hablaba con Amy, algo a lo que ella nunca se acostumbró pese al tiempo y a tratar de poner de su parte al principio.

Amy se giró súbitamente y abrazó a su padre.

—Padre, ¿vos me estimáis?

—¿A qué viene eso ahora, Amy? —preguntó Lord Hampton casi espantado, retirándose y arqueando mucho las cejas. Si hubiese reaccionado cariñosamente por una vez en la vida, probablemente Amy habría detenido su loco plan. Pero no fue así.

Retiró sus brazos, decepcionada por la ausencia de respuesta. Solo quería correr a su dormitorio.

—Dile a Rose que necesito retocarme. Iré enseguida.

—¡No te demores!

—Adiós, papá... —susurró para sí. Se arrepintió de no haber cogido todo el dinero del sobre.

Amy confirmaba que era poco más que un estorbo en la ajetreada y fantástica vida social de sus padres. Aceptando un prometido tan pronto, les había dado una tremenda alegría, probablemente la única gran alegría que les había proporcionado en su vida. Para la gente de la alta sociedad como ellos, criar a una hija demasiado tiempo no entraba en sus prioridades. Más aún cuando ya tenían a un heredero varón, el hermano mayor de Amy: el apuesto, simpático e independiente Hans. Cuando aún vivía en la casa, él había sido el

único familiar preocupado por enseñar a Amy todo lo que sabía, jugar con ella, llevarla de excursión al campo... Pero, desde que se prometió con una señorita de buen nombre de la familia Ludlow y se fue a vivir a la ciudad en busca de su espacio, apenas lo veía. Y, no entendía por qué, su hermano cambiaba y se mostraba frío en presencia de su altanera y distante prometida. Aún no se había casado con ella, estaba postergando bastante la boda, pero Amy envidiaba la libertad de Hans, que ya se había emancipado por su cuenta en un coqueto y céntrico estudio de Londres.

Hans y su prometida, Bárbara, no estaban esa noche en la casa debido a la indisposición de ella. Esa ausencia le había dolido mucho a Amy. Llegarían mañana temprano, justo para la boda. Si al menos él hubiese estado allí, podría haberle pedido consejo. Pero no estaba; hacía dos años que no estaba en su vida y era consciente de la dolorosa certeza de que no iba a volver. Así que subió a su habitación y comenzó a recoger sus escasas pertenencias realmente queridas: la primera de ellas, imprescindible, era el diario donde anotaba sus pensamientos, poemas y pequeños relatos. Era un grueso libro de hojas en blanco, tapas rojas y doradas y un sólido cierre con candado. La mitad de aquellas hojas ya estaban garabateadas. También cogió su libro preferido, leído una y mil veces: *Nuestra señora de París*, de Víctor Hugo; una historia de amores y amistades imposibles que sucedía en la catedral parisina de Notre Dame y su entorno. Amy adoraba a Esmeralda y a su extraño amigo, el pobre jorobado Quasimodo. Le hubiera encantado tener un buen amigo como él. Lo hubiera querido y protegido muchísimo. De entre todas sus joyas, tan solo guardaba cariño a la menos valiosa: un camafeo de turmalina verde, heredado de su abuela. Después metió las cuatro mudas de ropa que cupieron en su elegante bolsa de mano de viaje. Antes de salir añadió también su estuche de polvos y su último perfume, elaborado en París. Eran fruslerías, pero le pareció que querría tener buena apariencia allí donde fuera y que esas banalidades podían serle útiles. Al fin y al cabo, eran productos caros si luego pretendía conseguirlos. Los nervios prácticamente la estaban ahogando, pero no podía parar. Sus manos actuaban solas, como si fueran sabedoras de aquello que más le convenía al resto del organismo al que pertenecían. Pensó un momento en llevar la muñeca de trapo que descansaba sobre la cama, una muñeca de cara blanca y fea que su padre le trajo de Austria en uno de sus viajes de negocios. Finalmente la dejó donde estaba; al fin y al cabo... en unas horas podría haberse convertido en una mujer casada. Se había acabado el tiempo de las muñecas.

Eso sí, lo que no pensaba dejar era su posesión más extraña: su estuche de terciopelo violeta donde guardaba una pequeña colección de plumas de aves. Plumas cogidas de suelos de parques, jaulas y jardines, y etiquetadas con su nombre científico, nombre vulgar, fecha, lugar de recogida y significado de cada pájaro para las culturas antiguas. Un estuche que escondía su bizarra afición por la ornitología. Le gustaba la naturaleza, en general, y la libertad de los pájaros en particular.

Eso era todo. Se cubrió con una capa oscura, discreta pero distinguida, de paño gris bordado en plata, con los remates de armiño. Corrió hacia la escalera de servicio. Tan solo se cruzó con una camarera que subía a las habitaciones: escondió la bolsa bajo la capa y se excusó diciendo que necesitaba un poco de aire. Olvidó que no necesitaba excusarse delante de una camarera.

Una vez fuera de la casa dio un rodeo, internándose en el bosquecillo. Se escuchaban las risas de alguna pareja coqueteando entre los arbustos. Se detuvo un segundo para admirar la casa en la que había nacido. Tres pisos de piedra rojiza centenaria y hermosos ventanales decorados con pináculos blancos, iluminados desde el interior con ese novedoso e increíble invento del que muy pocos podían disfrutar: luz eléctrica. Sabía que era una privilegiada, siempre había sido consciente. Sabía que formaba parte de un mundo de cuento de hadas. Lo que no sabía la gente humilde era la infelicidad en la que los protagonistas de este cuento solían vivir. El desencanto y la presión que supone vivir en un mundo tan solo formado de apariencias, en el que se olvidan los propios deseos para complacer siempre el «qué dirán», en el que te valoran por tus títulos y tus bienes y no por qué clase de persona eres. Amy sentía que necesitaba conocer otra clase de mundo para vivir de verdad.

Corrió hacia el primer carruaje. Algunos invitados ya salían de la casa también. Afortunadamente, vio a Kieran surgir de entre las sombras. La estaba esperando resguardado junto al muro de la casa, cubierto también con una gruesa capa de lana por la que escapaban sus rizos dorados y con la modesta maleta con la que llegó, cuatro meses atrás. Dudó si hacía bien arrastrándolo en su aventura.

Subió directamente a la cabina, para no ser reconocida por el cochero, abrió la cortinilla y llamó a Kieran con la mano.

—¡Ordena al cochero que nos acerque al puerto con rapidez y sube conmigo a la cabina! —le indicó, apretando su mano en actitud nerviosa y cariñosa—. ¡Kieran! No es nuestro cochero habitual, pero sí te reconoce

como empleado de la casa, di simplemente que te han ordenado acompañar a una dama que desea regresar a su casa cuanto antes. Nada más.

Kieran asintió, confiando en que su señorita conociera bien las reglas del juego. Amy sintió un golpe cuando él colocó su pequeña maleta en la parte trasera. En un momento lo tenía con ella en la oscura cabina. Lo abrazó, nerviosa. Solo cuando el coche dejó atrás el largo camino de cipreses y traspasó las puertas de la finca se miraron, ambos con el corazón en un puño y dudando seriamente de su decisión. Pero no se volvieron atrás. Celebraron su hazaña con un tenso beso en los labios.

Se acariciaron la espalda y los hombros, reconfortándose mutuamente durante el camino. Sus rostros reflejaban más preocupación que excitación. Ya cerca del puerto, Kieran se atrevió a romper el silencio.

—¿Y si no hay barcos a estas horas hacia París, *milady*?

—Para empezar, deja de llamarme *milady*. Soy Amy a partir de ahora: tu igual, no tu señorita, nunca más. —Kieran asintió sin demasiada seguridad. Le iba a costar tutearla y ella lo sabía—. Cogeremos cualquier barco que vaya a un puerto francés. Desde allí, buscaremos la forma de llegar a... ¡París! Aún no me lo creo. He oído que allí hay más libertad que aquí en las normas sociales y que las clases medias se mezclan con la nobleza.

A Kieran se le agrandaron las pupilas.

—¡París! Mi sueño puede empezar a hacerse realidad. Además, aunque nací en Irlanda y mi padre es irlandés de pura cepa, mi madre era del sur de Francia —exclamó, con visible ilusión—. Ella me hablaba frecuentemente en francés. No lo hablo perfectamente, pero podré desenvolverme. Es uno de los pocos sitios del mundo donde puedo hacerlo.

—¡Estupendo! Yo lo he estudiado toda mi vida.

—¡Francia! —continuó Kieran, soñador—. La cuna de los grandes chefs...

—Del arte y ¡de la libertad!

—Del amor...

A Amy le pareció que era muy pronto para hablar de amor. Esa palabra le producía gran respeto y desencanto al mismo tiempo. Lo que sentía era una intensa atracción por él, y aunque guardaba el deseo secreto de que se convirtiera en algo más, todo aquello no era amor de momento, era muy consciente de ello. Era una loca aventura. Lo único que sentía con certeza eran unas ganas de volar enormes, como un pájaro.

—La enemistad que une ambos países hará impensable que mi familia sospeche que hemos huido allí —dijo, cambiando de tema—. Los conozco y

sé que pensarán como ellos lo harían, no como nosotros. Es más fácil que imaginen que huimos a Ámsterdam, a Alemania o incluso a Irlanda cuando se den cuenta de que he huido contigo; quizá piensen que vuelves a casa.

Ante estas últimas palabras, a Kieran le cambió la cara: quizá los padres de Amy mandaran a alguien en su búsqueda, no lo había pensado con detenimiento. Si su aventura se frustraba, iban a acabar ambos muy mal parados. Comenzaron los primeros sudores fríos.

—Una vez lleguemos a puerto francés... ¿cómo llegaremos hasta París? Hay muy pocas estaciones de tren; cacharro del diablo en el que nunca he viajado, por otra parte. Y, una vez en París, ¿dónde viviremos?

La incertidumbre de Kieran era evidente, pero Amy no tenía ningún miedo a improvisar.

—«Los hombres planean y Dios se ríe», dijo una vez un invitado judío de mi padre, Kieran. No hagamos planes, el destino proveerá. Fluyamos con él.

—Dios proveerá, supongo —se consoló Kieran, cambiando «destino» por «Dios», en el cual creía más. Pero esa idea de «fluir» no lo dejaba nada tranquilo.

—¡Claro que sí! Cuando eres libre, cualquier cosa es posible. ¡El mundo es de los valientes! —añadió Amy con un respingo y un aspaviento.

Abrazó, emocionada, a Kieran. Mientras tanto él se debatía entre las esperanzas de que ese viaje lo dejase un paso más cerca de su sueño y un último dicho popular más: «De valientes está lleno el cementerio». Miró al techo de la cabina y resopló, haciendo volar los mechones rubios que se posaban en su frente.

Cuando el coche llegó al puerto de Londres, lo encontraron oscuro y desangelado. El olor a pescado podrido y las aguas sucias y estancadas del Támesis les dio de lleno en la nariz, como un mazazo. El viento frío no presagiaba nada bueno. No era una noche tranquila y segura exactamente.

Kieran se excusó con el cochero por no regresar con él a la casa, alegando que era su deber seguir acompañando a la dama y que ella misma dispondría un medio de vuelta para él. Cuando el coche desapareció, la pareja corrió hacia los muelles, evitando pasar cerca de las prostitutas que se arremolinaban por las cercanías. El olor de las nocturnas aguas estancadas se hizo patente con mayor intensidad, como si los avisara de que aquel no era su sitio. Los finos zapatos de ella y las botas de él pisaban los hediondos charcos formados sobre el cemento Portland, salpicando sus ropas de forma

indecorosa. Aun así, corrían casi felices. No sabían si realmente tendrían la posibilidad de elegir destino francés. Quizá tan solo debían apresurarse a subir al primer barco disponible. A aquellas horas, en la casa ya habrían notado su ausencia. Fue Amy quien tomó la iniciativa de preguntar a los porteadores que cargaban las mercancías de los tres barcos más cercanos, vigilada de cerca por Kieran, que mantenía la distancia como un guardaespaldas. El primer barco transportaba ganado y se dirigía al norte, a las tierras escocesas; otro cruzaba el Cantábrico llevando peregrinos a Santiago de Compostela, y el último...

—¡Hay un pesquero a punto de partir hacia un puerto francés: Calais! No tiene camarotes, claro, pero, previo pago, están dispuestos a llevarnos. Creo que me han confundido con una prostituta —rio Amy, divertida por la situación.

—Siento que haya ocurrido esa inconveniencia, *milady*. Debe de ser por la hora o la parca compañía.

—No tiene importancia, ha sido emocionante. Pero, ¡nada de «*milady*»! ¿Recuerdas?

—De acuerdo, lo intentaré. ¿Pero estáis dispuesta a viajar sin camarote? ¿Sentada en un trozo de madera húmeda y rodeada de marineros? El viaje a Calais puede ser de un día y medio.

—¡Aún no sabes de lo que soy capaz! Me subestimas. Estás equivocado si piensas que por eso voy a volverme atrás ahora que hemos llegado tan lejos. Además, te tengo a ti para protegerme —dijo cogiéndolo de las solapas de la camisola y atrayéndolo hacia sí. Su impulso no fue correspondido por él. Lo atribuyó a la tensión y no dijo nada. Parecía claro que lo ocurrido en el almacén había sido solo un arrebató... pero prefería no pensar en ello. Se habían metido juntos en aquello y se iban a necesitar en la aventura temeraria que acababan de comenzar. Sintió un nudo en el estómago y una arcada que no venía solo de la emoción... sino de su primer titubeo.

Pagaron al barbudo capitán la cantidad acordada, un timo sin lugar a dudas, pero no importaba, y subieron con cuidado la tambaleante pasarela. El barco no era demasiado grande y no olía mejor que el puerto. Se acomodaron bajo un pequeño techado en el cual había unos bancos de madera blanducha y porosa. Se tumbaron sobre ellos, sin hacer caso al ruido de marineros y aparejos preparándose para zarpar a su alrededor. Colocaron sus bolsas debajo de sus cabezas y se abrazaron como dos ladrones fugitivos, como si en cualquier momento pudiera aparecer algún enviado de Hampton's Manor y

detener el barco antes de zarpar. Pero no fue así. El barco comenzó a moverse con lentitud, como un gigante despertando de un letargo y dejándose arrastrar por las aguas oscuras del Támesis.

La capa de armiño no protegía del todo del frío helador, pero era mejor que la de Kieran, así que ambos se taparon con la capa de Amy. Los dos cayeron en un incómodo sopor mientras dejaban atrás las brumas de Londres.

Capítulo 3

Mientras tanto, en Hampton's Manor.

Las paredes de Hampton's Manor temblaban con los gritos de Lord Richard y se estremecían con los sollozos de Lady Rose Hampton. Todos los invitados se habían marchado ya, disgustados y contrariados por no haber podido despedirse de la homenajeadá, que no aparecía por ninguna parte. Lady Rose había inventado una supuesta indisposición grave de Amy y, completamente abochornada, se había excusado de esa manera con todos los invitados. No pensaba perdonar en la vida ese desplante de su hijastra. Andaría escondida en alguna parte, tratando de eludir sus responsabilidades y compromisos. Iba a matarla por la vergüenza que había tenido que pasar.

El servicio formaba en fila, tiesos, con el rostro compungido, bajo la mirada escrutadora de Lord Hampton.

Monsieur Brulée ya había dado su testimonio de haberla visto por última vez en la cocina, hablando con Kieran, y había advertido que éste también faltaba. Ahora mismo se encontraba buscándolo en su aposento.

Los empleados temblaban, alineados, mientras Lord Richard se paseaba ante ellos con las manos en la espalda. Sus caras eran de desconcierto absoluto y de preocupación por Amy, en su mayoría. Pero la criada que unía nerviosamente sus manos al final de la fila parecía ocultar algún sentimiento más, dedujo Lord Hampton. Al ver cómo el señor se le acercaba, aferró con tensión su delantal y bajó la mirada. El señor se plantó frente a ella, la miró sin emitir palabra, y esta comenzó a jadear hasta que las lágrimas comenzaron a fluir de sus ojos cansados.

—Bien, señorita Milles, o escupe lo que se está guardando o yo mismo me encargaré de que lo que escupa sea sangre —espetó Lord Richard.

La criada sollozó de terror, incapaz de comenzar a articular palabra.

—¡Hable!

—Yo... vi a la señorita descender la escalera de servicio, señor. Estaba nerviosa. Se cubría con una capa de viaje... y parecía portar algún tipo de bulto bajo ella.

—¿Capa de viaje? ¡Mary! —ordenó, dirigiéndose a una criada mayor, de toda confianza—. Suba de inmediato y compruebe si falta algo en las

habitaciones de mi hija.

Luego volvió a girarse hacia la señorita Milles.

—Señorita Milles, está despedida.

La señorita Milles salió de escena llorando a lágrima viva, derecha a su cuartucho. En aquel momento sonó la campana de la entrada. El mayordomo pidió permiso para ir a abrir. Y cuando todos esperaban que Amy hiciera una entrada llena de arrepentimiento y culpa, quienes aparecieron por la puerta, en cambio, fueron Hans, el hermano de Amy, y su prometida, Bárbara. Él estaba de lo más apuesto con sus pantalones claros ceñidos y sus altas botas. Sus ondas castañas flotaban sobre la chaqueta roja. Ella llevaba un elegantísimo e incómodo traje azul cielo, el mismo color que sus ojos helados de toda expresión. Su pelo rubio le daba la falsa apariencia de un ángel. Habían llegado a la casa con fingida sonrisa, tras su largo viaje, pero ésta se difuminó pronto al observar la situación.

—¡Padre! ¡Madre! ¿Qué ocurre aquí? —preguntó Hans, más acostumbrado a llamar «madre» a Lady Rose.

—Bienvenido, hijo. Me temo que llegas en el peor de los momentos. Tenemos indicios de que tu descerebrada hermana se ha escapado durante la fiesta previa a su boda.

—Disculpe, señor —interrumpió Mary, la vieja criada de confianza, que volvía de las habitaciones de Amy—. Más que indicios, ya diría yo «pruebas». Amy se ha llevado su capa y su bolsa de viaje, además de algunos trajes y joyas.

En aquel momento también volvió *monsieur* Brulée de registrar el cuarto de Kieran. Volvía con más demora por encontrarse éste más alejado del edificio principal, anexo a la granja.

—¡Kieran también se ha marchado! Ha recogido todas sus pertenencias, no queda nada.

Lady Rose, suspiró gravemente y fingió en fuerte desmayo. ¡Su hijastra se había marchado con un simple criado! ¿Podía ocurrirle peor desgracia en esta vida? ¿Qué iba a decirse de ellos en los mentideros de Londres? Se preguntaba, deseando que la tragase la tierra.

Hans fue el más rápido y corrió a atrapar a su madrastra entre los brazos antes de que cayera al suelo (aunque ella lo tenía todo calculado para no caer con ningún golpe).

—¡Maldita niña malcriada! —gritó su padre—. ¡Desagradecida! Juro que la voy a encontrar aunque se esconda en el último rincón de Inglaterra, ¡en el

último rincón de Europa! Y cuando lo haga la desheredaré, pero no antes de verla pasar sus últimos años de juventud en un convento. ¡Lo juro!

Estas últimas palabras, declaradas ante la presencia de tantos testigos, apaciguaron a Rose, horrorizaron a Hans y pusieron una sonrisa difícil de disimular en los labios de Bárbara.

Capítulo 4

Hacia un nuevo mundo.

Cuando Amy despertó, estiró el cuello y los brazos, quejándose por el dolor que le había dejado la incómoda postura. Estaba congelada y algo desorientada, un fuerte olor a pescado golpeó su nariz y recordó dónde estaba. Ya se encontraban abandonando el río e internándose en el mar. Se dirigió sola a popa, sorteando con sus zapatitos de botones cajas, barriles y cuerdas húmedas, intentando hacer caso omiso a las ratas que cruzaban la cubierta y a las miradas morbosas de los marineros. Poco le importaban estas miradas, necesitaba aire fresco. Encontró sobre un tablón varias plumas de gaviota reidora: «¡*Larus ridibundus!*», pensó, y cogió dos para su colección. Más tarde las guardaría en su estuche de terciopelo violeta, y, en cuanto tuviera papel y pluma, las etiquetaría: especie, fecha, lugar y su símbolo preferido, ¡la libertad! Las gaviotas se consideraban seres libres, que siempre habían convivido con los marineros, compartiendo a veces las capturas. También eran señal de estar cerca de tierra, cerca de un nuevo destino. Ella también estaba volando lejos del hogar, pero no se sentía aún victoriosa del todo. No se sentía aún a salvo. Aun así, un hormigueo de emoción recorría todo su cuerpo. La adrenalina la invadía de pies a cabeza y sentía la necesidad de gritar. Ya sentía que podía decir:

—¡Adiós, odiosa Inglaterra! ¡Prometo no volver a ser esclava de tus normas nunca más! ¡Te prometo que voy a ser libre a partir de ahora! ¡Y te prometo que nunca, nunca, me casaré! —rió, lanzando la capucha de su capa hacia atrás. Y añadió sin pensar—: Ni siquiera por amor.

Enrojeció cuando algunos marineros la aplaudieron.

—Cásate conmigo, preciosa —gritó uno. Otros comenzaron a silbar.

Amy sonrió y puso un dedo sobre sus labios en señal de silencio. Los marineros callaron al observar que Kieran se estaba moviendo, pero enseguida volvió a dormirse. El capitán le ofreció whisky, que no probó, y un cubo para que hicieran sus necesidades.

Antes de que Kieran despertara, Amy ya había visitado la cabina de mandos y había pedido papel y pluma al contraamaestre para etiquetar sus plumas de gaviota. Además, el capitán, muy amable, le regaló una pluma de

un cormorán moñudo mediterráneo (*Phalacrocorax aristotelis*) que tenía disecado en su camarote desde hacía tanto que Amy tuvo que dejar el espacio de la fecha en blanco.

Kieran no se mostró tan confiado con los marineros, apenas habló con ellos, ni siquiera a la hora de comer. Estos les ofrecieron pez volador asado en una pequeña hoguera que había hecho la tripulación dentro de un gran tonel metálico oxidado. A Amy le supo delicioso, aunque estaba algo crudo por algunas partes. Parecía que en alta mar no hacía falta ni pescar la comida, pues algunos peces voladores solían saltar a cubierta, golpeando de vez en cuando a algunos marineros. Les contaron que incluso, a veces, eran golpeados por pequeñas crías de calamar que erraban la dirección al expulsar el chorro de agua con el que se propulsaban. Todo valía para comer, y, además, estaba riquísimo.

Por la tarde, estaban algo mareados por el bamboleo del barco y la falta de costumbre de hacerse a la mar. Ambos sucumbieron de nuevo al sueño, agotados y algo deshidratados. Amy volvió a sonreír, pensando: «¡Qué aventura!» No tanto Kieran. El capitán les recomendó descansar y no moverse mucho hasta la cena. A la mañana siguiente estarían en Calais. Esa debía haber sido su noche de bodas...

Se levantaron con las primeras luces del alba. Estaban entrando en el puerto. El frío y la sed a los que había estado sometido el cuerpo de Amy durante las horas nocturnas no habían hecho mella en su ilusión. Se apoyó en la baranda para observar el paisaje. Se sentía llena de triunfo. Una inusitada sensación de libertad se reflejaba en su cara a través de su sonrisa. El precioso puerto francés de Calais estaba fortificado. Pintorescas casitas, una torre vigía y un baluarte se erguían, imponentes, tras la muralla y un mar azul cian.

Kieran parecía mucho más preocupado y consciente de la situación. Su estómago se había revuelto a causa de los nervios de la huida y del movimiento del barco, todo ello había matado un poco su ilusión previa. Además, la incertidumbre que presentaba su futuro le daba vértigo. Recordó una sensación parecida cuando salió de Irlanda con una pobre carta de recomendación del director de su escuela. Esa carta lo anunciaba como un chico imaginativo y habilidoso, presto para desempeñar cualquier tipo de trabajo creativo manual. Tuvo mucha suerte de entrar con eso a trabajar en una casa como Hampton's Manor, pero, como casi todos los grandes golpes de suerte en la vida, llegó en el momento adecuado: *monsieur* Brulée se había

hecho muy famoso entre las nobles casas de Londres en los últimos tiempos y no se conformaba con que las ayudantas de cocina le echasen una mano, le urgía un aprendiz. Y entonces apareció Kieran. En su interior sentía que no se había adaptado bien a las rígidas normas de la casa ni a la frialdad del carácter inglés, pero eso sí, allí habían sabido reconocer y potenciar su talento como nadie. Y ahora le daba la espalda a esa suerte...

No sabía qué le depararía Francia, pero sabía una cosa: confiaba en Amy. Teniéndola cerca, alcanzar sus sueños sería pan comido. Amparado por la clase, fortuna y resolución de su *milady* encontraría rápidamente un puesto en algún buen restaurante de París. Aún no podía creer que hubiera sabido aprovechar tan bien esa oportunidad para manipularla. Quizá la deseara, pero no la amaba, simplemente la estaba utilizando. No se sentía especialmente mezquino porque estaba seguro de que a ella también le iría todo bien; en cuanto la abandonara, ella se buscaría la vida entre los círculos más selectos de París, sin duda. Seguiría junto a ella solo mientras la necesitara. Pese a eso, pensaba vivir el momento y sintió el deseo de besarla y estrecharla entre sus brazos. Se la veía preciosa, como ausente, mirando al infinito con una enorme sonrisa y los ojos llenos de sentimientos de libertad.

Se despidieron tímidamente del capitán y de la tripulación del pesquero, agradeciéndoles inmensamente el haberles llevado en su barco. Descendieron la pasarela y observaron la cantidad de mástiles que sobresalían, como estacas, de los barcos atracados en aquel importante puerto. Les sorprendió el gran trasiego de gente y mercancías a aquellas horas de la mañana. En el muelle había un pintor pintando al óleo aquel paisaje portuario. Amy se acercó. El cuadro parecía inacabado y borroso, pero tenía algo especial. Se fijó en que aquel pintor firmaba sus cuadros como Monet. Amy dejó un donativo en su gorra.

—Este tipo de arte nunca podría ser entendido en Inglaterra —observó—, aunque me gusta.

—Es como si lo hubiera pintado un niño —opinó él, sin darle más importancia.

Cuando traspasaron los arcos que amurallaban el puerto, se encontraron en una plaza de aspecto completamente medieval en pleno siglo XIX. La pequeña ciudad de Calais era encantadora. De blancas casas bajas decoradas con vigas de madera cruzada y tejadillos negros de pizarra. Los cafés disponían al aire libre sus terrazas para el desayuno. Los viajeros que descendían de los barcos acudían a ellas, sonrientes. Ni rastro de la mugre y la oscuridad del

puerto de Londres. Allí el ambiente era fresco, limpio, seguro. El tranquilo y alegre tránsito de los viandantes madrugadores hacía que la escena pareciera una animación con fondo de postal.

Cuando Amy avanzó hacia la plaza, sintió que todas las miradas se posaban sobre ella, llenas de extrañeza. Sin duda se debía a su incómodo vestido de gala, cuyas ballenas llevaba clavadas en el alma y que, a aquellas horas de la mañana, estaba completamente fuera de lugar. Amy se arrebujo en su capa, como si en lugar de demasiado bien vestida se sintiera desnuda. «Debí haberme cambiado de ropa en el barco», pensó.

—Kieran, vamos a tomar algo. Me muero de hambre.

Se sentaron en la primera terraza. Era hora de poner en práctica sus aburridas clases de francés. Observó cómo a la joven camarera que se acercaba a atenderles le brillaron los ojos al observar su vestido.

—*Bonjour, madame et monsieur*. ¿Qué desean tomar?

—Pues, antes que nada. ¿Tenéis algún lugar donde pueda cambiarme? —preguntó Amy, algo azorada.

—Puede hacerlo en *les toilettes*, señorita. Aunque si yo tuviera ese vestido ¡no me lo quitaría nunca!

Amy sonrió agradecida y pasó al estrechísimo cuarto de baño. Tuvo varios problemas con el espacio y con el corsé, pero finalmente consiguió desprenderse de él y de todo lo demás. Se vistió con un sencillo vestido amarillo de viaje, de un tejido tan fino que perfilaba e insinuaba las formas de su cuerpo.

Desayunaron, más relajados, sus tés *au lait* con *croissants*, disfrutando del aire fresco de la mañana que traía la brisa del mar. Y, antes de marcharse, junto con algo de propina, Amy dejó el vestido rosa de su fiesta extendido sobre la silla.

—Amy... olvidas el vestido —dijo, perplejo, Kieran.

—Hay que deshacerse del pasado, Kieran, si queremos ir hacia un nuevo futuro. Vamos a empezar una vida nueva, ¿no? El mismo vestido que para mí no es más que aciagos recuerdos, para esa chica puede suponer un sueño.

Efectivamente, ese vestido era una pieza que la joven no hubiera podido comprar ni con cuatro años de sueldo, en cambio Amy se sentía como si hubiese soltado una pesada losa. Cuando ya llevaban unos metros recorridos, volvió la cabeza atrás y vio cómo la joven camarera abrazaba el vestido y le devolvía una mirada llena de lágrimas de agradecimiento.

Amy tomó a Kieran tímidamente del brazo y se encaminó hacia la estación

de tren. No hacía mucho que esos grandes carruajes automáticos que corrían sobre vías se habían puesto de moda para transportar pasajeros y no solo mercancías, como antes. Todos los gobiernos andaban como locos colocando vías de hierro que cruzaban sus países y competían por ver quién tenía más kilómetros instalados. El tren estaba en auge tanto en Francia como en Inglaterra y ella estaba emocionada por subir en uno. Inconsciente aún de que el dinero alguna vez se les acabaría, pensaba coger el mejor pasaje posible en primera clase. Le habían hablado de restaurantes en movimiento, butacas de terciopelo rojo, maderas nobles sobre las que se organizaban bailes... y nada de eso se encontró en los trenes que salían aquel día hacia París de una ciudad, puramente comercial, como Calais. Asientos de dura madera y largas horas compartidas con gentes de todas las clases sociales era lo único que ese día la Compañía de Ferrocarriles del Oeste les podía ofrecer. Amy suspiró tan largamente que Kieran pensó por un momento que se desmayaría. La señorita «aventurera» comenzaba a flaquear. Pero ya estaban... ¡camino a París!

El mozo de estación gritó su primer: «¡Señores viajeros, al tren!» Y se apresuraron, nerviosos, a internarse en el interior del monstruo. Se instalaron entre los demás pasajeros como dos sabrosas gallinas se internan en medio de una manada de lobos, aguantando miradas suspicaces de ferocidad, risa o deseo. Viajarían con una madre, con su bebé y tres niños pequeños y revoltosos en los bancos de al lado; un hombre de mediana edad, que hablaba solo y parecía estar borracho, en el banco de enfrente; y el amigo de este, algo más joven, también enfrente. Este último parecía el más normal de todos hasta que se quitó los zapatos, estiró las piernas y puso sus apestosos pies junto a Amy.

Cuatro de los cinco sentidos de Amy: vista, olfato, oído y tacto, estaban asqueados; y, si abría la boca y aspiraba, también el gusto se vería afectado.

Se llevaron un susto de muerte cuando un tremendo silbido les atravesó los oídos, un ruido infernal que acompañaba al tremendo chorro de vapor de la locomotora y que anunciaba la salida. Nada mejoró cuando, tras fuertes ruidos y silbidos, la máquina se puso en marcha a trompicones, soltando una molesta carbonilla que se les metía en los ojos y los hacía llorar. Tras el último silbido, la madre de la familia de al lado se sacó, tranquilamente, un enorme pecho para dar de mamar al bebé. La mujer sorprendió a Amy mirándola con la boca abierta y rio descaradamente. Amy enrojeció y retiró la mirada, pero es que era la primera vez que veía un pecho ajeno ¡y en público! ¡Apenas se había atrevido nunca a mirar los suyos propios!

No había vuelto a besar a Kieran desde su tórrido encuentro, pero entre el mareo de él en el barco y la repugnancia que ella estaba sintiendo en ese momento, las ganas de romance se habían ido al traste. Kieran se mantenía firme y sereno, pero demasiado callado para su gusto. Lo cierto era que Kieran no estaba acostumbrado a una compañía como la de ella y le costaba comportarse con naturalidad. Y los remordimientos de si había hecho bien abandonando Inglaterra lo seguían acosando. Todo eso no le permitía disfrutar el momento. Amy recostó su cabeza contra él, haciendo un esfuerzo por buscar su perdida cercanía, cerró los ojos y trató de olvidar el mundo que ahora mismo la rodeaba. Imaginaba que todo cambiaría cuando llegaran a París. Se imaginó abrazando el cuerpo desnudo de Kieran entre las limpias sábanas de lino de una enorme cama de dosel, en una casita en el campo, pero bien comunicada, a las afueras de París. Allí podrían disfrutar de su romance y descubrir sus cuerpos y su amor. Ser felices... Y así se durmió. ¡Qué lejos esos sueños de la realidad que la esperaba!

En las largas horas que duró el viaje, Amy hizo varios descubrimientos, ninguno de ellos positivo. El primero: se había muerto de hambre por no llevar nada preparado para el viaje, hasta ahora cada vez que había hecho una excursión, encontraba en sus cocinas una cesta estupendamente preparada con todo lo necesario. Descubrió que, ahora, o se encargaba ella, o no iba a aparecer la cesta por arte de magia. Afortunadamente, en las paradas de algunos pueblos aprovechaban para subir al tren vendedores ambulantes de tentempiés. Tanto la madre de familia como ellos aprovecharon para comprar *croissants* rellenos de queso y beber un poco de agua de las fuentes. El segundo: descubrió también el dudoso placer de orinar en los agujeros de un sucio baño público de estación de paso, en aquella postura indigna, arremangándose el vestido a más no poder, casi sin poder evitar salpicarse las enaguas. Y, tercero y último, había descubierto el dolor de cuello y de trasero más insoportables que podía imaginar tras tantas horas en aquel banco de madera.

Pero todo pareció disiparse cuando el revisor anunció a los pasajeros medio dormidos que... ¡al fin llegaban a París!

Se recriminó interiormente por sentir emoción: su madre le diría que eso no es de señoritas, y aún menos de señoras. «El rostro de una señorita debe ser un lago en calma, un remanso vacío de todo movimiento, sin corrientes cantarinas ni turbulencias», solía decir Lady Hampton.

Pero, ¡a la porra lo que dijera su madrastra! ¿No había decidido obviar las

reglas? Las aguas del lago de Amy estaban felizmente revueltas, por su interior circulaban corrientes cantarinas y sus acompañantes de vagón lo podían apreciar: «Una dama nueva en la ciudad», pensaron todos, algunos con condescendencia, otros con malicia.

Amy estaba acostumbrada a las calles de los buenos barrios de Londres; tampoco era su caso el de una pueblerina que llega por primera vez a la gran ciudad, pero llegar sin guía, sin alojamiento y sin futuro... era otro cantar. ¡Había oído tanto hablar de París! La ciudad del arte, decían, la ciudad de la libertad, la ciudad del amor... Donde todo iba a ser posible, donde todo iba a cambiar...

Tras unas diez horas de agotador viaje en tren, recorriendo más o menos, unos treinta kilómetros a la hora, la locomotora comenzó a internarse en el anochecer de París. Amy apenas atisbó los primeros edificios, parcamente iluminados: blancos, altos, jalonados de decorativas vigas de madera, como en Calais, alguno que otro en piedra. Pero poco más podía ver. Llegarían casi a las doce de la noche, mala hora para buscar un lugar donde dormir. Iban a la llamada Gare de l'Ouest-Rive gauche o «Estación del oeste-orilla izquierda». El tren se pegó al río. Estaban entrando por barrios bajos de extrarradio, aún no estaban en la Cité en sí, pero a Amy ya le pareció estar viendo los cientos de hermosos Palacios que sabía que surgirían en torno al Sena. Aparecerían de un momento a otro, con sus miles de luces nocturnas.

Entonces, apenas había comenzado el tren a penetrar en la ciudad, se puso a diluviar. La visión de París quedó enturbiada por una espesa y repentina cortina de lágrimas, como si de un mal presagio se tratara.

Capítulo 5

Amarga bienvenida.

Apenas bajaron del tren, sus pequeñas bolsas de viaje parecieron hacerse de lo más pesadas. El cansancio les podía y no sabían bien qué iban a hacer ahora. ¿Dónde iban a dormir?

La hermosa estación, de altísimo techo, estaba semi-cubierta y dejaba intuir un frío estremecedor en el exterior. La lluvia era incesante. Aturdidos por esos momentos de incertidumbre, no se dieron cuenta ninguno de que los dos hombres que habían estado sentados frente a ellos durante el viaje, el borracho y su amigo maleducado, se les acercaban. Quizá les pudieran pedir ayuda, pensaron.

Entonces Kieran sintió en su estómago la punta de un objeto afilado.

—Muy bien, guapita —dijo, dirigiéndose a Amy, el hombre de los pies apuestos. Mientras, su amigo apuntaba a Kieran al estómago con una navaja—. Danos todo lo que lleves.

El miedo y la incredulidad repentinos hicieron a Amy actuar mecánicamente: con la respiración cortada y un gran cúmulo de sangre en sus mejillas, extendió la mano, temblando, para ofrecer a aquel maldito ladrón su bolsa de viaje. El hombre la abrió, la miró solo un momento y la arrojó contra el suelo, enfadado.

—¡Para qué quiero yo tus cursis trapos, niña idiota! Ni siquiera podría venderlos sin que me acusaran de haberlos robado... ¡Queremos dinero, maldita puta! Te hemos visto sacar dinero durante una parada de un pequeño bolsito. Lo llevas en las enaguas, no nos tomes por tontos. Así que haznos un pequeño espectáculo y levántate la faldita para nosotros. ¿Quieres, ricura?

Amy sintió cómo un pudor inaguantable subía en forma de calor por su cuerpo. Miró a su alrededor en busca de una ayuda que no encontró. La gente bajaba precipitada de los trenes para marcharse lo más rápido posible, nadie se fijaba en ese pequeño y sospechoso grupo de cuatro en el andén.

—¡Hazlo o te la levantaré yo! ¡Sabemos que ahí llevas el dinero! Eso es lo que queremos.

Miró a Kieran. Este se mantenía inmóvil en su posición, acobardado. El hombre que lo apuntaba con la navaja metía una mano en uno de sus bolsillos

y sustraía su billetera. Kieran sudaba, con las manos alzadas y la navaja bien pegada a su piel.

Amy no vio otra salida. Se levantó la falda y, cuando el pequeño bolso de tela cosida quedó a la vista, aquel hombre se lo arrancó, desgarrando las costuras. El ladrón comenzó entonces a introducir la mano por el agujero que había dejado el desgarró. Amy se echó a temblar y balbuceó que parase, ahogándose de miedo.

—¡Eh, vosotros! —gritó entonces una fuerte voz de mujer.

Era la madre de familia que había viajado junto a ellos. Les chillaba, les miraba y se dirigía con su ejército de hijos hacia uno de los guardas, ni corta ni perezosa.

—¡Guarda, a los ladrones! —chillaba, con todo el fuelle que le daban sus muchos kilos a la buena mujer.

—¡Merde! —gritaron los dos hombrezuelos. Y, bolsa de dinero y billetera en mano, salieron corriendo a toda prisa.

Amy se echó a los brazos de Kieran, gimiendo desconsolada. Él aún seguía estupefacto, casi inmóvil. La besó en el pelo, cerrando los ojos, aliviado por que se hubieran ido, pero preocupado al ver cómo se llevaban parte del acceso a sus sueños. Se arrepintió de no haber actuado de forma más valerosa.

—Te he fallado, Amy —musitó, cuando pudo decir algo—. No he hecho nada... Solo acabamos de llegar a París y ya te he fallado...

—¿Y qué ibas a hacer? Tenían una navaja apuntando a tu estómago —le recordó, acariciándole la cara con tierna suavidad. Un nudo en su garganta ahogó su voz—. Seguro que ha sido mejor así. Pero nos han quitado los medios para financiar nuestra aventura. No sé qué vamos a hacer para sobrevivir.

Una horda de niños despeinados llegó hasta las faldas de Amy.

—¿Estáis bien, jóvenes? —preguntó su madre.

La gran mujerona, de cara sonrosada, cabello pelirrojo recogido y mirada valiente, sostenía a su bebé en brazos.

—Creo que sí... —consiguió decir Amy, mirando sus enaguas rotas y recomponiéndose la falda—. Muchísimas gracias por intervenir. De no ser así, no sé qué más hubiera hecho ese hombre.

—Tenías que haberle dado una patada, niña. Con eso te lo hubieras quitado de encima. No eran más que un par de perros sarnosos.

Kieran se agachó, cabizbajo, herido en su orgullo, a recoger la bolsa de

viaje de Amy, tirada en el suelo.

—Supongo que sí... —susurró Amy, pensando en lo mucho que aún tenía que aprender—. Se han llevado todo nuestro dinero... ¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo hablando para sí misma—. Acabamos de llegar a París.

Los niños miraron a su madre con pena y se le agarraron a las faldas.

—¿No conocéis a nadie en la ciudad?

—No. Hemos venido precipitadamente desde Londres. No nos queda mucho más, solo algunas pertenencias personales. En realidad, no nos queda ahora mismo nada más en esta vida que lo que hay en nuestras bolsas... Y no podemos volver... Ahora no.

Amy parecía perdida, casi ida, al hablar. La mujerona sintió una repentina oleada de ternura maternal.

—¿Tampoco tenéis dónde dormir?

—No. No sabíamos que llegaríamos tan tarde y... sin recursos. Venimos a instalarnos en la ciudad. Verá, mi nombre es Amy, y él es Kieran, mi... prometido —mintió. A punto estuvo de decir «mi sirviente» y delatar su posición—. Kieran es un gran pastelero y pensaba buscar trabajo aquí, en París. Tiene mucho talento.

Kieran se conmovió ante esos halagos, algo arrepentido de haber pensado en ella de forma tan interesada todo el tiempo, más como en un medio que como en una compañera.

La mujer se apiadó de la joven y emprendedora pareja. Aunque le pareció muy extraña. La joven Amy parecía de una clase bastante acomodada como para ser la prometida de un pastelero. Pero no iba a ser ella quien comentara nada al respecto, el joven podría verse ofendido.

—Pues pasaréis esta noche en mi casa. No se hable más. Mañana podréis empezar a buscar ese trabajo.

—No, por favor —se apresuró a decir Kieran—. No quisiéramos molestar.

—Mi nombre es Blanche, Blanche Marchant. Mujer de Lonx Marchant, carpintero de profesión. Y estos son nuestros hijos: Jean Paul, Jean Pierre, Jean Albert —señaló, indicando desde el mayor, de unos ocho años, hasta el más pequeño, de unos cuatro. Conforme iba pronunciando sus nombres, los niños iban sonriendo—. Y este es el pequeño Alain, a secas —añadió, refiriéndose al bebé—. Os acogeré en mi casa y no se hable más. Para mí es un honor. ¿No podría dormir pensando que os he dejado en la calle sabiendo vuestra situación! ¿De acuerdo?

Amy y Kieran se miraron entre sí y luego la miraron a ella con tímida

aprobación. Blanche era, esa noche, su salvadora por partida doble.

—Así me gusta. ¡Donde caben seis caben ocho! Pues vamos para allá. Mi barrio está lejos y ya es muy tarde. Menos mal que, previendo la hora a la que llegaríamos, mi hermana, a la cual visitábamos en Calais, me dejó dinero para pagar a un cochero al llegar a París. Mi hermana está muy bien casada, ¿sabéis? La mala puta...

Y así, Blanche siguió y siguió hablando todo el camino, quejándose de la suerte que había tenido su hermana y dejando intuir la mala fortuna propia, aunque sin quejarse de ella.

El segundo niño más pequeño, Jean Albert, dio su sucia manita a Amy, encantado con ella. Esta se sorprendió al principio, pero la agarró con alegría. Una vez en el coche, sentó al niño sobre sus rodillas. Los demás se acomodaron así espaciosamente en el carruaje.

Durante el viaje Amy y Kieran relataron a Blanche su huida, incluyendo su periplo en el barco, disfrazando su aventura, eso sí, de una huida por amor, porque no les dejaban casar, dijeron, y omitieron la alta clase de Amy. Era mejor no dejar ninguna pista de su procedencia. Mientras tanto, los dos niños mayores no cesaron de propinarse patadas en todo el viaje. Con la capota bajada a causa de la lluvia, de nuevo sin apenas ver París, se dirigieron a Montmartre, el barrio de la familia Marchant. Una alegría para los oídos de Amy: decían que era el barrio donde actores, pintores y otros artistas pobres habitaban e incluso se exhibían hasta el momento en que llegaban a destacar, infundiendo así al barrio una magia y un ambiente «*bohème*» muy especial.

Las luces de los grandes palacios al fin inundaron los ansiosos ojos de Amy, difuminadas por la lluvia, cuando cruzaron el Sena. Parecían tan enormes como en Londres, o incluso diría que mucho más, pues se alargaban por los dos márgenes del río y se perdían en la lejanía inmensa. No veía la hora de acercarse a visitarlos a pleno sol.

En cuanto comenzaron a alejarse del centro lo que Amy vio por la ventanilla no le pareció tan agradable: el lujo y la iluminación se iban alejando para dejar paso a calles cada vez más oscuras y estrechas. El camino se hizo cuesta arriba al llegar al barrio de Montmartre y los caballos comenzaron a resbalar con sus cascos en las calles empedradas. Advirtieron movimientos gatunos de personajes nocturnos que entraban y salían de los salones de canacán, tratando de confundirse con las sombras, con sospechosas intenciones. Una gran abadía abandonada coronaba Montmartre. Un lugar donde vivieron monjas benedictinas antes de «perder la cabeza» en la

Revolución, según dijo Blanche, señalando un tajo imaginario en su cuello. La blanca y vieja abadía ocupaba toda la cima de la colina, cortada por la silueta de las aspas de algunos molinos de viento. Detrás de ellos, había huertos y viñedos, según supieron.

Afortunadamente, la calle en la que vivía Blanche no estaba muy arriba en la montaña. Era bastante céntrica en el barrio, aunque empinada. Se vieron ante un antiguo edificio de tres plantas de yeso y madera, con un viejo portalón que gritaba bajo el peso de los años.

Al subir las escaleras Amy percibió el aroma de Blanche: Esa mujer desprendía un olor ácido, como una mezcla de orín y jabón de ropa. No obstante, no era del todo desagradable.

—Nosotros vivimos en el tercero —explicó Blanche, mientras subía su pesado cuerpo con algo de dificultad, bien agarrada a la barandilla—. Aquí, en París, cuanto más alto vivas significa que más pobre eres. Los estudiantes y los artistas, entonces, son los que suelen vivir en las buhardillas: arriba del todo. Y a veces solo se alimentan de té y mantequilla. Yo casi no tengo para darle de comer a mis hijos, mi marido no tiene ahora trabajo, pero al menos nos da para carne seca, pan negro y algo de grano —dijo, refiriéndose a las harinas sin refinar—. Por cierto que mi marido tiene muy mal carácter, no le hagáis ningún caso, ladra pero no muerde.

—¿Aquí también tenéis buhardilla? ¿Vive alguien? —preguntó Amy, interesada.

—En este viejo caserón no hay. Con el techo sobre nosotros pasamos más frío en invierno y más calor en verano. ¡Somos los más pobres del edificio! Los que más escaleras tienen que subir... —dijo con esfuerzo.

Cuando los tres adultos llegaron arriba hacía rato que las voces felices de los niños lo inundaban todo. Vociferaban anécdotas del viaje, contentos de volver a ver a su padre.

Amy se sintió desolada al observar el habitáculo de la familia: un candelil iluminaba levemente una estancia de una única pieza. Un único ventanuco a la izquierda. Una gran mesa de madera al centro. Una cocina rudimentaria al fondo. Algunos trastos y baúles esparcidos, y una cortina que parecía ocultar los camastros donde dormía y se aseaba toda la familia. Todos juntos.

Amy dirigió sus pasos sobre el entarimado de madera hacia el único rincón de la casa que llamó su atención por lo hermoso: figuritas de distintas formas y colores alegraban un estante bajo la ventana. Parecían hechas de madera y cartón. Representaban rudimentarias personas y graciosos animales.

—Son los juguetes de mis hijos —explicó Blanche—. Los talla mi marido. Kieran también se acercó, interesado, para observarlos desde el punto de vista del artista.

—Son muy ingeniosos.

—Es en lo único que mata su tiempo desde que lo despidieron de la carpintería por... —Blanche hizo el gesto de empujar el codo—. Era oficial de carpintero. No lleva demasiado bien la falta de trabajo y...

—¡Y tienes que decírselo a todo el mundo, mujer! —gritó el hombre, apareciendo tras la cortina del dormitorio, sorprendiendo a todos.

Los niños, asustados, se metieron tras la cortina, yéndose a sus jergones sin cenar.

El hombre los observó, allí de pie. Llevaba una vieja pipa apagada en la boca, camiseta interior y pantalón sujeto por tirantes. Era un hombretón enorme y fornido, con canas incipientes y bastante desaliñado.

—¿Quiénes son éstos que has traído a casa a estas horas? —preguntó despectivamente, casi sin mirar ni a Amy ni a Kieran.

—Se llaman: Amy, la señorita, y Kieran, el guapo mozo. Jóvenes, este es mi marido: Lonx. No os preocupéis por él —dijo, cariñosamente, dirigiéndose a la cocina con el bebé aún en brazos—. Como os he dicho, es como un perrito: os ladrará hasta que se acostumbre a veros.

—¿Acostumbrarme? ¿Y por qué habría de acostumbrarme? —refunfuñó el marido sin sacarse la pipa de la boca para hablar.

—Porque Amy y Kieran se quedarán un tiempo con nosotros, hasta que Kieran encuentre trabajo.

Lonx miró a Kieran, frunciendo el ceño y abriendo las fosas nasales como si se fuese a convertir en dragón. Lo señaló.

—¡Estupendo! Cuando encuentres uno, diles que te den otro para mí —ironizó, antes de encolerizar—. ¡Pero, ¿qué significa esto, Blanche?! ¿Desde cuándo metes gente en casa sin consultarme? Y más a dos... a dos señoritingos... —dijo con patente desprecio—. No hay más que verlos. ¿Qué necesidad tienen éstos de dormir bajo nuestro humilde techo?

—Si molestamos, nos iremos... —comenzó a decir Amy, pero Blanche la interrumpió.

—¡De eso nada! ¡Lonx! Estos chicos acaban de ser atracados. Les han robado todo su dinero después de un largo viaje en barco y luego en tren. ¡Vienen desde Londres y no tienen dónde dormir!

Y diciendo esto último, Blanche sirvió un pequeño aperitivo de secas y

duras galletas caseras.

—¡Ah! ¿Y, además, les daremos de comer? —preguntó Lonx.

—¡Por supuesto que sí!

—Les pagaremos por la comida y el alojamiento —se precipitó a decir Amy.

—¿Cómo? —Intervino Lonx—. ¿No dice mi mujer que os han robado todo vuestro dinero?

Amy puso su bolsa de viaje sobre la mesa y la abrió.

—Tengo cosas que podría vender, cosas de valor.

Lonx calló y se acercó en silencio. Lanzó una mirada cargada de desconfianza a Amy y luego examinó los finos vestidos y los perfumes que ella le enseñaba. Blanche no pudo evitar mirarlos con disimulo y algo de vergüenza, de reajo, mientras servía más galletas secas. Amy tuvo miedo de enseñar también sus escasas joyas; optó por no hacerlo.

—Todo esto no tiene buenos compradores por estos barrios —dijo el marido—. Nadie de aquí te podría pagar escasamente bien por nada de esto, «señorita». Pero yo te diré dónde hay una casa de empeños. Nosotros, desgraciadamente, vamos mucho por allí —añadió con una mustia carcajada y una tos.

—Muchas gracias... —musitó Amy, más aliviada.

—Mejor empeñar que vender, de todas formas —añadió Blanche con una sonrisa—. Así, si algún día os va bien, podríais recuperar lo empeñado. Lo malo es que no te guardan las cosas eternamente. Dan un cierto tiempo y, si no las recuperas, se las quedan y las venden por lo que a ellos les parezca.

—De todas formas, creo que es una buena opción —se atrevió a decir Kieran.

—Bien, mañana os acompañaré a la casa de empeños, entonces —resolvió Blanche—. Tomad unas galletas e iremos a dormir. Hoy no tenemos leche para acompañar. A veces vendemos juguetes para conseguirla. Pero hoy no hay, lo siento.

—No tiene ninguna importancia, Blanche —dijeron los dos al tiempo.

Rieron ligeramente.

—Le estamos muy agradecidos.

Lonx se rascó la entrepierna a la altura de la cara de Amy. Sin más despedida que esta, se retiró a su colchón tras la cortina, sin dar las buenas noches. Solo emitió un ligero carraspeo de enfado.

Blanche acompañó a los chicos en la mesa mientras daba de mamar al bebé

y mordisqueaba alguna galleta.

Kieran, como fino pastelero que era, se horrorizó al probar aquellas durísimas e insípidas galletas. Reconoció que estaban hechas con burda harina integral y sin azúcar. ¡Qué ganas tenía de volver a probar uno de sus dulces pasteles! Debía ponerse a trabajar cuanto antes.

—Blanche, disculpe —dijo Kieran—. Disculpe, pero si tiene un papel y una pluma o un carboncillo podría escribir una carta para empezar mañana mismo a presentarla en las pastelerías de la ciudad.

Blanche lo miró con cara de asombro y bochorno.

—Jóvenes... tienen que entender que en esta casa no sabemos leer ni escribir. ¿Para qué tendríamos aquí pluma y papel? Tampoco podríamos comprarlo.

—Vaya. Lo siento —susurró Kieran.

—No tiene importancia —dijo Blanche, tristemente.

—Entonces lo primero que debemos comprar mañana es material de escritura —resolvió Amy—. Es una inversión que hay que hacer. Con lo que sobre le pagaremos por la comida, Blanche.

—No voy a aceptar vuestro dinero, jóvenes. Guardáoslo para el alquiler de vuestra futura casa.

Blanche, algo entristecida a causa de reconocer su analfabetismo y el de su familia, se levantó de la mesa y dispuso un colchón en el suelo del comedor para sus inquilinos.

Esa noche sus niños dormirían aún más apiñados, pero a la mujer no le importaba en absoluto. Sus niños, pese a todo, eran felices con lo poco que tenían. Sonrió y se reconfortó: eran unos niños felices. Y ella estaba encantada de poder ayudar a la pareja. Su marido era otro cantar.

—Buenas noches, niños; descansad bien.

Amy sintió un ligero rubor al tumbarse junto a Kieran. Tras dudar unos minutos, y viendo que él no se acercaba, se apoyó sobre un codo y le dio un tierno y ligero beso en la mejilla. Volvió a sentir ese olvidado y ligero hormigueo. Pero Kieran no le hizo demasiado caso. Tenía las manos juntas sobre el pecho y movía los labios en silencio: estaba rezando.

Kieran, como buen hijo de Irlanda, era muy católico. La familia de Amy, en cambio, era protestante. Del tipo de protestante que no iba mucho a misa, aunque sí solían hacer cosas como bendecir la mesa, agradecer y rogar a Dios constantemente y orar de forma obligatoria e ineludible por las noches.

Kieran la miró de reojo:

—¿No rezas?

Ella se quedó pensativa, con la mirada baja.

Tras unos eternos instantes le preguntó:

—¿Tú sabes por qué he huido de mi casa y he venido a Francia?

—Para no casarte.

—No solo por eso. Sobre todo para ser libre. Quiero huir de imposiciones y tradiciones que no entiendo. No quiero rezar porque sea un acto mecánico que me han dicho que repita cada noche o cuando esté en apuros. No quiero hacerlo si no lo siento. Y ahora no lo siento.

—¿No sientes a Dios?

—¿De verdad crees que Dios se ha pasado por esta casa?

Kieran la miró extrañado, casi sin comprender. Y añadió:

—Está bien. Haz lo que quieras, ya entrarás en razón. Mientras tanto yo rezaré por ti.

Amy se dio la vuelta hacia la pared y suspiró. Ella era quien le había pedido que la tratara de tú, que la tratara como a una igual, en cambio no le gustaba demasiado como escapaban ahora las palabras de la boca de Kieran. Es como si hubiese perdido parte de su encanto. ¿Dónde estaba la fuerte pasión que hacía tan poco había sentido por aquel chico? Su cara de niño apuesto comenzaba a no ser suficiente. Tenía unas ganas horribles de llorar. Le faltaba algo, pero ella no sabía qué era, supuso que esa atracción repentina y arrolladora que había sentido en las cocinas por Kieran. En cambio ahora... ¿Ahora qué? Estaban agotados y les había ocurrido una desgracia, eso apaga cualquier fuego, pensó. Kieran se merecía que le siguiera brindando la oportunidad. Las circunstancias mejorarían y ya vendrían mejores momentos. Quizá cuando todo cambiara, él también cambiaría: quizá se volviera de nuevo más atento, más alegre, más valiente, cuando todo fuera mejor... Quizá.

Decidió no pensar más... pero era difícil. Aquella debía ser su segunda noche de bodas, y allí estaba, en una habitación extraña y atestada, con un joven casi desconocido comenzando a dormirse a su lado sin hacerle ningún caso. Por un momento echó de menos su mullida cama. Sus preciosos muebles. El calor de su chimenea. El agradable olor a vieja mansión y a flores de su casa. Su despreocupada niñez... Aunque pensando que, en lugar de eso, en esos momentos estaría en una enorme y blanda cama en el caserón de sus suegros, perdiendo la virginidad forzosamente con Johan, prefirió estar donde estaba. Y así, casi llorando en silencio, soportando sus propios

pensamientos, soportando el olor a calzado húmedo que impregnaba el cuarto y las sonoras ventosidades de Lonx, Amy, finalmente, se durmió.

Capítulo 6

La confesión de Bárbara.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida —respondió el párroco de forma ritual—. He de decir que es una sorpresa verla de nuevo tan pronto por aquí, miss Ludlow. Hace apenas unos días de su última confesión. ¿Qué ha podido ocurrirle a una cristiana virtuosa como usted en tan corto tiempo?

Bárbara Ludlow, la futura cuñada de Amy, se mostraba angelical y discreta ante su párroco habitual, de la misma manera que solía hacerlo ante los padres de Amy y Hans. Con su mejor traje oscuro y su melena cristalina, profusamente rizada, embellecía la cabina del confesionario y se aplicaba en dejar emanar de sus palabras y de sus gestos una forzada bondad.

—El motivo de mi visita, padre, es que, no entiendo muy bien por qué, pero no tengo la conciencia tranquila —susurró, aparentando desasosiego.

—¿Qué ha ocurrido, hija mía? Estoy seguro de que no puede ser nada grave.

—He hecho algo a espaldas de mi prometido y de su familia.

El párroco hizo una pausa, conteniendo el aire en silencio.

—Vaya. Tranquila, hija mía. Vamos a ver, cuénteme.

—Yo creo tener buenos motivos para hacer lo que he hecho, padre. Incluso motivos solidarios; ya sabe usted que yo soy muy caritativa y piadosa.

El párroco asintió con un sonido de su garganta, pensando que la muchacha acababa de pecar de vanidad al anunciar de esta manera sus «dones». Dones, por otra parte, inexistentes, pues todas las obras piadosas de Bárbara y su familia no eran más que actos de cara a la galería. ¡Lo que había que aguantar!

—Yo creo que he obrado por bien, padre —continuó Bárbara—. Pero, a pesar de eso, mi conciencia no me deja descansar en paz. Necesito que me diga si, en su opinión, he obrado ejemplarmente.

—Por supuesto. Veamos. ¿Cuál es ese acto cometido a espaldas de su familia política que no la deja descansar?

—Pues, verás: ¿Se ha enterado usted de lo de mi futura cuñada, Amy?

—Cómo no. Qué escándalo. Y qué preocupados deben de estar esos

padres.

—Y su prometido despechado, desahuciado, humillado.

—El obispo montó en cólera. Imagínese, el día reservado desde hace tanto tiempo, rechazando otros actos para poder officiar esa ceremonia. Y, luego, llegar y el mismo día de la boda encontrar tal contrariedad... Qué desgracia.

—Eso mismo pienso yo, padre. Y sepa que los padres de Amy no hacen nada al respecto. No hacen nada por dar con ella, por encontrarla. Están convencidos de que estará escondida en cualquier lugar de Inglaterra con su amante, quizá acogidos por algún conocido que no se atreve a dar la cara. Pero piensan que pronto se dará cuenta de lo que ha hecho y que, de un momento a otro, Amy aparecerá otra vez en Hampton's Manor con el rabo entre las piernas. Eso sí, lo que ella no sabe es que, en cuanto lo haga la desheredarán y la recluirán en un convento.

—Vaya... pienso que son medidas algo extremas... Quizá lo del convento sí sea una buena idea, le vendrá muy bien a esa jovencita para recapacitar y apreciar la vida en contemplación. Pero desheredarla...

—Pues yo lo veo muy bien, padre, qué quiere que le diga. No seré yo quien opine al respecto, pero ha deshonrado por completo a mi pobre familia política, salpicando mi propio nombre. Y dejando a Johan, su prometido, en la completa humillación.

—Aun así, y sin ser yo tampoco quien quiera opinar al respecto —dijo el párroco, sin ahorrarse la ironía—, pienso que lady Amy es una niña muy joven, vital, impulsiva... Eso no son pecados, al fin y al cabo, querida Bárbara. De hecho a veces son dones. Puede que algo le ocurriera que no sepamos. Yo recomendaría una larga reclusión en un convento o simplemente en una casita de campo en Gloucestershire. El contacto con la naturaleza centra y purifica a las personas, las reconforta. Pienso que sería suficiente. Desheredar me parece un despropósito desmedido. Pero no nos incumbe a nosotros opinar. ¿O sí, miss Ludlow? Sospecho que usted ha hecho algo al respecto.

—De eso se trata, padre. A la vista de que los señores Hampton no hacen nada por encontrarla, su aún prometido, Johan, y yo, hemos emprendido una investigación por nuestra cuenta. Hemos contratado en secreto a un detective de Scotland Yard.

El párroco se removió inquieto tras la rejilla que los separaba.

—¿Con qué intención? Es decir —carraspeó, viendo venir perfectamente las intenciones—. Es decir, ¿qué les motiva a ustedes dos a gastar sus buenas

libras en algo así y sin consultar a la familia?

—No consultamos para no obtener una negativa, obviamente, padre. Alguien tenía que tomar la decisión. Necesitamos encontrarla. Johan necesita venganza... es decir, yo creo que la merece. Al fin y al cabo Amy le pertenece aún. Necesita resarcirse y poder humillarla para reinstaurar su honor. Es lo justo.

El párroco, acostumbrado a confesiones de ese tipo de manera bastante habitual, se armó de paciencia y trató de buscar unas palabras que ella entendiese.

—Querida Bárbara, habéis de tener cuidado ambos. Estáis pecando de soberbia cuando os atrevéis a decidir qué es justo y qué no. Y aún más cuando concierne a la vida de otras personas. ¿No creéis que es ese un derecho que se reserva para los jueces, para San Pedro y para Dios?

—Sí, claro, por supuesto, padre. Solo intentamos tomar la decisión correcta.

—Además, Bárbara, me ha dicho usted el motivo de Johan para contratar a un detective que la encuentre pero aún no conozco el suyo propio, y creo que por eso está hoy aquí. ¿Me equivoco?

—Umm... No, padre. Verá; yo creo que es por no ver más tiempo a esa familia, que también es ya casi mi familia, sufrir la incertidumbre de la desaparición y la vergüenza de no poder resarcirla con un castigo. En cambio, no sé por qué, no sé si hago bien o mal.

—Eso es porque algo más hay en su conciencia. ¿Se ha preguntado, Bárbara, qué gana usted personalmente con todo esto?

Bárbara aguardó, cabizbaja, hasta que al fin mintió:

—No.

—Bien —respondió el párroco, apelando de nuevo a su paciencia—. ¿Está segura? ¿No les beneficia en nada, por ejemplo, a usted y a Hans el hecho de que Amy sea desheredada?

—Bueno... Hans es el mayor, el principal heredero. Él ya poseerá la mayor parte de tierras y propiedades de la familia por derecho. El que deshereden a Amy, solo nos haría poseedores de... todo, del total de la fortuna Hampton.

—¿Y usted lo ambiciona, Bárbara? ¿Ambiciona el total de la fortuna? ¿No se conforma con heredar la mayor parte?

—¡No! No, padre. ¿Para qué querría ser yo señora de todo el imperio Hampton? No es malo compartir... —mintió.

—Bárbara... recapacite. Pienso que no le está siendo sincera a Dios.

Bárbara sintió ganas de llorar al darse cuenta de su propia mezquindad. Si no le era sincera al párroco, su visita habría sido inútil pues no sería perdonada de sus verdaderos pecados. ¡No quería ser una pecadora!

—¡Es cierto, padre! Está usted en lo cierto. Siento una sensación extraña: un hormigueo, un calor... una gran felicidad, cuando me veo a mí misma como señora única de la casa y la fortuna Hampton. ¿Es eso un pecado, padre? ¿Quién no se sentiría así al pensarlo?

—Aunque le parezca extraño, hay gente que se siente mejor compartiendo y siendo caritativa. Tan solo está cometiendo pecados capitales, de momento, si no incluimos el daño que pueden llegar a hacer a otra persona. Ayudar a apartar a Amy deliberadamente para conseguir cuanto antes sus objetivos es... como mínimo cruel.

—Pero no ha sido mía la idea de desheredarla, padre. Es algo que pasará tarde o temprano.

—Pero que no pasará hasta que no la encuentren. Y ustedes dos quieren precipitar los acontecimientos. Además las intenciones de Johan no son nada dignas, la venganza no es buena, todo sea dicho. Piénselo, miss Ludlow, no es honesto aliarse con el diablo por muchas promesas que este te haga.

—Pero, padre, Amy se lo merece. Además, así aprenderá la lección. Siempre ha sido una molestia. Nos humilló a Hans y a mí intentando casarse antes que nosotros. ¡Primero debe casarse siempre el hermano mayor! Hans tampoco se da cuenta de eso, dice que no le importa el protocolo. Pero no es eso. Es que ella, con sus historias fantásticas, sus risas y sus remilgos tiene cautivado a mi Hans... Él la adora, ¡maldita sea!

—Por supuesto; es su hermano. Creo que además de soberbia y avaricia, tendré que absolverla a usted de la palabra que acaba de usar y limpiarla también del pecado capital de la envidia, querida Bárbara. Su conciencia le estaba pidiendo a gritos venir a la casa del señor y ha hecho muy bien. No podía guardar todo eso dentro por tanto tiempo.

—¿Envidia? ¡Cómo iba a tenerle yo envidia a esa pequeña mocosa remilgada, padre! ¿Por qué razón? ¡Yo voy a ser la nueva señora Hampton; ella no va a ser nadie!

—Existe una sencilla razón: desde que la conozco, siempre ha querido usted ser el centro de todas las miradas. La más hermosa, la más admirada, la más buena... Y Amy le quita el protagonismo. ¿Cree que alguien creyó en su casual indisposición para no acudir a su fiesta, privándola además de la

presencia de su hermano? Aún debe trabajar usted la comprensión, la empatía y el perdón. Amén de la vanidad y el orgullo.

Bárbara no dijo palabra, apenas escuchaba al párroco. Tan solo esperaba escuchar la penitencia que la absolviera y marcharse para poder continuar con sus planes.

—Veinte Padres nuestros y cincuenta Ave Marías. Con eso, su deuda con el Señor quedará saldada, al menos por el momento...

Bárbara salió, presurosa y decidida, de la catedral londinense de Saint Paul, saltándole por encima a la mendiga que pedía limosna en la puerta. El párroco la había entretenido demasiado con su molesto sermón. Llegaba tarde a su reunión con Johan.

Capítulo 7

Mientras tanto, en París.

Al día siguiente los despertaron los juegos de los niños. ¡Eran de los más madrugadores!

Apenas Amy abrió los ojos y se incorporó, vio aparecer ante sí tres filas de dientes llenas de huecos.

—¡Buenos días, señorita!

—Buenos días, niños —dijo sonriente.

El día parecía amanecer despejado y lleno de alegría.

Amy y Blanche se asearon, tomaron un rápido té y salieron a las concurridas calles del barrio de Montmartre cargadas con el bebé, dejando a los niños con los hombres. De día, el barrio cambiaba radicalmente, atrás quedaba la oscura soledad de la lluviosa noche anterior. Ahora, las empinadas calles le parecían luminosas, alegres y casi limpias. Al menos, mucho más limpias que las de Londres. Llenas de árboles aquí y allá, macetas en los balcones, fruterías y floristerías por doquier. También se avistaban mejor los molinos en lo alto de la colina. Y había algunas casas de oscura entrada donde Blanche dijo a Amy que vivían mujeres de «mala vida». Amy sabía, más o menos, a qué se refería y, con curiosidad y recelo, intentaba mirar hacia el interior de las negras oquedades abiertas al pasar. A esas horas de la mañana no había ningún movimiento, para su tranquilidad y decepción.

Pronto llegaron a un pequeño y sombrío establecimiento sin ningún tipo de cartel en la entrada. Tras el familiar saludo de Blanche al dueño, Amy entregó al hombrecillo que había tras el mostrador, armado con un monóculo, el primer vestido del cual había elegido desprenderse. Un vestido de calle marrón al que no le tenía tanto cariño como a los demás. Aun así se sorprendió de su valor: ¡por fin una buena noticia! Al fin y al cabo era un vestido de pura seda. El dueño del establecimiento no solo les dio dinero suficiente para material de escritura para las cartas de recomendación de Kieran: allí habría para mucho más.

Después fueron a un lugar donde Blanche no había entrado nunca: una librería. Allí tenían todos los artículos necesarios para la escritura. Y se hicieron con una fina pluma estilográfica, un reciente invento, muy de moda

desde hacía catorce años y muy práctico; un artilugio ideado por un tal Poenaru hacía cuarenta años, cuando era estudiante allí, en París, y que sustituía la escritura con sus queridas plumas de ave acabadas en un plumín metálico. También compraron un pequeño tintero con cuentagotas y un paquete de hojas especiales para redactar cartas, llenas de adorno y filigrana. Amy se sintió tentada de llevarse unas bonitas tarjetas alargadas, perfectas para etiquetar sus plumas, pero resistió la tentación. Lo haría en trozos de papel duro y dibujaría ella misma los adornos.

Como Amy había previsto, le sobró bastante dinero: le sobraba para pagar a Blanche por el tiempo de su acogida. Sabía que la mujer no buscaba este tipo de agradecimiento, quizá no aceptara el dinero, o quizá su marido se lo gastara en alcohol. Así que tomó una decisión: lo gastaría en comida para la familia.

—Blanche, lléveme al mercado —le anunció—. Tengo una sorpresa para usted.

A Blanche no le cabía más felicidad en su rubicunda cara. No protestó ni disimuló. Acompañó a Amy al mercado del barrio.

Amy ya comenzaba a sentirse en aquellas calles empedradas como pez en el agua, paseando junto a Blanche, disfrutaba a cada paso; incluso encontró una pluma de gorrión hembra para su colección. Tenía ya aquella especie, pero aquella era de una «gorriona» de París.

Se sorprendió de lo mucho que le impactó entrar, por primera vez en su vida, en un mercado. Su cerebro se vio inundado por ruidos y olores, tanto agradables como desagradables. Especies que hacían cosquillas en la nariz, pescados y carnes algo pasadas que revolvían su estómago, gritos en francés de vendedores y clientes regateando por los precios. Sus zapatos pisaban pequeños riachuelos malolientes llenos de suciedad y desperdicios. Sus ojos se abrieron como platos, sus pupilas se dilataron como si una aventura la esperara, y acompañó a Blanche, puesto por puesto, con esa cierta prisa que te imprime la alegría.

Blanche disfrutó cargando comida como siempre había soñado hacerlo: cogiendo las piezas más frescas, en lugar de las más rancias y baratas, para sus hijos, a manos llenas. Compraron buena carne, ricos quesos y pan blanco de fina harina en lugar del duro pan negro de semillas que se llevaba habitualmente. También algunos productos para la despensa, como legumbres y salazón. Incluso compraron deliciosa y carísima fruta en lugar de la habitual y maloliente algarroba molida.

Una vez en casa, no pudieron esperar. ¡Tenían que enseñarles a los niños todo lo que habían comprado!

Los pequeños saltaron por la casa, locos de contentos. Los tres mayores se lanzaron a los brazos de Amy y de Blanche y se las comieron a besos. Amy sintió unas repentinas e inesperadas ganas de llorar. Un nudo marinero, de esos difíciles de deshacer que había visto en el puerto, se instaló en su garganta. Los pequeños estómagos de los niños se encogían de gozo, e, incapaces de esperar, devoraron los quesos y el pan mientras las mujeres cocinaban la carne.

Pero entonces recibieron una inesperada visita. Alguien tocaba a la puerta del hogar.

No esperaban a nadie. Las visitas inesperadas tocaban primero la campana de abajo. Se escucharon de nuevo los golpes en la puerta, con decisión e insistencia.

Blanche se limpió las manos con el delantal y se acercó cautelosa a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—La muerte —respondió una voz grave de hombre al otro lado.

La lividez acudió de inmediato al rostro de Kieran y Amy.

Pero Lonx y su mujer pusieron cara de resignación.

—Oh, es el recaudador del cementerio de Montmartre —explicó Blanche—. No os asustéis, muchachos, es así como se anuncia. Viene por el plazo de nuestros féretros. Es algo habitual.

Lonx se levantó, refunfuñando, y fue a coger un pequeño paquetito que tenía preparado en un cofre. Se lo entregó al hombre tras la puerta y éste se marchó como vino.

Tras la siniestra visita, podían empezar la comilona.

Lonx, sorprendentemente, dejó a los niños comer sin intervenir, mientras los miraba, sentado también a la mesa, con la boca abierta y con los ojos entornados en una mirada melancólica y triste. Amy sintió una pena terrible por él y pareció comprender muchas cosas: el mal carácter de Lonx provenía, ni más ni menos, que de la impotencia de no poder proporcionarles él mismo una felicidad así todos los días a sus hijos y a su esposa. Los adoraba a todos, los quería muchísimo. Ahora Amy lo leía claramente en los ojos brillantes del hombre. Lonx no dijo nada en toda la comida, aceptando estoicamente su filete.

Tras la comilona, las mujeres mostraron los artículos comprados en la

librería.

Con todo el arsenal de escritura dispuesto, decidieron que Amy redactaría la carta, pues solo Kieran y ella sabían escribir en aquella casa y Kieran no lo hacía del todo bien.

Amy dejó sobre la mesa el pequeño tintero y el sello de su familia. Todos se acercaron despacio a admirarlos, mirándose luego unos a otros con algo de desconcierto, sin atreverse a tocar nada. Amy procedió, con naturalidad, a trazar la estructura de una carta formal: una carta de recomendación falsificada, supuestamente escrita por Lord Hampton, con sello de la familia incluido.

Todos, reunidos entorno a la mesa y a la figura de Amy, allí sentada, admiraron el proceso de escritura de aquel documento como si de un gran espectáculo de prestidigitación o de la creación de una bella obra de arte se tratara.

Cuando Amy acabó la carta, los niños sonreían con el orgullo escapándose de entre sus dientes mellados: aquello era el acto más digno que nunca se había producido entre esas cuatro paredes que eran *su* casa. No veían la hora de contarles a sus amigos las cosas tan importantes que podían llegar a pasar en su cuchitril: ¡Tenían acogida a una gran señorita!

—Yo de mayor también quiero saber *esquibir* —declaró Jean Pierre, el mediano de los niños—. Quiero ser *escribidor* de cuentos.

—¡Oh! ¡Un gran escritor! —dijo Amy, revolviéndole el pelo.

—Pues yo voy a ser oficial del ejército de Napoleón III —dijo el mayor, Jean Paul, muy orgulloso, haciendo que blandía un sable.

—¡Y yo voy a ser Napoleón; Napoleón... cuatro! —dijo el pequeño Jean Albert, sacando solo tres dedos. Y desafió a su hermano también con una espada imaginaria, retándolo a una batalla—. ¡Te mataré y seré el *empelador*!

—Se dice «emperador» —corrigió su hermano, burlón.

Los dos niños comenzaron una gran batalla por toda la estancia y todos rieron.

—¡Vamos de inmediato a repartir unas cuantas! —dijo Amy, emocionada, al acabar las primeras cartas de recomendación.

—Amy, tú no deberías venir —dijo entonces Kieran, inesperadamente.

—¿Cómo?

—Tiene razón el chico —intervino Lonx—. Será mejor que yo lo acompañe. Cuanto antes encuentre trabajo, antes os iréis. Una mujer sería una molestia, iríamos más despacio. Y el atardecer hace las calles más peligrosas.

—Pero... yo quiero ver París... Es una ocasión.

—¡Quédate, Amy! —exhortó Kieran, con tono demasiado alto y claro—. Ya tendrás otra ocasión de verlo. Agradezco mucho al señor Lonx que me acompañe. Tú nos entorpecerías distrayéndote en los escaparates de las tiendas.

—¿Qué? —susurró Amy, totalmente incrédula.

Los hombres salieron por la puerta sin esperar más réplica, dejando a Amy sentada en un banco del comedor, aún anonadada.

¿Desde cuándo se atrevía Kieran a ordenarle y a hablarle así? ¿Qué había pasado con su respeto, con su «me va a costar tutearla»? ¿Cuándo había quitado de su vocabulario el *milady* y había puesto en su lugar un *tú* al cual se atrevía a dar órdenes? Ella le había pedido que la tratara con igualdad, ¡no con inferioridad!

Blanche, desde su experiencia, captó perfectamente todos los sentimientos que pasaban por la cara de Amy, pero se resignó como ella solía resignarse y no dijo nada.

Cuando los hombres salieron, Amy le hizo una propuesta a Blanche.

—Blanche, yo podría enseñar a leer y escribir a los niños.

La mujer no supo qué decir.

—Ya me has pagado por la estancia con la comida. A no ser que os quedéis mucho más, ya es suficiente. No podría aceptar nada más. Y en un futuro no podría pagarte por esas clases.

—No quiero que me pagues, pero cuando Kieran encuentre trabajo y nos instalemos en nuestra propia casa, estaré mucho tiempo sola. Estaría encantada de venir y poder hacer eso por ellos, de verdad. Además, podría leerlos a todos *Nuestra señora de París*, de Víctor Hugo; es mi novela favorita y la he traído conmigo. No me sentiría tan sola, me sentiría útil y, así, os seguiría viendo a menudo.

—Entonces hablaremos de todo esto cuando tengáis ese trabajo y esa casa que dices.

Blanche había aparentado sequedad en su respuesta para no dejar translucir su emoción. Se levantó de la mesa para que Amy no la viera llorar.

Amy pasó el resto de la tarde ayudando a Blanche con las tareas y, más que ayudando, intentando aprender de ella la rutina de las tareas de un hogar. ¡No tenía ni idea de que resultase tan duro!

Al anochecer volvieron los dos hombres con inesperadas buenas noticias:

—¿Cómo ha ido? —preguntó Amy, corriendo hacia la puerta.

—En las pastelerías de hoy no ha habido suerte, pero ¡nos han hablado de una estupenda *boulangerie-pâtisserie* en un barrio céntrico en la que buscan un mozo! Vamos a ir mañana a primera hora.

—¡Seguro que hay suerte! —dijo Amy, besando fuertemente a Kieran en la mejilla, en gesto de ánimo y reconciliación.

Y la hubo. Esa noche Kieran apenas durmió. Incluso rompió la frialdad que lo había acompañado desde que salieron de Londres y, dejándose llevar por la esperanza, cubrió a Amy de tiernos besos y profundos abrazos nerviosos que la hicieron sonreír de nuevo un poco durante toda aquella larga noche.

Al día siguiente, Lonx y Kieran se dirigieron a la céntrica pastelería de la cual les habían hablado y, no solo aceptaron a Kieran, impresionados por su carta de recomendación, sino que le pidieron que se incorporara de inmediato al trabajo, pagándole por adelantado aquel día.

Las cosas no podían ir mejor.

En cuanto Lonx llegó a la casa con la noticia, las mujeres se abrazaron y saltaron, embargadas por la alegría, y comenzaron los planes de búsqueda de la que sería la primera casa propia de Amy y Kieran, aunque se tratara, por supuesto, de un pisito de alquiler.

Blanche, como buena matriarca y vecina de aquel barrio, el cual funcionaba como un pequeño pueblo, conocía de antemano todas las casas disponibles que pudieran estar al alcance de sus jóvenes inquilinos. Solo había tres en aquel momento y solo uno parecía el ideal.

—Es un tercero, igual que este, pero en una buena finca —anunció Blanche—, hecha de buena piedra y ladrillo, nada que ver con esta choza encalada. Tiene cuatro pisos, sobre vosotros habría una buhardilla. ¡Y tiene la finca hasta portera, niña! —le dijo, dándole un toquecito con el reverso de la mano—. Yo conozco a la mujer y... la verdad es que es una señora algo peculiar, pero qué más da: ¡tendría portera, niña! —repitió, dando a entender que eso era un cierto lujo—. Aunque es cierto que la finca está más arriba, en la colina, subiendo la calle, y hay que tener buenas piernas para subir y bajar cuesta, pero ¡por eso tiene tan buen precio!

Amy nunca había pensado que tendría que vivir en un barrio de segunda como ese cuando escapó de Londres. Se imaginaba en un buen barrio céntrico o bien en su soñada casita en las afueras. Pero ahora que conocía Montmartre, lo cierto era que no le desagradaba tanto la idea. Dadas sus

circunstancias, la casa que describía Blanche parecía la casa ideal. Amy estaba impaciente por consultárselo a Kieran. Estuvo tentada de tomar sola la decisión pero algo le decía que no sería buena idea.

Lo que sí hicieron las mujeres fue volver a acercarse a la casa de empeños. Era bien sabido que necesitarían un buen dinero para comenzar a habitar aquel piso o cualquier otro: tres meses por adelantado y una alta fianza era lo que pedían todos los caseros, según Blanche. Así que Amy empeñó sus primeras joyas, las más discretas de ellas, pero que hizo a Blanche mirarla con recelo. Se trataba de unos pequeños pendientes de brillantes y aguamarina con colgante a juego que Amy ya consideraba algo infantiles. Le proporcionaron dinero suficiente para los tres meses, la fianza y otra nueva compra en el mercado. Se sintió tentada de comprarse algo para sí misma. Recordó que cuando hizo su apresurado equipaje, metió en la bolsa de viaje varios vestidos, pero ningún calzado. No tenía más que los ya incómodos botines de botonadura lateral que llevaba desde el día de la fiesta, quizá más adelante se comprara unos zapatos. Sí; quizá se comprara unos cómodos zapatos que dejaran sus tobillos al aire, pensó feliz. Ya lo decidiría. Ahora había otras prioridades.

Blanche, que tenía sus sospechas desde el primer día acerca de la procedencia de esa señorita sonrosada de hermosos ojos verdes, tan sonriente, que hasta con su traje de viaje gastado estaba elegante, no pudo evitar callar por más tiempo su curiosidad.

—Amy, niña, perdona que sea indiscreta, pero ¿de dónde sacaste esos pendientes y ese colgante? ¡Son propios de una reina!

—¡Oh, no! Una reina llevaría diamantes y zafiros, no brillantes y aguamarinas.

—Bueno. Lo dices como si lo supieras, hija. Aun así, no creo que nadie de este barrio haya visto cosa igual. No tenía palabras mientras te veía desprenderte de ellos. ¡Qué dolor, hija mía!

Amy sonrió y agarró del brazo a Blanche.

—No tienen para mí gran valor sentimental. Eran un regalo de mi infancia al que no le tenía mucho cariño.

—Vaya... ¿Y quién te los regaló, si no es mucho preguntar, para no tenerle cariño a una cosa así?

Amy suspiró.

—Mi madrastra...

—Oh —exclamó Blanche, con apuro.

—No. No te preocupes, Blanche. Si la conocieras, lo entenderías... ¿Sabes lo que hubiera hecho ella si hubiese visto a una pareja joven siendo atacada por dos indeseables en un andén de la estación?: mirar para otro lado. Y, lo que es peor, seguir andando con la cabeza bien alta, sin ningún remordimiento —dijo Amy, resignadamente—. Ojalá ella se pareciera a ti. Todas las madres deberían parecerse a ti.

Blanche se detuvo y no pudo evitar abrazarla en mitad de la calle. Retirándose luego rápidamente.

—Niña, eres un ángel. Estaré encantada de que vengas a darles esas clases a mis niños. Estaré encantada de tenerte cerca. ¡Y seré la envidia de todas las vecinas!

Kieran llegó al atardecer, feliz, inmensamente feliz, tras su primera jornada de trabajo. Su mirada baja y distante y su gesto torcido por la preocupación, habían desaparecido. En su lugar, el brillo en sus ojos y en su sonrisa iluminaban su rostro.

—El negocio es una maravilla —les contó, con entusiasmo—: Una *boulangerie* admirable, enorme, luminosa, donde los clientes son solo gente de posibles. Dos encargados nos dirigen y son extrañamente cercanos y encantadores, sobre todo uno de ellos, llamado Louis, me ha causado muy buena impresión. A todos los aprendices nos dejan rienda suelta para la creación y nos animan a ser imaginativos; es más de lo que podría soñar.

—Si buscan aprendices más jóvenes, primerizos, o chicos de los recados, nos lo tienes que decir —dijo Lonx—. Yo aún no estoy en condiciones de trabajar, los malos rumores se extienden rápido por los gremios y no me quieren en ninguna carpintería, pero Jean Paul ya tiene ocho años, ya es hora de que empiece a ganar francos.

—¡Pero yo no quiero ser panadero, padre! ¡Yo quiero ser oficial del ejército!

—¿Tú sabes que para entrar a las academias del ejército hace falta dinero, niño? Si no hay guerra, hay que tener posibles ahorrados para entrar, así que ¡a empezar a ganarlos!

Amy sintió pena por el niño al darse cuenta que muy difícilmente Jean Paul iba alcanzar sus sueños. Los niños comenzaban a trabajar mucho antes de lo que ella consideraba razonable, cuando aún no habían abandonado sus juegos ni sus sueños de infancia, y lo hacían muy duramente, acarreando las peores tareas. Tras unos años y con muy pocas excepciones, sus sueños

quedaban apagados por la rutina y por su realidad social.

Blanche y Amy aprovecharon el buen humor de Kieran para convencerlo de que, aunque no era la más cara pero tampoco la más barata de las tres opciones, el piso de la finca de la colina —¡con portera!— era la mejor elección. Y, dicho y hecho, Amy y Kieran recogieron sus escasas pertenencias y se despidieron afectuosamente de la familia, esperando que aún estuviera libre para alquilar.

Blanche y los niños tenían lágrimas en los ojos.

—Decidle a la ama que vais de mi parte y no tendréis ningún problema para alquilarlo —dijo Blanche—. Y si se lo piensa, enseñadle el dinero y veréis.

—¡Pero si nos veremos muchísimo! —prometió Amy, abrazando muy fuerte a Jean Pierre, que no se despegaba de sus faldas. Ella se agachó a su altura—. Voy a venir mucho por aquí, y puede que con alguna sorpresita, ya veréis.

—No sé qué hubiera sido de nosotros sin vuestra ayuda —dijo Kieran—. Muchas gracias por todo.

Lonx estrechó la mano de Kieran cordialmente.

—Parece que no me libraré de vosotros tan fácilmente —bromeó—. Al fin y al cabo, creo que seremos casi vecinos.

Amy y Kieran se dirigieron hacia su nueva casa con sonrisas de profunda emoción y nerviosismo. Iban a comenzar una vida nueva, ahora sí: juntos. Duras pruebas los esperaban, lo sabían, pero no dejaron que nada empañara aquel momento.

Ciertamente, había que subir una empinada cuesta, pero enseguida llegaron a las puertas del hermoso edificio, no hermoso en el sentido de lujoso, sino encantador y pintoresco. Era el más alto a aquel lado de la calle y tenía toda la pared lateral densamente cubierta por marañas de verde hiedra. Estaba rodeado de casitas bajas con pequeños huertos, jardines y flores, y quedaba muy cercano al molino de La Galette: un gran molino de madera, rodeado de almendros, que se erguía como un ser misterioso al final de la colina.

Amy miró hacia arriba, hacia las ventanas de la que iba a ser su casa. Un piso más arriba, en la buhardilla, le pareció ver una sombra: la sombra de alguien que, rápidamente, se apartó de la ventana.

Capítulo 8

La reunión de Bárbara y Johan.

Un lujoso carruaje esperaba a las puertas de la catedral londinense de Saint Paul la salida de una dama, con las cortinas echadas. En su interior, Johan aguardaba su cita. Al fin vio salir de la catedral a la bella mujer. Su cuñada parecía un ángel oscuro, con sus rubios cabellos contrastando con su atuendo negro y su sombrilla que, cual alas de murciélago, la protegía de la fina lluvia.

—Llegas tarde, Bárbara.

—¡Oh! Pensé que nunca iba a librarme del sermón del padre Joseph. Creo que he perdido el tiempo confesándome con él, no decía más que sandeces. Deberían jubilarlo y traer otro cura más recto y menos filosófico.

El carruaje comenzó a pasear por las calles de Londres sin rumbo definido. Johan, elegantemente trajeado y envuelto en una chaqueta oscura sobre la que resaltaba su cabello pelirrojo, miró a su aliada con ojos cargados de desconfianza.

—El padre Joseph es un hombre muy sabio y benévolo, Bárbara. Y eso que a mí no me gustan especialmente los curas. ¿No será que te ha dicho algo que no querías oír?

—Algo así como que tú eres el diablo por querer vengarte de Amy, que incurrimos en el pecado capital de la soberbia y que yo no debería aliarme contigo.

—Vaya... puede que sí deban jubilarlo. Pero no porque no le falte razón, sino porque debería medir sus palabras con los feligreses de clase alta; un día se buscará problemas.

—De momento, vayamos nosotros a nuestro problema. ¿Por qué me has citado? ¿Ha descubierto algo ya nuestro detective?

—¡Lo ha descubierto todo! O casi todo... Por eso te he citado apresuradamente. Al parecer, estamos muy cerca. Estamos hilando ya muy fino.

—¿Y bien? No me tengas en ascuas. ¿Qué ha descubierto?

—Finalmente, los marineros del puerto de Londres son los que le han puesto sobre la pista: la noche de la fiesta un pesquero llevó, según los

marineros, «a una pareja burguesa algo peculiar» hasta el puerto de Calais. La descripción de las ropas y cabellos que hicieron coincide.

—¿Calais? ¿Francia?

—Exactamente. ¡Han huido a Francia!, ni más ni menos. Esas ratas de sumidero. Creen que se pueden esconder. Pero hay más.

—¿Más? —repitió Bárbara con emoción.

—Parece que le comentaron al capitán, los muy imprudentes, que su intención final era llegar a París. Esa confesión nos ha costado bastante dinero, Bárbara. Y más que hemos de desembolsar si queremos que nuestro hombre vaya a París. Allí se pierde la pista.

—¡París! ¡Oh, no pueden ser mejores noticias! ¡Tengo contactos en París! Amigos que se enterarán rápidamente de su existencia si Amy se mueve por los círculos de la alta sociedad, como seguro estará haciendo ya. Con todo el dinero que robó, debe de estar viviendo como una reina en París, pavoneándose por los palcos de los teatros y los salones. Despide a nuestro hombre, ya no lo necesitamos.

—¿Cómo?

—Hoy mismo enviaré carta a todos mis contactos parisinos informándoles de la desaparición y rogándoles que colaboren en la búsqueda. Créeme, sabremos cualquier noticia y no nos costará una libra más. Y yo misma voy a viajar a París. Intentaré convencer a Hans, pero si no quiere venir, iré yo sola con algún pretexto. Y tú también deberías venir. Los círculos de la nobleza y alta burguesía de París no son tan grandes ya desde la Revolución y los rumores corren como la espuma de su *champagne*.

—Haré lo que haga falta. Tengo ganas de tener el frágil cuello de Amy entre mis manos —Bárbara se estremeció un momento; aunque lo deseara, sintió un escalofrío—. Iré contigo a París. Solo espero que se queden allí el suficiente tiempo como para alcanzar a dar con ellos y que no cambien de ciudad. Debemos actuar rápido.

—Descuida. Si están en París, los encontraremos.

Capítulo 9

Un extraño en la buhardilla.

La portera y casera, *madame* Gauttier, era una mujer regordeta, de cara agria y apretado moño que miró a Amy y a Kieran de arriba abajo con reticencia y casi con desprecio. Pero ante la imponente suma de dinero que depositaron sobre el mostrador (tres meses de alquiler y una generosa fianza) la mujer emitió una sonrisa felina y dio la bienvenida a sus nuevos inquilinos. Registró a la pareja de «prometidos» bajo el apellido de Kieran: O'Connell.

Había oscurecido, *madame* Gauttier agarró un candil y, conforme subían la escalera, les explicó con desgana quiénes eran sus nuevos vecinos.

—En el primero vive *monsieur* Benoit, un anciano coronel viudo, algo ciego y cascarrabias, pero un hombre ilustrado. Obsesionado por las guerras, no hay dato de las guerras pasadas que él no sepa. Ya tendrán el placer de conocerlo.

«Aquí, en el segundo piso —continuó, mientras llegaban hasta él—, vive el matrimonio De Champs: gente honesta, limpia, temerosa de Dios. Unos buenos vecinos. Espero que ustedes, que vivirán sobre ellos, no sean muy ruidosos o tendremos problemas. Y no toleraré problemas con los De Champs. ¿Lo han entendido?

«Y, al fin, esta será su casa —concluyó al llegar al tercero, haciéndoles entrega del candil y la llave—. Yo vivo en el bajo, junto a la portería, así que estaré alerta a todos sus movimientos. Como verán, esta es una finca tranquila y no nos gusta el ruido ni el trasiego de gente. En días laborables, no podrán recibir a más de dos invitados en casa. Las fiestas están prohibidas, salvo rara excepción y previo aviso. Y, por supuesto, no pueden acoger a otros inquilinos. Esas son las normas.

Madame Gauttier había terminado. Se giró para marcharse sin más. Pero a Amy le quedaba una curiosidad:

—Disculpe, *madame* Gauttier, creo que también en la buhardilla vive alguien. ¿No es así?

Madame Gauttier guardó un extraño y largo silencio. Finalmente, miró hacia arriba, hacia las sombras, y dijo.

—Sí, está habitada. Pero mejor será que se hagan a la idea de que no vive

nadie. No suban ahí. No quiere que lo molesten, ¿entendido?

Madame Gauttier se fue sin más, dejándolos desconcertados.

Amy comenzó a dudar si realmente Blanche no se habría equivocado pensando que aquella finca era la mejor opción y que tener portera era una especie de lujo. Tenía serias dudas.

Pero, tras abrir la puerta, esa sensación se disipó. Sintió que en aquel lugar podría llegar a ser feliz.

Una estancia enorme acogía la rudimentaria cocina, la ruda mesa de comedor y una pequeña zona de estar. Los muebles brillaban por su ausencia, pero las paredes y techos de madera eran sólidos y hermosos. Se echaba en falta el papel pintado que solía decorar toda estancia que Amy hubiese conocido, aquí solo había paneles de madera blanca de un metro de alto como toda decoración. Quizá le faltara a la casa un toque femenino, pensó Amy, ella se encargaría. Una puerta guardaba la estancia del dormitorio, que hacía a su vez de zona de aseo personal. El máximo lujo fue descubrir a un lado de la habitación grande, detrás de un panel de separación decorado con motivos florales verdes y rosas, una sólida bañera de patas, hecha de latón mal remachado. «¡Menos mal!», pensó Amy. La gente solía bañarse muy pocas veces al año, pero a ella le gustaba hacerlo más a menudo. No había alfombras ni cortinas. La luz de la luna y de los candiles de la calle se filtraba a raudales por un gran ventanal. Amy sintió un nudo en la garganta cuando se aproximó a él: ¡desde allí se veía todo París! Al estar tan altos en la colina tenían vistas a la ciudad. Al fin, Amy contempló desde la lejanía las miles de luces de París, aquellos barrios lujosos y lejanos, aquellos palacios en torno al Sena. Se adivinaba también en la noche la silueta serpenteante del río. Era más de lo que había esperado. Era mágico.

Kieran se aproximó a ella y compartieron la emoción de la visión en silencio, los dos, soñadores, encaramados en la ventana. Se besaron a la luz de la luna. Un beso largo, tierno, húmedo, inundado por sus dulces alientos. Un beso tanto tiempo pospuesto. Suspiraron profundamente y unieron despacio sus dedos en señal de tregua. Sintieron que sus cuerpos, al fin relajados, al fin sublimes, pedían más.

Amy tomó de la mano a Kieran y lo llevó al que debía ser el dormitorio, bien separado por gruesos tabiques. Cuál fue su decepción al ver que la pequeña habitación constaba solo de dos camitas separadas, con orinales de porcelana decorada con flores pintadas a mano bajo cada uno, un armazón de hierro con palangana, jarra y espejo y un minúsculo armario, ni siquiera una

sencilla mesita de noche. Pero lo peor era que la inusual forma de estrecha L de la estancia impedía juntar las dos camas de manera que se unieran para dormir juntos. Así que Amy, ni corta ni perezosa, agarró uno de los colchones y tiró de él.

—Coge el otro, Kieran. Vamos a ponerlos fuera, en el comedor. ¿Qué es ya otra noche más durmiendo sobre el suelo? Además, así no molestaremos a los De Champs con el ruido del camastro —añadió, guiñando un ojo.

Kieran se puso colorado.

Dispusieron los colchones bajo la ventana, de forma que quedaran bañados por la luz de la luna, que entraba con fuerza. Se recostaron juntos, tímidos y turbados, conscientes de lo que iba a pasar.

—¿Aún soy tu *milady*?

El pareció no entender el juego. Dudó unos segundos.

—Por poco tiempo. Ahora soy yo el hombre de la casa —dijo, medio en broma, medio en serio.

—Pero, solo por esta noche, por última vez —dijo ella, con paciencia—. ¿Aún soy tu dulce señorita?

Él, al fin, sonrió. Le acarició despacio la cara y le dio un suave beso en la frente.

Ante tanta pasividad, Amy comenzó a desabrocharle la camisa, vehemente, irreflexiva. Lo despojó en un momento de ella y admiró su cuerpo masculino. Sus músculos a medio formar ondulaban bajo la luz de la luna en suave cadencia. Los besó por necesidad, como si ya no fuera dueña de sus actos. Recorrió con sus labios el estómago de él, la cadera, el pecho, el cuello y otra vez la cadera, cada vez más cerca de la ingle. Kieran se mantenía pasivo, propinándole vacilantes caricias en el pelo y la espalda. Ella pensó que la sumisión era parte de su juego y se irguió de rodillas frente a él, de modo que tuviera buena visión de lo que iba a suceder. Comenzó a quitarse el vestido despacio, mirándolo de tanto en tanto con ojos que reflejaban ardor y timidez. Sus pechos firmes y su vientre joven quedaron al descubierto. Su cintura dibujaba una pronunciada curva. Un escalofrío extraño, eléctrico, la recorrió por completo cuando acercó los pechos a su boca y este los tomó entre sus labios. Un escalofrío similar a todos los que sintió la primera vez que «jugó» con él bajo la escalera, la noche de la fiesta. Un escalofrío que terminó en la parte más íntima de su ser. No pudo evitar jadear. Olvidó por un momento a los De Champs, a la calle entera, y cuando sintió que no podía soportarlo más apartó el calzón y palpó la dureza de un miembro firme por primera vez. Piel

con piel. Lo acarició con curiosidad, dejando que las yemas de sus dedos exploraran las redondeces y prominencias de aquel misterio masculino.

Entonces él actuó. La tomó de las axilas y la echó sobre el colchón. Le levantó la falda y buscó con sus dedos la puerta al máximo placer, o eso pensaba él. Amy se ruborizó y se revolvió inquieta, se sentía algo extraña. Kieran lo tomó como una falsa señal y, sin previo aviso, con una embestida algo brutal, insertó su miembro por el lugar húmedo donde habían jugado sus dedos. Amy gimió y no de placer sino de dolor, de hondo y desgarrador dolor. Los dos sintieron la humedad que se desprendió del cuerpo de ella sin saber que se trataba de sangre.

—¿Qué ocurre?

—Me duele, me duele una barbaridad —se quejó entre contorsiones—. No sabía que dolía, pensaba que se trataba de algo placentero. ¿Por qué es esto algo que todos desean? ¡Aoh! —preguntó gimiendo.

—Creo que he oído alguna vez que a las mujeres les duele al principio. Supongo que luego se pasará, porque a muchas mujeres mayores les gusta.

Amy no estaba muy convencida de eso. Pensaba que nunca en la vida había sentido mayor dolor y que no iba a dejar de sentirlo cada vez que lo hiciera. Pero no quería parecer una nefasta amante. No quería que Kieran pensara que había hecho un largo camino con ella en pos de unos placeres que ahora Amy no le podía dar. Así que mintió. Le pidió que siguiera, que lo intentara una vez más. Amy mordió la sábana. Aunque el dolor apenas remitía, ella fingió que no era así; fingió que el dolor se iba alejando y que comenzaba a disfrutar. Y Kieran jadeó sobre ella hasta que, en el momento de máxima dureza, se retiró, derramando un líquido viscoso y blanco sobre el colchón.

«¿Aquello era hacer el amor?», se preguntó Amy. ¿Aquello por lo cuál la gente esperaba media vida, aquello que los enloquecía? ¿Eso por lo cuál se escribían versos y novelas prohibidas, se asesinaba y se mentía, aquello que se compraba y se vendía, aquello por lo cuál partieron cien barcos hacia Troya? No. No podía ser. ¿O acaso ella no era humana?

Kieran ya roncaba a su lado cuando, atormentada, se durmió.

Al alba, Kieran ya no estaba; se había marchado a trabajar. Amy lavó bien su entrepierna, aún dolorida, puso a remojo las sábanas y sintió que tenía que salir de allí.

Decidió ir a casa de Blanche y comenzar ya mismo las clases prometidas para los niños. No estaría mucho rato, debía llenar la despensa y quizá sería

buena idea comprar tela para hacer cortinas y algunas plantas; algo que echaría en falta sería el invernadero de Hampton's Manor.

Cuando se estaba vistiendo, escuchó pasos en la escalera. Alguien estaba bajando por ella, procedente de la buhardilla. La puerta no tenía mirilla y no se atrevía a abrir sin más, así que cuando le pareció que quien quiera que fuera ya habría pasado, la entreabrió un poquito. Tan solo alcanzó a ver un masculino y elegante sombrero de copa que descendía. ¿Un sombrero de copa? Aquel vecino misterioso la desconcertaba. ¿Por qué alguien tan elegante iba a vivir en una simple buhardilla? ¿Y por qué no quería ser «molestado»?

Corrió a la ventana. Un coche esperaba en la puerta de la finca. El hombre del sombrero de copa salió del portal, al fin. Era alto y muy bien trajeado. Pero no alcanzó a ver su cara ni su edad. Miró su reloj de bolsillo e hizo un gesto de disculpa hacia el ocupante del carruaje. Un guante blanco e impoluto de mujer se asomó por la ventanilla del coche. El hombre del sombrero lo besó. Tras esto, la portezuela se abrió y el hombre subió al coqueto carruaje oscuro. Este se alejó calle abajo.

Amy pasó el día tal y cómo había planificado. La noticia de que ella les iba a enseñar a escribir emocionó a los niños, en especial a Jean Pierre, el futuro escritor de cuentos, que apenas lo podía creer. Los tres sabían, en el fondo, que un futuro distinto y mejor podía esperarles si aprendían, así que fueron unos alumnos de lo más aplicados. Incluso Lonx dejó de tallar juguetes junto a la ventana y se sentó a seguir tallando en la mesa con ellos, simulando no escuchar.

De vuelta de casa de Blanche y del mercado, Amy colocó en el centro de la mesa unas hermosas begonias que parecían alegrar por completo toda la habitación. Dejó lista una frugal cena fría, pues no se aclaraba muy bien con los fogones, y cuando Kieran llegó de su segundo día de trabajo, la encontró tratando de coser lo que algún día serían unas cortinas. Kieran se sorprendió y sonrió, complacido. Pero aquello también sirvió para alentarle a meterse aún más en su nuevo papel de «hombre de la casa», que tanto parecía gustarle. A causa de los días actuando para los Marchant como tal, se le había olvidado casi por completo su lugar. Por otra parte, el hecho de aportar dinero a ese nuevo hogar, lo hacía también engrandecerse, sentirse importante.

Amy se levantó, con su más amplia sonrisa, a darle su beso de bienvenida. Él lo recibió agradecido aunque cansado y, al echar un vistazo a la habitación, admiró y agradeció lo que ella había hecho.

Se sentaron juntos a cenar algo de fiambre y pan.

—Tienes que aprender a cocinar, Amy.

—Sabes que esa no era mi idea cuando salí de casa. Pero dadas las circunstancias, lo intentaré, por supuesto. Aunque pensé que no te importaría una cena fría; como dijiste ayer que en la *boulangerie* os hartáis a comer...

—Sí, pero aun así, un hombre espera un plato caliente al llegar cansado del trabajo. Quizá no lo sepas, pero es lo menos que puede esperar.

Amy rio, pensando que Kieran estaba bromeando. Cuando se dio cuenta de que no, se le vino el mundo encima. Esa frase hizo que se le secara la garganta. No esperaba esa actitud en absoluto, aunque ya había observado cosas que no le gustaban. ¿Dónde estaba el dulce Kieran? ¿En aquello se transformaban los muchachos cuando se convertían en los hombres de la casa? Pensó que ella había sido criada de otra forma, criada para que le sirvieran, no para servir, así que intentó ser comprensiva.

—Está bien... Supongo que un plato caliente siempre sienta bien — alcanzó a decir desde su desconcierto, armada de paciencia—. Mañana trataré de cocinar —concluyó, resignada—. ¿Qué tal hoy? Cuéntame.

—Increíblemente bien. El encargado del que te hablé ayer, Louis, está muy contento con mi trabajo. Dice que tengo mucho talento y que cree que, de seguir así, pronto podría progresar. Louis es una persona excepcional; deberías conocerlo. También he conocido a los dueños hoy, gente impresionantemente educada. Han visitado la pastelería con su joven hija, debe de tener más o menos nuestra edad. Llevaba un peinado muy elegante.

—¿Tu edad o mi edad? Sabes que yo soy año y medio mayor.

—No lo sé, quizá tenga unos diecisiete. Vestía como una mujer casadera.

—¿Y vas a tener algún día libre? ¿Quizá un domingo?

—Los domingos son precisamente los días de más trabajo. La gente quiere su pan y los curas sus hostias para la misa. De momento no tengo ningún día libre que yo sepa hasta quizá dentro de unos meses. Pero tampoco lo necesito, acabo de empezar, lo que quiero es trabajar.

—Vaya... Es que me gustaría ir contigo algún día a ver el centro de París. Sería muy romántico.

—¿Pero no conoces ya suficiente el barrio? ¡Esto ya es París! ¿Para qué quieres ir al centro? ¿Qué más quieres ver?

—Pues... quiero pasear junto al Sena —dijo Amy, con voz soñadora—, ver el Louvre, los campos Elíseos y, sobre todo, la catedral de Notre Dame. Sale en mi libro de...

—¿Una catedral? —interrumpió él—. Si ni siquiera estás orando por las noches.

—Aparece en un libro maravilloso, mi libro preferido, de un autor francés: *Nuestra Señora de París*. Cuenta la historia de un campanero deforme y sordo que se enamoraba de una bella gitana llamada Esmeralda, y la historia transcurre en la catedral de Notre Dame. Me encantaría ver su campanario: allí vivía Quasimodo, el campanero jorobado.

—Pues parece una historia espeluznante: dos seres marginales y horribles juntos. ¿Qué atractivo tiene eso?

—¡No son horribles para nada! Ella es bella y buena, y él tiene un gran corazón. Es una historia preciosa. Creo que no lo podrás entender hasta que lo leas.

—Prefiero no leer noveluchas paganas, la verdad. Además, no tengo tiempo. Llego muy cansado del trabajo.

Amy se sintió consternada por sus palabras. Kieran no hablaba en tono agresivo ni fuerte, pero sí tajante, y de una manera que resultaba ofensivo. No le agradaban sus ideas. Sentía que no se entendía con Kieran. No todo era pasión y besos. Su forma de ser... no acababa de ser la de su hombre soñado, precisamente.

—Kieran, ¿te ocurre algo? —se atrevió a preguntar, al borde del llanto.

—¿A mí? Nada, Amy. Que no me conoces lo suficiente. Si me conocieras verías que estoy mejor que nunca. Y lo cierto es que yo no te entiendo muy bien a ti. Por ejemplo, me sorprende que tu capricho de pasear por París te preocupe tanto después de todo lo que nos ha pasado. Entiendo que tu sueño se ha roto en parte y que no estás acostumbrada a esta vida, pero, a menos que quieras volver a tu casa, no queda otra. Y creo que lo único que debería preocuparte de que yo trabaje en domingo es que no podamos acudir a la iglesia.

—¿Qué no podamos acudir a la iglesia? —repitió Amy, intentando asimilar lo que oía.

—No creo que sea conveniente que acudas tú sola, la gente podría hablar.

—No tenía pensado acudir a la iglesia, ni sola ni acompañada por ti.

—Pero, Amy, ¡por tu capricho estamos viviendo en pecado, ya es suficiente para mí todo lo que he hecho por ti! —afirmó, escandalizado—. Ir a la iglesia es lo menos que deberíamos hacer. Yo ya buscaré mi momento para acudir.

—Recuerda que quisiste venir también para que yo te ayudara a cumplir tu

sueño. Y tú ya lo estás viviendo, yo, desde luego, no —dijo poniéndose en pie, enfadada.

Se fue al oscuro dormitorio y, allí, se desmoronó por fuera y por dentro. ¿Kieran pretendía que pasara todos los días allí encerrada sin ir sola más que a casa de Blanche y al mercado y que, para colmo, en sus días libres solo fueran a la iglesia? Algo negro y desolador se agarró a su pecho, como si de una sanguijuela imaginaria se tratase. Una sanguijuela que le robaba las fuerzas, la esperanza y la alegría y la dejaba tan vacía como una cáscara arrojada al suelo.

Amy, en aquel momento, tomó una decisión. Pero no la pensaba compartir con Kieran: al día siguiente, cuando él se fuera a trabajar, saldría ella sola a ver París. No necesitaba su opinión ni su permiso. Al fin y al cabo, ¿eran ellos algo más que amantes? ¿Eran siquiera amantes? Kieran estaba totalmente poseído por su papel de prometido, de hombre de la casa. Pero, ¿cuándo habían llegado a ese acuerdo para algo más allá de guardar las apariencias? Era un papel que él había asumido, completamente autoimpuesto. Y ella se lo estaba permitiendo. Pero es que no sabía qué eran ellos en realidad... vivían juntos y eso significaba mucho, pensó. Compartían un hogar y Kieran trabajaba para mantenerlo. Sí, quizá Kieran tuviera todo el derecho a demandar lo que demandaba... Quizá era un mínimo precio a pagar por la libertad. Se preguntó por un momento cuán libre se sentiría de haber seguido adelante con la boda, de estar en ese momento con Johan. Unas nauseas repentinas le indicaron la respuesta: con Johan, viviendo en casa de sus suegros, sería auténticamente peor; un infinito y monótono infierno diario. Una vida tan cómoda y segura como vacía, de futuro plano y gris, junto a un hombre que no despertaba en ella ninguna pasión. Prefería la incertidumbre de un futuro desconocido.

Esa noche Kieran dijo estar demasiado cansado. Y tan solo sería la primera de muchas.

Kieran llevó su colchón al dormitorio. Amy salió de allí, se recostó en el que quedaba en el salón-comedor, bajo la ventana. Tumbada de lado, con los ojos abiertos, se consoló pensando que aquello debía ser normal. Sintió una vez más la angustiada sanguijuela imaginaria picándole el estómago y contempló de nuevo París antes de dormirse.

Pero, Amy, al día siguiente, no se atrevió a ir sola al centro de París. Volvió a repetir su rutina mecánicamente, continuó cosiendo sus cortinas, consiguió encender el fogón tras varios intentos y puso en el fuego unas

lentejas.

En la cena, Kieran acusó a sus lentejas de sosas e insípidas y continuó hablando de lo maravilloso que era su trabajo. Eso sí, traía una noticia estupenda: había un puesto vacante de repartidor que era perfecto para Lonx.

—¡Oh, háblale de Lonx a tu encargado! —suplicó Amy.

—Ya lo he hecho. No solo a mi encargado, también a Charlotte, la hija de los propietarios.

—Vaya, sí que se muestran cercanos los dueños.

—Sí, lo son. Inspiran confianza. Son gente buena y recta, toda la familia. Avisa a Lonx mañana, cuando vayas a su casa, de que se presente allí a lo largo del día.

—¡Claro, irá! ¡Por Dios, que no ponga excusas y vaya!

—Yo creo, que si se presenta sobrio y lavado, está hecho.

—Veré qué puedo hacer... —dijo Amy, convencida de que esa parte era difícil.

Se fueron a la cama con relativo buen humor y esa noche Kieran trató de hacer un esfuerzo por yacer con ella en el dormitorio. Sin un solo beso previo y sin demasiada consideración, se introdujo en el cuerpo aún inexperto de Amy. Ella seguía algo enfadada por las sugerencias de él y por todas las diferencias de caracteres con las que se estaba topando, pero echaba de menos algo de calor humano y aún conservaba la esperanza de que volviera la pasión. Aunque tan solo volvió el dolor, insoportable, aunque no tan fuerte como la primera vez. Cuando Kieran apenas había propinado unos forzados envites, su miembro se desinfló de repente en su interior sin haber llegado a eyacular y alegó no tener ganas de continuar. Kieran la apartó y se quedó dormido sin más. Amy lo hizo ahogando el llanto. Debía ser culpa de ella, pensaba, debía ser una amante horrible y nada atractiva.

Al día siguiente, entre Amy y Blanche consiguieron que Lonx acudiera a reclamar el puesto de repartidor, bien aseado y casi sobrio. Y, ¡lo consiguió! Kieran y Lonx estaban ahora trabajando juntos, ambos por un sueldo de miseria, pero siempre mejor que nada. Incluso a veces tendrían restos de pan y bollos gratis si se tiraba algo de masa. Ahora, Blanche solo esperaba que durara. Las mujeres acordaron visitar juntas la panadería-pastelería más adelante, pues les daba apuro visitarla sin comprar nada y, además, Kieran dejó claro que no le hacía gracia tener distracciones en su trabajo. Así que la visita se fue aplazando. Algo frustrante para una enamorada de los pequeños

pasteles, como Amy.

Transcurrieron unos días de similar rutina, en los que la única novedad fue cruzarse un par de veces en la escalera con su vecina de abajo, *madame* De Champs, una estirada mujer de mediana edad vestida de oscuro que la miró altanera y, sorprendentemente, le negó el saludo. La primera vez, Amy pensó que debía tratarse de un error. La segunda vez que se cruzaron, no le cupo lugar a dudas: la mujer evitaba su mirada directa y con ella el saludo. Ya le había extrañado que nadie subiera, como solía ser habitual, a presentarse y darles la bienvenida al edificio. Al anciano de abajo se le perdonaba, pues era mayor y algo ciego como para subir las escaleras. De hecho había pensado pasar a presentarse ella, quizá debería hacerlo, pensó. El extraño de la buhardilla debía ser un caso especial por algún motivo: quizá se tratara de un expresidiario, de un espía... o de un asesino. Pero los De Champs no tenían disculpa. Era de cortesía que los antiguos vecinos recibieran y se presentaran a los nuevos y no al revés. Era lo que le faltaba para acabar de sentirse hundida: un extraño y maleducado comportamiento de sus convecinos al que no encontraba causa o explicación. ¡Y pensar que en esos momentos debería estar de viaje de novios aún, disfrutando de los bailes en Viena por décimo aniversario de boda de Sissi y Francisco José! Pero algo le decía que no tenía de qué arrepentirse, que el futuro le aguardaba sorpresas y que ese era su destino.

Una mañana, Blanche percibió que la alegría natural de Amy parecía haberse esfumado. Ya no le brillaban los ojos como cuando la conoció. Algo debía de ir mal.

Acabada la lección y aprovechando que Lonx estaba en el trabajo, mandó a los niños a jugar a la calle y se sentó junto a Amy. Tras las clases, compartía con Amy un té al estilo inglés.

—¿Qué ocurre, niña? —preguntó, susurrando—. ¿Hay algo que va mal?

Amy suspiró y la miró, consternada.

—No lo sé. Es que en realidad, no sé si es normal.

—¿Si es normal el qué, chiquilla?

—Pues, por un lado, lo que más me preocupa es Kieran... Creo que ya no me desea. Lo que no sé si es normal es que le haya bastado una noche para cansarse de mí.

—¿Una noche? ¿Quieres decir que en todos los días que vivís juntos habéis fornicado una sola noche?

Amy se asustó un poco ante la palabra «fornicar», le sonaba a lo que

hacían los animales.

—Bueno... en realidad lo hemos intentado varias noches más, pero no ha habido manera.

—¿Cómo que no ha habido manera?!

—No... no sé que le pasa. Debe de estar muy cansado a causa del trabajo. Una vez está dentro, su... cosa, ya sabes, pues, de repente, se desinfla.

—¡Huy, niña! Debe de estar realmente muy, muy cansado de trabajar. Dicen que a veces pasa, por aquí le llamamos «la bajada de la bandera». Pero siendo tan joven y acabando de irnos a vivir juntos... No sé yo. Normal, no lo veo. No sé si tengo demasiado buen ejemplo de mi marido, que nunca le ha pasado ¡ni cansado, ni borracho! —rio—. Ni cuando trabajaba ni ahora. Mírame: cuatro hijos. Cuatro varones, no te digo más. Y a Kieran se le ve tan bien... tan fuerte, tan joven, tan guapo. Porque el chico es guapo. Algo tímido de más, eso sí, pero guapo.

—Pues no sé qué hacer...

—Tener paciencia, niña. Seguro que es el trabajo. Lo recuerdo muy preocupado por trabajar. Muy feliz cuando le dieron el puesto. Puede que cuando se acostumbre, se relaje y ¡hala! ¡Otra vez todo para arriba! Todo os irá bien.

Amy rio.

—Confiaré en que sí. Pero es que puede que sea por mi culpa. Yo sí pongo de mi parte pero... no estoy segura de si a mí me gusta hacer..., ya sabes Blanche, eso. Creo que no me gusta mucho hacer... eso.

—¡Eso lo dices ahora! Es normal que al principio no salga todo bien, y que duela, y que te sientas rara. Ya me contarás cuando tengas unos años más, ya. Pero estate segura de algo: pase lo que pase, la culpa de lo que me cuentas no es tuya. No te achagues la culpa, tonta.

Diciendo esto último, le retiró, cariñosa, un mechón de la cara. Amy sonrió tímidamente, confiando en que tuviera razón esa sabia mujer y ella no fuera el único bicho raro del género humano.

En ese momento volvió a su cabeza la imagen del sombrero de copa y el extraño asunto de su vecino misterioso.

—Por cierto, Blanche, ¿tú sabes algo del hombre que vive en la buhardilla de mi edificio?

—¿En la buhardilla? Pues la verdad que no, hija mía. La verdad que no conozco muy bien a los vecinos de esa finca, al quedar más alejada. Tan solo a la casera y casi de vista.

—Sí, una mujer peculiar, tal como tú dijiste. Nos mencionó el día en que llegamos algo sobre todos los vecinos del edificio, menos sobre el hombre que vive sobre nosotros, en la buhardilla. Creo que vive solo, aunque a veces oigo tacones de mujer subiendo y bajando la escalera. Pero es muy silencioso. Me comentaste que solo los más pobres viven en las buhardillas de París, pero no creo que sea este el caso. Viste buenos trajes y sombreros de copa, lo sé porque lo vi salir un día, aunque no conseguí verle la cara. Y lo recogió una mujer enguantada en un gran carruaje.

—Ay, qué mala pinta tiene lo que me cuentas. Mala de verdad. Por este barrio hay muchas casas de furcias, como te dije. ¿Sabes lo que me parece?: que él puede ser una furcia, pero en hombre.

—¿Un hombre?! —preguntó Amy, sorprendida.

—Tiene toda la pinta de ser un fulano. Si la señora Gauttier no os quiso decir nada sobre él puede que fuera para que no os escandalizaseis y os echaseis atrás con el alquiler. Algo guarda ese. Si viste bien, viviendo ahí escondido, si lo recogen mujeres ricas en carruajes... Vamos, ¡más claro: las enaguas de María Antonieta!

Amy rio y se imaginó a María Antonieta en enaguas.

—No lo sé. La verdad es que todo encajaría. ¡Ay, Blanche! ¿Y no podría ser peligroso?

—No lo creo siendo vecino, si no os metéis con él. De todas formas, para que te quedas tranquila, puedo intentar sonsacarle a la señora Gauttier.

—Mejor no, ella sabrá que nos conocemos y puede sospechar que te mando yo. Creo que será mejor dejarlo estar. Molestar, no molesta; es solo que me inquieta.

Amy se despidió con un largo y afectuoso abrazo que venía necesitando, y mucho, desde hacía días. Blanche era una pequeña gran luz en esa incierta vida que se le estaba llenando de claroscuros.

Al llegar a su portal, Amy vio cómo una joven y elegante señorita subía las escaleras. Quizá sería una visita de *monsieur* Benoit o de los De Champs. Subió tras la dama con naturalidad. La muchacha dejó atrás el rellano de *monsieur* Benoit, el rellano de los De Champs, también el suyo y ¡siguió subiendo hacia la buhardilla! Amy se echó las manos la boca y entró corriendo en casa. ¡Qué sofoco! Si la muchacha era su clienta, seguramente lo descubriría en breves momentos: se escucharía lo que tuviera que escucharse si guardaba silencio total.

Amy aguardó, azorada, mirando de tanto en tanto al techo. Pero

extrañamente nada pasó. Unos ligeros pasos al principio, un leve arrastrar de muebles y después ningún ruido, ni el más mínimo. Amy decidió escribir sobre ello, comenzar una especie de diario. Lo tituló: *Un extraño en la buhardilla*. En él, volvía a barajar las ideas del espía, del asesino y, sobre todo, la del fulano con fuerza, por encima de ninguna otra. Parecía el comienzo de una novela tenebrosa. Después, se sentó en el alféizar de la ventana a contemplar París: un París luminoso, hermoso, lejano, que ella no conocía aún a pie de calle. Un par de silenciosas horas después, el taconeo de la muchacha descendió la escalera. Aquello era de lo más desconcertante.

Cuando llegó Kieran, Amy le comentó la conversación mantenida con Blanche sobre su extraño vecino. Kieran se santiguó, aunque no le dio demasiada importancia y rápidamente cambió de tema para volver, una vez más a las anécdotas de su maravilloso trabajo. Amy empezaba a estar harta de oír hablar de la *boulangerie*, y harta de que él nunca le preguntara qué hacía ella durante el día. Tan solo una vez se interesó por saber cómo estaba Blanche. Kieran era de esos hombres que suponía que las mujeres siempre estaban bien; y, si no lo estaban, debían estarlo.

Sí, estaba bastante harta.

Al día siguiente, al fin decidió comenzar a tomar las riendas de su vida y de sus deseos. Ese día no tenía que ir a casa de Blanche ni al mercado, tampoco prepararía unas lentejas sosas: había llegado el día de ir sola a recorrer París.

Capítulo 10

Bajo los puentes de París.

Amy se desnudó y se lavó bien el cuerpo en la palangana de lavar la ropa, por no gastar llenando la bañera, frotando su piel con jabón y trapo, esmerándose en sus suaves recovecos. Se vistió con un polisón y uno de los tres trajes que aún le quedaban de los cuatro que trajo, su mejor traje de calle: un vestido verde, de la misma tonalidad que sus ojos, que los acentuaba aún más; con unas sensuales mangas de gasa. Se recogió el pelo en una redecilla, adornó su cuello con el viejo camafeo de su abuela, enfundó sus manos en unos ligeros guantes de encaje (ninguna dama debía mostrarse en público sin guantes), se pellizó las mejillas y, por primera vez desde que habían llegado a París, se perfumó. Se echó su hermosa capa de paño gris y plata con los remates de armiño sobre los hombros, pues aún refrescaba en esa época en París, y salió en busca de emociones.

Madame Gauttier, que, como de costumbre, estaba atenta a las salidas y entradas, abrió los ojos como platos al verla y salió a su paso.

—Veo que hoy se ha esmerado en su arreglo más que nunca, *mademoiselle* —observó, aparentemente complacida—. ¿Alguna causa especial?

—Pues sí la hay, *madame* Gauttier. Me dirijo al centro. Quiero pasear junto al Sena, ver Notre Dame y, quizá, tomar un chocolate en algún café.

—¿Y el joven Kieran, no la acompaña? ¿Trabaja hoy?

—Sí, claro que trabaja. Dios sabe cuándo va a librar, por eso iré yo sola.

—¿Usted sola? Eso no es muy propio, permita que se lo diga. Además es bastante peligroso, más peligroso de lo que se imagina. Si la ven pasear sola por la ribera del Sena pensarán que es usted una buscona y puede que se le acerque algún indeseable.

Amy rio ante la idea de esa confusión.

—Entonces me dirigiré primero a Notre Dame, para que vean que soy señorita de bien —ironizó. *Madame* Gauttier no alcanzó a comprender que se tratara de una ironía—. No se preocupe, *madame* Gauttier. Tendré cuidado, creo que voy aprendiendo a cuidarme.

—Usted verá. Yo ya la he avisado.

—Por cierto, *madame*, ¿es posible que la señora De Champs tenga algún

problema con nosotros? Extrañamente, no ha consentido en saludarme las veces que nos hemos cruzado por la escalera.

—No es tan extraño. Ella no está muy conforme con que ustedes vivan en pecado antes de casarse. A mí tampoco me agrada, pero mientras me paguen puntualmente, como hasta ahora han hecho: ver, oír y callar.

—Entiendo. Pero dígale de mi parte a la señora De Champs que los prejuicios personales no están reñidos con la buena y mínima educación.

Y diciendo esto, Amy giró sobre sus talones y dio por zanjada la conversación. Salió, dejando a la señora Gauttier tras de sí con cara de pasmada. Estaba pletórica. Se dirigió hacia el centro, decidida, sonriente, con nueva luz en su mirada. Nadie le iba a decir qué hacer y qué no hacer, ni dónde podía y dónde no podía ir. Para eso había escapado de su casa y había venido al país de la libertad. ¡Parecía que las circunstancias le habían hecho olvidar esto! Pero estaba dispuesta a recordarlo.

Sabía que, recto, hacia el sur, estaba Notre Dame, y hacia allí se dirigió. Saludó con cordialidad a las caras conocidas de Montmartre que se cruzaban a su paso y cuando, media hora más tarde, se internó en los buenos barrios del centro, pasó por alto las miradas curiosas, maliciosas, y los cuchicheos que despertaba en las señoronas que paseaban con sus siervos o carabinas. Sabía por qué la miraban así: a pesar de su exquisito vestido, Amy carecía de sombrero y de sombrilla, y era imprescindible el que toda dama que se preciara saliera a la luz del día bajo alguno de los dos. Se decía que no era sano para la piel pasear bajo el sol directo. Tendría que pensar en comprar alguno.

El aire y el cielo de París eran limpios en primavera. Nada que ver con la rancia y húmeda nube de grisáceas neblinas casi omnipresente en Londres. Disfrutó de ese día de sol que iluminaba los grandes y coquetos edificios de piedra blanca con tejadillos de negra pizarra. Observó la variada y atrevida moda que se veía en las calles: escotes más amplios que en ningún otro lugar, mangas más cortas, faldas con menos enaguas y un largo etcétera de estrambóticos sombreros y complementos que en ocasiones rozaban lo ridículo.

Había mucha vida en la calle. Heladerías y cafés salían a su paso. Decidió sentarse en uno a tomar su desayuno. ¡Aquello era lo que quería hacer todos los días! De nuevo obvió miradas y cuchicheos mientras disfrutaba de su solitario pero feliz chocolate con pastas.

Y, al fin, llegó a la ribera del Sena, a la altura del Puente Nuevo.

La visión la paralizó; le hizo abrir la boca involuntariamente en gesto de sorpresa. Estaba embriagada, dichosa, radiante. Los faroles y los árboles que bordeaban el río acogían bajo sus sombras a artistas y vendedores callejeros, a pletóricas parejas en romántico paseo, a madres que reían junto a sus criadas mientras éstas empujaban los cochecitos de sus hijos. Algunos artistas habían plantado allí sus caballetes y estaban pintando la escena; usaban un estilo difuminado parecido al que vio en el puerto de Calais.

A su derecha se dejó ver el imponente palacio del Louvre, que abrumaba por su sobria enormidad. Era mucho más grande de lo que había imaginado. Y a la izquierda, sobre una verde y arbolada isla, centrada en la parte en la que se ensanchaba el río, apareció su deseada Notre Dame: grandes ventanales y rosetones, una gran araña de escultóricos arcos de piedra, un alto pináculo cual espada que desafía al cielo y dos grandes torres que debían acoger los campanarios. Abajo, un jardín de rojísimos cerezos en contraste con la piedra oscura. Realmente era una visión especial.

Aun así, su orgullo inglés —algo más escaso de lo normal en Amy que en sus compatriotas— le hizo pensar que París era una especie de hermana pequeña de Londres. Pero una hermana de lo más acogedora y romántica.

Se dirigió, sonriente, hacia Notre Dame.

Algo llamó su atención. Gran número de barcos, graciosamente decorados con flores y banderines, estaban atracados más abajo, en los muelles. No había en los húmedos muelles casi trasiego de paseantes, pero aun así decidió bajar.

Paseó junto a los barcos, soportando con entereza el olor putrefacto de las aguas verdosas y profundas del Sena; hasta que llegó a los bajos del Puente Nuevo, un gran puente de piedra de impresionantes columnas que se hundían en el agua oscura. El lugar estaba desierto, era la única paseante. Aminoró su paso al ver que, extrañamente, había algunos muebles viejos y un colchón sucio en el suelo, bajo el arco. Temió acercarse, pero dio unos pasos más movida por la curiosidad. Se veían botes de comida abiertos, rodeados de enjambres de moscas, y ropa raída tendida sobre un palo de escoba. No había duda: alguien vivía allí.

—¿Quiere pasar a tomar el té? —dijo un voz burlona tras ella—. En un momento vendrá el mayordomo y nos servirá unas pastitas, bonita.

Tras estas palabras, la profunda y embriagada voz de hombre que había hablado emitió una sonora carcajada. Amy estaba paralizada por el miedo. No respiraba y un picor insoportable se extendió por toda su cara.

No alcanzó a ver al hombre que hablaba, tan solo percibió su olor nauseabundo cuando este se pegó estrechamente a su espalda.

—Vamos, bonita, la invito a mi palacete.

Amy sintió una punta afilada clavarse en sus riñones, atravesando la tela de su vestido.

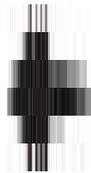
—Ande. ¡Camine!

Caminó a paso lento hacia los solitarios bajos del puente, con el corazón bombeando a demasiada velocidad, haciendo un esfuerzo por contener un sollozo. El corazón se le iba a desbocar. Su casera tenía demasiada razón sobre los peligros de los muelles.

Miró aquel colchón, sucio y lleno de insectos, tirado en el suelo y fue perfectamente consciente de lo que podía llegar a ocurrir en él.

—No, por favor —suplicó al tiempo que se giraba hacia el hombre en un arranque de desesperación.

Entonces vislumbró cómo una alta figura oscura aparecía tras el mendigo, golpeándolo en la cabeza. Pero no alcanzó a ver quién había sido aquel que la había socorrido. ¡Estaba salvada! No obstante, el mendigo, al caer, clavó su oxidado cuchillo en el costado del vientre de Amy de forma bastante profunda. Se llevó la mano al vientre y tocó su propia sangre, estaba caliente... Finalmente, se desmayó a causa del dolor y de la impresión de lo sucedido.





Cuando Amy volvió en sí, abriendo despacio los ojos, identificó una borrosa habitación que le era muy familiar: ¡estaba de nuevo en su piso de Montmartre! Se hallaba en uno de los dos camastros de su estrecho dormitorio.

Junto a ella había una figura sentada: una seria y gruesa mujer vestida de oscuro. Se trataba de *madame* Gauttier.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó, débilmente.

La cara de *madame* Gauttier adoptó una expresión sombría. Suspiró y apartó la mirada.

—Al fin despierta. Gracias a Dios que ha quedado en un susto, temía perder a una inquilina de buen pagar. Ha llegado aquí gracias a su vecino. El señorito que vive sobre ustedes, en la buhardilla. Él la trajo.

Amy miró hacia arriba como si fuera a ver algo a través de la madera.

—¿Cómo?! —exclamó Amy, asustada.

—Verá, fui yo quien lo alertó cuando usted, desoyendo mis precauciones, salió sola de casa para visitar el centro. Era una temeridad, pero usted no quiso escucharme. Así que yo subí y le pedí, por favor, que la siguiera; que la vigilara a usted. Me gusta ocuparme bien de la seguridad de todos mis inquilinos. Ya le advertí que usted era un bomboncito solitario para los malintencionados que acechan en la ciudad —añadió de forma extraña, con ligero y agrio desprecio.

—¿El me trajo? —preguntó Amy, débilmente.

—Y la protegió. La salvó del ataque que sufrió, *mademoiselle*. Después la transportó en sus brazos hasta un carruaje que los trajo aquí.

Amy sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

—Yo... lo había considerado un hombre peligroso. Al no hablar usted ni palabra de él, ni conocer a qué se dedica...

—En cierta manera hace actos peligrosos, pero no tanto para él mismo como para sus clientas.

—¿Clientas?

«Así que estábamos en lo cierto», pensó Amy.

—Sí, las mujeres que lo visitan. Ellas son quienes pueden verse perjudicadas. No deberían hacer lo que hacen. Ellas son quienes corren peligro si se supiera lo que pasa en la buhardilla, por eso todos debemos guardar el secreto de sus visitas. ¿De acuerdo?

«He colocado una venda apretada en torno a su estómago, señorita. Tiene una buena herida, así que ahora descanse. Descanse y esté agradecida.

Veremos cómo le explica todo esto a su prometido.

Amy se quedó sola, mirando al techo, intentando escrutar con la mirada más allá, intentando adivinar algo entre los crujidos de la madera. Aún sentía el cuerpo de aquel vagabundo indeseable pegándose al suyo en el muelle, aún revivía su olfato su repelente olor. Tenía el vestido roto y una herida que le escocía. Vio que podía mover el resto del cuerpo casi con normalidad, aunque todo le dolía.

¿Quién era él, el hombre de la buhardilla que la había rescatado? Había realizado un acto valiente y honesto, así que, ¿cuáles serían esas cosas peligrosas para sus clientas que él hacía?

Clientas... Quizá mujeres de alta alcurnia aburridas, casadas con viejos maridos ricos, que acudirían a él en busca de un cuerpo joven. Suponía que sería joven.

Era la explicación más plausible a tanto misterio. Aun así, pensó, era su obligación darle las gracias. Era un acto de mínima educación. ¿Cómo no iba a hacerlo? La había salvado. Se sentiría muy sucia y rastrera si no subía y, olvidando a lo que se dedicara él, le agradecía tan valiente acto. Había salvado su integridad y posiblemente también su vida, pues lo normal tras una agresión es deshacerse de la víctima para evitar la denuncia. Pero debía hacerlo antes de que Kieran volviera a casa. Él no lo aprobaría.

Se incorporó, poco a poco, sin dejar de mirar hacia arriba. No se oía nada, como de costumbre. Debía ser un amante de lo más silencioso, pensó. Los techos, suelos y muros de la finca eran densos pero... nunca se oían arriba más que pasos. Era muy extraño. Se sentía mareada. De su vientre provenía un gran dolor. Pero debía subir.

¿Cómo sería él? ¿Qué rostro tendría?, se preguntaba, posando una mano lentamente sobre la barandilla.

Capítulo 11

Una visita a la buhardilla.

Miró hacia el final de la oscura escalera y su corazón se aceleró. Latía más fuerte a cada paso, a cada nuevo escalón, como si aquella escalera la llevara a lo alto de un profundo precipicio y el acto de tocar o no a la puerta significara saltar o no saltar. Le dolía horrores la herida al subir los escalones. Llegó al rellano de la buhardilla y la envolvió la oscuridad y el olor dulzón de la madera húmeda. Solo una rendija de luz se filtraba por debajo de aquella puerta prohibida.

Finalmente llamó dos veces con los nudillos. Tras un largo silencio que hizo dudar a Amy si el hombre estaría en casa en aquel momento, una voz, profunda y aterciopelada, surgió de detrás de la puerta.

—¿Quién es? —preguntaba, titubeante.

—Soy... Soy Amy, su vecina de abajo. Venía a darle las gracias por lo que ha hecho hoy.

Otro largo silencio volvió a desconcertarla.

—Un momento.

Sonidos de telas al viento y arrastre de muebles surgieron de detrás del portón de madera que los separaba. ¿Qué estaría haciendo?

Tras unos breves minutos, al fin abrió.

El rostro que Amy pudo entonces contemplar no se parecía en nada al rudo y macabro rostro que ella había imaginado. Por el contrario, un rostro bello, pero maduro, rotundo como el de una estatua romana, la observaba con unos brillantes ojos amarillos gatunos. Había algo felino en él. Era un joven muy alto, fuerte pero delgado y, como siempre, excéntricamente vestido. Una dura barba de tres días y una perilla daban forma y fuerza a su rostro, pero Amy agradeció que no siguiera la moda de las grandes y odiosas patillas, la odiaba; siempre pensaba en lo que tendrían que raspar. Era curioso que le hubiera visto la ropa y el sombrero varias veces, pero nunca le hubiera visto la cara. ¡Y qué cara! Estaba embelesada mirándolo, quizá demasiado tiempo. Pero daba igual, era uno de esos extraños hombres que hacen sentir segura a una mujer tan solo con contemplarlo. Al cuello llevaba un moderno pañuelo semi-cubierto por su largo y lacio pelo castaño. Una camisa blanca y unos

mitones en sus manos completaban el conjunto de su visión. Le recordó a un pirata. Y más aún cuando sonrió burlescamente. ¿Se estaba riendo de ella?

Amy echó un rápido vistazo a lo que había tras él: una habitación muy luminosa de techo inclinado, atestada de altos «muebles» que él había cubierto con sábanas. Eso es lo que había estado haciendo antes de abrir la puerta: ocultar esos objetos de la vista. Su casa tenía la apariencia de un trastero. Poco más pudo atisbar Amy de la habitación. El dolor lacerante volvió a punzar su vientre, su visión se tornó borrosa, sus ojos buscaron los de él en petición de ayuda y, un instante después, se desmayó de nuevo.

Se despertó en un jergón, junto a la pared, a un lado de aquella buhardilla extraña. Tenía las piernas cubiertas solo por las medias y una sábana, el vestido subido, la enagua también, quedando por entero su vientre al descubierto. ¡Qué pretendía aquel descarado! Habría visto su ropa interior y sus medias blancas. Casi sin fuerzas, trató de cubrirse pero él, sentado junto a ella en la cama, le agarró suavemente los brazos y se lo impidió.

—Tranquila, *mademoiselle*, sé cómo tratar a una dama que se desmaya ante mí, suele ocurrirme a menudo —dijo pícaro.

Amy gimió una protesta ininteligible y él rio.

—*Madame* Gauttier no le ha curado bien la herida del vientre, por eso se ha vuelto a desmayar. Se infectará sino se trata. Así que, no tema, sólo estoy tratando de curarla.

El atractivo vecino depositó sobre su herida una gasa empapada en algo que hizo a Amy gritar de dolor. ¡Era un escozor insoportable! Se retorció entre esas sábanas extrañas.

—Le estoy preparando también un té —dijo él señalando un hornillo al otro lado del cuarto—. Debe beber mucho líquido para reponer fuerzas.

El escozor pareció remitir cuando sintió que le palpaba el vientre con manos expertas, en busca de la extensión de la herida.

—¿Le duele?

—... No.

—Perfecto. Entonces la herida es solo superficial. Afortunadamente, no parece que haya daños internos.

Amy lo observó un momento, arrepentida de haber pensado tan mal. Parecía gentil.

—Gracias —le dijo al fin.

Él sonrió, mostrando sus perfectos dientes blancos.

—No hay de qué, señorita. En el futuro, tenga más cuidado. Si su prometido no quiere acompañarla en los paseos, toque mi puerta; aquí tiene un amigo.

—Gracias —dijo, sorprendida—. ¿Cómo pensar en pedirle nada a usted si se nos prohibió subir aquí y ni siquiera sé su nombre?

—¿Les prohibieron subir aquí? Entiendo. *Madame* Gauttier hace muy bien protegiendo a mis clientas, pero puede que se exceda. Al fin y al cabo, somos vecinos.

—¿Sus... clientas? —preguntó, intencionadamente.

Él leyó en el rostro de Amy su desconfianza y su desconcierto y sonrió.

—Soy pintor.

—Oh...

—Pero a las mujeres de alta alcurnia no les gusta que se sepa que a veces posan como modelos.

Amy se sentía fatal: se había dejado llevar por los peores pensamientos. ¡El muchacho tan solo era pintor! Y, además, muy galante y valiente. Dudaba que Kieran se hubiese enfrentado así por ella a su atacante; aquella vez en la estación no lo hizo.

No le había costado nada creer lo peor. Una opción deplorable de la que ahora se sentía arrepentida.

Pero aún no entendía algo:

—¿Y por qué no quieren sus clientas que se sepa que usted las pinta? —preguntó intrigada—. En Londres no ocurría así. Todo lo contrario. Para todas las damas es un honor que un pintor nos realice un retrato.

—No la clase de retratos que yo hago últimamente... Un momento, ¿«Nos»? ¿«Nos realice»? Por sus palabras parece que también usted sepa lo que es ser de alta clase, señorita.

Amy dudó un momento. Había metido la pata.

—Si usted me muestra sus misteriosos retratos, yo también le confiaré mi secreto. Después de todo, me ha salvado. Así estaremos en paz.

Él pareció divertido. Entornó los ojos pícaramente.

—De acuerdo; primero usted.

—Mi nombre es Amy, en eso no miento, y provengo de una buena familia de Inglaterra. No le voy a decir mi verdadero apellido, es mejor que nadie lo sepa. Seguramente me estarán buscando y no quiero ser encontrada. Verá, mi padre es Lord y posee una mansión en las afueras de Londres. Pero huí de allí, dejándolo todo atrás, justo el día antes de mi boda...

—¡Vaya! —dijo él, sorprendido—. Hay que tener valor para dejar una mansión inglesa y venir a vivir aquí como ahora lo hace —afirmó. Quedó un momento dubitativo—. Y, entonces, ¿su compañero?

—¿Kieran? Era mi pastelero. —Él rio— Exactamente, el aprendiz de pastelero del gran maestro que trabajaba en mi mansión. Huyó conmigo; su sueño es trabajar en París.

—Lo que hay que oír... Es cómo una novela de Víctor Hugo: La dama y el joven pastelero, dos seres de distinta clase desafiando las reglas sociales. — Los ojos y la boca de Amy se abrieron al escuchar a su escritor favorito en boca del pintor—. Kieran debe de sentirse afortunado de estar con usted.

Ella torció la boca y suspiró.

—No lo creo...

Él la miró con sorpresa e interrogación, pero no dijo nada al respecto.

—¿Ahora me dirá su nombre y qué tienen de especial sus retratos?

—Por supuesto. Ese era el trato. Mi nombre es Pierre, Pierre Renoir. Pero mis colegas de profesión me llaman solo Pierre. Soy de Limoges, pero llevo casi toda mi vida viviendo en París. Vine a París con solo cuatro años. Ahora, con veintidós, parece que mi sueño de ser pintor comienza a despuntar. Estoy en la Academia de Bellas Artes y acabo de entrar en el taller del gran maestro Gleyre. Aunque la verdad es que la crítica no me trata nada bien... Me aparto bastante del estilo clásico de la Academia.

—¿Y por eso no quiere mostrar sus creaciones: porque no son bien recibidas por la crítica? —dijo Amy, algo atrevidamente.

—No me da miedo la crítica... Me dan miedo los maridos de mis modelos —rio—. Es por esto —añadió, acercándose a una de las sábanas que, ahora sabía Amy, cubrían un caballete—. ¿Preparada?

—Claro.

No lo tuvo tan «claro» cuando Pierre retiró la sábana que cubría uno de los lienzos. No se esperaba en absoluto lo que él le rebeló: una bella mujer, con un intenso y deslumbrante cabello rojo yacía recostada sobre un diván. Una sábana cubría sus partes íntimas, pero los pechos quedaban totalmente expuestos. El cuadro era tan impresionante, tan deslumbrante y bello, que parecía que aquella mujer de pintura fuera de carne y hueso. Amy hizo un esfuerzo y se levantó. Necesitaba admirarlo de cerca; acariciarlo.

Pierre tenía razón: aquello no tenía nada que ver con la pintura clásica. Aquello era mucho más bello, totalmente distinto: Había luz propia, extrañas pinceladas que parecían demasiado gruesas de cerca pero que creaban un

efecto de realidad desde lejos. La mujer parecía emerger del cuadro con su propia personalidad, con su propia fuerza, con los ojos llenos de luz y de vida.

Y así, Pierre fue retirando una sábana tras otra, hasta que Amy se encontró en medio de un bosque de hermosas y sugerentes mujeres desnudas.

—El caso es que postulo en la Academia de Bellas Artes pintando... misiones religiosas —ironizó—. Pero, en secreto, este es mi trabajo. ¿Entiende ahora que lo oculte? Además está el tema de las modelos. Son todas señoras de renombre que, encantadas, corren la voz entre sus amigas. Cuando vienen, se desinhiben y lo disfrutan. Cada una tiene una postura para sugerirme o bien una fantasía. Así, por ejemplo tenemos aquí a la Marquesa de Chantilli montando desnuda a lomos de un corcel, algo que siempre, según ella, ha querido hacer. Y aquí está una amiga de la marquesa —dijo señalando otro cuadro— como si fuese parte de un harén oriental.

—Es... excitante —confesó Amy—. Y los cuadros son preciosos. No son obscenos en ningún momento. Al contrario, diría que todas estas mujeres desprenden ternura en sus miradas.

Pierre se acercó a ella, con las manos en los bolsillos, cavilando sobre sus palabras.

—Pero no están dispuestas a que la sociedad vea estos cuadros. Excepto *madame* Lacaux. Creo que el suyo será el único cuadro que exponga este año, y es un retrato de lo más serio y formal. Nada que ver con lo que ahora ve. Pero lo cierto es que paga muy bien e incluso viene a buscarme aquí con su propio carruaje.

Amy acababa de poner nombre a la mujer del coche.

—¿Y no podría exponer ninguna de estas maravillas, Pierre? ¿Tan reconocibles son las modelos? Quiero decir, ¿tan fiel es el parecido?

—No quiero ser presumido, pero le diré que sí; sí son reconocibles mis personajes. Aun así, muchas me han confesado que dentro de unos años, cuando sean más mayores, no les importará nada que estos cuadros se expongan para que todo el mundo recuerde su esplendor cuando jóvenes. Supongo que entonces llegará mi momento —suspiró—. Por ahora, los suelen guardar en lugares privados de sus casas. Así es la vida del artista: debemos cargarnos de paciencia y esperar nuestra ocasión.

—Nunca había conocido a un verdadero artista. Es... emocionante —confesó Amy, con algo de pudor.

—Pues, si quiere, le puedo presentar a muchos más: pintores, escritores,

actrices, poetas... Todos nos reunimos uno o dos días a la semana en un café cercano. Seguro que disfrutaría la reunión. Perdona que sea atrevido al decirlo, pero veo que lleva usted una vida algo solitaria y aburrida, y me parece una muchacha, es decir, una dama —corrigió— llena de inquietudes.

—Lo cierto es que me ahogo en esa casa que está bajo este suelo. Tanto si está Kieran como si no, reconozco que me siento bastante sola.

—Comprendo... No se hable más entonces. Pasado mañana habrá una tertulia en el café. Espero que no le aburra hablar de arte, política, bebidas y sexo. Suelen ser los temas de conversación. Aviso que nuestras ideas son algo liberales, siendo usted de la alta burguesía inglesa... puede que se sienta incómoda.

—Creo que me encantará. Esperaré ansiosa a pasado mañana —confesó, con evidente emoción—. Encantada de haberle conocido al fin, misterioso Pierre.

Pierre sonrió. Esa niña despertaba en él cierta ternura. A veces la había observado salir del portal camino al mercado desde la ventana de su buhardilla, casi apenado por ella. La había oído cantar en su casa. También la había oído llorar. Ese día había seguido sus movimientos por el centro de París por insistencia de *madame* Gauttier y le había parecido una muchacha llena de gracia, curiosidad y valentía. Y esas cualidades le agradaban. Gracias a Dios que él conocía bien el Puente Nuevo, había estado allí pintando muchas veces, y sabía lo que se escondía en el muelle.

Amy se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! Quiero decir: espere, Amy —instó—. Su té. Lléveselo a casa. Descanse... —añadió—. Recupérese —dijo como una orden, guiñándole un ojo.

Por un instante Pierre había dejado a un lado los formalismos y la había tuteado, con cierta ternura. Había sido un descuido inconsciente, pero significaba que depositaba en Amy un poco de su confianza.

Amy sonrió como hacía tiempo que no lo había hecho.

—Eso haré. Una vez más: Gracias.

Cuando Pierre cerró la puerta tras ella, se recostó contra el marco. ¿Qué acababa de pasar? Él había estado con muchas mujeres increíbles de todo tipo: ricas, pobres, bellas, feas, excéntricas, recatadas, libertinas... o varias de esas cosas al tiempo, pero ninguna le había puesto esa sonrisa infantil en la cara que ahora mismo lucía.

Al otro lado de la puerta, Amy se apoyaba junto al marco también, con el

corazón acelerado. Respiró profundamente y sonrió de oreja a oreja antes de comenzar a bajar la escalera.

Capítulo 12

El café de la plaza.

Una mano acarició lentamente el dulce rostro de Amy. Se había quedado profundamente dormida en pleno día, tras la visita a la buhardilla. Las secuelas de la herida le pasaban factura.

Abrió los ojos y se encontró con un Kieran de triste sonrisa, que la miraba condescendiente. El corazón de Amy no se alegró al encontrarlo inclinado sobre ella, por el contrario y para su angustia, se estremeció.

—Al fin despiertas —dijo en suave tono, con la boca torcida y trémula—. *Madame* Gauttier me lo ha contado todo. Tranquila, no voy a sermonearte por tu actitud cabezota e imprudente. Aún me atemoriza lo que ocurrió. Y, para colmo, Gauttier tuvo que molestar a nuestro vecino de arriba. Tuvo la buena voluntad de traerte de vuelta, pero quién sabe qué podía haber hecho contigo.

Amy exhaló el aire con una sonrisa cansada.

—Es pintor...

Kieran se santiguó, aliviado.

—Gracias a Dios, un mal menor, pero no es lo que pensábamos.

—¿Un mal menor? —preguntó Amy, contrariada.

—Bueno, Amy, no seas ingenua. No es lo que imaginamos, gracias a cielo, pero los artistas no están exentos de cierta... inmoralidad.

Amy pensó en el bosque de mujeres desnudas al óleo que habitaba sobre sus cabezas y suplicó internamente que Kieran no subiera nunca ahí a arriba. En cambio, al visualizar en su mente la figura de ese enigmático pintor de mirada franca, sí que encontró picardía en la imagen, pero también honestidad y un don para el arte.

—Tú también te consideras un aprendiz del arte de la pastelería.

—Eso es distinto. La pastelería nunca ha dado pie a blasfemias, como sí lo han hecho la pintura, la escultura y la literatura.

—El arte debería ser libre de cuestionamientos morales —apostilló Amy sosegadamente, recostada aún.

La mueca de desacuerdo de Kieran era patente en su severo rostro irlandés, aún añinado.

—Entonces supongo que no querrás venir pasado mañana a un café-tertulia con él y otros artistas. Ha tenido la amabilidad de invitarnos.

—¿Artistas? ¿De qué tipo?

—No tengo ni idea, pero estudia en una de las academias más prestigiosas de París, así que será gente interesante, puede que incluso importante.

Kieran frunció el ceño.

—No me parece nada interesante la perspectiva de esa reunión.

—Pierre me ha invitado solo a mí, en realidad, muy amablemente. Así que iré. Sería una grosería no asistir.

—¿Ese es el nombre del «pintor»? ¿Pierre? —preguntó retóricamente Kieran, intentando disimular su desprecio.

—Eso es; Pierre Renoir, creo recordar. Pinta a grandes damas de la alta sociedad de París —dijo Amy, al tiempo que su mirada se iluminaba.

—Aun así, no creo que aguante una tertulia entera sin decirle a ese *grupejo* de soñadores y escandalizadores lo que pienso. No me veo allí.

—«No pienso igual que tú, pero moriría por tu derecho a decir tu opinión», dijo Voltaire. Esto es Francia, *mon ami*. Animarías la charla.

Kieran se levantó de la cama como si se acabara de pinchar el trasero con una aguja de zapatero.

—¡No intentes decir qué pasará! Bien sé lo que ocurriría. ¿Crees que no me ha pasado otras veces? Ellos reirán ante mi ignorancia y yo perderé los nervios, eso es lo que ocurrirá. No. No es para mí. En cambio tú, Amy, pareces dispuesta a sentirte cómoda entre esa gente. Es una faceta que nunca supuse en una señorita de bien como tú.

—¿Quién es la gente de bien, Kieran? Si con gente de bien te refieres a gente de alta clase, no puedes estar más desacertado. No siempre tienen esos dos conceptos alguna relación. Además..., volviendo al tema que nos ocupa, precisamente la gente de alta clase conoce y aprecia la cultura.

Kieran la miró, paseando, con los brazos colocados en jarras.

—Quizá no llamamos «cultura» a la misma cosa, después de todo. Tengo la sensación de que ponemos a las cosas nombres muy distintos.

Amy suspiró.

—Está bien, no es necesario que pases un rato incómodo. Para nada. Además, ¿estás acabando más tarde que antes de trabajar, verdad?

Kieran dudó.

—Sí —dijo finalmente—. Estamos saliendo más tarde.

No hubo más palabras, ni en los momentos posteriores, ni al irse a dormir,

ni al levantarse de madrugada. Ni tan siquiera al ver cómo Amy se curaba sola su herida.

Amy cada vez le encontraba menos sentido a aquella convivencia. Habían huido juntos; sí, pero no quedaban ni las brasas de cualquier llama que hubiera ardido. Y es que no se conocían en absoluto. Ese había sido el error. Y a ninguno de los dos le agradaba lo que iban descubriendo el uno del otro. Kieran hubiera querido tener a una señorita modosa y recatada entre sus brazos y Amy había escapado hasta allí para ser libre y lanzarse a cuantas aventuras le trajera el destino. Por otra parte, había juzgado más bondadosa el alma de Kieran. Quizá en el fondo lo fuera, pero se temía que esos tremendos prejuicios nunca lo dejarían ver a las personas que había tras ellos. Se arriesgaría a someterse a la furia posterior de su exasperante compañero, pero nada la iba a retener: iría a conocer a esa gente tan interesante en un par de días.

Más tarde, durante las clases diarias, mientras los niños practicaban su ortografía, tomó la pluma y practicó la suya propia en un papel: era una nota para el señor Renoir. En ella le confirmaba su asistencia a la reunión, en solitario.

Cuando le contó a Blanche que el supuesto «fulano» o «furcia, pero en hombre», como lo había llamado la mujer, era en realidad un joven pintor, ambas rieron durante un buen rato. Eso sí, Amy se ahorró, de momento, confesarle que además era gentil, pícaro y guapísimo.

Blanche preparó un emplasto de hierbas y manteca para la herida de Amy y le recriminó sin cesar el haber ido a pasear sin carabina; ella hubiera hecho de acompañante, muy gustosa, le dijo varias veces.

Al llegar a casa, suspiró una vez más ante la visión de esas últimas escaleras que tanto la turbaban: las oscuras escaleras que llevaban hasta la buhardilla. De puntillas, subió por ellas y, con el corazón desbocado, deslizó la nota bajo la puerta de Pierre.

Esperó ansiosa a que llegara el siguiente día, demostrando ante Kieran su tesón y paciencia, curando su propia herida y cocinando la cena para ambos, cena que tomaron de nuevo en absoluto y retador silencio. Amy había perdido toda esperanza de que él reaccionara, la besara y la abrazara, pero ya no estaba segura de si lo prefería así...

Y aquella esperada tarde llegó. Se atavió de nuevo con su vestido verde, cuyo tremendo agujero cubrió con una gran cinta marfileña a modo de fajín, que remató con un lazo. Era su único vestido elegante y no quedó mal del

todo el improvisado arreglo, aunque en esa fría tarde tuviera que acompañarlo de unos mitones de cachemira un tanto inusuales y, una vez más, estuviera carente de sombrilla. Amy parecía un bicho raro así vestida, algo intermedio entre una dama y una prostituta, pero no tenía más remedio ni elección. Aun así, mientras esperaba en el portal, se retiró de la portería un par de metros, para dejar de sentir el intenso par de ojos de *madame* Gauttier inquiriendo sobre ella.

Al fin, vio aparecer a su anfitrión, a las cuatro en punto, ataviado esta vez con corbatín, chaqueta de paño y, afortunadamente, sin sombrero de copa. Formaban una extraña pareja, algo artística y, a todas luces, informal.

Pierre sonrió con elegancia exquisita y tendió su brazo a Amy, quien lo tomó con una sonrisa tímida. Se giró un momento hacia la portería.

—*Madame* Gauttier, si es tan amable, comuníqueme al señor que he asistido a una reunión —sugirió, algo preocupada.

Madame abrió la boca de forma que, de no haber sido por la presencia de Pierre, habría dejado escapar la palabra «Descarada».

—Observé el otro día que sale usted a la calle sin sombrero ni sombrilla, señorita Amy *Sinapellido*. Así que, para demostrarle que me alegro mucho de que se haya decidido a acompañarme, aquí tiene un regalo.

Le ofreció una preciosa caja alargada color dorado. Amy no salía de su asombro.

La abrió con delicadeza:

—¡Una sombrilla! —Sacó de la caja una elaborada sombrilla de ganchillo color hueso—. ¡Una sombrilla preciosa!

—Seguro que en su mansión las tenía mucho mejores, pero es un detalle.

—Es perfecta —aseguró Amy, aún asombrada. La abrió y dio una vuelta bailarina.

Pierre dejó la caja en la portería y ambos tomaron el camino hacia la plaza du Tertre, más conocida como la plaza de los pintores; una pequeña plaza cuadra, con muy mala fama nocturna, donde éstos hacían eventual exposición. Callejearon brevemente por el barrio, dejando atrás el molino de la Galette, sumidos en una agradable conversación.

—¿Cómo se recupera de su herida, *mademoiselle*? —preguntó él, caballeroso.

—¡Oh! Lo cierto es que muy rápidamente. No sabe cuánto agradezco esa pregunta.

—No entiendo el porqué. ¿Quién no iba a mostrar interés por su salud?

—Le sorprenderá entonces saber que es el primero que lo ha mostrado; a parte de mi gran amiga Blanche, una mujer encantadora con quien vinimos en el tren desde Calais, que nos acogió en su casa después de que unos atracadores nos robaran el dinero en la estación, y a cuyos hijos enseñó a leer y a escribir.

Pierre tornó su gesto amable hacia la seriedad.

—Uf, sí que ha vivido aventuras desde su huida. Dos atracos nada menos. O, mejor dicho: un atraco y una agresión. Ya no le tocan más desgracias en un tiempo. No me haga tener que volver a rescatarla —añadió guiñando un ojo.

—Esperemos.

—Y respecto a Kieran... Insinúa que no se está preocupando por usted. Le confesaré que no me sorprende que las cosas sean de esa manera, desgraciadamente. Al fin y al cabo... ¿quién puede intuir los problemas de una pareja mejor que su vecino de arriba?

—¿El de abajo, quizá?

Pierre abrió los ojos con sorpresa y rio abiertamente en plena calle, mientras caminaban. Amy consiguió reír también.

—Porque, son pareja, ¿verdad? —inquirió él—, aunque no sea su prometido. Al menos son amantes, no puede negarlo —afirmó levantando una ceja.

Amy enrojeció muchísimo. Nunca había hablado con nadie tan directo, a excepción de Blanche.

—Ya no sé ni qué somos, *monsieur* Renoir. Éramos amantes, efectivamente. Duró apenas unos días. Un encuentro perfecto bajo la escalera de mi casa, durante una fiesta... y luego todo se fue enfriando. No nos conocíamos, en realidad. Y creo que nos separan diferencias irreconciliables... Me he dado cuenta de que es en la convivencia donde de verdad se conoce a las personas. La gente adquiere roles, desvela sus manías y su verdadero yo. Y a veces no es lo que imaginábamos... Kieran es tan... estricto y prejuicioso.

—En primer lugar le diré que, aunque no es asunto mío, esa diferencia de personalidades salta a la vista, querida *señorita inglesa*. Mientras usted parece un alma libre, su compañero parece un alma encerrada en sí misma y en algún dogma. En segundo lugar, no me llame «*monsieur* Renoir», por favor. Solo Pierre.

—Está bien, entonces yo para usted seré solo Amy.

—Señorita Amy.

Ambos cruzaron la mirada un solo momento, el justo para verse sonreír.

—Está bien, se lo concedo: señorita Amy.

Al entrar en el café Amy se tranquilizó al ver que su apariencia no desentonaba ni llamaba la atención, como había pensado. Tras una cortina de humo de cigarros puros, había una mezcla variopinta de prostitutas, damas, pordioseros y caballeros alrededor de las mesas redondas que abarrotaban el acogedor café. Paredes forradas en madera, una larga barra y una selección de cervezas diversas bien visibles, completaban el cuadro. El tiempo pareció detenerse. Aquella escena era digna de ser pintada. Amy nunca había estado en un sitio así, pero, sin duda, esa visión, esa mezcla de olores tan fuerte y abrumadora... café, cerveza, cuero, tabaco, perfume... despertaron en ella una emoción mayor que cualquier refinado salón de té.

Cruzaron la sala, recibiendo por doquier curiosas miradas, hasta que llegaron frente a una mesa ocupada por tres hombres jóvenes, veinteañeros bien parecidos, al igual que Pierre, pero no tan elegantes como él. La nota discordante la interpretaba una hermosa dama de cabello negro y labios profusamente rojos que despertó una inesperada punzada de envidia en Amy. Todos, excepto la dama, se levantaron a su llegada para saludar.

—*Salut, mes amis!* —saludó Pierre, expresiva y alegremente—. Os presento a mi invitada especial: mi vecina, Amy O'Connell.

Estuvo inteligente al recordar el apellido de Kieran, con el cual estaba registrada.

—¡Oh! Una irlandesa —expresó la bella dama, vestida por completo de blanco, luciendo un llamativo y lujoso cuello de armiño.

—Inglesa —corrigió Amy, innecesariamente. Hubiese sido más inteligente fingir nacionalidad irlandesa. Demasiado tarde. No estuvo rápida.

Por un momento, pareció que ambas damas se medían.

—Pierre, ¿dónde te metes? —dijo uno de los hombres—. Ya no se te veía la boina por aquí.

—Solo voy a sitios donde me aburra menos que en casa, por eso vengo poco —bromeó Pierre. Ante lo que todos rieron y fingieron quejas.

—Señorita Amy, déjeme presentarle a mis compañeros de academia: *monsieur* Claude Monet, *monsieur* Frédéric Bazille y *monsieur* Alfred Sisley, y nuestra encantadora amiga y prestigiosa actriz, Ellen Villandry.

Amy quedó francamente impresionada, a pesar de no haber escuchado nunca ninguno de los cuatro nombres. Nunca se hubiera imaginado

compartiendo mesita de café con una actriz francesa. No gozaban de una reputación lo bastante limpia como para ser admitidas en los salones ingleses. En cambio, allí estaba, con una.

—Encantada de conocerles a todos —sonrió, algo avergonzada—. Pero, tomen asiento, por favor, caballeros. ¿Es usted actriz? —repitió dirigiéndose a Ellen, sin dejarse impresionar por los hombres, tan solo por ella—. Ese debe de ser un trabajo muy emocionante.

Ellen rio con descaro y coquetería. Su cuello de armiño se movió arriba y abajo sobre su pecho.

—Emocionante, sin duda, querida amiga. Permítame la temeridad, pero las amigas de Pierre son también mis amigas —dijo tomando su mano un segundo con toda confianza, como si la conociera de toda la vida. El contacto turbó a Amy.

—No se deje conmovir, querida joven —dijo el mayor de los pintores—. Ellen es amiga de todo París.

—¡Oh! —Exclamó Amy desde su inocencia y su confusión en la ironía, que no acabó de captar debido al idioma—. Debe de ser usted muy famosa. Es curioso para mí ver a una actriz entre pintores. ¿Cómo se conocieron? ¿Quizá en alguna representación?

Todos se miraron entre sí de una forma tal que Amy comenzó a sonrojarse más y a arrepentirse de su pregunta. Pensaba que era una pregunta introductoria lógica, tal y como le habían enseñado en los salones de sociedad, pero estaba empezando a pensar que quizá había sido indecorosa.

—En realidad —salió al paso Pierre—, Ellen ha posado en la Academia para todos nosotros.

—Sí, y también para Pierre en exclusiva, de forma privada —añadió ella, golpeándolo suavemente en el hombro y riendo como si hiciera gárgaras.

—Sí, tengo un buen retrato de Ellen, a decir verdad. Era uno de los que vio en mi buhardilla, señorita Amy.

—¿Una señorita inglesa ha estado en tu buhardilla? —preguntó Bazille con cierto retintín.

El señor Bazille parecía el más agresivo y hablador de los tres amigos de Pierre, pues Claude y Alfred parecían izar sus ojos hacia su propio mundo mientras escuchaban, observando a Amy y al entorno a su alrededor como se observa una pieza de arte, como si no formara parte de la realidad.

—No posando, Bazille. Es mi vecina y me visitó. Sin más. Tan solo le dio tiempo a observar brevemente mi obra.

—Afortunados sus ojos —sentenció Bazille con sorna malintencionada, mientras exhalaba el humo de un cigarro-puro de inmundo hedor. A Amy ese olor y ese humo le recordaban siempre a su padre, importador de puros americanos. No era una asociación de recuerdos agradable.

Las manos de Ellen se posaron de repente sobre la barbilla y el cuello de Amy.

—Déjame que te vea, querida... Qué estructura tan proporcionada... y qué cabello tan extraño, es de un tono castaño rojizo muy fogoso y brillante. Espero que otro día podamos compartir en privado secretos de belleza...

—Ellen es famosa por sus trucos de belleza —reveló Bazille—. Cremas con especias traídas de oriente, aceites para el cabello y nada de secarse con toallas tras el baño, solo paños de seda o las camisas de sus amantes.

—Pierre, ahora que estoy observando a tu hermosa vecina —continuó Ellen, como si no hubiera oído a Bazille—, me pregunto si no te has planteado que Amy pose para ti.

Pierre tragó saliva. No lo había pensado, pero la idea le gustó demasiado. Tanto que notó un hormigueo recorriéndolo.

Amy tragó saliva, un tanto paralizada.

—No, Ellen. No creo que la señorita quiera hacer eso —dijo Pierre con respeto.

Es exactamente lo que sentía hacia Amy: respeto. Respeto, atracción y una cierta ternura. Se dio cuenta de que nunca había sentido demasiado respeto por ninguna mujer hasta el momento; eran un juego, un entretenimiento para él. Pero con los sentimientos o ilusiones de Amy no quería jugar. No entendía por qué. Simplemente lo sentía así.

—Pierre, Ellen tiene razón —intervino Alfred—. Hace tiempo que dices que buscas una modelo que refleje fuerza y, al tiempo, que sea lo bastante dulce como para ser la modelo de tu proyecto particular sobre *Nuestra Señora de París*.

—¿«*Nuestra Señora de París*», de Víctor Hugo? —exclamó Amy, con incredulidad.

—Sí; ¿La conoces?

—¡Es mi obra favorita!

Un breve rumor de admiración recorrió la mesa.

—Vaya, también la de Pierre —afirmó Ellen, algo más seria—. Hace tiempo que está buscando una modelo que represente bondad y dulzura para ser su Esmeralda, y, como puedes imaginar, yo no le sirvo —dijo con una

sonora carcajada.

—Pero yo no creo que encajara con el personaje de la bohemia Esmeralda —opinó Amy—. No soy morena, ni racial.

—Eso se puede arreglar fácilmente en el lienzo con un poco de pintura o betún de Judea —dijo Pierre—. No me parece ninguna mala idea, si usted quisiera, señorita Amy. No sé si se ha dado cuenta: es usted casi una bohemia. Su espíritu, al menos, lo es, y está viviendo como tal. A parte del hecho de que los ojos de Esmeralda también son verdes, y ningún artista puede imaginar el brillo y la inocencia de unos ojos como los suyos.

Un silencio de admiración reinó en el ambiente, hasta que Bazille carraspeó.

—Buen anzuelo, Pierre.

Amy bajó la mirada y notó como su pecho se hinchaba sin poder ella controlarlo.

—Vaya... Muchas gracias, *monsieur*.

—No puedo creer que hayas encontrado al fin a tu modelo para el proyecto privado de la Academia —dijo *monsieur* Monet.

—Un momento, Claude. Amy no ha dicho aún si está dispuesta.

—¡Por supuesto! —se adelantó a responder Ellen por ella—. Tienes que posar para ese cuadro, querida. Todas las señoras de París hubieran dado un brazo por ser las modelos del proyecto de evaluación de Pierre; por lo que ha dicho de ti, debes de tener algo diferente y especial. Es un paso muy importante para él, éste es el primer proyecto para presentar a examen que se atreve a salirse de la línea clásica y aburrida que imponen en la Academia. Les dan tema libre, pero pocos arriesgan. Querida, si has visto su trabajo en la buhardilla, convendrás conmigo en que es abrumador y atrevido, pero por ese motivo precisamente nunca ha presentado nuestro querido Pierre nada parecido en la Academia. Tú serías el detonante de un cambio hacia una nueva era.

—O hacia el escándalo y el suspenso —apostilló Bazille.

—Ellen tiene razón —confirmó el callado Claude—. El trabajo de Pierre es mágico, pero en el estudio no se atreve a salirse de los cánones clasicistas ni a saltarse el *statu quo*. Este sería un trabajo diferente para él.

—Sería algo intermedio entre un obra clásica y... lo que pudo observar en la buhardilla —concretó el propio *monsieur* Renoir.

Ahora fue Amy quien se ruborizó profusamente. Todo sonaba muy trascendental. Parecía una gran responsabilidad.

—¿Una Esmeralda sin... ropas? —quiso saber Amy.

—No necesariamente. Había pensado tan solo en la visión de un hombro y en un pecho insinuándose más que el otro bajo la tela de un vestido zíngaro. Pero, por supuesto, si no os agrada la idea de ser modelo o de realizar este trabajo...

—Me agrada —afirmó Amy en voz muy bajita, para su propio asombro—. Creo que me agrada bastante —dijo por modestia, pues no lo creía sino que estaba segura—. Al fin y al cabo, ¿qué más oportunidades se me van a presentar para dar vida a mi heroína más querida de la literatura? Aún no lo puedo creer.

A la sonrisa afirmativa de Amy se unieron las de todos los demás.

Dos horas más pasaron, tan rápidas y felices como una ensoñación. Todos tomaron cafés y distintas bebidas alcohólicas. Amy tomó un poco de coñac francés, al que Víctor Hugo llamaba «licor de los dioses», endulzado con canela. Como mandaba el protocolo, los hombres invitaron. Nunca había escuchado hablar de libertades, ni de política, ni de arte, ni de amor tan libremente como lo hacía aquel curioso grupito de artistas. Se sentía como la protagonista de cualquiera de las obras de los escritores revolucionarios que, tal como su adorado Víctor Hugo, denunciaban las injusticias y defendían los derechos del pueblo. Era como estar en una escena de *Los miserables*. Nunca se había enardecido así en una charla social y sentía que su corazón cantaba canciones de libertad y victoria. Estaba viviendo el auténtico París, al fin.

Antes de marcharse, Ellen invitó a todos a una fiesta dentro de tres sábados, en la mansión de un conocido productor de obras de teatro, mecenas de artistas y coleccionista de arte.

Amy aceptó, encantada.

—Amy, le prevengo de que no será una recatada fiesta al uso, como esas inglesas donde una dama lanza gallos en forma de notas musicales mientras otra la acompaña al piano, se comen pastas y se bebe té.

A Amy le costaba imaginar otro tipo de fiesta.

—¿Será más parecido a un baile? —preguntó.

—Digamos que sí. En este tipo de bailes temáticos privados y exclusivos los anfitriones suelen competir entre sí por ver quién ofrece el mayor entretenimiento y a quién se le ocurre la mayor excentricidad. En la última fiesta de mi productor, éste contrató a una meretriz que había dado a luz recientemente para que sirviera leche de sus pechos a los invitados en finas copas de oro y cristal. ¡Se habló de ello en todo París durante meses! —Amy

se horrorizó y dudó mucho si querría ir. Pero pensó que Ellen estaría tratando de escandalizarla exagerando—. Por eso trato de preveniros sobre el tipo de cosas que podréis encontrar si acudís. Algunas damas se desmayan a veces —dijo con un ademán—. El protocolo de esta fiesta es: vestuario libre, totalmente libre, pero debemos ir con máscaras —anunció Ellen para todos.

Durante el camino de vuelta, de nuevo cogidos del brazo, Pierre le contó cómo acabó él mismo en París y cómo ella le recordaba a él cuando llegó. En su caso, en lugar de huir de la influencia paterna, había llegado hasta allí por insistencia paterna. Su padre, un viejo y orgulloso sastre de Limoges, había intentado potenciar las cualidades artísticas de Pierre desde niño, ahogándolo en ocasiones con su presión. Y este era uno de los motivos por los cuales no se atrevía a mostrarle su verdadero y tan diferente arte a los maestros de la Academia: temía que no fuera lo bastante bueno, temía decepcionar a su padre. Pierre, en privado daba rienda suelta a su «verdadero yo», pero en público seguía haciendo «lo que los mayores decían».

Al llegar al portal de casa, pidió a Pierre que no hiciera ruido posando su dedo índice sobre sus suaves labios. Se les había hecho más tarde de lo previsto: ¡era la hora de la cena! Kieran la reprendería; seguro.

—Ahora que estamos solos, señorita Amy, sea sincera conmigo respecto a ser mi modelo; no tiene porqué posar para mí si eso la hace sentir incómoda —dijo, franco.

—Con total sinceridad —respondió, mirándolo directamente, con brillantes ojos—: quiero ser su modelo. Es apasionante representar a Esmeralda y ser modelo de un pintor en París. Ni en mis mejores sueños, cuando huí pensando vivir el París de los buenos barrios, hubiera imaginado que tendría ocasión de hacer algo así. Es emocionante. Aunque no entiendo qué ha visto en mí, no soy morena ni atractiva.

Pierre esbozó una sonrisa infantil en su rostro de perfil grecorromano.

—¿No es consciente de su belleza, verdad? Bien; déjeme la mañana para adquirir el vestuario y telas para el fondo; así, sus alumnos tampoco se pierden su lección. Y, tras el almuerzo, podemos empezar.

Ella se sonrojó al pensar dónde se había metido. Pero lo miró y le tendió una mano firmemente.

—Estupendo. Tenemos acuerdo, *monsieur* Pierre.

Él asió su pequeña mano envuelta en mitones y, pensando que el próximo regalo para su nueva modelo iba a ser un par de guantes decentes, la apretó

con fuerza. La mano de ella se perdía entre las suyas. Eran como de especies distintas.

—Solo que las modelos suelen cobrar, si no es un encargo para sí mismas, y yo trabajo con encargos. Así que no sé muy bien...

—No rompa la magia, *monsieur* Pierre... —repitió el apelativo a modo de sorna.

—Ya que no puedo asegurarle un salario corriente de modelo, permítame que le ayude a renovar su guardarropa según la moda de París. Gracias a mis clientas, conozco las mejores tiendas y me deben algunos favores.

—Bueno, no pensaba pedir nada a cambio, pero estaría loca si dijera que no a eso.

—Entonces, no hay más que hablar. La acompaño —dijo señalando la escalera.

—Claro, no tiene otro remedio —bromeó Amy.

Ambos subieron la escalera entre risas silenciadas, que, aun así, fueron perfectamente escuchadas por *madame* Gauttier y la cotilla De Champs.

—Feliz noche, *mademoiselle*.

—Feliz noche, *monsieur*, gracias por la velada.

Pierre la miró una vez más, con su sonrisa de pirata, y le hizo una reverencia con la cabeza, levantando un poco el borde de su elegante sombrero. Amy se fijó de nuevo en su pelo largo, en sus ojos amarillos y brillantes de gato y en su recto perfil, al que la pequeña perilla y la barba incipiente daban ese aire salvaje... No era fácil dejar de mirarlo.

Al día siguiente, comenzarían el emocionante trabajo.

Capítulo 13

Sorpresas.

Cada vez que Amy traspasaba la puerta de su casa, sus sueños parisinos caían un poco al suelo. Debía tomar un baño. No se secaría con paños de seda como Ellen, pero debía lavarse un poco. Le extrañó que Kieran no estuviera en casa. Solía acabar tarde del trabajo, pero no tanto. Cenó rápido, mientras calentaba agua para el baño en una gran olla. Apenas tomó un té con menta y un panecillo con mantequilla; tras el coñac, le parecía suficiente. Aún notaba su ardor dulzón en el esófago.

Se desnudó, tras mezclar en la bañera la olla de agua caliente con dos de agua fría. Dio las gracias por tener agua corriente en la cocina. Ese era otro maravilloso invento reciente: el milagro de abrir un grifo y que salga agua, en lugar de hacer viajes a la fuente del barrio o pagar a un aguador; aunque en muchos pueblos y en otros países aún había que hacer eso. Entró en la bañera de latón lacado en blanco y suspiró. Se sentía feliz, mucho más que en los últimos días. Se masajó a sí misma con un jabón de rosas que había comprado en el mercado, dejándolo deslizar suavemente por su piel. El olor de las rosas la transportó a Londres: a los cultivos de rosas de Regent's park, donde podías encontrar todas las variedades del mundo junto a un pequeño riachuelo, sauces llorones... Sintió un ahogo de nostalgia. Era irónico que echara más de menos pasear por los tranquilos y frondosos parques de Londres que su propio hogar, pensó. Aunque, de tanto en tanto, sentía una punzada en el corazón, no era debida a su incierto futuro sino al desarraigo. Su hermano Hans era el único que aún le importaba, el único al que quería volver a ver algún día. Pero el futuro no le importaba demasiado porque estaba viviendo como si no lo hubiera, era buena en la técnica de «no pensar demasiado», aunque no la abandonaba cierto miedo.

Mientras se acariciaba con el jabón aromático, la imagen de los ojos de gato de Pierre apareció ante ella, sin haberla invocado. No debía pensar en él así, tan solo en Kieran; se sintió culpable. Trató de despejar la mente. Miró sus piernas: blancas, no muy largas y con algo de vello; no le gustaban nada. Las lavó también, como si merecieran un premio. Su cuerpo y su mente se relajaron, al fin, tanto que casi se quedó dormida en la bañera. Dio una

cabezada y decidió que era mejor ir al dormitorio. No quería salir... Se envolvió con una rasposa sábana de algodón que hacía las veces de toalla y, así, se fue a la cama. Se quedó dormida, desnuda bajo las sábanas, y Kieran no había vuelto aún.

Algo rozó su piel a media noche y se despertó súbitamente. Era Kieran. Estaba con ella, bajo las sábanas, olía un poco a alcohol, y se estaba apretando contra su trasero. Al notar que Amy se despertaba, la agarró fuertemente por los hombros. El aire se le quedó atragantado a medio camino entre la boca y los pulmones. Kieran la empujó contra la pared al presionarla con todo su cuerpo. Amy se dio la vuelta y trató de calmarlo; quería besarlo, pero de forma romántica, no así. Pero él no quería besos, estaba agresivo, comenzó a tocarla de forma algo brutal. Amy casi no podía reaccionar. Había deseado aquello durante días; había deseado que él la deseara. Pero ahora ya no estaba segura de lo que quería. Cada día era más evidente que no era un hombre para ella, ni ella una mujer para él. Su cuerpo aún lo deseaba, aunque su mente no tanto. Se encontraba en una encrucijada. Él subió las sábanas luchando contra las manos de ella. Le agarró las muñecas. Amy respiraba de forma acelerada. Decidió intentarlo y ceder bajo la fuerza de Kieran, al fin y al cabo, sí deseaba ese contacto físico, aunque le faltara el emocional. Pensó que qué era aquello sino una aventura. La formalidad de su relación no era más que para guardar las apariencias, pero en realidad no existía. Como bien había dicho Pierre, en realidad no eran más que amantes. Unos amantes algo nefastos y novatos. Por un momento, deseó que Kieran fuera Pierre, pero ese hombre le parecía totalmente fuera de su alcance. Volvió a sentirse culpable.

—Si te ha tocado ese maldito bohemio no te importará que te toque de nuevo un buen católico irlandés —afirmó Kieran con su suave voz habitual transformada en una áspera amenaza.

La cara de Amy ardió de sorpresa.

—Claro que no me ha tocado —intentaba afirmar Amy.

—Eres mía.

Amy trató de decirle que eso no era del todo así; Kieran no era consciente de lo que decía. Lo que le había vuelto agresivo era la enorme sensación de impotencia ante su falta de dominación: no podía controlar a esa dama. La gente hablaría. La habrían visto pasear con otro hombre. Se sentía humillado y la rabia se apoderaba de él. Sus manos recorrieron, con fuerza y sin delicadeza, el cuerpo de Amy. Bajó sus pantalones y tiró de las desgastadas medias de su abandonada *milady*. La penetró con una dureza que Amy solo

había sentido la noche de la fiesta en su casa. Amy aún estaba húmeda tras el baño y el miembro de él al fin se deslizaba sin dolor en su interior. Kieran mordió uno de sus pechos y lamió su pezón sin delicadeza. Amy solo sintió dolor. Kieran siguió embistiendo y jadeando, libre de sus habituales ataduras. Sin duda, aquello era cosa de la desinhibición de una noche de bebida con los compañeros de trabajo. El alcohol había borrado sus católicas excusas, sus habituales remordimientos. Se dejaron llevar ambos durante bastantes minutos. Amy se arqueó y trató de dedicarse a disfrutar a pesar de la falta de cuidado de él, buscando sentir la forma del glande en cada recoveco de su interior. Consiguió sentir pequeñas punzadas de placer al mover la cadera, despacio, como una serpiente; así él llegaba a lugares diferentes en cada embestida. Pero, antes de acabar, cuando parecía que el clímax estaba próximo, su virilidad, una vez más, lo abandonó. Fue incapaz. Su furia no hizo más que aumentar, golpeó la almohada varias veces con fuerza, se levantó de un salto y se retiró al comedor.

Una vez más, su hombría no había acabado de reaccionar ante ella. Amy se sintió hundida. Aquello no tenía arreglo. Estaba desconcertada. Entonces, mientras pensaba que era mejor dejar que él se calmara y luego tratar de hablar, lo escuchó resoplar con rabia. Algo debía estar ocurriéndole. Durante un segundo no protestó, pero se le hizo insoportable la idea de quedarse esperando a que él volviera y continuaran peleando... o conviviendo en silencio, sin más. Un impulso la alentó a levantarse de la cama y salir al comedor, con él. No podía dejar que las cosas continuaran así. En el fondo, estaba preocupada por su estado. No era tan egoísta como para no inquietarse por sus sentimientos.

Ella lo miró, de pie, apoyada en el marco de la puerta del dormitorio. Envuelta en una sábana.

—Lo siento, Amy. Lo siento, mi *milady*. No por lo que acaba de ocurrir, sino por todo.

Kieran, al fin había bajado la guardia. Ella lo miró sin decir nada, incrédula.

—Soy consciente de que toda esta situación me ha cambiado. Me he convertido en mi padre... Me he sentido muy bien en el papel de hombre de la casa; he creído realmente estar a cargo de ti... Nunca debí siquiera dejar de hablaros con fórmulas de respeto, pero me perdí en nuestro juego —se disculpó.

—Continúa tuteándome. Y es demasiado tarde para volver atrás.

—Ahora lo veo perfectamente: esto no funciona.

—Porque nada de esto es real. Nunca lo ha sido —susurró ella, serena.

—Mi sueño cumplido sí es real —dijo cerrando los puños y llevándolos hacia sí.

—Claro que sí, hablaba de nosotros. No soy feliz con lo que ocurre entre estas cuatro paredes. Tú has cumplido tu sueño, yo no.

—Lo sé. Y no he sido justo.

—Parece que está volviendo un poco el Kieran dulce al que creí conocer.

—No soy ya el mismo y no quiero serlo. Quiero seguir adelante. Quizá ha llegado el momento de que nuestros caminos se separen. Pero, es tan complicado... No podemos vivir por separado —continuó él—. Necesitas mi sueldo, apenas te quedan cosas que vender. Por otro lado, yo no quiero engañarte, no quiero hacerte más daño.

—¿Engañarme? —preguntó Amy—. ¿Qué quieres decir? No debes de sentir por mí lo mismo que cuando eras aprendiz en mi casa; eso es evidente.

Él guardó silencio.

—Eres una persona maravillosa —alegó, e hizo otra pausa—. Pero, no. No lo siento.

—París te ha cambiado. Era yo la que venía buscando alas y eres tú el que las ha conseguido, eso debe cambiar a las personas. No te culpo.

—Sí, me ha cambiado. Pero, no es solo eso —dijo acercándose a ella y cogiéndole las manos. Tiró de Amy lentamente y la invitó a sentarse—. Me he enamorado de una persona.

Amy pensó que iba a desmayarse de la impresión. Suspiró, bajando la cabeza. No se lo esperaba en absoluto. Trató de respirar.

—¿Quién es? ¿Ella te corresponde? —preguntó, acumulando paciencia.

—Quien es... da igual, no la conoces. Y, sí, hace días que sé que ella me corresponde. Hoy la he visto de nuevo y mis sentimientos han sido tan fuertes y confusos que me he quedado con Lonx después del trabajo para ir a tomar algo y hablar.

—¿Le has contado a Lonx la verdad entre nosotros?

—Casi toda. Si tú también paseas por París sin mí, con otro hombre... qué más da. También quiero proteger mi honor. Es mejor que todos sepan que se ha acabado esta relación.

Ella no pudo aguantar más. Sus ojos verdes se inundaron de lágrimas, brillaron, reflejando los destellos avellana del cabello que le caía sobre la cara. Después se llevó las manos a la cara para ocultar que se estaba echando

a llorar como un torrente.

—Es que, aunque creo que exageras en cuanto al honor, no puedo culparte —consiguió decir—. Venir aquí fue idea mía y, bien que quisieras seguirme e intentar realizar tu sueño, pero nunca debimos empezar una relación —dijo entre hipos, como si acabara de ver la luz—. Ni fingida ni real. Empezamos demasiado alocadamente y no nos conocíamos más que de vista: de vernos por la mansión, cruzar cuatro palabras impersonales e imaginarnos el resto. Vernos e idealizarnos. Y luego estaba la realidad —añadió, filosófica.

—Nuestra relación estaba basada en el mero agrado —estuvo de acuerdo él —, en la atracción, mucha atracción al principio, *milady*, de verdad, y en un arrebató. Pero tenemos formas distintas de ver el mundo.

—Pero... ¿qué hacemos ahora?

—No te voy a abandonar. No olvido que sin ti no me hubiera atrevido a dar el paso de venir a París tras mis sueños y que sufragaste los gastos de aquel viaje. Ahora yo me ocuparé un tiempo del alquiler de este piso —dijo él. Amy volvió a echarse a llorar, esta vez de alivio. Se había visto por un momento regresando a casa—. Seremos meros compañeros, viviremos juntos bajo este techo hasta que demos con una solución o Dios nos la traiga.

—Y, ¿qué ocurrirá con la mujer a la que has conocido?

—No sé si tendré éxito, pero trataré de cortejarla. Ella está dispuesta; lo difícil es...

—No quiero saber más —interrumpió Amy rápidamente al comprobar que ese tema le hacía daño—. Tan solo quería decir si no le importará que vivas conmigo.

—No sabe dónde vivo y dudo que venga por este barrio.

—Está bien.

—Me alegro de poder anunciar que soy un hombre libre.

Amy cerró los ojos. No acababa de asimilar lo que oía; aunque sabía que nada iba bien, nunca hubiera esperado eso. Ella había confiado en arreglar las cosas con él. Pero debía de haberse dado cuenta de que eso no tenía sentido, ni con otra por medio, ni sin ella. Aun así, dolía. Necesitaba aire.

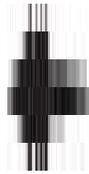
Se acercó a su adorada ventana, con vistas a los tejados y chimeneas de todo París. Ese París ya muy poco iluminado, trasnochador. La oscuridad de aquel barrio de fincas y molinos estaba manchada por luces rojas que escapaban por las ventanas de los salones de cancán, al que los franceses llamaban también *chahut* (jaleo o alboroto). Tan solo en la zona centro duraban encendidos los faroles eléctricos, perfilando con su luz los puentes,

el Louvre, Notre Dame y poco más. Se escuchaba el eco de las llamadas a los serenos y, de tanto en tanto, el maullido de algún gato. Miró a Kieran desde allí, con nuevos ojos. Su pelo rubio pajizo brillaba a la luz del candil. Aún sentía algo por él. De nuevo parecía más joven, como si al ser sincero y apearse de su papel, se hubiera quitado un gran peso de encima. Parecía más sereno, relajado; parecía libre. Y lo iba a dejar volar.

—Los hombres hacen planes y Dios se ríe, dice un proverbio. Supongo que se está riendo mucho de mí —añadió Amy, mirando la luna.

Kieran se levantó. Comprensivo, fue hacia ella y la abrazó.

Ambos permanecieron así mucho tiempo. Sumidos en la cadencia de un suave balanceo en su abrazo. Preguntándose qué sería de sus respectivos futuros, pero intuyendo que se iban a tener el uno al otro, como amigos.





Paradójicamente, esa noche durmieron mejor que nunca, en sus respectivas camas separadas. Ambos sentían alivio al haber hablado y redefinido su situación, aunque el futuro fuese aún más incierto.

Al día siguiente, Amy sabía que le tocaba sincerarse con Blanche. Ella aún pensaba que estaban prometidos de verdad. Lonx le habría contado lo hablado con Kieran la noche anterior, seguro, y estaría preocupada. Ahora se sentía mal por no haberle contando el cien por cien de la verdad a esa mujer que tanto los había ayudado, pero el instinto de supervivencia así se lo había mandado. No había más que pensar.

Cuando bajaba la escalera, le pareció oír un sonido de fingidos disparos, como si proviniese de niños jugando a la guerra. Se dio cuenta de que era el anciano coronel del primer piso el que los imitaba y sonrió.

No se olvidó la sombrilla color hueso que le regaló Pierre. Salir a la calle con sombrilla también le hacía sonreír: la hacía sentir protegida, y no solo del sol, también era un signo de distinción.

Tuvo otra de sus impulsivas ideas: nunca había ido a visitar a Kieran a la pastelería y siempre le había apetecido. Ahora que empezaban una nueva etapa, libre de cualquier atadura, no necesitaba ningún permiso. Pasaría a saludarlo, como muestra de su nueva amistad. Después iría a casa de Blanche y, tras el almuerzo, comenzaría a posar para Pierre.

Se encaminó hacia el centro. Por supuesto, conocía la dirección. De nuevo se cruzó con miradas de desaprobación por el hecho de no ir acompañada, pero al menos esta vez iba bajo una sombrilla. Volvió a entretenerse observando la moda francesa y los escaparates de las tiendas, esas mismas tiendas que ya no se podía permitir, pero que ahora le provocaban el efecto de soñar más que cuando podía comprar medio establecimiento. Aprovechó para observar el suelo bajo los árboles también, en busca de alguna pluma nueva para su colección. Tenía la capacidad de distracción de cuando era niña, todavía.

Al fin llegó a la famosa Boulangerie Véronique: era realmente preciosa y grande, con una terraza de desayunos que daba a un pequeño parque arbolado, enormes cristaleras y un letrero negro con las letras del nombre «Véronique» en filigrana dorada. Entendió que a Kieran le encantara trabajar allí. Justo se disponía a entrar cuando vio salir a Lonx de un callejón lateral, donde estaba la puerta de empleados, basuras, carga y descarga. Se acercó a saludarlo. Él, sumido en cargar el carro de pedidos, no la vio. Si la hubiera visto, la habría detenido. Cuando Amy se asomó al callejón, se le paralizó el

corazón: al fondo, junto a la puerta, estaba Kieran con su perfecta ropa blanca de trabajo, despedía con un beso robado a una joven muchacha muy bien vestida, enfundada en un traje de rallas oscuras y blancas, de falda almidonada, puntilla en la blusa y sombrero a juego. Sintió un desvanecimiento y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tenía la imagen grabada en la cabeza: esa femenina sonrisa inocente, como la que ella misma tuvo una vez, su pelo negro. Si aquella muchacha se dejaba besar en la mejilla, algo tan íntimo y atrevido, solo podía significar que ella era... la pretendida de Kieran. Una chica de su clase social no accedería si no a ese contacto, piel con piel, reservado solo a matrimonios y algunos familiares, pensó Amy, mortificándose. ¿Qué hacía ella allí? Nunca habría esperado encontrarla en el mismísimo trabajo de Kieran.

La muchacha corrió hacia la boca del callejón, como una niña que sabe que no debe estar ahí, pasando al lado de una paralizada Amy, que pudo incluso oler su caro perfume. Entonces fue cuando Lonx la vio: su cara se transformó. Mientras tanto, Kieran ya había desaparecido hacia el interior de las cocinas y hornos. No la había visto.

—¡Véronique! —gritó alguien. Había sido una mujer de mediana edad enfundada en maravilloso tafetán azul—. Hija, se te va a enfriar el chocolate. ¿Qué te tengo dicho de usar el callejón de empleados?

Amy ató cabos muy rápido. «Véronique», la chica se llamaba como la pastelería y su madre había hablado de empleados, por tanto, su pretendida debía de ser esa «hija de los dueños» tan formal de la que alguna vez Kieran había hablado. El irlandés había vuelto a hacer de las suyas: al parecer tenía fijación por enamorarse de las hijas de sus patrones. Casi le dio pena Véronique, aquello podría ser amor o solo el nuevo capricho de Kieran.

—Siento que haya tenido que enterarse así.

Era Lonx quien le hablaba, sosteniendo una caja de baguettes.

Ella se volvió hacia él y lo miró. El abnegado hombretón no sabía cómo reaccionar. Amy estaba descolocada, descorazonada, pero reflexiva. Las lágrimas contenidas le impedían tragar. Lo cierto era que, por incomprensible que pareciera, sentía que muchas cosas adquirirían sentido. Incluso su amor propio se vio pagado de sí mismo: ¡no era ella el problema, definitivamente! Se había enamorado de otra. Se sintió profundamente triste, pero también liberada. Conocer la verdad siempre libera.

Lonx la miraba incrédulo y preocupado.

—Lonx, lo sé todo. Y me repondré. Muchas gracias por escuchar a Kieran

ayer —agradeció entre sonrisas nerviosas y lágrimas en sus bonitos ojos.

—No hay quien entienda a las mujeres —dijo el hombre, negando con la cabeza. Ella le indicó que se retiraran de las inmediaciones del callejón.

—Es difícil de explicar, pero no hay nada que reprochar. Nuestra relación nunca fue muy sólida y, aunque lo intenté, hace tiempo que no tenía ningún sentido luchar por ella. Sé que estábamos condenados al fracaso, sin embargo, aún tengo que superarlo. Sea como sea, Blanche me ayudará, iba ahora mismo a verla. Su mujer es una santa, Lonx. Cuídela, cuídela mucho porque lo quiere y eso no es algo tan fácil de encontrar.

—No me escuchará muchas veces admitirlo, pero yo también la quiero a ella, es una mujer muy buena.

Amy sonrió, sorprendida y muy complacida. No hay nada más cierto que el dicho de que el trabajo dignifica. Lonx ya no parecía el hundido hombre ebrio que conoció, en absoluto. Había recuperado confianza.

—Parece que ya sois tres los que habéis encontrado entonces el verdadero amor. Espero conocer algún día ese tipo de amor que, en vuestro caso, forma familias.

—Su actitud hacia todo esto es una de las más dignas y loables que nunca hubiera esperado, y menos de una señorita bien. Suelen ser caprichosas y no les gusta que les toquen sus cosas —afirmó Lonx, tratando de ironizar con torpeza, componiendo una graciosa cara.

—En el fondo, es usted amable, Lonx. No negaré que necesito un poco de amabilidad. Llevo dos días de continuas sorpresas.

Capítulo 14

Convirtiéndose en Esmeralda.

Amy se sentía tan alterada que dejó para el día siguiente el almuerzo con Blanche. Iría a casa a descansar y, después, tras engullir algo, a su cita con Pierre, planeó. Sin embargo, tenía el estómago tan revuelto y cerrado que no pudo ni comer. Además, ese asunto de posar para su atractivo y misterioso vecino la ponía nerviosa, tanto que por un momento pensó rehusar, pero no quería perderse aquella experiencia. Gracias al joven pintor iba a realizar algo que nunca hubiera soñado: convertirse en una inmortal Esmeralda, su heroína literaria.

Tenía los ojos hinchados de llorar y de dormir poco. «¡Mal día para lucir mala cara!», se lamentó. Se puso el vestido verde, ese con el gran agujero disimulado por un fajín, trató de arreglarse el pelo inútilmente con una trenza hacia un lado que le quedó despeinada y se pellizcó las mejillas. Recordó aquel dicho: «Las prostitutas usan colorete, las damas se pellizcan las mejillas», y no estuvo tan segura de querer ser una dama. Se perfumó y subió las escaleras a oscuras.

Sus tímidos golpes en la puerta obtuvieron una enérgica respuesta: Pierre abrió con fuerza y con una gran sonrisa: ahora tampoco quería ser una dama...

—Pasad, *mademoiselle* «Esmeralda» —dijo con una graciosa reverencia.

Amy murió de hambre al ver los restos de té, pan vienés y *croissants* con mermelada que Pierre acababa de tomar.

—¿Preparada? —preguntó, mirándola con intensidad. ¿Era su imaginación o a Pierre le brillaban muchísimo los ojos?—. Este será vuestro escenario.

Se fijó en la plataforma que había preparado justo frente la ventana: drapados de terciopelo por el suelo, algunas flores y ramas de árboles enmarcando el ventanal. Parecía una especie de bosque encantado.

—Es precioso —afirmó Amy.

—La idea es pintaros a contraluz. Esmeralda lleva una vida oscura, en las sombras. Es un ser encantador que no merece eso, así que quiero darle un poco de luz a su vida, pero jugando con sus sombras.

Amy sonrió. Le gustaba ese mensaje, que él quisiera hacer eso por

Esmeralda. Se encaminó hacia la plataforma e hizo ademán de subirse. Pierre la detuvo, cogiéndola suavemente de la cintura. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al sentir sus manos.

—Eh, eh, eh —riñó él—. Primero, a cambiarse de ropa.

Amy enrojeció. ¿Pretendía que se cambiara allí mismo? ¿Cómo iba a vestirla? Es más, ¿iba a vestirla? Todas las mujeres de sus cuadros estaban desnudas o semidesnudas.

Pierre le tendió una suntuosa pieza de raso color turquesa, casi como sus ojos, con un fajín azul y unos cascabeles en los bordes amplios de la falda, al estilo zíngaro. A Amy le pareció muy divertido. No supo si sentir alivio por posar vestida u ofenderse por ser la única a la que no quería ver desnuda.

—Atárosla a un hombro, a modo de túnica. Luego la ceñiremos con el fajín. Dejad un hombro y medio pecho al descubierto. Podéis cambiaros detrás de ese gran cuadro sobre el caballete del fondo. Si os da pudor, no estáis hecha para esto —afirmó tajante y con actitud profesional.

Amy accedió sin remedio. Se desnudó, muerta de vergüenza. Difícilmente podían verse desde la posición de Pierre más que sus pies al descalzarse y sus prendas al caer al suelo. Sobre la ropa interior, se colocó aquella tela maravillosa, suave, de ese color acuático tan vivo. Se la anudó a un hombro y salió. Tenía complejos respecto a sus muslos anchos y a su barriguita algo prominente aún, pese al tiempo que llevaba malcomiendo. Sus mejillas ardían, rojas como ciruelas. Pierre aguantó la respiración. Aquella señorita pudorosa estaba muy bella, pensó. Su pelo castaño-rojizo brillaba en contraste con el color de la túnica, la cual caía en suaves pliegues sobre esas curvas tan cándidas. Los sensuales pechos de Amy se insinuaban bajo la tela, alzados por el corsé interior. Sintió que se derretía al verla así, su adorable vecina era como un ser mitológico: parecía una ninfa, pícara y tímida al tiempo. La estaba comenzando a desear. Pocas veces había sentido un impulso tan repentino y fuerte. No le solía pasar. Eran las mujeres las que se le insinuaban a él, las que se excitaban con él, y él solía complacerlas porque rechazarlas no le parecía educado. Su vida era lo bastante plena e interesante como para portarse como un adolescente. Debía controlarse y respirar hondo. Se calmó y se acercó a ella. Le soltó la trenza, despacio, aunque le hubiera gustado hacerlo salvajemente.

Amy, por su parte, se sobresaltó un tanto al verlo acercarse y al sentir su mano, grande y firme, tocarle el pelo. Su corazón se disparó. Se mortificó por descontrolar la respiración. Observó cómo él se mordía el labio y volvió a

sentirse culpable por acalorarse. Con su camisa entreabierta y su barba pirata de unos días, estaba irresistible. Iba ataviado con un pantalón oscuro ceñido al diminuto trasero y una camisa blanca abierta en el pecho, con mangas amplias, para trabajar cómodo. Ese tipo de cosas son las que hacían que lo comparara con un corsario; menos cuando se vestía elegante para sus citas, con sus altos sombreros. Le entró la risa entre sus fantasías de piratas y sus nervios. Pierre también sonrió y percibió su aliento, dulce y cercano. Le distribuyó los mechones de cabello de forma sensual, tal y como él sabía que quedarían mejor al contraste con la luz trasera que recibirían del ventanal. Luego la guió de la mano hacia la plataforma. Allí estaba la mejor modelo que pudiera imaginar: ataviada apenas con la enagua, el corsé interior y el drapeado turquesa que dejaba un hombro al aire, al estilo imperio que puso de moda la famosa española Teresa Cabarrús. Le colocó una pandereta en una mano y unas cintas zíngaras de colores anudadas a su fogoso pelo. Sus formas insinuantes provocaron que el joven pintor tuviera que darse la vuelta. Comenzó a preparar sus mezclas de color sobre su paleta.

Amy se descubrió a sí misma observando de arriba abajo su espalda fuerte, sus largas piernas y el resto de su retaguardia...

Él comenzó a trazar el boceto sobre el lienzo con un carboncillo. Ella también trataba de concentrarse y actuar con profesionalidad. Ambos estaban en la misma tesitura sin saberlo. Pierre la miraba con los ojos entornados y el carboncillo en la mano, era un truco con el que conseguía no ver nada más alrededor de la figura central de su obra. Esa hermosa figura. Trató de dejar de pensar en Amy y visualizar a Esmeralda. La imaginaba danzando en la plaza de Notre Dame, siendo admirada con una mezcla de fascinación y desprecio por una variopinta muchedumbre medieval. La legendaria cabrita blanca de cuernos de oro acompañaba a la bohemia de Víctor Hugo. Después, miró a Amy y vio una figura muy estática e insegura.

—Amy, quiero a una Esmeralda alegre y sensual. Al contrario de lo que suelo pedir normalmente, no estéis tan quieta. Bailad despacio, con movimientos lentos, sobre la plataforma.

Amy obedeció, agradeciendo el no tener que estar quieta, pero le daba muchísima vergüenza bailar. Comenzó a moverse, lenta y torpe.

—Cerrad los ojos, imaginad que estáis sola —sugirió él—. Moved solo los brazos y las caderas, un poco la cabeza, despacio.

Y funcionó. La luz tenue que filtraba la cristalera recortaba la silueta de Amy, dotándola de un aura dorada que Pierre exageraba en su pintura y en su

imaginación.

Ultimó el boceto perfecto en tiempo récord; ya podía empezar a manchar el lienzo, como decían en la jerga de su profesión. La detuvo, con un brazo hacia arriba y el cuerpo ladeado. Ahora que requería algo de estatismo, le haría preguntas para entretenerla. La primera que le hacía a todas sus clientas, esas que venían a él con encargos sensuales fantásticos, no le pareció adecuada para el caso: «¿Cuál es tu fantasía? Tu fantasía sensual más secreta.» Por esos cuadros se había hecho famoso entre las nobles y adineradas con ganas de emociones fuertes, pero iba a modificar un poco la pregunta en esta ocasión.

Además, esta vez, la respuesta le interesaba de verdad:

—Mi Esmeralda, contadme, ¿cuál es vuestro sueño? El sueño de vuestra vida; el más deseado.

—Vaya, nadie me ha preguntado nunca eso —dijo Amy, conmovida. Tras el shock de asimilar la pregunta, sintió incluso ganas de llorar—. Dejadme pensar... Desde luego no es casarme, ni alumbrar media docena de hijos, ni poseer una gran casa, como desean la mayoría. Me gustaría tener una gran colección de plumas de aves y un buen despacho donde ordenarlas y clasificarlas. Y también viajar a lugares exóticos donde recoger yo misma esas plumas y ver a sus dueños en directo, viviendo en libertad. Viajaría a tantos sitios... ¡E ir a la universidad! Algo más imposible aún para una mujer. En Inglaterra, al menos, está mal visto que estudiemos o sepamos demasiado. A mi madrastra le parece un disparate que las damas estudiemos; a mi padre una vergüenza. Yo iría a la universidad, si admitieran mujeres.

Pierre estaba perplejo, observándola soñar, pincel en mano. Nunca había visto a una criatura tan diferente a las demás. Le provocaba admiración, un sentimiento nuevo.

—He oído que en el norte de Italia está permitido que las mujeres accedan a algunas universidades, sobre todo a las de Bologna y Pavia.

—Vaya, tendré que ir allí. Si es que algún día vuelvo a tener dinero como para eso —añadió con tristeza, ya que, al huir de su hogar, bien sabía que podía despedirse de la poca herencia que le correspondía y las universidades eran carísimas. La mayoría de universitarios no religiosos eran hijos de nobles o grandes burgueses. Quiso cambiar de tema—. ¿Y qué hay de vuestro gran sueño, Pierre? ¿Cuál es?

—Exponer en la muestra de la Academia este cuadro. Es original y propio, no sigue las modas, solo mis pasiones. Y el primer paso para eso es estar

aquí, ahora, con mi magnífica modelo —le guiñó uno de sus ojos de gato—. Así que mi sueño es hacer lo que estoy haciendo ahora mismo.

—Me alegro de contribuir a él, entonces —dijo Amy, sincera.

—Alzad el brazo, por favor —ordenó Pierre, algo bruscamente. No solía ser suave cuando daba instrucciones. Dio un paso atrás, tensó uno de sus fibrosos brazos y su ancho cuello al ladear la cabeza para contemplar el progreso de su obra. Continuó, satisfecho—. Que estemos aquí, unidos por nuestro amor a la novela *Nuestra señora de París*, no es casualidad. Cuando leí ese libro por primera vez, supe que un día iba a hacer esto. Fue como un recuerdo del futuro.

—¿Un recuerdo del futuro?

—La vida es cíclica. El destino está marcado. Que nos hayamos conocido, estaba escrito. Cuando leí a Víctor Hugo, hace años, me acordé de ti —dijo guiñando de nuevo.





Posar para Pierre fue una experiencia mucho más intensa de lo que Amy había pensado. Ese hombre tan seductor le había parecido, además, culto y soñador. Y alguien que perseguía sus sueños a pesar del qué dirán. Estaba agotada por la mezcla de sensaciones y el hambre. De vuelta en casa, tomó a solas una sopa rápida, bastante insípida mientras esperaba a Kieran. Quería, al menos, hablar con él de lo que había visto. Quería darle la oportunidad de sincerarse del todo. Pero eso debía afrontarlo con fuerzas. Cuando él apareció, abriendo la puerta con aire cansado, leyó que algo ocurría en los ojos de Amy. Esa noche, Kieran le traía unos bollitos caseros, pastel de limón y unos *croissants* sobrantes, como regalo para sellar la paz. Se quedó pálido al saber que su *milady* se había enterado de quién era su pretendida y cómo había sucedido. Le explicó que no había querido darle detalles sobre la susodicha Véronique para no hacer más daño y ella estuvo de acuerdo en no conocer muchos datos más, aunque acordaron ser más sinceros. Llegar a ser amigos iba a ser difícil, pero lo iban a intentar.

Amy durmió hasta el día siguiente, y, temprano, fue a casa de Blanche. Necesitaba pasar una mañana con ella y con los niños para despejarse. Efectivamente, la forma en que los tres niños se abrazaron a sus faldas la reconfortó. Jean Paul, Jean Pierre y Jean Albert adoraban a Amy a esas alturas. Y ella adoraba a esos diablillos.

Tras otro larguísimo y sentido abrazo con Blanche, se sentaron a la mesa dispuesta para el desayuno. Blanche sabía que algo ocurría. Amy, al fin, le contó toda la verdad: Kieran y ella nunca habían estado prometidos, tan solo habían sido amantes fugados. Y ahora ya no eran nada más que amigos y compañeros de piso. Blanche siempre había sospechado algo y, lo peor, también sabía de la existencia de Véronique, por supuesto, a través de su marido, pero no se había atrevido a entrometerse. Al fin y al cabo, era corriente que los hombres tuvieran amantes. Supuso que tendría que ayudar a Amy a lavar las penas que recorrían su alma, pero se sorprendió de encontrarla tan serena.

Cuando Amy le describió lo que había visto en el callejón, un rubor rojorubia asaltó el rostro de Blanche:

—No puedo entender cómo estás tan entera y que incluso lo hayas perdonado, hija mía.

—¿No lo comprendes? Me sentía horrible, rechazada, maltratada... pensaba que yo era una amante nefasta y lo que sucedía es que estaba de nuevo encaprichado. Pero, sobre todo, ocurría que no nos amábamos de

verdad. Todo fue un cúmulo de circunstancias y arrebatos que nos llevaron a convivir juntos. Pero la convivencia no siempre funciona; bien por no conocer a la persona, bien porque cambian nuestros deseos. ¿Lo entiendes ahora?

—Nunca se me hubiera ocurrido verlo de esa forma —dijo, aún anonadada—. ¿Qué convivencia funciona? Todos los hombres cambian con ella, pero se aguanta una y ya está. Aunque este caso es distinto, en realidad sois aún libres y él está con otra; puedo entender que rompáis —dijo, tratando de amoldar sus tradicionales esquemas mentales a esa extraña situación— pero no entiendo entonces que lo perdones y sigáis bajo el mismo techo.

Amy trató de explicárselo de nuevo, pero Blanche seguía con cara de pocos amigos. El tema no le hacía ninguna gracia, le veía difícil solución, especialmente si esa nueva relación de Kieran salía adelante. Amy no podría mantenerse sola mucho tiempo, esa pobre niña le daba una inmensa pena.

Cambiaron de tema: Amy le contó la tarde que pasó en el café y la sugerencia de *monsieur* Renoir de convertirse en su modelo. Le relató su increíble experiencia del día anterior, posando como su heroína, y Blanche vio una pequeña luz al final del túnel. Ese hombre no parecía gozar de la mejor de las famas, pero ¿qué caballero de buen porte lo hacía? Al menos era interesante y divertido, y se codeaba con lo más florido de la sociedad.

—Me da un poco de miedo todo lo que tiene que ver con los artistas, Amy, a decir verdad —dijo mientras extendía una gran sábana para secarla—. Pero por otro lado, parece un auténtico caballero. Si no fuese así, no seguirían acudiendo tantas damas a su estudio, como dices. Lo raro es que yo no haya oído nada de esto en el barrio. Los rumores de los tratos entre nobles y artistas llegan a casa ajena antes de que estos pongan el pie en su propio portal.

—Es un tema que requiere de secretismo. Hemos de ser muy discretas, por favor, Blanche. ¡Es una idea tan romántica!; quedar pintada para la posteridad. Y como la Esmeralda de Víctor Hugo, creo que eso es lo más increíble.

—No sé quién es esa Esmeralda, pero lo de quedar inmortalizada en un cuadro, desde luego, es un privilegio que yo nunca tendré, algo que solo les ocurre a las pudientes y a las prostitutas.

—Es cierto... Y me parece una injusticia —Amy pensó un momento—. ¿Sabes? Le propondré a Pierre la idea de pintar a gente popular e incluso lugares públicos de París. Me encantaría tener un cuadro, por ejemplo, de la

plaza du Tertre y sus cafés, ya que los pintores se reúnen allí.

—Es una idea de locos. ¿Quién querría esos cuadros sin clase en sus paredes? No los venderían nunca.

—Quién sabe. Los compañeros de Academia de Pierre insistían mucho en salirse del clasicismo y romper moldes con alguna idea particular. Y, créeme, salirse del molde le gusta mucho a mi peculiar vecino —dijo pensando en aquellos cuadros de mujeres semidesnudas.

—Lleva cuidado, Amy —advirtió una protectora Blanche—. Ya te han hecho daño dos veces.

—Pues eso no es todo, Blanche: donde creo que tendré que llevar cuidado será en la fiesta a la que estoy invitada dentro de tres sábados. Una actriz llamada Ellen, amiga de Pierre, me ha invitado a una fiesta de máscaras en la mansión de un conocido productor de obras de teatro, mecenas de artistas y coleccionista de arte.

—¿Una actriz llamada Ellen? ¿No será Ellen Villandry?

—Sí, exacto.

Una expresión de asombro y admiración asomó a la cara de Blanche.

—¡Pero si es toda una celebridad! ¡Una celebridad libertina y sinvergüenza, pero es muy famosa! Madre mía, con qué gente se codea Pierre.

—Pues acepté ir a la fiesta, pero lo cierto es que voy a hacer el ridículo con cualquiera de mis vestidos. No traje en mi equipaje vestidos de fiesta, el más bonito era mi vestido verde de tarde; el que quedó arruinado.

—Si Ellen te invitó, puedes ir vestida como quieras, que te dejarán pasar. Pero te entiendo, sería cometer un suicidio social, solo tienes vestidos de calle y cada vez más desgastados. Como entenderás, no puedo dejarte ninguna de las «exquisiteces» de mi guardarropa —bromeó—. Demasiado *glamour*.

Ambas rieron, por no llorar.

Luego, Amy se concentró en las lecciones de los niños, que progresaban mucho más rápido de lo que ella habría esperado. Prácticamente ya leían y tenían muchísima labia, la oratoria no se les daría nada mal de adultos. Escribir era otro cantar, tan solo el mayor, Jean Paul, conseguía hacer frases cortas, pero estaba contenta; no iba a darse por vencida.

Almorzaron juntas y después Amy se dirigió, calle arriba, hacia su extraño cometido en la buhardilla. Esta vez se cambió de ropa sin ningún titubeo. Ella misma se soltó el pelo, dejándolo caer, salvaje, sobre sus hombros. Apareció,

esplendorosa, desde detrás del caballete que hacía de biombo cambiador y se subió a la plataforma. Con el pelo suelto y sin maquillar, tenía una belleza natural llena de sensualidad. Se sentía con más ánimos desde que había hablado con Kieran de Véronique, pero también la acosaban aún sentimientos encontrados, así que no quería pensar en el tema. Estaba feliz en su papel de Esmeralda, tanto que, por iniciativa propia, comenzó a bailar sola por la habitación para meterse en el personaje, ante la sonrisa comprensiva de Pierre.

Cuando, al fin, se colocó en la posición adecuada sobre la plataforma, le expresó a Pierre sus dudas sobre la gran fiesta a la que ambos estaban invitados.

—Pierre, estoy algo preocupada porque no tengo nada adecuado para la fiesta de Ellen. Yo misma coseré una máscara a partir de retales, pero mis vestidos son todos de día.

—Entonces, venís de verdad a la fiesta, no le dijisteis que sí a Ellen solo por cortesía. Me alegro mucho —dijo, sinceramente—. ¿Vendrá también Kieran?

Amy bajó la cabeza, ocultando sus ojos súbitamente entristecidos.

—No. No creo que venga. Él no aprueba las frivolidades.

Pierre intuyó enseguida que ocurría algo más.

—No es asunto mío, pero ¿os sucede algo?

Amy no quería ser indiscreta, pero necesitaba hablarlo con alguien más y en su mundo actual no había demasiadas personas.

—Lo cierto es que sí, para ser sincera. El otro día os dije que no éramos pareja, que tan solo éramos amantes. —Pierre afirmó con la cabeza, sin dejar de pintar mientras escuchaba—. Pues bien, ahora ya ni siquiera eso. Ya no somos nada.

—Vaya, lo siento mucho —mintió. Se alegraba de que hubieran roto.

—En realidad nunca funcionó nada entre nosotros. Y, ahora... Ahora Kieran está cortejando a otra.

Entonces Pierre sí que se detuvo, con el pincel en el aire. La miró con verdadera pena. Ese Kieran era idiota por dejar a un ser increíble como Amy por otra, pensó.

—Pero, ¿y la convivencia continúa? Sigo viéndolo salir de madrugada hacia el trabajo.

—No se nos ocurre otra solución que continuar así, de momento. Es un acuerdo para poder mantener nuestra independencia —dijo Amy, llena de

miedo por el futuro. Si Kieran se iba del piso... realmente no sabía cómo iba a sobrevivir, le quedaban muy pocas joyas por vender y no muy valiosas—. Pero no quiero ni pensar en el futuro, solo vivir el presente. Si Kieran formalizara su relación y llegara a casarse... entonces trataría de subsistir sola, ya pensaría cómo. No quiero volver a casa y probablemente tampoco me recibirían, mi reputación en Londres está arruinada. Me repudiarán, otras familias repudian a sus hijas por menos y, si conocieras a mis padres... Solo les importa su imagen en sociedad, así que imaginaos mi destino con ellos. Aunque puede que mi hermano Hans me acogiera.

—Oh, ¿tenéis un hermano? Qué suerte criarse con alguien con quien jugar y en quien confiar, yo soy hijo único y de padres bastante ausentes. Entonces, ¿iréis con él?

—Es mi hermano mayor y siempre ha sido mi protector... Pero su prometida haría todo lo posible para echarme, me trata fatal, estoy segura de que me odia por mi apego a Hans. Quiero quedarme en Francia. Podría ser sirvienta, o institutriz; me está gustando enseñar a los hijos de Blanche y no hay demasiadas institutrices que sepan leer y escribir. Es difícil tratar de trabajar y mantener la independencia, casi todos los trabajos ofrecidos a mujeres son para vivir en la misma casa donde sirvas: trabajo a cambio de cama y comida. O a cambio de bienes, como Blanche, que me invita a almorzar, o vos, que os habéis propuesto a renovar mi vestuario, cosa que vale más que un sueldo, lo sé.

—Y no he hecho más que empezar. ¿De verdad cree que una sombrilla es el sueldo de esta semana? Iba a esperar al descanso, pero mi modelo necesita animarse.

Cruzó la habitación para traer un paquete gris decorado con cenefas blancas, escondido entre los caballetes del fondo, envuelto con un precioso lazo de seda gris-plata. Amy pensó que podría reutilizar ese lazo: un cinturón, una diadema, una cinta para sombreros...

—Abra la caja, «Esmeralda».

Amy, asombrada, con los ojos como platos, retiró el lazo de seda y levantó la tapa. Allí había un estrambótico conjunto de sombrero, guantes y una hermosa máscara, las tres piezas eran de seda negra adornada en los bordes con suaves plumas de pato color gris brillante. Sofisticados y misteriosos, como Pierre.

—Me dijo que le gustaban las plumas, una afición muy curiosa la de coleccionarlas y estudiar pájaros, sobre todo para alguien como yo que, pese

que me guste pintar y leer, mis otras aficiones son beber con amigos y el boxeo. —Esa información sorprendió a Amy—. Así que vos me parecéis lo más delicado y extraño que he visto. Estas plumas son de patos del XIII distrito que garantizo que no han matado para la causa, me aseguré de ello.

—Eso espero. Además, van bien con mi capa gris. Son un acierto.

—Son para la fiesta y para que no vuelva a salir a pasear hasta el centro sin sombrero ni guantes —añadió con su habitual guiño, refiriéndose al día que lo hizo y él tuvo que rescatarla—. Pero no he acabado aún, mañana tendrá una sorpresa esperándola, pero no aquí, iremos juntos al centro. Ya verá, señorita Amy.

Amy sintió unas ganas locas de lanzarse a su cuello y abrazarlo, pero se contuvo y sustituyó esa reacción por un aplauso nervioso.

—Con esto es más que suficiente —dijo, humilde, abrazando el paquete, acariciando las telas de las tres piezas—. No es necesario más.

—Ya no hay vuelta atrás, me temo. Pero, para merecerlo: vamos, ¡a trabajar! —ordenó con voz ruda, más grave de lo normal. Tenía, sin duda, una voz muy masculina. Se iban ambos a sus posiciones, cuando él la detuvo—. Y, una cosa más; ya que no vendrá Kieran y ya nada los une, ¿querría ser mi pareja en la fiesta?

Capítulo 15

La gran fiesta.

La sorpresa que Pierre tenía preparada para el día siguiente la dejó sin habla: ese día los recogería un modesto carruaje de alquiler para ir ¡a los Campos Elíseos!

Amy, se subió a él, emocionada, ataviada con su vestido amarillo de viaje, el camafeo de turmalina de su abuela, un pequeño abanico y su sombrilla. No había querido estrenar sus nuevos guantes, que por otro lado le parecían excesivos para el día, aunque no había querido decírselo a Pierre. Él estaba impresionante con su elegante traje y su sombrero, parecía un caballero distinguido. Tenía un porte imponente.

«La vida se ve de forma distinta desde arriba de un carruaje», pensó Amy mientras recorrían las calles de París.

—Contadme algo más sobre la sorpresa —le pidió cuando ya se aproximaban a los preciosos jardines abiertos, cerca del río.

—Una clienta habitual de Atelier Josephine me debe un encargo completo, me ha indicado que me lo puedo cobrar de allí, y así evitamos la transacción.

—Atelier Josephine, suena como los nombres de las tiendas cuyos escaparates me paro a mirar en mis paseos, deseando comprarlos enteros.

—Es la tienda de moda, según mis clientas. Ya veréis —añadió, guiñando.

—Hummm, me da que sus clientas le dejan siempre algo a deber.

—Son ricas caprichosas, ¿qué esperar?

—¿Perdón? —apostilló, recordándole a Pierre que ella también provenía de una familia adinerada.

—¡Oh, no os ofendáis! Vos sois la rica más atípica que he conocido nunca. Vuestra humildad y poca fragilidad me sorprenden.

—¿Poca fragilidad?

—Sois fuerte. Cualquier niña rica escapada de casa hubiera gastado su dinero en contratar a un mayordomo o una sirvienta para no tener que cocinar ni limpiar, para que la ayude a vestirse, etc. En cambio, vos os habéis arremangado y lo habéis hecho cantando mientras barréis, como a veces oigo. Y tan solo os he visto desmayaros una vez y fue por estar desangrándoos tras la agresión bajo el puente. Las damas corrientes se pasan el día fingiendo

desmayarse por todo. Es agotador. Vos sois de las pocas mujeres que no me cansa ni me saca de quicio.

—¿Quién diría que las mujeres os molestan?

Ambos rieron.

—No confundid el hecho de ser un caballero con dejarme conmovido por cualquier tontería tan solo porque provenga de alguien con escote.

Amy enrojeció y volvió a sonreír. Le encantaba Pierre.

Y más que le encantó cuando descubrió la sorpresa que le aguardaba en Atelier Josephine, una increíble tienda de luminoso y lujoso escaparate que daba al paseo. Tres modistas la hicieron subir sobre una pequeña plataforma redonda para tomarle medidas: talle, busto, cadera, brazos, piernas, espalda, altura. ¡Iban a realizarle un vestido a medida! Pero no cualquier vestido, sino el vestido para la fiesta del productor de Ellen. Amy estaba sin palabras.

Telas de seda y raso de varios colores y complementos con plumas comenzaron a desplegarse ante sus ojos como si todo fuese una ensoñación.

Una mujer, extraordinariamente vestida y con un estafalario tocado con un pobre cisne disecado en él, se les acercó.

—Amy, os presento a *Madame* Josephine Aussie, la propietaria.

—Un placer —dijo Amy, con una inclinación de cabeza, sorprendida de ver a una mujer al frente de un próspero negocio.

—El placer es mío —dijo la alegre mujer, con voz grave, casi de hombre—. Ansiaba conocer a la modelo del «proyecto secreto» de nuestro Pierre. Sois afortunada. Tanta era mi expectación que me he puesto este tocado porque *Monsieur* Renoir nos ha hablado de su amor por las aves y las plumas.

Amy torció el gesto y arrugó la nariz al mirar a ese desgraciado cisne de ojos sustituidos por dos vidrios. Si aquello era un homenaje a su amor por las aves... esa amable mujer no había comprendido la palabra amor.

Josephine los hizo pasar a un reservado y les ofreció una copa de champan.

—Déjenme que le aconseje sobre el vestido para la fiesta. ¡Cómo me gustaría acudir! Muchas de mis clientas asistirán y están encargando vestidos y máscaras de lo más rocambolésco. Les cuento: no es la típica fiesta donde una queda bien con un vestido color pastel ñoño; no —dijo con un gracioso gesto de los dedos—. Esta tiene un toque «carnaval veneciano». Así que aconsejo un polisón exagerado, un buen corsé interior —dijo con el gesto de elevar sus pechos—, una enagua escasa y un vestido recto, muy ligero, para bailar cómoda. Eso sí: ¡toda la fuerza al color! Un rojo pasión, un negro elegante o un gris misterioso. Y, por supuesto, ¡un buen escote!

Amy escuchaba apasionada y divertida. Le gustaban las mujeres francesas; una orgullosa propietaria inglesa nunca hablaría con ese descaro y menos aún haría gestos obscenos con las manos.

—Estoy de acuerdo —dijo Pierre, galante—. Confío en usted. Yo prefiero el color rojo para el vestido, pero la última palabra es la de la señorita.

Amy se sintió agradecida, pero tenía que declinar el rojo, era un color que había sido reservado solo a nobles y a prostitutas durante siglos. Y ella no era noble, tan solo hija de un burgués adinerado. En París, ni eso. Tampoco era prostituta y no quería que comenzaran a pensarlo, ya se saltaba suficiente el protocolo. En la fiesta, quería observarlo todo pero sin llamar la atención.

—El rojo es demasiado para mí, prefiero pasar desapercibida. ¿Qué tal un vestido gris plata con detalles en negro? Justo al revés que los complementos.

—¡Excelente idea! —exclamó Josephine—. Tiene imaginación. Creo que ya lo visualizo: un hermoso satén plateado con una sobretela de tul negro y detalles de pequeñas plumas marcando el escote y los pliegues traseros de la falda. Parecerá un joven cisne, un cisne negro.





Los días que Amy pasó posando como «La Esmeralda» fueron, sin duda, los más felices de aquella época de su vida. Alternando sus clases y charlas en casa de Blanche con las interesantísimas conversaciones que mantenía con Pierre, que cada día le atraía más y más. Poco a poco, trazo a trazo, el joven pintor iba conformando una sólida y luminosa Esmeralda. Era mágico observarlo. Todo ello aderezado por una tranquila convivencia con Kieran, al fin sin sobresaltos ni faltas de respeto, era perfecto. Kieran también había vuelto a relajarse y a disfrutar al cien por cien de vivir su sueño parisino y su nuevo amor; eso, junto con no guardar secretos, se le notaba en el carácter, más calmado.

Sin duda, los momentos más divertidos, además de los pasados posando y charlando con Pierre, fueron los vividos en el café semanal en la plaza Tertre con los amigos del pintor. Era en aquel ambiente desenfadado, ante los licores y el *cognac*, donde los compañeros de Pierre le desvelaban a Amy ridículas anécdotas y aventuras de su mecenas. Pierre sabía reírse de sí mismo, de sus defectos y de la vida, pero su rasgo más encantador descubierto fue: generosidad y protección hacia los más débiles. Y este descubrimiento fue a raíz de una cesta con comida que a veces bajaba Pierre al señor Benoit, el viejo coronel viudo que vivía en el primero y que de tanto en tanto hacía ruidos de armas en medio de una batalla. Pierre propuso a Amy que lo acompañara a llevarle la cena uno de los días y a ella se le partió el corazón al conocer al entrañable y gracioso anciano, cuyas funciones mentales ya no funcionaban del todo bien, y ver lo tierno que Pierre era con él.

Amy, por su parte, se fijó en una familia de gatos que vivían en una casa abandonada del barrio por cuya puerta pasaba de camino al café y se propuso también ser su alimentadora. Los había visto varios días y ya los tenía por adorables vecinos que realizaban el noble servicio de luchar contra las ratas del barrio. El padre era un gato negro de impresionante cola al que llamó «Lord Byron» y la madre una gatita tricolor de ojos suplicantes a la que llamo «Belle». Lord Byron y Belle tenían unos preciosos gatitos de un mes, cada uno con un pelaje de distinto color.

Pierre observaba con mucha ternura cómo Amy se había propuesto que esos preciosos animales salvajes engordaran. Se le cayó otro mito sobre las señoritas de clase alta, de las que solía decirse que no eran generosas con más bestias que sus caballos y que se asustaban ante cualquier alimaña. Pero allí estaba ella, adentrándose en esa vieja casa mohosa y llena de insectos para

dejar su ración diaria a la familia felina.

Otra jornada memorable transcurrió un domingo en el que Amy acompañó al grupo de jóvenes artistas a pasear por las riberas del Sena; iban charlando sobre los paisajes y temas pintados por cada uno y bromeando sin cesar. Después, la invitaron a comer en el famoso *bistro* Café Anglais, en el boulevard de los italianos, una experiencia increíble.

Ellen, la famosa actriz, acudió al café habitual de place du Tertre, en Montmartre, uno de los días y no pudo dejar de hablar sobre la fiesta:

—Se celebrará en la mansión de Sens, tras descartar Carnavalet. Sens tiene mayor grado de morbo por haber sido la residencia de un famoso obispo en el pasado —explicó a Amy— y por su aire medieval, ideal para pecar sin decoro.

El productor de las obras de teatro de Ellen la alquilaría a sus actuales dueños durante unos días por una suma escandalosa. El menú de la cena era interminable; Amy solo pudo recordar un plato de la retahíla dicha por la actriz, ya que le causó sobresalto: sopa de tortuga. También le llamó la atención la abultada enumeración de postres. Ya se estaba relamiendo, era una gran golosa.

—Me alegra saber que ya tienes traje adecuado, querida Amy.

A Amy le exasperaba un poco que la tratase con tanta familiaridad.

—Sí, en breve lo tendrán listo en Atelier Josephine. Y los complementos que me regaló Pierre son muy especiales.

—Seguro que sí —dijo Ellen, abriendo mucho los ojos. Después sonrió forzosamente, estirando sus grandes labios pintados de rojo.

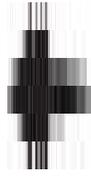
La actriz puso una mano sobre la rodilla de Pierre, como si marcara una propiedad.

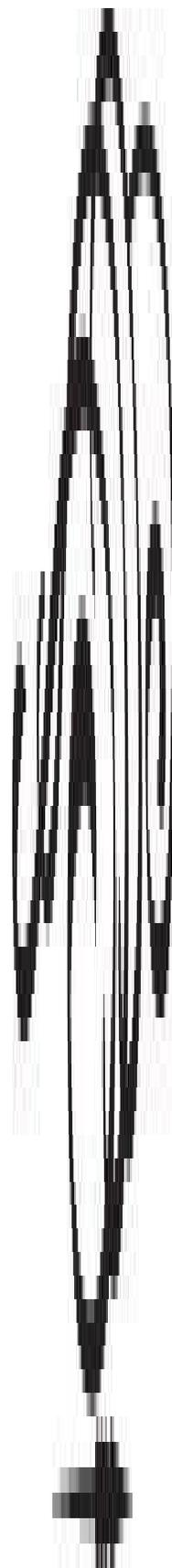
—¿Vuestro marido acudirá al baile? —le preguntó Bazille, al ver ese gesto.

Ellen se puso tensa.

—Claro que no. Le aburren esos acontecimientos. Acompañaré al anfitrión —dijo orgullosa—, ya que he ayudado a organizarlo todo. Ah, por cierto. Hablando de organizar; vamos a enviar carruajes cubiertos a los invitados que no disponen de ellos —aclaró, mirando a Pierre—. No queremos que nadie aparezca en un carruaje descubierto, queremos darle a todo cierto toque de misterio y secretismo. ¿Entendido? Así que no revelad demasiados detalles de todo esto a vuestros conocidos —ordenó, deseando en el fondo que se hablara lo más posible de «su» fiesta. Sabía perfectamente que pedirle a

alguien que no hablara de algo así era incitar a que lo hiciera, y con cierto toque de importancia.





El día del ansiado acontecimiento llegó al fin. Por suerte, Atelier Josephine había mandado a una de sus modistas junto al mensajero, para ayudar a Amy a vestirse. Amy se bañó por segunda vez en un mes, un exceso necesario. Limpia y oliendo a jabón de rosas, se perfumó y se maquilló discretamente con un poco de rubor para mejillas y labios. La dueña de la tienda le había regalado unas finas medias de hilo, casi una segunda piel. Las modistas ayudaron a Amy a sujetarlas con ligueros. Después le colocaron el corsé y el polisón, que alzaría la cola del vestido y que había que llevar bien atado. Enaguas encima de ello y, por último, el precioso traje.

Había quedado de ensueño: tul negro sobre satén plata y solo tul en las mangas, las plumas en el escote y trasera de la falda. Tal y como había dicho Josephine. Además, tenía adornos bordados en hilo plateado. El escote era escandaloso, muy pronunciado, y con los pechos alzados por el corsé, sentía que se le iban a escapar. Con su capa por encima, los guantes y la máscara de Pierre y el inseparable camafeo de su abuela, ya estaba lista para que la peinaran. Y, para ello, allí estaba Blanche. Le hizo un precioso recogido adornado por plumas negras. Pierre le había regalado el sombrero a juego sin caer en que no era apropiado para la noche. «¡Hombres! Bastante ha acertado para ser un hombre con un harén de clientas a sus pies. Se ha esforzado conmigo», pensó Amy.

Justo estaba pensando en él cuando oyó su voz al otro lado de la puerta:

—*Mademoiselle*, ¿estáis lista para partir? El carruaje espera.

A Amy se le encogió el corazón de puro nerviosismo. Enrojeció al pensar que Pierre iba a verla enfundada en esa maravilla de vestido, esa maravilla escotada... Se dio los últimos retoques, se puso el camafeo de su abuela, se echó su capa de paño y armiño sobre los hombros semidesnudos, se enguantó, tomó su máscara de plumas grises y abrió la puerta. Lo que vio la dejó sin palabras. Un elegante Pierre se mostraba ante ella, con su buena planta realzada por una elegante levita negra con solapas de inspiración militar, con camisa y pañuelo claros, su maravillosa melena repeinada y fijada con vaselina, y en sus manos enguantadas sostenía una máscara negra de cuero. Amy a veces se preguntaba cómo alguien que vivía en una buhardilla se podía permitir esos lujos puntuales, la respuesta era clara: sus clientas le proporcionaban más en favores que en el banal pago por sus cuadros. Pero estaba impresionante.

—Cierre la boca, señorita Amy —dijo el pintor, guiñando un ojo.

Un escalofrío de deseo recorrió el cuerpo de Amy ante ese gesto. Respiró,

se recompuso y simuló no haberse inmutado.

—Estáis muy elegante, caballero —dijo, con voz pícaro y bromista.

Él sonrió de medio lado, ofreciéndole el brazo, que ella tomó, feliz, para bajar la escalera. Se despidieron del viejo Benoit, que había salido al rellano a verlos vestidos de fiesta, y de la portera, que los miró llena de envidia.

Pierre echó un ojo a su reloj de bolsillo y Amy se fijó con curiosidad en el relieve que adornaba la tapa del aparejo: una locomotora. Nunca había visto un reloj tan moderno; ese hombre no dejaba de sorprenderla. El carruaje enviado por Ellen llegó: era sobrio e imponente, lacado en negro, con detalles rojos y dorados; sin duda una muestra de poder. El cochero abrió la portezuela y desplegó la escalerilla. Pierre tendió la mano a Amy para ayudarla a subir, como gesto de caballerosidad, pues bien sabía que alguien que estaba tan en forma como ella últimamente no necesitaba ayuda. El carruaje se puso en marcha. Abandonaron las sinuosas cuestas de Montmartre donde el caballo resbalaba un tanto y se internaron en el bullicioso centro, donde fueron despertando miradas de admiración. Aún había luz, pues las horas del día cada vez eran más largas. Amy calló en que ya llevaba unos dos meses en París, ya estaban en abril. Un aún fresco, pero más luminoso abril. El tiempo pasado allí se le había hecho intenso y largo.

—Qué bullicioso está París a estas horas de la tarde —observó Pierre—. Se acerca el buen tiempo. Cuando llega de verdad, en el barrio lo celebramos con un baile popular en el molino de La Galette. Allí bailamos, fumamos y bebemos despreocupados, en mangas de camisa y con sombreros de paja; algo bastante diferente a la fiesta de hoy, ¿verdad?

—Me encantaría verlo. Supongo que seguiré aquí para entonces.

—¿Seguir aquí? ¿A dónde pretendéis ir? Mi modelo no se puede escabullir hasta que no esté la obra terminada.

Amy torció la boca en un gesto de decepción. A Pierre tan solo le importaba que ella no se marchara por acabar su cuadro para la muestra. Entonces se dio cuenta de que cuando la obra estuviera terminada ya no vería tanto a Pierre y deseó que no la acabara nunca. ¿Qué le estaba pasando? ¿Tan fuertes se estaban volviendo sus sentimientos? Ella misma se sorprendió. No quería volver a caer en el amor como una tonta.

El carruaje giró cuando ya estaban cerca del río Sena y Notre Dame, en el barrio de Le Marais, famoso por sus mansiones y jardines, según habían oído. Cuando pasaron cerca de la importante plaza des Vosges, repleta de grandes tilos, Pierre señaló un imponente y lujoso edificio de ladrillo rojo y blanco

con típico tejadillo negro, sostenido por una arcada de piedra.

—Fíjese, señorita Amy. En el número 6 vivió dieciséis años nuestro admirado Víctor Hugo. Aquí escribió parte de su último éxito: *Los miserables*, me gusta casi a la par que *Nuestra señora de París*. Creo que incluso es mejor, más atrevida, más de denuncia social, pero el cariño que le tengo a *Nuestra señora de París*... es algo insuperable, marcó mi adolescencia. Una pena que Víctor esté ahora exiliado en Guernsey.

Amy abrió la boca y los ojos como platos, fascinada por ver la casa de su escritor favorito. También admiraba *Los miserables*, una novela publicada hacía un par de años, censurada por parte de la sociedad inglesa precisamente por esa denuncia social y política de la que hablaba Pierre. Soñó con encontrarse a Víctor Hugo algún día y poder conocerlo, pero, aunque ya no era un proscrito político, no había vuelto a París todavía; no había consentido en volver tras el decreto de amnistía de Napoleón III al grito de: «Cuando vuelva la libertad a Francia, volveré yo».

A una calle de la *rive droite* del Sena, tomaron la calle del ayuntamiento y enseguida vieron una larga hilera de carruajes depositando a sus ocupantes frente a un sobrio palacio renacentista de aspecto un tanto medieval y aterrador. El edificio de basta piedra blanca estaba rematado por pináculos, tejadillos de pizarra negra y hermosos ventanales decorados. Elegantes damas y caballeros iban adentrándose en él tras dar su nombre a un mayordomo apostado en la puerta y mostrar su invitación. Amy volvía a tener la boca abierta. Había ido a algunas fiestas en Londres durante su temporada, el año previo, pero aquella tenía algo especial... algo tétrico.

Se colocaron las máscaras y se miraron divertidos. Pierre, seguía aparentando una increíble dignidad aún con ella. La máscara aportaba mayor misterio al aspecto serio y elegante que lucía esa noche, tan alejado de sus adoradas mangas de camisa. Parecía un dios griego vestido de etiqueta. Tras ascender la escalinata hacia el palacio de Sens y entregar la invitación, Amy se vio cegada por la luz cálida de cientos de grandes candelabros. Toda la entrada y la escalera interior estaba alfombrada en rojo y rodeada del fuego de los velones y los ojos muertos de demasiado animales disecados. Amy se estremeció ante tamaña y cruel exageración. Pierre, en cambio, parecía divertido y casi imperturbable. Una vez en el salón, él fue presentando a Amy a un sinfín de amigos y conocidos cuyos nombres no pudo retener. Daba absolutamente igual, estaban cubiertos por excéntricas máscaras. Algunos las retiraban para saludar, otros no. Se sentía abrumada, cansada y algo agobiada

por tantas presentaciones y por el calor sofocante que hacía en el salón de cóctel cuando Ellen apareció, luciendo un impresionante y abultado vestido rojo, para empeorar las cosas.

—Damas y caballeros —anunció, reclamando la atención de los presentes a su alrededor—. Nuestro discreto Pierre no está presentando a su acompañante con todos los honores que ésta merece. —Tomó de la mano a Amy, separándola de Pierre y atrayéndola hacia sí—. Esta encantadora señorita extranjera es ni más ni menos que la modelo de la obra que *Monsieur* presentará en la próxima exposición de la Academia de las Artes.

Una ovación siguió a las expresiones de asombro que profirieron los espectadores de aquella presentación multitudinaria. Amy deseó que la tragara la tierra, se sentía incómoda siendo el centro de atención. Pierre lo detectó enseguida y actuó rápido:

—Es, sin duda, la modelo perfecta para mi obra —dijo a los presentes, que observaban a Amy como a una estatua de museo y cuchicheaban—. No podría haber soñado encontrar otra mejor, y eso que, como todos saben, las damas de París me han dado grandes momentos. —Todos soltaron una carcajada ante su picardía con doble lectura—. Y, ahora, si nos disculpan, el ponche nos reclama.

Pierre guió a Amy hacia la abigarrada mesa de las bebidas, le sirvió un reconfortante ponche de huevo y champán de una fuente y se disculpó por el numerito de Ellen.

—Es la anfitriona de la fiesta; se sentía en la obligación de presumir de vos.

—Lo entiendo —afirmó Amy, aún colorada. Se llevó las manos a las mejillas—. Todos deben pensar que hay algo más que una relación de trabajo entre nosotros.

—Lo piensan, no lo dudéis. Pero, ¿qué más da lo que piensen los demás? Son gente insignificante en nuestro mundo, en nuestro día a día —dijo, rasgando la voz—. Cuando pinto, solo estamos vos y yo. Es lo único que me importa.

Amy tuvo que coger aire forzosamente ante esas palabras. Pero quiso creer que Pierre solo hablaba de trabajo y arte, no la necesitaba para nada más. De nuevo se quedó absorta, mirando su alta figura, cuando Ellen se acercó a ellos.

—Queridos, no os escabulláis con tanta rapidez. Hoy Amy es una de las atracciones principales, junto a las que nos esperan en el salón de baile.

Ahora mismo mi productor está agasajando a nuestros invitados de honor: Anatole Demidoff y su esposa, Mathilde Bonaparte; pero en cuanto esté libre, debo presentarle a este pequeño cisne —dijo refiriéndose a Amy—. Sin duda, con esas plumas grises me recordáis a un joven polluelo de cisne o a un patito; encantadora.

Pierre tragó saliva y deseó decirle a Ellen que Amy parecía una princesa, no un polluelo, pero la famosa actriz se dio la vuelta calculadamente cuando le vio abrir la boca. Pierre miró a los ojos a su inocente modelo, le brillaban enmarcados por la máscara. Era injusta esa ofensa disfrazada de halago; Amy no era un patito indefenso, él mismo hacía grandes esfuerzos por no fijar la mirada en su escote esa noche, pues la encontraba increíblemente seductora.

—No le hagáis caso. Nada de polluelo de cisne; sois la reina del lago.

Amy sonrió y le restó importancia. Ambos se dedicaron a buscar canapés de algo comestible conocido entre las numerosas bandejas llenas de innovaciones de alta cocina. Metieron sus manos enguantadas entre las bandejas doradas cubiertas por velos que caían en cascada y antes de sacar el primer canapé, una ex cliente de Pierre se acercó a ellos.

—¡Querido! —exclamó la rechoncha mujer, ofreciendo su mano para que él se la besara—. Te echo de menos. Ojalá hubiese durado más la ejecución de mi retrato. Pasé los mejores ratos de mi vida.

—Me alegro, condesa.

Se perdieron en una breve e intensa conversación mientras a Amy se le encogía un tanto el corazón. Se sentía fuera de lugar. Mordió el primer canapé y antes de acabarlo la escena se repitió: una nueva ex cliente, más joven y elegante, se acercó para tener unas palabras amables para Pierre e insinuarse tras su abanico, escondiéndose de su marido.

Y así, hasta que se anunció que el comedor para la cena estaba abierto. Solo con los canapés y el ponche podrían haber cenado, no cenaban mucha más cantidad en un día normal, así que abrieron los ojos como platos ante el menú sin fin creado por Adolphe Dugléré, al que llamaban el Mozart de la cocina, y trataron de disfrutarlo. Constaba de viandas como: sopa de tortuga acompañada de Jerez amontillado, barbuda a la Dugléré, *blinis* Demidoff (invención del invitado de honor) con caviar de beluga regado con champán de 1860, soufflé relleno de lonjas de gallina a la crema, pollos a la portuguesa con salsa de cebolla y ajo, langosta a la *parisienne* con fruta, medallones glaseados con infusión de gelatina y mayonesa, codornices con un Clos Veugeot de 1845, patos a la *rouennaise* rellenos de paté, carnes deshuesadas

cubiertas de vino y foie gras, patatas Anne, distintos patés con uvas, frambuesas y mermeladas y, finalmente, lo que más agradó a Amy, una amplia variedad de ricos postres: quesos, pasteles, *crème brûlée*, minipasteles decorados y copas de macedonias de frutas diversas con crema inglesa.

En ninguna fiesta londinense había visto Amy ese despliegue de mezclas de sabores y extraños ingredientes. El único inconveniente reseñable de la cena fue que los comensales tenían prohibido quitarse las máscaras y descubrir el rostro, así que quien había osado ataviarse con una máscara demasiado grande o adornada tenía problemas para llevarse la comida a la boca. Esta situación provocó incomodidades al inicio de la cena pero cuando el vino, el champán y el coñac comenzaron a crear los primeros efectos, los invitados comenzaron a hacer burlas infantiles, riendo como niños sin respetar el decoro. Este choque cultural también se le quedó grabado a Amy, consideraba que los franceses tenían un humor más infantil que los ingleses y, al tiempo, podían ser groseros y libertinos.

Ella misma estaba notando los calores del vino amontillado que más tomó, charlando en maravillosa complicidad con Pierre. Cuando acabó la cena, todos aplaudieron largo rato al chef Adolphe Dugléré, que se estaba ganando a pulso su creciente fama en París. Ciento diez invitados, de pie, crearon un momento lleno de emoción. Amy deseó que Kieran estuviera allí para ver aquello y conocer al chef por un instante.

Pero el gran shock vino cuando pasaron todos al fin al gran salón de baile. Era la estancia más medieval del palacio, con altísimos techos de los cuales habían colgado largas telas rojas y lámparas con velones para la ocasión. A pesar de su altura, Amy sintió que era acogedora, tanto que no había el suficiente espacio para que todas las parejas bailaran a sus anchas. Estaban demasiado pegados para su gusto. Ahora sí, Ellen fue a por ellos para llevarlos ante el anfitrión, que charlaba con los invitados de honor.

—*Monsieur* Depardieu, la pareja de la que tanto le he hablado: mi buen amigo y joven promesa del arte, Pierre Renoir, y su actual modelo, Amy...

—Parecía no recordar el apellido falso con el que le fue presentada en el café, pero más bien fingió no recordarlo para restarle importancia a ella.

—O'Connell —añadió Amy, recordando el apellido de Kieran.

—Eso es —afirmó Ellen, efusiva.

El señor Depardieu era un hombre gordinflón, con el pelo lacio y rubio, poseedor de una gran nariz. Se acercó a Amy y besó su mano.

—Señorita —dijo mirándola—, caballero —siguió, sin mirar mucho a

Pierre—. Permítanme que les presente a nuestros invitados de honor: príncipe de San Donato, Anatole Demidoff, y su esposa, Mathilde Bonaparte, sobrina de nuestro más ilustre emperador.

Ambos saludaron debidamente al introductor en Francia de los *blinis* y príncipe de una región toscana, señor Demidoff, ataviado con chaqué y zapatos bajos, y a su famosa y tímida mujer, que vestía un exagerado traje pasado de moda, pues su volumen era más propio del siglo XVIII que del XIX. Amy detectó rápidamente que era una pareja muy dada al lujo por el lujo y las apariencias. Entonces Ellen les incitó a abrir el baile. Llevó a Anatole y a Mathilde hacia el centro de la pista de mármol y la música de un animado vals comenzó a sonar. «Perfecta para abrir un baile y girar y girar por la pista», pensó Amy. Al tiempo, cayeron varias de las largas telas que colgaban del techo y desvelaron algunas de las sorpresas que los anfitriones habían preparado: estatuas humanas semidesnudas, preciosas jóvenes y mancebos fornidos pintados de blanco imitaban a las más afamadas estatuas romanas y griegas. Fue toda una sorpresa. El murmullo de las expresiones de asombro inundó la sala. Acabado el vals, las primeras parejas se unieron al baile. Pierre tendió una mano hacia Amy.

—Le aseguro que soy un bailarín horrible, pero detecto sus ganas de bailar. ¿Me concede este vals?

Amy rio y meneó la cabeza divertida, pero aceptó encantada. Un escalofrío recorrió su espalda cuando Pierre puso su firme mano en su cintura. Lo miró directamente a su máscara de cuero y sus ojos se encontraron tan rápido como se evitaron. Enseguida se hallaron girando, riendo e intentando no tropezar con las demás parejas. Para Amy, bailar era algo natural, apenas tenía que pensar en los pasos, pero claramente Pierre tenía dificultades. Lejos de amedrentarse, Pierre se rio sin cesar de su propia torpeza, contagiando a Amy. La complicidad saltaba a la vista entre los dos y ambos comenzaron a recibir miradas de otros bailarines. Más tarde, la música cambió a bailes más animados. El vino y el champán seguían siendo repartidos sin cesar, regando a los invitados casi literalmente. Amy no lo creyó cuando la orquesta tocó una polca, la había aprendido en su preparación social, pero nunca la había llegado a bailar en un salón. Pierre, en cambio, pareció sentirse más seguro con su ritmo alegre y rápido, así que comenzaron a divertirse más si cabía. Agotados, buscaron una salita anexa para descansar. Tras descartar el fumadero de opio y el de puros, que a Amy le provocaba tos y malos recuerdos, encontraron una salita roja donde varias parejas descansaban en

cómodos sofás y divanes. Se sentaron el uno muy cerca del otro, agotados, sudando bajo las ropas y las máscaras. La cercanía, el cansancio y el alcohol los hicieron mirarse a los ojos y reprimir ambos el deseo de abrazarse. Algunas de las parejas presentes lo hacían. A Amy le escandalizó la ausencia de carabinas, pero se alegró por otra parte por ellos. Pierre desvió la mirada hacia el escote húmedo de Amy, que subía y bajaba, reponiéndose del baile, pero enseguida se riñó a sí mismo por hacerlo. Si estuviera seguro de que ella iba a reaccionar bien, la tumbaba allí mismo para comérsela a besos, pero no sabía cuáles eran los deseos de la dama. No había sido consciente de ninguna señal de que él le agradara más allá de la simpatía, acababa de romper con Kieran hacía tres semanas y además era una recatada señorita inglesa. Demasiadas barreras. Debía respetarla. Si hubiera sabido todo lo que estaba pasando por la cabeza de Amy, no lo hubiera hecho. Cuando pensaban que la situación no podía ser más incómoda, Ellen y Depardieu comenzaron a revelar sus cartas en su juego por ser los más excéntricos anfitriones. Una ovación provino de la sala de baile, así que Pierre y Amy salieron a ver qué ocurría: las hermosas estatuas humanas que habían posado impertérritas comenzaron a moverse de forma sensual y a agruparse en parejas y tríos. Poco a poco, como si realmente fueran efigies despertando a la vida, comenzaron a acariciarse, besarse, abrazarse... y a adquirir toda clase de sensuales posturas. Los invitados miraban absortos a todas partes. Algunas parejas, excitadas, comenzaron a retirarse a los reservados. Amy y Pierre se quedaron aislados y algo cortados en un rincón, entonces Ellen se acercó a ellos junto a una actriz amiga, una increíble joven rubia. Se situó junto a Pierre y le habló al oído.

—Ya que veo la situación muy parada con tu joven modelo que no sabe divertirse, ¿quieres pasar un buen rato con nosotras? Con Camille y conmigo.

—Me divierto más hablando con Amy que yaciendo contigo, Ellen. Eres muy previsible —dijo deteniendo la mano de Ellen, que iba directa a su trasero— y, para ser actriz, sobreactuabas un poco en el orgasmo.

Ellen retiró la mano, profundamente ofendida. Pierre no quería hacerle daño, pero la conocía y sabía que con sutilezas no se la iba a quitar de encima.

Ellen se plantó frente a Pierre y dijo en voz alta, para que Amy lo oyera:

—No sobreactuaba en absoluto cuando yacíamos juntos, Pierre, tú eres capaz de hacer gritar de placer a cualquier mujer. Qué desperdicio —añadió con una mirada de profundo desprecio y un ademán de escupir al suelo.

Pierre no perdió la compostura, como si oyera llover, pasó un brazo sobre los hombros de Amy.

—Creo que es hora de irnos, princesa. En esta fiesta ya no hay nada interesante que ver. ¿Estáis de acuerdo?

—Lo he pasado bien, pero quiero ir a casa —dijo, sobrepasada por las emociones, el cansancio y lo que acababa de oír.

Una tremenda punzada de envidia hacia Ellen la invadió; había yacido con Pierre. Pero también había oído cómo él había dicho que se divertía más con ella hablando que con Ellen en la cama. Una sonrisa volvió a los labios de Amy al recordarlo.

Una vez en el carruaje, Amy apoyó su cabeza contra el hombro de Pierre, en gesto de agradecimiento y de cansancio. Era un gesto que nunca se hubiera atrevido a hacer de no haber salido de la pudorosa Inglaterra. Él se enterneció y deseó besarla, pero se contuvo. Como toda respuesta, le acarició la mejilla.

—¿Y este acercamiento repentino, *milady*, puedo preguntar a qué se debe? —inquirió, precavido.

—Necesito algo de contacto humano —lo miró a los ojos— y vos sois mi humano preferido.

Capítulo 16

Perversión.

Pierre se sintió derretido y provocado por las palabras de ella. Deseó besarla allí mismo, en el carruaje de vuelta a casa.

—Quisiera besaros, fuerte, hasta romperos. Y precisamente por eso me da miedo hacerlo; si caéis en mis brazos, no os soltaré jamás.

—¿Os asusta romperme?

—Me asusta vuestra fragilidad.

—Entonces os besaré yo.

Ni que decir tiene que sellaron esta discusión con su primer beso. Amy acercó su boca a la de él unos centímetros y Pierre completó el camino que ella no se atrevió a concluir. Cuando sus labios se encontraron, un escalofrío de incredulidad, regocijo y puro deseo recorrió los cuerpos de ambos. Un beso tranquilo, dulce, largo; lleno de ternura. Lejos de la pasión loca que ambos habían deseado a veces. Y es que sentimientos diferentes y especiales estaban creciendo en el corazón de ambos.

—No quería que esto pasara, Pierre, porque no quiero volver a sufrir a causa de un hombre... No sé si podría seguir trabajando para vos y acabar el cuadro si ocurriera.

El pintor lo sabía y lo temía.

—No puedo prometeros un futuro seguro de vino y rosas, pero puedo prometeros mi presente y la sinceridad de mi corazón. No penséis que sois para mí una más, pues creo que sabéis que sois un ser especial. Todo hombre sueña con muchas mujeres a las que cortejar y solo una a la que proteger, y vos me despertáis ese instinto de protección, es posible que seáis esa mujer.

Amy se acaloró, abanicándose con la mano y negando con la cabeza.

—No me voy a dejar embaucar tan fácilmente.

—Ya estáis perdida. Os tengo comiendo de mi mano —dijo medio en broma medio en serio. Él era consciente de su conexión y su propio atractivo.

Amy le dio un golpe en el hombro en señal de enfado.

—Dejémonos guiar por la pasión. Es lo que puedo proponeros por el momento —dijo él, sincero, quitándose la máscara y secándose el sudor.

—Pero... —dudo Amy—. ¿Os dejaréis guiar por la pasión con más

mujeres también?

Él se encogió de hombros.

—No soy un hombre que coma paté si puedo comer foie, así que no veo que tengáis nada que temer.

Ella lo miró por el rabillo del ojo, no muy convencida.

—En fin, tenéis razón. Para qué pensar en el futuro cuando se nos presenta tan incierto —dijo para protegerse, aunque no fuese exactamente lo que quisiera.

Se acercó a él y le dio un profundo beso, muy húmedo. Un beso que anunciaba a todas luces que él tenía permiso para posar sus manos sobre su cuerpo. Así que él la abrazó, al notar cómo ella temblaba de emoción, le acarició la espalda, después la nuca, haciéndole cosquillas y por último el pelo. Volvieron a besarse, no podían parar. Sus labios se buscaban y sus lenguas se fundían en una sola con ansia. Pierre rompió el momento cuando se sintió demasiado excitado y le profirió pequeños besos en la nariz y las mejillas a su dulce y fogosa señorita. Le gustaba sentirse tan deseado por ella.

—Ellen estará furiosa conmigo si se entera. Me recuerda un tanto a *Milady* de Winter, de Alejandro Dumas, la que asesinó a la novia de D'Artagnan —dijo de repente Amy—. ¿Creéis que querrá matarme?

—¡En qué cosas pensáis ahora! Estoy seguro de que sí, querrá mataros —rio él—. No está acostumbrada a que le digan «no» a nada. Pero aquí está vuestro D'Artagnan para defenderos.

Dicho lo cual se abalanzó sobre Amy para comérsela a besos, disfrutando de la suavidad de esos dulces labios a cuya inocencia no estaba acostumbrado. Le embaucaban. Estando con ella entre sus brazos, no deseaba tener ningún otro escarceo. No podía creer aún su suerte. No podía creer que aquello estuviera pasando. La besó y lamió en el cuello y en las orejas, luego bajó hasta la clavícula. Notó cómo ella se ponía tensa: Pierre estaba demasiado cerca de su escote. No es que no lo deseara, pero no tan rápido.

—Dejemos algo de misterio para otro día —dijo, deteniéndolo.

—No podéis imaginar la cantidad de días que os harán falta para descubrir todos los misterios que puedo enseñaros.

—Recordad que no soy virgen, perdí la virtud con Kieran.

—Perdonad, pero yo os oí un poco las raras veces en las que hicisteis esas intenciones y eso no era hacer el amor. Yo os enseñaré lo que es.

—Oh, pensaba que os despertaba algún sentimiento más allá del deseo —dijo ella, decepcionada—. Hablabais de instinto de protección y seres

especiales hace un momento.

—Exacto. Y los seres especiales se merecen recibir placer.

Amy se debatía entre el escándalo, el enfado y la profunda excitación que le estaban provocando esas palabras. Tuvo que recordar al Pierre que le bajaba la comida al anciano viudo y escuchaba sus batallas para no pegarle. Enumeró mentalmente las virtudes de Pierre: generoso, imaginativo, valiente, caballeroso, la defendía en público, era la primera persona que le había preguntado por sus sueños... y parecía un volcán como amante. ¿O eso era un defecto? Estaba muy, muy acalorada. Pero no iba a ponérselo todo tan fácil. Giró la cabeza y agradeció que ya estuvieran llegando a casa. Ahora temía el tramo de escaleras que le quedaba por subir junto a él. Debía ser fuerte.

Él descendió primero del carruaje y esperó a que el cochero abriera la puerta para ayudarla a bajar. Ella dudó un momento antes de darle su mano, temblorosa. Estaba medio arrepentida de haber dejado que pasara aquello, por mucho que lo deseara. Tenía miedo.

La acompañó sin incidentes hasta su planta.

—Señorita, mañana descansad y relajaos. Tardaréis todo un día en olvidar mi olor.

Amy volvió a mirarlo con ojos enormes y a reprimir las ganas de pegarle por orgulloso.

—¿El lunes continuamos la obra entonces? —dijo seria.

—Eso es, tras el almuerzo, como siempre. Ah, y con respecto a esto que ha ocurrido entre nosotros, por vos y por vuestra ya maltrecha reputación, yo de momento lo llevaría en secreto, pero como gustéis.

—Qué considerado por vuestra parte —ironizó—. Pensaba que querríais colgaros otra medalla en vuestro uniforme de conquistador de damas.

—Qué mal me conocéis aún.

—Buenas noches, caballero —dijo ella, exasperada.

—Buenas noches, patito —dijo él y, guiñando un ojo, se giró y se marchó.





Mientras tanto en la fiesta, otra pareja buscaba diversión: Bárbara y Johan estaban allí, escondidos tras sus máscaras. Bárbara se había excusado en la visita urgente a una tía abuela moribunda para visitar París y Johan había alegado motivos de negocios. Pero allí estaban juntos, en su enésima fiesta parisina en poco tiempo, sin éxito en su empresa. Ni rastro de Amy en las fiestas ni tampoco en todos los lugares frecuentados por la alta sociedad. Ya se estaban planteando si la pista que los había llevado hasta allí era fiable. Amy, en su inocencia, les había dicho a los marineros que su intención era ir a París, pero quizá luego cambiara de parecer o quizá algo le ocurriera por el camino, pensaban ambos con desánimo.

—En esta fiesta tampoco hemos hallado pistas —refunfuñó Johan, tendido en el fumadero de opio.

—Era improbable verla en esta fiesta, era más difícil al ir con máscaras, eso lo sabíamos, pero había que intentarlo —repuso Bárbara—. Aun así...

—Aun así, ¿qué? —preguntó nervioso.

—Aun así, ¿no te parece que esa chica irlandesa a la que han presentado como modelo de un pintor se le parecía mucho en estatura y en el pelo?

—En el pelo, puede ser —dijo un Johan poco observador—. Pero Amy está más rolliza.

—Puede que haya adelgazado tras el viaje y el cambio de vida.

—¿Adelgazar en Francia? No digas memeces.

—No me faltes al respeto, Johan —amenazó ella—. Yo no soy Amy.

La apariencia de Bárbara seguía siendo la de un ángel rubio, un ángel con el cuello muy estirado y cara de pocos amigos, pero Johan la despreciaba debido a su maldad. Sabía perfectamente que era un aliado del diablo, pero la necesitaba para su venganza; iba en su equipo en aquel juego. Además, le gustaba mirarla. Cada día la encontraba más provocadora y le costaba más y más no dejarse abrumar por sus encantos.

—Johan, vuelve en ti —dijo Bárbara al verlo absorto, chasqueando los dedos.

—Sí, la joven modelo... ¿Quieres que pregunte algo más a los anfitriones, solo para que te quedes tranquila?

—Tú pregunta al anfitrión, trata de mostrar interés por estar con ella, ya me entiendes. Yo preguntaré a la acompañante del anfitrión, esa actriz ostentosa llamada Ellen que aquí parece tan famosa. Nos vemos después aquí mismo.

Dicho lo cual, cada uno se dispuso a continuar con su parte de la misión.

Bárbara abordó a Ellen, tras encontrarla hablando con uno de los modelos que habían representado ser estatuas, un joven de enormes músculos, todo pintado de blanco, que descansaba durante su turno.

—Admirada señora Villandry —dijo Bárbara, espantándole al joven.

Ambas se miraron con cierto odio.

—¿Sí? Dígame... No recuerdo su nombre, disculpe.

—No se preocupe. Antes la he visto presentar a la joven modelo de un pintor que ha anunciado como amigo suyo. Bueno, el caso es que nos ha llamado la atención a mi acompañante y a mí y nos preguntábamos si podríamos contactar con ella de alguna forma.

—Vive en el mismo edificio que mi amigo pintor, pero no puedo revelar bajo ningún concepto el paradero del estudio de ese artista en concreto, así que... supongo que puedo hablar con él y concertarles una cita en algún otro lugar.

—¡Fantástico! —exclamó Bárbara—. Pero antes... —dudó sobre qué información sacar— nos convendría saber su edad y si es bonita, no se intuía del todo bien con la máscara.

—Tiene la edad de una debutante. Yo diría que diecisiete o dieciocho, a lo sumo diecinueve. Y su cara es rabiosamente dulce.

La edad encajaba.

—¿Y se apellida O'Connell, dice? ¿Irlandesa?

—Eso es. Amy O'Connell —El nombre de Amy volvió a caer sobre Bárbara como un jarro de agua fría. Ellen detectó el cambio en la cara de Bárbara—. Si tiene algún conflicto con su nacionalidad, conozco a muchas otras modelos disponibles de otros países.

—No... ¿Sabe si la chica lleva mucho tiempo en la ciudad?

—Un par de meses, aproximadamente, que yo sepa. Solo sé que llegó en tren desde Calais.

Ahora sí que encajaban casi todas las piezas del puzzle, todas menos ese apellido irlandés seguramente falso. ¡Tenía que ser ella!

—Conciérteme una cita, se lo ruego. Nos hemos encaprichado con ella —afirmó Bárbara tajante.

Un par de modelos estatuas se acercaron a Ellen y ambos la abrazaron, cada uno por un lado, con deseo. Eran viejos conocidos, además de artistas novatos que querían satisfacerla para lograr que los ayudara a medrar en el mundillo.

Bárbara los miró, incómoda.

—¿Y no le interesa uno de estos mancebos en lugar de esa Amy?

Claro que a Bárbara le interesaban, ¡los dos! Pero si perdía su virginidad, Hans la repudiaría y ya era algo mayor para encontrar otro soltero joven que fuese buen partido. No quería acabar con un viudo.

—Gracias por el ofrecimiento, pero estoy prometida.

Ellen rio.

—¡Yo estoy casada! Pero esto es París y yo me debo al arte.

Dicho lo cual, se giró hacia uno de los modelos y lo besó directamente en la boca, en público. Bárbara se sonrojó, pensó un momento en el marido de Ellen y desapareció.

—¡Le concertaré la cita! —gritó Ellen, sin dejar de tocar a ambos mancebos—. Vamos a una de las habitaciones —les ordenó a ambos.

Mientras Bárbara y Johan abandonaban la fiesta con la promesa de una cita con la posible Amy, Ellen subía a uno de los cuartos vacíos y acomodaba a sus hombres pintados de blanco sobre una gran cama con dosel. Tan solo una tela blanca cubría sus partes pudendas y ella les ordenó que se la quitaran. Estaba enfadada y algo bebida, iba a resarcirse bien tras ser plantada así por Pierre, no se lo quitaba de la cabeza. Quería que fuera solo suyo. Pero esa Amy parecía despertar mucho interés. Ahogo una carcajada cuando los chicos se quitaron el taparrabos y vio cómo la punta de sus miembros viriles era lo único que no estaba pintado de blanco. Ellos comenzaron a quitarle la ropa a ella, tarea nada fácil, pues su enorme pero moderno vestido rojo estaba tan ajustado y atado como una segunda piel. Cuando al fin lo consiguieron, observaron el cuerpo sensual de la actriz en ropa interior y sus miembros se pusieron rígidos. A Ellen le volvió a parecer gracioso que solo la base de sus penes fuese blanca y todo el duro mástil de un tono carnosos en uno de ellos, de nombre Adrien, y moreno en el otro, llamado Jon. Agarró ambos sin poder reprimirse y comenzó a sacudirlos, de pie frente a ambos, moviendo sus diestras manos. Ellos se abandonaron un momento al placer antes de seguir deshaciéndose de la ropa de ella.

Besó a Jon, un vasco moreno de casi dos metros de alto por uno de ancho, con los brazos más impactantes que hubiera visto. El tipo de chico que siempre había intimidado lo bastante como para que muchas damas no hablaran con él. El más blanquito era Adrien, un novato rubio, procedente de Inglaterra.

—Sácale ya las enaguas. Pero déjale el ligero —ordenó Jon a Adrien.

—Joder, no puedo con estas cintas.

—Arráncalas.

Ellen, encantada, se dejaba hacer. De repente sintió un tirón fuerte: le habían roto el lazo que ataba las enaguas, pero le daba igual. Sus piernas y su vientre parecían aflojarse de pura excitación. Y, entonces, sintió cómo Adrien le tocaba los pechos, apostado a su espalda. Jon desplegó su pene ante ella, ofreciéndoselo. Ella se arrodilló y hundió totalmente ese enorme falo en su boca, sintiendo cómo crecía la humedad entre sus piernas. Adrien, ni corto ni perezoso, agarró a Ellen por el pelo y tiró de ella hacia atrás, tumbándola. A Ellen le encantó esa osadía.

—¡Joder! —gritó Jon al ver interrumpido su francés. Adrien estaba muy agresivo. Ellen nunca había imaginado así al «caballero» inglés. Le había supuesto unos modos más suaves. Ellen no podía mover un músculo. Adrien la tenía agarrada por el pecho, empujando su miembro contra su trasero. Comenzó a meter su mano por debajo del ligero de ella, acariciándole los fuertes muslos. Ellen cerró los ojos y ladeó la cabeza. Trató de apartarle la mano por impulso cuando notó cómo le acariciaba su *bouton de rose*: su duro clítoris. Jon dirigió su boca hacia él, mientras Adrien seguía con su menester desde atrás y, con la mano que tenía sobre su pecho, comenzó a acariciarle un rosado pezón. Ellen comenzó a gritar de placer. Adrien la introdujo la cumbre de su miembro.

—No puedo más —dijo Jon, al cabo de un rato—. Yo también quiero hacerla gritar así.

A Ellen le divirtió que se la disputaran. Jon la cogió en volandas como si no pesara nada, arrebatándosela a Adrien de entre sus brazos y se sentó en un diván que había al fondo de la habitación con Ellen sobre sus rodillas, bien sujeta aún. Ella lo escuchó suspirar. Acto seguido, notó la presión del miembro creciente de Jon bajo su trasero. Sus manos estaban ardiendo sobre su cintura y sintió su boca y el aliento cálido de él justo en el cuello. Tiró más fuerte de ella, llevando su cabeza hacia atrás. Ella le mordió la mano, pues sin querer, él le estaba presionando demasiado; tenía demasiada fuerza como para saber controlarla. Jon se revolvió ante el mordisco.

—¡Ah, zorra! —dijo instintivamente, sin querer insultarla realmente.

Ella trató de zafarse por puro juego, arañando a Jon en los brazos.

Adrien se acercó a ellos y le agarró las manos a Ellen. Le abrió los brazos en el forcejeo y se quedó un momento inmóvil, mirándola directamente a los blancos pechos, que subían y bajaban con los jadeos. Ellen estaba en éxtasis, sujeta por ambos.

—Está bien. Sujétala —refunfuño Adrien.

Adrien se abalanzó sobre sus pechos, puesto de rodillas, como un mendigo que encontrara de repente un festín en su camino. Ella notó la humedad y agresividad de su boca en sus pezones y vio cómo éstos se endurecían sin su permiso. Volvió a gemir de placer y a empaparse, al tiempo, movía su mano en busca de su miembro. Suspiró sin querer. Las manos de Jon, entonces, tomaron la iniciativa y se movieron por su barriga, su cintura, sus pechos y se deslizaron por sus ingles. Mordisqueó su oreja con suavidad y le dio un beso en el pelo. Parecía más inexperto que Adrien, quién lo iba a decir. Los dedos de Jon llegaron al pezón que no estaba en la boca de Adrien y ella gritó; entonces Jon le volvió a girar la cabeza hacia atrás, recostándola en su hombro, le dedicó una sonrisa extraña y la besó. Ahora sí, estaba fundida, perdida. Perdida en el beso de Jon. En el placer que estaba recibiendo por casi todo su cuerpo al tiempo. Él la acarició con algo más de suavidad al notar que ella se relajaba. Adrien la estaba masturbando al tiempo que seguía devorando sus pechos. De repente, empezó a descender con lascivia por su vientre. Cuando llegó a este punto, con ambas manos abrió más sus piernas y sin dar tregua le lanzó un pequeño mordisco en la vulva. Ella dio un respingo, pero estaba subyugada por lo que estaba sintiendo. Se revolvía, pero se dejaba llevar. Adrien buscó su clítoris con la lengua mientras Jon seguía besándola y encargándose de sus pechos: estaba recibiendo el doble beso que la derrotó por completo.

Al rato, Adrien no pudo más; se incorporó y puso su falo, largo y estrecho, entre los pechos de ella y los apretó. Entonces Jon buscó también su propio miembro y lo colocó, quedando bajo el trasero desnudo de Ellen y restregándose contra él. Adrien la obligó a meterse su glande en la boca, mientras su miembro aún seguía entre sus pechos, apartándola del beso de Jon.

Jon, entonces, se puso celoso y cambió de postura. Se recostó a lo largo en el diván, sujetando a Ellen sobre él y abriéndole las piernas con las suyas, exponiéndola a Adrien. El inglés se puso de rodillas sobre el banco, frente a ella, y se tumbó encima. Ellen quedó envuelta por los dos, uno arriba y el otro abajo. Se les notaba a ambos deseosos de penetrarla y, sinceramente, prefería que el primero no fuera ese inglés, apuesto, pero tan rudo. Prefería a Jon. Y lo tenía a su alcance. Curvó un brazo hacia atrás y buscó el gran falo de Jon, lo encontró bajo su trasero, extenso en su plenitud, y lo dirigió hacia la entrada de su vagina. Cuando estuvo ahí, se clavó en él con un movimiento

de cadera que dejó a Adrien sin opción y a ella sintiendo un profundo y satisfactorio placer. Lo hicieron así un momento, con la punta del pene de Jon dentro de ella, curvada, recostada sobre él. Adrien quería participar así que se agarró su propio miembro y comenzó a masturbar a Ellen en el clítoris con su glande. Jon le tocó los pechos al tiempo, dejando rodar sus dedos por ambos pezones con intensidad y Ellen sintió una descarga tan intensa que creyó que caería muerta en cualquier momento. Le faltaba el aire.

—¡Ah! Qué mojada está —exclamó Jon, con la voz rasgada—. Puedo notarlo en mí.

Al cabo de unos momentos, Adrien aulló:

—Joder, ¡yo también quiero hacérselo!

La agarró por las caderas y la forzó a darse la vuelta, quedando cara a cara con Jon, pecho con pecho, y de espaldas a Adrien. Se la introdujo desde atrás, y comenzó a sacudirla con mucha fuerza. El pene de Jon había quedado justo bajo la vulva de Ellen y se frotaba contra él con cada sacudida de Adrien. Eso era más placentero aún... Era increíble. Ellen miró a Jon. Entonces sintió que él buscaba su boca para besarla. Se besaron arrolladoramente, mientras Adrien acababa su trabajo y la zona íntima de Ellen ardía cada vez más al frotarse contra Jon. Estaba al rojo vivo. Sintió que todo se desbordaba. El pene de Adrien entraba y salía de ella con mucha rapidez. Jon se convulsionaba debajo de ella también. El rozamiento contra Jon le hacía sentir que saldría humo entre ellos en cualquier momento... y, sin decir nada a los chicos, increíblemente excitada, falta de aliento, Ellen llegó al orgasmo con un largo grito.

—No puedo más... —dijo Adrien.

—No lo hagas dentro —dijo ella.

Entonces Adrien la sacó de golpe y Jon se la metió entonces por la húmeda vagina, tal y como estaba deseando. Lo hicieron así durante unos minutos más, hasta que todos se desbordaron. Adrien lo hizo sobre su espalda, Jon la sacó justo a tiempo para hacerlo en su vientre.

Exhaustos los tres, al fin todo acabó por esa noche. Abajo, la fiesta ya se apagaba. Del resto de habitaciones también provenían toda clase de gemidos.

Capítulo 17

Un mundo nuevo por descubrir.

Al día siguiente, continuaron con el trabajo. Quedaba solo un mes para la muestra y Pierre ya sentía de tanto en tanto punzadas de nerviosismo; estaba preparado mentalmente para ser criticado e incluso para fracasar, pero eso no lo detendría en su lucha por su sueño. Las críticas podrían dolerle más por Amy que por él mismo; él era fuerte, ella no tanto. Comenzaba a sentir la presión.

Miró a su modelo envuelta en esas sensuales telas color turquesa; quieta, algo seria y cansada, pero hermosa. Dudó un momento sobre si la postura y el fondo elegido habían sido los más apropiados, tan solo un hombro al aire podía parecer muy provocador en sociedad pero para él no era suficiente. Vaciló también sobre el fondo vegetal que había elegido, esas ramas imitando un bucólico bosque encantado... creaban una sensación de fantasía pero quizá hubiera sido mejor elegir Notre Dame como fondo, pensó. Típicas incertidumbres que asaltan a los artistas perfeccionistas. De haber ido a pintar frente a Notre Dame, su proyecto para la muestra ya no sería secreto. Pierre propuso un descanso para tomar el té. Sirvió un té de bergamota con pasteles de limón y paseó nervioso mientras Amy se cambiaba de ropa tras un enorme lienzo colocado en un caballete. Movié la cabeza tratando de alejar los pensamientos negativos y buscó un tema alegre del que hablar.

—¡Tengo una noticia estupenda! —anunció Pierre—. Mis colegas pintores están organizando un baile el día anterior a la Gran Exposición. Será algo muy informal y divertido para relajarnos, justo aquí al lado, en el Moulin de la Galette. Creo que os comenté que allí se organizan bailes cuando llega el buen tiempo. Siendo mi modelo, por supuesto estáis invitada a asistir.

Amy dejó sus medias a medio subir y sacó la cabeza por un lado del lienzo que hacía de separador.

—¿Yo?

—Claro. Mi Esmeralda no puede faltar. Estarán las modelos de todos los pintores, estoy deseando presentaros al resto de la Academia. Seguro que ninguna modelo es tan diferente y bella —añadió, cariñoso.

—Me encantará asistir —dijo poniéndose colorada.

—Y, ¿por qué noto entonces cierta reticencia, Amy? Será un baile entretenido.

—No es reticencia... Es un cierto pudor. No estoy segura de cómo voy a reaccionar cuando los asistentes me contemplen detenidamente para buscarme al día siguiente en los trazos de vuestra pintura. Casi me desmayo cuando Ellen me presentó como vuestra modelo en la fiesta del sábado en la mansión de Sens, así que delante del resto de vuestros compañeros... es una gran responsabilidad.

—Ciertamente, el sábado las mujeres os contemplaron con envidia y los caballeros con admiración, como a un objeto de lujo que quisieran poseer pero ni siquiera podían tocar. En La Galette será distinto, la contemplarán como a un objeto de arte; pero nosotros, a divertirnos —Amy se sintió algo molesta por ser admirada como «un objeto» por los parisinos, pero sabía perfectamente a qué se refería Pierre: los artistas y sus modelos representaban un entretenimiento; además de algunos vicios, fiestas, apuestas y algún nuevo deporte, como el boxeo—. Aunque es posible que asista también alguien de clase alta; ese tipo de guateques son un reclamo para la alta burguesía, ya sabe, esa gente no se pierde un evento social.

Amy se sintió provocada por el desprecio con el que Pierre había pronunciado «esa gente» refiriéndose a la alta burguesía.

—Os recuerdo que yo también pertenezco a «esa gente».

Un impertérrito y pícaro Pierre apareció ante ella, tras el lienzo, cara a cara.

—Para mí... significaría mucho contar con su presencia.

Amy se sobresaltó. La toga estaba desajustada todavía y colgaba ampliamente, uno de sus pechos quedaba al descubierto desde el punto de vista superior de Pierre. Ella estaba acabando de recolocar la liga de su media izquierda, la soltó al alterarse y trató de cubrirse con las manos. Cuando él se retiraba, consciente de que su modelo no había vencido aún el pudor, turbado por su visión, ella lo agarró suavemente por su cintura.

—Pierre... Perdonadme si he estropeado vuestra ilusión con mis dudas. Es una ocasión realmente muy importante y es un honor ser vuestra modelo. Será un placer enorme acompañaros en el baile de La Galette.

Él sonrió con la profundidad de un niño al que acaban de hacer el mejor de los regalos. La tomó en sus brazos y la alzó del suelo, con ilusión. Los ojos iluminados de ambos quedaron frente a frente.

—Mi pequeña burguesa —dijo apartando un mechón de cabello de su cara

—. ¿No echáis de menos a vuestra familia? Yo suelo añorar a la mía, a la que visito una vez al año en Limoges.

—Tan solo a mi hermano, pero no me arrepiento de lo que hice ni un solo momento; decís que vuestro padre también ejercía mucha presión sobre vos y que no creía en vuestro arte, así que podéis comprenderme. En ocasiones, para las damas esa presión es más fuerte, pues somos tratadas como mercancía que tiene que atraer al mejor postor. Huir fue una decisión precipitada, pero yo sabía muy bien lo que hacía y el porqué. Nunca quise la vida que mis padres proyectaron para mí y mucho menos el prometido que me eligieron. Prefiero pasar necesidades, trabajar, ver mundo, conocer gente e incluso estar quedándome en los huesos al no comer tanto como en mi casa, con lo golosa que soy —sonrió ácidamente.

—No importa dónde uno esté mientras la brújula que le oriente sea la del corazón.

—¡Eso es precioso! Lo sé. Creo que, mientras siga a mi corazón, no me perderé por el camino ni me arrepentiré de la decisión tomada. Creo... Estoy descubriéndome y creciendo como persona, cosa que jamás hubiera hecho de haber aceptado el cómodo destino que me iba a ser impuesto. Llevaba tiempo deseando huir, pero no fui capaz de planificarlo calculadamente; no tenía valor.

—Me alegro de que encontrarais ese valor en el último momento —dijo suavemente, clavando su mirada en las dilatadas pupilas de Amy—. Y de que el destino os trajera a mí.

La apretó contra su cuerpo anhelante y la besó con furia. Amy se retiró, sorprendida. Pero su deseo por él era superior a sus reparos. Le cogió la mano y lo llevó hacia un banco cubierto de cojines que el pintor tenía bajo la ventana, a modo de diván. Ambos se sentaron y sus manos buscaron sus respectivos hombros y espaldas. Él la rozó en la cara con su nariz recta y masculina y depositó un tierno beso en su mejilla, le encantaba rozar la suave piel de Amy, besar sus mofletes sonrosados y mirar de cerca sus ojos verdes.

Amy lo besó en los labios, acariciándole los músculos del vientre y la dura cintura. Pierre estaba en una excelente forma física, dedujo por lo que pudo tocar.

—Pierre, no me importa cuánto he perdido, me importa más lo encontrado y los momentos vividos.

Durante las semanas que había durado la confección de la pintura maestra

de Renoir, ambos se habían sentido tremendamente atraídos. Habían guardado la compostura hasta la noche de la fiesta, pero la tensión acumulada les pedía más y más. No estaban saciados el uno del otro. Pierre intensificó su beso y dejó rodar sus manos por los hombros de ella, buscando su piel. La cálida voz y las maneras firmes y al tiempo delicadas del pintor, junto a la potencia del torso que se vislumbraba bajo sus camisas blancas, solían sumir los sueños nocturnos de Amy en cálidos mares dónde él la besaba, la acompañaba, la salvaba... Mientras que, una planta más arriba, un joven y prometedor pintor correspondía secretamente sus deseos en sus sueños. Y al fin todo eso estaba tornándose en realidad.

Habían compartido sus temores familiares más íntimos en ese tiempo, sus sueños y sus fantasías de un mundo más libre y mejor. Habían hablado de literatura y de arte, hasta embeberse el uno de las palabras del otro, casi cada día. No había nada en el mundo como escucharse mutuamente... O sí. Ahora que sus ojos se encontraban, sentían que querían algo más que las palabras y las miradas fugaces. Sentir la calidez y humedad de sus bocas era puro deleite. Sus labios no tardaron más que unos segundos en dar paso al encuentro de sus lenguas, que actuaban como expertas demandantes y buscadoras de placer. La experiencia de él se vio igualada y superada por el deseo de ella, que se sentó sobre él a horcajadas y ciñó las piernas fuertemente en torno a su cintura. Se apretó contra su cuerpo hasta casi dejarlo sin respiración. Quería fundirlo con ella y no separarse nunca.

Su media izquierda, olvidada a su suerte, resbaló por su pierna y un «clink» se escuchó también al romperse el enganche de la liga que sujetaba la derecha. Las manos de Pierre volaron por voluntad propia hacia sus muslos, alternándose para sujetar su trasero y recorrer el inicio de sus piernas. La presión en su pantalón se hizo tan evidente que Amy la pudo notar con tan abrumadora claridad que se estrechó por inercia contra ella.

Pierre la llevó en volandas hacia su dormitorio, hacia el camastro bajito que hacía tiempo que los esperaba, paciente, en su rincón. Era un dormitorio pequeño pero imponente. Había un escritorio al otro lado, con pergaminos de papel y una bella pluma sobre él. Varios armarios adosados a las paredes, una bañera, un espejo de luna grisácea y desgastada. Útiles de aseo y una colección de pinceles de todos los tamaños y formas completaban el lugar. Excitado, comenzando a perder la paciencia, Pierre se deslizó convertido en un mar de besos por ese cuerpo menudo de hermosas curvas, tan deseado.

—¿Qué vas a hacerme?

—Lo que he deseado hacerte desde que supe de tu existencia.

Recorrió, con apenas un roce de sus labios, sus pechos y su vientre, aún cubiertos con la toga, donde se detuvo mayor tiempo, para respingo de Amy. Ella retuvo el aire, aguantando la tensión, y arrugó las cejas, como suplicando por su fortuna.

Entonces ocurrió lo que ella tanto temía y deseaba al mismo tiempo, de un solo golpe Pierre le bajó la toga y el corsé, dejando al descubierto sus recatados pechos blancos, y la boca del joven pintor se cernió sobre uno de ellos. Su lengua paseó diestramente por su pezón, el cual reaccionó endureciéndose. Un fuego se apoderó de ella que luchaba contra la intensidad de ese placer, arqueando su espalda, ofreciéndose aún más a él. No sabía si lo podría aguantar demasiado tiempo. Entonces él la miró pícaro y ella creyó morir. Pierre abandonó su pecho y descendió, alzó sus faldas y enaguas y acarició suavemente sus muslos, con la mano plana. Después dio pequeños toques con sus dedos en su ropa interior empapada. La apartó de repente, con furia, acercó su boca y se perdió entre las zonas más íntimas de ella, haciéndola suspirar. Sentía como si una carrera de hormigas recorrieran su cuerpo y al tiempo unos extraños azotes internos que no había llegado a sentir con tanta intensidad ninguna de las veces que había estado con Kieran. La pasión e insistencia de Pierre tenían muy poco que ver con las tímidas y huidizas caricias que el pastelero había consentido en regalar. Su lengua diestra se movía con dureza y decisión.

Cuando Amy abrió la camisa del pintor y tiró hacia abajo de sus pantalones, otra sorpresa más la dejó sin respiración. No tenía ni idea de que un miembro masculino pudiera alcanzar ese tamaño. Cuando aquel monstruo apareció ante sus ojos, Amy se excitó con su sola contemplación. Aquello se convirtió en el objeto de sus deseos, olvidando prácticamente que tenía un dueño. Deseó besarlo y lamerlo. Se incorporó, arrastrando sus rodillas sobre el colchón, dirigiendo sus manos hipnotizadas hacia él. Acarició las pequeñas caderas de Pierre y observó de cerca aquel miembro que le causaba tanta turbación. Vio como una pulsación lo levantaba un segundo y este volvía a descender. Se asustó, miró a Pierre y los dos rieron.

Apenas había tocado con detenimiento el miembro de Kieran, pero no recordaba las protuberancias que ahora observaba. Era poderoso, animal. Se sintió tentada por conocer su tacto y comenzó a recorrerlo de forma muy suave con la yema de sus dedos. Se sintió todavía más atraída por él y decidió probar algo nuevo, que nunca antes había tenido la tentación de hacer: sus

suaves labios acariciaron con delicadeza también la extraña piel de singular músculo masculino, abriéndose poco a poco a él, como una flor. Y, entonces, dejó que entre ellos apareciera su lengua cálida y húmeda, capaz de transmitir mil sensaciones. Muchas más sensaciones, pensó Pierre, que las de aquellas nobles damas, la mayoría casadas, con su habitual brusquedad. Amy lo hacía con una delicadeza y lentitud sumas. Pierre, sorprendido, deseó que aquello durara para siempre. El corazón de Amy iba a explotar. Se deshizo en caricias, cerrando los ojos y sintiendo cada movimiento como si el placer lo recibiera ella misma, hasta que, llevada por la pasión comenzó a usar toda su boca. Era imposible abarcar en ella todo aquel miembro, así que se marchaba de tanto en tanto a las inglés para colmarlas también de besos y volvía a él, afectuosa, cuando este demandaba más.

En cierto momento, Pierre, emitió un jadeo más fuerte de lo normal y empujó suave y firmemente a Amy hacia atrás, recostándola sobre el colchón. Ella tensó el cuello y la cadera, asustada. Pero en cuanto sintió de nuevo los dedos largos de él en su zona íntima, se rindió, dejando caer su cabeza hacia atrás y gimiendo como un animal herido.

La noción del tiempo y del espacio se había trastocado para ambos y no podían más que luchar contra el ritmo de su propia respiración.

Amy suplicó a Pierre que se detuviera y, entonces, una oleada de placer sacudió todo su cuerpo, haciéndola jadear. Tras esto, no pudo esperar más. Lo deseaba en su interior con fuerza, lo deseaba por entero. Necesitaba hacerlo suyo.

—Te deseo —le susurró, cerca de su oreja.

Era la primera vez que Amy le tuteaba, desbordada por la pasión. Él la miró con los ojos encendidos y una sonrisa feliz, por un momento, parecía que incluso podía llegar a llorar. Se tendió sobre ella con máxima ternura, posó sus manos al lado de su cabeza y acarició su pelo. Amy desconfió de la ternura de aquel atractivo varón que tenía encima, pero no le importaba. Entonces, aquel miembro que ella había devorado con pasión buscó la entrada al interior de su cuerpo, para cumplir los deseos de ambos. Ella lo ayudó a encajar entre el hueco de sus piernas, que lucharon, entrelazadas sobre la espalda de él, por atraerlo hacia sí, arrobada por su excitación. Cuando al fin la invadió se sintió plena, al principio luchó entre el dolor y el deseo, pero una frenética lucha por robarse el aire fue catapultando poco a poco a Amy hacia el máximo placer, un placer diferente al anterior, en el que se podía sentir poderosa, dueña de cada centímetro del cuerpo y el alma de

Pierre.

El pintor inició una frenética carrera de bruscos golpes de cadera y embestidas que pretendían romperla, doblarla en dos de puro gozo, hasta que él sintió cerca la meta y se retiró repentinamente, asustado de su propio estado, sudoroso y jadeante, deshecho en placer.

Nunca había sentido nada tan intenso y real con ninguna mujer. Siempre se había tratado de algo más mecánico, físico y manipulado. Con Amy no necesitaba pensar, ni planear, ni fingir sentir un goce máximo que no siempre sentía con la misma intensidad.

Ella no era alguien con quien desahogarse, como en otros casos, ella era alguien a quien amar y proteger. La admiraba por su inteligencia, dulzura y valentía, y por un don para la creatividad que estaba seguro de que ella misma no sabía que tenía.

Amy, que no entendía muy bien porqué Pierre paraba, lo retó con la mirada y, como empujada por un resorte, se dio la vuelta, quedándose de rodillas, de espaldas a él.

—No puedo, Amy —consiguió articular.

Ella giró la cabeza y lo miró suplicante.

—¿Por qué?

—Estoy a punto de terminar... Puede ser peligroso.

—Pero te deseo así. Vamos, solo una vez.

Pierre suspiró con fuerza, sin poder creerse que una criatura como aquella tuviera que suplicarle a él y no al revés. Trató de tranquilizar su pulso y enfriar sus pensamientos.

—Solo una vez.

Pero, tras unas breves embestidas que hicieron gritar a Amy de gozo, Pierre se tuvo que retirar, esta vez definitivamente. Su cuerpo se descargó sobre la curva de la espalda de ella de forma casi dolorosa, dejándolo derrotado e inútil.

Ni siquiera podía hablar.

Amy se acurrucó a su lado con una amplia y satisfecha sonrisa. Se abrazó al pecho amplio y masculino de él y lo acarició suavemente con la yema de sus dedos.

—Esto ha sido maravilloso. Tú eres maravilloso.

—Por supuesto, después de lo que ha sucedido... —bromeó.

—No me refiero solo a eso. Aunque reconozco que ha sido la gota que ha colmado el vaso —rio Amy—. No ha podido ser mejor.

Él besó suavemente su pelo.

—Esto es solo el principio. Aún tengo mucho que enseñarte. Te dije una vez que los seres como tú merecían recibir mucho placer —añadió, guiñando un ojo.

—Uf, creo que voy a morir en el intento. Estoy derrotada —dijo riendo y estirando uno de sus brazos hacia atrás—. He comenzado a tutearte en medio de los «disturbios».

—Jamás *os* lo perdonaré —ironizó él—. Creo que ya es hora, ¿no te parece que ya tenemos la suficiente confianza? ¿Me *dais* vuestro permiso para tutearos también, *Milady*?

—*Tenéis* mi permiso, *Monsieur*.

—Pues, ¿sabes? Oh, se me hace raro tutearte. —Ambos rieron—. No entiendo aún cómo Kieran puede preferir a otra teniéndote siempre tan cerca. Vive con la tentación. Yo me volvería loco y me cuesta entender cómo es posible que él se resistiera y que incluso te rechazara, pero mejor para mí. Ya me volvías loco cuando yo era para ti solo tu vecino de arriba, intuyendo tu presencia. Si viviera contigo estaría todo el día abrazándote, acariciando tu cuerpo y... luchando porque nunca se borrara tu sonrisa. Cuando os escuchaba pelear... no lo podía comprender. Tan solo me retenía aquí arriba la suposición de que erais una joven pareja que en el fondo se quería. Incluso después de saber quién eras tú en realidad no me cabía en la cabeza que entre vosotros dos no hubiera pasión, no lo podía ni imaginar. Por cierto, ¿su cortejo a Véronique está resultando?

—Dice que sí, su nueva relación sigue adelante poco a poco. Aunque los padres de ella no saben nada todavía. No les gustará saber que su heredera está siendo cortejada por un pastelero, son ese tipo de gente. Pero, ¿sabes qué creo? Que si llegaran a aceptarlo, puede que entonces él huya o se niegue a seguir adelante; cuando a esa relación le falte la emoción, Kieran volverá a desencantarse. Así eran sus sentimientos por mí, basados en el morbo de la diferencia de clases hasta que yo no tuve ninguna —dijo irónica, alzando las cejas—. Ahora tratamos de olvidar el rencor que produjo nuestra ruptura y transformarlo en apoyo; no temas se borró todo vestigio de aquella confusión de sentimientos que vivimos.

Pierre la besó en la mejilla.

—Y tus sentimientos por mí, ¿estás segura de que son ahora verdaderos?

Amy sonrió, encantada con las dudas de Pierre, que delataban que quería sentirse auténticamente querido. Aunque Amy podía asegurar que sí, que

aquello era algo bien diferente, más completo y profundo, lo miró y contestó siendo sincera consigo misma:

—Solo el tiempo lo dirá.

—A veces creo que solo me quieres para hacerme el amor —dijo él, bromeando.

—Por supuesto que sí —bromeó ella—. ¿Y qué? ¿Ya no me vas a dejar subir?

Capítulo 18

No importa lo perdido, sino lo encontrado.

Al día siguiente quedaron para pasear por la mañana. Tras las clases de Amy a los niños, visitaron a su querida familia de gatos que vivía en la finca abandonada y después llevaron el almuerzo y una botella de Brandy a su entrañable vecino anciano. El viejo Gustave Benoit apenas tenía memoria ni podía moverse y vivía en un sombrío entresuelo.

Cuando entraron en el oscuro y extraño piso del viejo, tuvieron que dedicar casi un minuto a acostumbrarse a la penumbra, entornando los ojos como gatos.

—¿Quién es? —gruñó una voz rasgada al escuchar chirriar su puerta.

—Tan solo dos personas, tenemos llave —dijo Pierre, refiriéndose a él y a la casera, *madame Gauttier*—. Y yo no llevo enaguas.

—¡Pierre! A veces me da la sensación de que tú eres el viejo chiflado y no yo.

—Gustave, antes de que diga nada de lo que se pueda arrepentir, le diré que tenemos compañía.

—¿Compañía? —repitió el viejo, girándose e incorporándose un poco en el sillón.

—Espere un momento, que le echo una mano.

Pierre corrió a ayudar al anciano de pelo blanco y despeinado que acababa de sobresaltar con su anuncio. Cuando Gustave se incorporó, Amy se sorprendió al ver que ese día vestía su viejo uniforme napoleónico, no de estilo Napoleón I, tan de moda todavía, sino un auténtico uniforme harapiento de la mismísima época de la guerra.

Había peinado su bigote blanco retorciéndolo en los extremos. Conformaba un pictórico conjunto. Amy no entendía cómo Pierre no había pintado todavía un cuadro que lo tuviera como protagonista. Saludó educadamente y abrió las cortinas. Echó un vistazo a su alrededor, con los ojos acostumbrados ya a la falta de luz, y contempló ese poco habitual escenario de una época pasada: pequeñas figuritas de soldados simulando batallas poblaban los polvorientos y robustos muebles, que abarrotaban la habitación sin orden ni concierto.

—Quítame tus manazas de encima —espetó el curioso vejete a Pierre—. ¿Qué va a pensar de mí la dama? ¿Quién es tu acompañante, Pierre? Siempre has sido un rompecorazones. ¡Cómo te envidio! ¡Juventud, divino tesoro!

Amy y Pierre se miraron con pena: la memoria de Gustave estaba fallando más de lo normal. Había visto a Amy en repetidas ocasiones durante los últimos tres meses y ese día no se acordaba de ella. Ella emitió una sonrisa encantadora e hizo una breve reverencia.

Luego Gustave simuló que se peinaba con un peine imaginario.

—¿Es tu prometida, Pierre?

—No, es mi nueva modelo —Pierre no quiso decirle al señor Benoit que también era su vecina y que ya la conocía—. Su nombre es Amy.

—Pues debería ser tu prometida, Pierre. No seas tonto y cástate con ella, que hay pocas buenas —Ambos ahogaron una carcajada. Gustave se acercó a Amy—. Se parece usted, *mademoiselle*, a una novia que tuve. Oh, qué hermosa era y una fiera en la cama.

No pudieron contener más la risa. Amy le dio un beso en la cabeza a Gustave y se lo agradeció. Pierre dejó el Brandy y la comida sobre una mesilla y ambos se quedaron para asegurarse de que comía, compartiendo el Brandy y algunos panecillos con quesos y uvas de los huertos del barrio. Al acabar el almuerzo, Gustave se cuadró en posición de «firmes» para despedirlos.

—Saciado mi estómago, debo volver a las trincheras. Mis compañeros me necesitan.

—Vuelva a la batalla, coronel. Nosotros huimos en retirada.

—Nunca hay que abandonar una batalla, muchachos, ¡pues la guerra nunca acaba! Fuera de mi campo de batalla, cobardes. Volved con provisiones.

—Volveremos con provisiones —prometió Amy, entre divertida y apenada por su estado mental. Al menos tenía el refugio de los recuerdos de su mejor época, siempre mejores que su soledad actual.

Cuando salieron al descansillo, Amy preguntó a Pierre:

—¿*Monsieur* Benoit no tiene familia? Cada día pierde más memoria.

—Sí la tiene pero no saben de su estado, hace mucho que no vienen por aquí.

—Creo que deberíamos escribir a sus hijos.

Pierre miró a Amy, solemne y asintió.

—Voy a echar de menos al viejo, pero tienes razón. No debe estar solo.

Llegaron al final de las escaleras, frente a la puerta de Pierre en el oscuro

descansillo de la buhardilla, y sus latidos se aceleraron. Debían concentrarse en acabar el cuadro, pero el urgente deseo se estaba volviendo a apoderar de ambos. Se miraron, leyéndose la mente. Amy se acercó a Pierre.

—Así no vamos a acabar nunca el trabajo.

Amy puso ojitos de cordero.

—No me mires así, me vas a matar... ¡Qué diantres!

Pierre se dejó llevar por su voluntad, tomó a Amy en brazos y abrió la puerta bruscamente, forcejeando con la llave y propinándole una patada. Entró, besándola sin cesar y la arrojó sin mucho cuidado en el colchón.

—Hoy te voy a enseñar la técnica del *Pompoir*.

Ella rio.

—Yo solo quiero sentirte.

—Tranquila, que me vas a sentir mejor. Pero antes... cierra los ojos.

Ella sonrió, nerviosa, y cerró los ojos, apretando los puños.

Para asegurarse de que no abriera los ojos, él se los vendó con una de las cintas de raso del disfraz de Esmeralda. La desnudó con impaciencia y algo de esfuerzo. Amy disfrutó sintiendo cómo él le quitaba la ropa, pero se tapó el pecho instintivamente cuando él tiró del vestido y las enaguas, una vez desabrochados todas las cintas y lazos. Amy, solo con medias y corsé, dobló las piernas, encogiéndolas.

—Relájate y abre las piernas, o tendré que atártelas —ordenó él.

La hizo girar boca abajo para deshacerse de su corsé. Una vez quitado, casi arrancado, él comenzó a besarla pausadamente, siguiendo la línea de su columna vertebral, desde la nuca hasta sus nalgas, donde se recreó y expandió sus besos. La piel de Amy estaba erizada por completo. Entonces sintió la punta del duro falo de Pierre en su trasero, tan rígida y punzante como la punta de un enorme alfil. Pensó que nunca dejaría de asombrarse al notar cómo su miembro se convertía en algo tan poderoso como un arma. Presionó al tiempo su delicado cuello con los dientes, apretando un poco. Amy tembló de placer y miedo. Pensaba que le iba a morder más fuerte, pero no. Un escalofrío la recorrió. Entonces él le dio la vuelta, poniéndola boca arriba. Ciñó su experta boca sobre su pezón izquierdo y movió su lengua. Amy sintió como si cientos de diminutas serpientes lo recorrieran. La técnica de Pierre era perfecta. Quería verlo, le gustaba mirarlo mientras hacía eso. Jadeó agobiada por la venda de sus ojos y él tuvo que retenerle las manos, cogiéndolos las dos manos de Amy tan solo con una suya. Luego Pierre buscó sus muslos. Palpó sus medias blancas de señorita. Amy pudo notar segundos

después su lengua caliente sobre su clítoris endurecido con tan abrumadora claridad y asombro que gimió de nuevo, sin poder reprimirse, al tiempo que sus dedos mimaban sus muslos y apartaban delicadamente sus labios externos, haciéndola suspirar. Pierre, excitado, comenzando a perder la paciencia, volvió al ataque y deslizó dos dedos en el interior húmedo de Amy. Aquella pasión desbordante no la había imaginado en un hombre y se sintió afortunada de que le estuviera ocurriendo a ella. Amy acarició la espalda perfecta, musculada y fuerte de él. Le acarició el pelo, la nuca y la espalda, mientras él seguía llevándola al paraíso en la tierra. Cuando lo consideró conveniente, Pierre se incorporó, poniéndose de rodillas, se quitó del todo la camisa, mostrando un perfecto torso desnudo, y tiró hacia debajo de sus pantalones... Amy acarició las robustas caderas de Pierre a ciegas y luego aquel miembro que a medio París le causaba tanta turbación. Tocarlo la enajenaba, la hacía perder el control sobre sí misma. Calculó que medía un poco más que uno de sus palmos. Sin saber lo que hacía, comenzó a sacudirlo demasiado fuerte.

—Si no paras, no podremos llegar donde quiero —dijo él—. Tan solo estaba preparándote, aún no hemos empezado con el *Pompoir*.

—¿Y cuándo empezaremos?

—Ya —dijo introduciéndose de un golpe en ella.

Amy gritó y se arqueó tanto como pudo sobre el colchón. No se esperaba esa embestida brutal. Sintió cómo él se resbalaba en su húmedo interior.

—No quiero que esto se acabe nunca —exclamó Amy, en éxtasis.

—Ahora toca que me devuelvas parte del placer: el *Pompoir* consiste en absorber y apretar el pene contorsionando los músculos de tu pubis. Succiónamelo con la vagina en lugar de con la boca.

Amy se quedó algo sorprendida. No se sintió capaz de satisfacer esa petición extraña. Pero, poco a poco, comenzó a pensar en esa parte de su cuerpo que solía tener tan abandonada, contrayendo sus distintos músculos como si bailara una danza del Oriente. Y así, fue girando de lado a lado sus caderas, luego en círculos, luego atrapando y soltando el pene de Pierre. Incrementando y aflojando la presión sobre él, cerrando su entrada a la vagina y luego relajándose. Notando cómo él reprimía suspiros de placer. Hasta que finalmente pudo realizar algo parecido a una succión.

—Tendrás que darme algo de tiempo —dijo ella, sintiéndose torpe.

—Eres una alumna aventajada —dijo él, complaciente.

La noción del tiempo y del espacio seguía trastocada para ambos y no

podían más que luchar contra el ritmo de su propia respiración.

Amy suplicó a Pierre que le retirara la venda de los ojos, quería verlo, no podía más. Entonces, él se levantó sin decir nada, saliendo de su interior. Amy quedó desconcertada. Enseguida volvió y supo las intenciones de él: traía más cintas, con las cuales le ató las manos al cabezal de madera. Una vez atada, sintió cómo una pluma le acariciaba y una oleada de placer sacudió todo su cuerpo. Pierre estaba usando una pluma para acariciarla. Volvió a hacer el recorrido que antes había hecho con sus dedos y su lengua, y tras la pluma, usó sus dedos y su lengua otra vez. Insistiendo en los pezones y en el clítoris, una y otra vez, cada vez con mayor ritmo. Amy no pudo más. Tuvo un maravilloso y evidente orgasmo que puso en la cara de Pierre una gran sonrisa de satisfacción. Amy se sintió vulnerable y aterrada, como recién vencida en una batalla. Pero lo deseaba dentro otra vez, lo deseaba por entero.

Pierre volvió a hacerle el amor, esta vez más suavemente al principio.

—Eres mía.

—¡No! Solo soy mía.

Pero Amy necesitaba hacerlo suyo, solo suyo. Pierre, al fin, le quitó la venda. Y la miró con ojos ardientes. Se besaron con devoción máxima, entonces dio otra fuerte embestida. Amy gimió largamente. Pierre la invadió una y otra vez, moviendo su cadera. No dejaron de mirarse a los ojos, apasionadamente. Amy comenzó a tratar de apretar su pene una vez más, intentando realizar la técnica del *Pompoir*, sin mucho éxito ante la fuerza de él.

—Déjame ponerme encima —le pidió ella.

—Hoy no. Ten paciencia. No te voy a desatar las manos. ¡Oh, qué mojada estás!

—No puedo más. Me vas a matar otra vez.

Él incrementó la velocidad de sus acometidas hasta que puso los ojos en blanco y, precavido, se retiró con tiempo de su interior para acabar masturbándose un momento y derramándose sobre el vientre de Amy. Después la limpió con delicadeza y se tumbó sobre ella, agotado. Ella le besó la frente.

—Estoy en el cielo —confesó Amy—. Ups, no quería decirlo en voz alta.

—Dilo, es un placer oírte —dijo él, besando el hombro desnudo de Amy.

Ella se quedó un instante pensativa, mirando la techumbre de madera, feliz y nostálgica al tiempo.

—¿En qué piensas? —preguntó Pierre.

—En que no quiero que esto se acabe. Por primera vez desde que llegué, sí me da miedo el futuro.

—Se acabará cuando tú quieras. El futuro lo construimos nosotros. Como tú, cuando te fuiste de casa el día antes de tu boda, elegiste un futuro distinto. Y ahora puedes volver a hacerlo o quedarte en este.

—Solo quiero alargar el presente —dijo, besándolo.

—¿De qué tienes miedo entonces?

—De que mi familia dé conmigo de algún modo y me obligue a volver a casa. Ahora siento que tengo aquí algo importante que perder.

—¿Tan horrible sería volver a casa de tus padres?

—¿Tú sabes lo que es crecer escuchando gritos entre ellos, un matrimonio sin amor que trata a sus hijos como mercancía? Mi padre estaba deseando «venderme» a Johan y mi madrastra atender sus eventos sociales tranquila y no tener que cuidar de nadie. Es duro —dijo cabizbaja, con los ojos llenos de lágrimas—. Y no es algo tan típico de la alta sociedad como se piensa, hay muchas familias que realmente cuidan de sus hijos con amor, no solo se basan en intereses. Hay familias que los protegen e incluso que les preguntan por sus sentimientos.

—Lo sé —dijo él, besando su pelo en la coronilla—. Conozco a muchas familias de clase alta aquí, en París; sé de qué hablas. Casi todas tratan de emparejar a sus hijas con el pretendiente más rico aunque sea un tipo abominable, pero está de moda entre las más liberales empezar a contar con los sentimientos de sus hijas casaderas. Mi familia es gente humilde, buena gente. De pueblo. Nunca escuché gritos entre mis padres pero supongo que fue porque ambos trabajaban doce horas al día y no estaban mucho en casa.

—Eres muy afortunado. Tuviste una infancia feliz.

—Bastante feliz; aguantando las exigencias de mi padre, pero feliz.

Ambos buscaron sus miradas. Él la observó intensamente.

—¿Sabes? Hay gente cuya primera impresión te deslumbra, pero a medida que la conoces ves que no es oro todo lo que reluce. En cambio hay otras personas que al principio pueden o no impresionarte, pero luego resulta que es un gusto ir descubriéndolas y conociéndolas un poco más cada día. Tú eres de este tipo de personas, Amy.

A ella se le deshizo el alma.

Se besaron con ternura, cerrando los ojos, dejando que sus labios húmedos se buscaran solos, que sus dulces lenguas se encontraran. Pierre suspiró.

—Te mereces en esta vida la fortuna de mi compañía.

Amy rio a carcajadas, llevándose una mano al pecho.

—¿Es tan malo? —bromeó él—. Muchas mujeres quisieran tener el privilegio y no pueden, pero tú sí —afirmó, chulesco, guiñándole un ojo.

—¿No pueden? —dijo Amy, con intención.

Pierre se quedó callado. Quería decirle que ya era la única y que quería que siguiera siendo la única. Pero nunca había dicho esas palabras.

—Desde la primera vez que te vi... supe que, si algún día te hacía mía, ya no habría ninguna otra después. Llámalo intuición masculina.

Amy desconfió, aunque deseaba creerlo.

—Eso no existe —le dijo con una ceja arqueada—. Me resisto a creerte, sería precipitado hacerlo.

—Bien, si me dejas, te lo demostraré.

Comenzaron a hablar, llevados por aquella sensación de complicidad y atemporalidad, olvidando que no quedaba demasiado tiempo para presentar el cuadro y que no estaban trabajando.

—Ya que hoy se ha hecho demasiado tarde para trabajar, dime, ¿qué lugar de París aún no conoces y te gustaría ver?

Ella se sintió encantada con la proposición. Tenía claro el lugar:

—La biblioteca.

Se vistieron con trajes de tarde y hacia allí se dirigieron, hacia una de las muchas bibliotecas de París, elegida estratégicamente por Pierre: la biblioteca Richelieu. Había sido biblioteca nacional e imperial y estaba situada en un edificio capaz de impresionar a cualquier ser humano, por poco amante que fuera de los libros. Amy estrenó unos ligeros guantes de entretiem po en color blanco, con mariposas azules, perfectos para el mes de mayo. Un vestido blanco con lazada azul hubiese sido el conjunto ideal, pero no tenía vestidos blancos, así que reutilizó una vez más su vestido amarillo, adornándolo con un lazo de seda turquesa de su disfraz de Esmeralda y dándole dignidad al conjunto con su hermosa sombrilla clara. Pierre pensó que tenía aspecto de muñeca, pero que, efectivamente, le hacía falta un vestido blanco como ella pedía. Por el camino, Amy encontró otra nueva pluma para su colección: una preciosa pluma negra de golondrina parisina, símbolo del devenir, del cambio de estación y la llegada de un tiempo cálido y nuevo.

Visitaron la impresionante biblioteca Richelieu, en pleno centro, donde los libros quedaban impregnados de un halo mágico y solemne al ser enmarcados por el impresionante edificio e iluminados por altísimos lucernarios que creaban una luz cenital. En la gran sala oval, Amy se sintió como en medio

de un sueño: ese lugar parecía una catedral. El silencio y la regia decoración reverenciaban a la cultura y literatura. Echaron un vistazo tanto a antiguos códices y mapas, como a libros modernos de historia natural, de filosofía, de arte y también a novelas de sus escritores modernos favoritos. Después, pasearon por sus jardines.

—¿No hay días de tu infancia que recuerdas con todo detalle? Los libros me recuerdan a un día concreto en el taller de mi padre —contó Pierre—. Yo me quedé castigado por romper un traje nuevo subiéndome a los árboles del patio. Un traje que había hecho él, como te conté, es sastre. Estuve todo el día sin salir de su taller, sentado en una silla de enea, y como castigo me hicieron leer mi primer libro: *Los tres mosqueteros*, de Alexandre Dumas. El castigo se convirtió en un premio para mí; me divertí muchísimo leyendo esa novela. No me había pasado antes con otros cuentos y libros, por eso pensó mi padre que me castigaba. Supongo que tienes que encontrar tu género literario para disfrutar. Ese día me hice lector empedernido. ¿Cuál fue la primera novela que leíste?

—Pues fue justo un día de esos que dices que se graban en tu memoria. Recuerdo estar tomando el té, acompañando a mi madrastra durante una reunión en casa de los Livermore. Yo tendría unos nueve años. La amable señora Livermore me vio un tanto aburrida y me prestó *Emma*, de Jane Austen. La disfruté como una niña, en fin, lo que yo era —rio—. Me divertió cómo Emma Woodhouse hacía de casamentera, su picardía y los enredos de la historia. Mi madrastra pensó que yo era demasiado pequeña para leerlo, pero lo hice sin problemas.

—No he leído todavía a la señora Austen, pero dudo que yo pudiera acabar una novela romántica; es lo que decía antes: creo que cada persona disfrutamos de un género literario distinto y, si no lo probamos, podemos llegar a pensar que no nos gusta la lectura, como yo pensé de niño.

—Entonces yo tengo suerte —respondió Amy—, pues disfruto de todos ellos.

—Es cierto, es una suerte. La novela de la que todo el mundo habla últimamente es *Cinco semanas en globo*, de Jules Verne. Sobre viajes y aventuras, es bastante intrépida y con buena documentación técnica.

—En Londres no escuché hablar de ella. Pero me encantan las novelas de viajes.

—Salió el año pasado, puede que aún no sea tanta la fama del autor, pero vaticino que va ser creciente, es muy atrevido y moderno.

Salieron del imponente edificio y, bajo su escalinata, el pintor propuso:

—Debes de tener algo de hambre. ¿Qué tal una crema helada?

—¿Crema helada?

—¡No me digas que nunca has comido helado! Es placentero, y más en esta época del año, que se acerca el calor. Te voy a llevar a Café Procope. Allí sirven una crema congelada hecha de leche, nata, huevo y azúcar. Y puedes elegir el sabor a añadir: naranja, limón, bergamota... Te recomiendo la bergamota, es mi preferido.

—Suena delicioso.

Él la miró intensamente. Pierre estaba especialmente atractivo ese día, con su pañuelo claro anudado al cuello, su chaqueta entallada y sus botas de montar, que llevaba por simple moda.

—No más que tus labios. Estoy deseando probarlos de nuevo. No podía pensar en otra cosa mientras te veía pasear por la biblioteca, tan llena de ilusión como una niña.

—Y yo que pensaba que estarías pensando en filosofía, arte...

—Los humanos somos filosofía y arte.

—Y también somos unos salvajes —apuntó Amy, riendo—. Yo también deseo besarte, pero nos detendrán si lo hacemos en la calle. ¿Qué tal un beso en la mano? —preguntó ella con ojos retadores de gata.

Le acercó su mano enguantada a la cara con un gesto sumamente sensual.

—Créeme, prefiero ni tocarte. No me tientes más. ¡Necesito más que nunca ese helado! Algo frío, por favor, eres el diablo.

Entre risas, cruzaron la isla de la Cité y se dirigieron hacia Café Procope, un viejo café donde servían maravillosos dulces, decorado abigarradamente, al más puro estilo del XVIII. Se sentaron en una mesa apartada, en sendos bancos de terciopelo granate, bajo un retrato al óleo de Napoleón. Pidieron cremas heladas de bergamota y naranja para compartir. Amy puso los ojos en blanco al probarlos.

—¡Así es como debe saber el cielo! Esto es mejor que los besos, Pierre —dijo con intención de provocarlo.

—Vaya, y yo que creía que besaba como un dios.

Ambos se miraron pícaros, diciéndose muchas cosas en silencio. Entonces, Pierre sacó un paquete de su bolsa de cuero. Amy se quedó mirándolo sin saber qué intenciones tenía Pierre.

—Ábrelo. Es un regalo, o la compensación por tu trabajo de esta semana, como quieras considerarlo.

Amy lo miró con nuevas dudas. Lo abrió despacio, algo reticente. Retiró el embalaje, algo anodino y falto de adorno, y un hermoso libro apareció ante ella:

—¡La primera edición de *Los miserables*! —gritó ella, demasiado alto para las normas de decoro social. Quería comérselo a besos.

—Pensé que estaría muy bien que tuvieras la versión sin censurar —aclaró, guiñándole uno de sus ojos de gato—. La políticamente incorrecta.

—Pensaste bien. Así mi otra novela de Víctor Hugo no se sentirá tan sola aquí.

—¡Se te derrite el helado! —observó él.

—Me derrito yo, por completo —admitió—. Pero Pierre, de verdad, no tienes que comprarme más cosas por posar para ti.

—Te compraría un palacio en el cielo.

Ella volvió a deshacerse de placer, una vez más, dejando caer su espalda en el respaldo del asiento. Al instante se recompuso y buscó su dignidad. Lo miró a los ojos:

—Un helado sabe mejor.

Capítulo 19

Cancán.

Cuando tan solo faltaban unos días para la deseada exposición, Pierre demostró que aún guardaba para Amy muchas sorpresas.

La recta final de la creación de su cuadro se había visto seriamente retrasada debido a la pasión incontrolable que se apoderaba de los dos cada vez que trataban de continuar la labor. Trataron de imponerse un horario más estricto durante el cual respetar el trabajo a toda costa, pero también este método falló. Finalmente, dieron con una solución totalmente inesperada para ella: mostrarle el progreso a un amigo de confianza de Pierre: Bazille. Debía ser alguien que conociera tanto los gustos clásicos de la Academia como las nuevas modas impresionistas y él era el adecuado, pero Amy se moría de vergüenza apareciendo con esas escasas ropas ante el elocuente y joven Frederic Bazille, que tenía exactamente la edad de Pierre, veintitrés, pero hablaba como un veterano. Sin duda, se comportaba como un profesional, criticando con seriedad los defectos de luces y sombras que, a su parecer, tenía la obra. Tocaba el pelo y las ropas de Amy para acomodarlos al contraluz como si ella fuese una muñeca de porcelana o un maniquí, no un ser vivo, tal y como había predicho Pierre. También propuso aumentar el brillo y el tamaño de los ojos de Esmeralda. La miraba serio, con su gesto adusto remarcado por esa gran perilla de moda, y Amy temblaba de nerviosismo casi imperceptiblemente, pues se sentía juzgada y también algo responsable de que la obra de Pierre fuese un éxito.

Eso sí, una vez la sesión de trabajo estaba cumplida, cenaban los tres juntos y luego Bazille se marchaba, momento que Pierre y Amy aprovechaban para dar rienda suelta a su pasión.

—Cuando todo esto termine... —comenzó a decir Amy—, elegirás a otra modelo y harás lo mismo con ella. ¿Todo se acabará sin más?

—No me creíste cuando te dije que tú eras especial, ¿verdad? ¿Tampoco crees a tus oídos? Durante un mes comprobaste que aquí no se hacía ruido ni durante ni de después de la sesión de pintura.

—Pero, antes de que yo llegara al edificio, ¿yaciste aquí con alguna otra?

—Es obvio que sí, no te voy a mentir. Algunas veces.

—Sí, es obvio... Por eso a veces siento que solo soy una más... Y me reprendo a mí misma por pretender ser otra cosa.

—Pues no has de reprenderte.

—He sido engañada por dos hombres. Y tú vives rodeado de mujeres ricas e increíbles que quieren poseerte y ponerse de rodillas frente a... —señaló su miembro viril—, frente a ti. Ellen fue clienta tuya y modelo, y la vi lanzarse hacia tu bragueta en la fiesta como si no hubiera comido en años y tú llevaras ahí guardado un manjar —Pierre rio—. Incluso te ofreció yacer con ella y con su amiga si solo así te animabas. Esa mujer prefería compartirte a no tenerte, me da pánico. ¿Y si te enamoras de tu próxima clienta? ¿Cómo voy a confiar en ti?

—Simplemente, has de confiar. Yo nunca te engañaría. ¿Aún no lo sabes? Lo nuestro no puede acabarse. Hablo en serio. Veo que no te fías de mí, pero te miro y siento que quiero protegerte del mundo. Nunca había sentido eso por nadie. Me da igual la seguridad y el destino que me ofrezcan esas otras mujeres. Me da igual lo que les ocurra a ellas, en cambio mataría a quien te hiciera daño.

Se besaron tiernamente. Amy calmó sus miedos un momento, que derivaban de sus nervios por el baile en el molino y de la incertidumbre.

—Eres como una estrella fugaz, breve pero preciosa —espetó Pierre.

—¿Breve?

—Bueno, no se puede decir que seas una jirafa. Eres bajita. Y yo adoro las bajitas. Sois más manejables.

—¿Somos? ¿Con cuántas bajitas has estado?

—¿Qué cansina estás hoy! —la riñó cariñosamente, poniendo los ojos en blanco—. Es preferible que no sepas con cuántas mujeres he estado. Lo importante es que ahora estoy contigo. Y nunca había sentido lo que tú me haces sentir. No sé cómo tengo que decírtelo.

—Igual es que no tienes que decírmelo, sino que demostrármelo.

Pierre la apretó bruscamente contra su pecho, aceptando el reto.

—Ven aquí.

—Te odio —mintió Amy.

—Por supuesto —dijo él—. Y en breve me odiarás aún más.

Amy suspiró y entornó los ojos. Creyó que las fuerzas la abandonarían en ese justo momento. Pierre la empujó suavemente hacia el dormitorio. El corazón de Amy latió a mil por hora. Entraron en la coqueta estancia dormitorio. Tenía la cama baja de siempre al fondo, pero había algo nuevo:

estaba adornada por un nuevo cabecero con barrotes de hierro forjado en forma de dragones y serpientes marinas. Amy se vio tendida sobre una suave colcha roja que la cubría.

—Impresionante —afirmó Amy, tocando delicadamente una serpiente—. ¿Qué me vas a hacer hoy?

—Solo el amor.

Pierre la lanzó a la cama. Amy arqueó su espalda, elevando el pecho hacia él, desafiante.

—No. Atraviésame si te atreves.

Él le cerró la boca con un brusco beso, que más que un beso fue un mordisco en ambos labios al tiempo. Luego deslizó su lengua dentro de ella, Amy jugó a resistirse. Pierre se detuvo y le alzó los brazos.

—Me faltan manos para tocarte.

Ató sus manos a uno de los dragones de hierro del cabezal lateral de la cama. Después se puso en pie y comenzó a desabrocharse la camisa con bastante prisa y poco cuidado. El portentoso pectoral, amplio, plano y solo un poco velludo, asomó entre los botones abiertos. Los ojos de ella brillaron. Se acabó de desabrochar la camisa y, cuando se la sacó por completo, Amy lo contempló pensando en la suerte que tenía de poder tocar algo tan grandioso como esos brazos fuertes, ese pecho de hombre y esa pequeña cintura. Todo ello acompañado de una mente inteligente, pues sin ella un puñado de músculos no le parecían algo atractivo. Pero se dio cuenta de que estaba en un error cuando Pierre se deshizo de sus pantalones: algo más grandioso aún apareció ante sus ojos, en todo su esplendor. Ese fallo la volvía loca. Su grosor y anchura no eran normales, y la tensión la mantenía curvada hacia arriba, una curva que la hacía encajar perfectamente en el interior de su cuerpo... Se descubrió a sí misma anonadada, mirando durante demasiado tiempo. Él volvió a hacer su típica mueca de satisfacción y sorna: su sonrisa torcida y su guiño.

—Veo que siempre te dejo con la boca abierta —dijo él, para enfado de Amy—. Vamos a tener que aprovechar eso.

Pierre apuntó la punta de su látigo hacia su entrepierna y apretó su glande contra la húmeda intimidad de Amy, que suspiró. Comenzó a golpear con su fallo la vulva de ella como si le diera pequeños latigazos. Ella trató de resistirse y expresar su enfado, mordiéndolo suavemente en la mano como protesta. Pero al duro Pierre eso le pareció una caricia y se excitó aún más. Él se arrastró de rodillas a su lado:

—Cómetela.

Ella lo miró, entrecerrando los ojos, y comenzó a introducir ese enorme glande en su boca, sin dejar de mirarlo con el ceño fruncido. Dio lo mejor de sí misma con su boca y sus labios, en la medida de lo que podía, pues tenía las manos atadas, si no las hubiera usado también para callar la boca a ese presumido pintor. Él, satisfecho, comenzó a friccionarla con la mano; ella se convulsionó; él gimió debido a la cantidad de placer que esa muchacha le estaba haciendo sentir. Miró el pelo caoba y salvaje enmarcando ese rostro noble y rebelde y agradeció cada minuto que estaban juntos. No creyó haber sentido a una mujer más entregada en su vida. Intentó retenerse durante unos momentos en que pensaba que no aguantaría más. Se retiró y se cogió con fuerza al cabezal. Trató de calmarse. Para tomarse una pequeña pausa, se dio la vuelta, poniéndose al revés, a gatas sobre ella. Y, mientras volvía a introducirla en la boca, fue bajando toda la ropa interior a Amy hasta descubrir el suave vello de su entrepierna. Lo acarició con sutileza, fascinado por él. Ella trató de cerrar las piernas, instintivamente. Él se las abrió hasta separarlas bien y hundió la cabeza entre ellas. Besó y acarició su zona más íntima, recorriéndola con los dedos. Y de repente se dio cuenta de que se estaba volviendo demasiado blando con su modelo. Alargó la mano para coger la pluma de escritura del escritorio. Pasó la pluma sobre la vulva de Amy. Esta se estremeció visiblemente. Pero se contuvo: no quería expresar tanto placer. Entonces él cogió del escritorio un nuevo utensilio que ya había usado anteriormente con otras amantes, a petición de estas: un pincel grueso y limpio. Humedeció el pincel con la lengua y la masturbó, decidido a arrancarle un gemido. Amy temblaba literalmente de gozo y respiraba entrecortadamente. Después, Pierre la acarició más fuerte e intensamente con sus dedos. Ella, en respuesta, mordió delicadamente su pene y él supo que estaba teniendo efecto su trabajo. Introdujo un poco, solo un poco, la punta de su dedo en Amy. Ella cerró las piernas de nuevo. Aún no estaba lo bastante húmeda para penetrarla, rumió. Gentilmente, pensó en darle solución a eso. Cuando su lengua encontró el montículo del clítoris, comprobó lo hinchado, enrojecido y ardiente que estaba. Esa visión le hizo sentir aún más poder. Casi había cumplido su misión. Cuando ella se estremeció abruptamente al contacto de su lengua, él creyó alcanzar el cielo. Sin duda ella estaba cerca de hacerlo también. Tuvo que parar de darle placer a Pierre para respirar profundo. Ya nada más importaba en aquel momento.

—¡Para, por favor! —gritó ella.

—No creo que eso sea lo que quieras realmente —se burló él—. Podría morir haciendo esto. Podría estallar una guerra y yo no pararía.

Continuaron así durante eternos minutos de placer, hasta que Amy se derramó, gritando, ya sin poder evitarlo y mortificándose internamente. Entonces él se levantó y se dio la vuelta, con una sonrisa orgullosa. La miró, enrojecida y jadeante. La desató y le quitó la ropa interior que le había dejado enrollada en los tobillos. Le arrancó el corsé prácticamente y admiró sus pechos; eran perfectos. Más blancos que el resto de su cuerpo; tan abundantes, tersos y blandos... Deseó tocarlos. Cuando lo hizo, ella gimió de tal forma que Pierre lo tomó como un nuevo triunfo. A continuación deseó penetrarla. Nunca había deseado tanto algo en su vida. Así que lo hizo, despacio, suavemente. Observó que ella se agarraba con fuerza al cabezal.

—Te odio —confirmó ella, una vez más, mirándolo a los ojos.

Él le respondió embistiéndola con fuerza otra vez.

—Dilo otra vez —la retó.

—Te odio.

—Moriría haciéndote el amor.

—Yo estoy a punto de morir. ¡Mátame!

Pierre le propinó otra fuerte y profunda embestida. Ella sintió ahora el miembro del pintor en toda su plenitud. La inundaba por completo. Se miraron a los ojos el tiempo suficiente para saber lo muchísimo que ambos deseaban aquello, que eran el uno del otro. Amy cerró fuertemente los ojos un momento y, al abrirlos, allí estaba él, como un toro bravo enfurecido, entrando y saliendo de ella como si no hubiera mañana. Hasta que se derramó sobre su vientre, con un grito propio del rey de la jungla.

Ambos quedaron mirándose, sin poder apartar la mirada el uno del otro. Jadeantes. Exhaustos. Tratando de recuperar el aliento y la razón.

—Me gusta la furia de tus ojos cuando hacemos el amor. Me recuerdas a un pirata que me reta y que me desafía para que dé lo mejor de mí.

—Y que te enamora y te cautiva —continuó él, en un susurro, acariciándole el pelo—. Que te hace temblar de miedo y luego te hace soñar con sus caricias un instante, un instante que aprovecha para rendirte entre sus brazos.

—Un instante... que yo aprovecho para desarmarlo.

—Es la segunda vez que te perdono la vida: he estado a punto de hacerte madre.

—Bien. Ya nada me supondría más ruina social que la que ya me he

ganado.

—¿No quieres tener un niño? ¿Un pequeño Pierre? Sería guapísimo.

—No. Ahora no.

—Creo que serías una gran madre.

Ella sonrió al saberse realmente deseada y amada. Con palabras así, no podía engañarla. Quizá con sus juegos a veces lo intentara pero ahora no podía mentir.

Cuando Amy despertó a mitad de noche, se encontró rodeada por los brazos fuertes y protectores de Pierre. ¡Se había quedado allí dormida en lugar de volver a su casa! Era la primera vez que dormían juntos, y era delicioso. Pierre la había envuelto y arrullado en sus brazos toda la noche. Intentó zafarse, pero el calor del magnífico cuerpo desnudo de Pierre tenía algo magnético, algo que la hacía sentir blanda y acogida. Respiró con alivio y se excitó un tanto al sentir que el miembro de él estaba pegado a su trasero, dormido e indefenso. Aquel hombre era fascinante.





A la tarde siguiente, finalizado el trabajo, Bazille anunció sus planes de visitar un nuevo salón de fiestas del barrio e invitó a Pierre a acompañarlo.

—A mí también me gustaría ir —advirtió Amy—. Adoro bailar.

—Este salón no es el más fino y selecto del barrio precisamente, señorita —informó Frederic—. Lo frecuentan trabajadores y cortesanías. Las cortesanías bailan cancán, es un tipo de baile donde se dan patadas altas y se muestran las piernas y la ropa interior.

Amy se escandalizó un tanto. Había oído hablar del cancán y se moría por verlo en directo, aun así se puso colorada.

—Me reafirmo en que me encantaría asistir y ver con mis propios ojos el baile de moda en los barrios obreros de París.

—Pierre, ¿qué decís? —preguntó Frederic Bazille, mirando a su amigo.

—Yo no tengo nada que decir, Amy es libre de acompañarnos si lo desea, libre como un pájaro —añadió, guiñándole un ojo a ella.

Los tres se miraron, esperando la aprobación mutua. Frederic asintió con la cabeza y Amy apretó los puños de emoción contra su pecho, sonriendo como una niña.

—¡Oh, voy a ponerme el vestido negro de la fiesta, no tardo nada en absoluto!

—No os pongáis joyas ni nada demasiado ostentoso, alguien podría verse tentado de robaros —advirtió Frederic Bazille.

Amy bajó a su apartamento a vestirse a toda prisa. Sin demasiado esmero, se aplicó un toque de colorete, otro de carmín y se perfumó. Se acomodó unos mechones sueltos de cabello frente a un pequeño espejo y se puso dos de las plumas negras que adornaban su tocado en la fiesta en la mansión de Sens. Prescindió de piezas complicadas de ropa, como el polisón, para darse más prisa. Estuvo lista en un momento, no quería hacer esperar a los hombres y que se fueran sin ella. Aunque para cerrar el cordaje de la espalda del vestido necesitaba ayuda, así que hizo pasar a Pierre. Mientras tiraba de los lazos, no pudo evitar depositar suaves besos en el cuello y los hombros de Amy.

—Qué seductora estás con este vestido.

Acabó de atar la lazada y acarició su cintura. Luego llevó su mano plana hacia su vientre. Amy tembló de excitación. Se giró hacia él.

—Sueño con ver el cancán. No me tientes, no quiero perderme ese momento.

—Podríamos tener un momento íntimo mejor.

—Vamos, Pierre, Frederic está esperándonos. Compórtate —le riñó, negando sus propios deseos y apartando esas grandes manos que la recorrían.

—Está bien —dijo Pierre, admirándola—. Estás increíble. Llamarás la atención por ser la más elegante del salón. Las bailarinas de cancan también suelen llevar plumas en el pelo, parece un homenaje a ellas.

—Ha sido casualidad, son las plumas de mi tocado de la fiesta. ¿Has estado muchas veces en salones de fiestas?

—Pocas. Ninguna desde que te conozco —añadió besándola despacio para no mancharse con su rojo carmín. Luego le ofreció su brazo—. A bailar, *mademoiselle*.

Los tres callejaron, disfrutando de una noche bastante cálida de mayo, bajando por las cuestas de Montmartre hasta llegar al callejón donde se situaba el salón *Le Chahut* (Alboroto). Su puerta estaba iluminada por faroles de cristales rojos, que emanaban una bruma de luz similar a la que habría en las puertas del mismísimo infierno. Ya se podía sentir la vibración de la música y su compás. Personajes de distinta calaña se arremolinaban entorno a la entrada. Dos porteros vestidos de forma similar a los marineros se encargaban de que no entraran los borrachos que ya no tenían dinero. Su pequeño grupo, en cambio, fue muy bienvenido. Uno de los porteros saludó a Amy inclinando la cabeza y levantando su gorra, retiró el cordón y los dejó pasar.

Enseguida se encontraron en medio del antro, con barras a ambos lados donde corría el licor, gente vociferando por todas partes, música altísima y un escenario al fondo donde bailarinas individuales se retaban en una especie de batalla por ver quién levantaba la pierna más alto, daba más vueltas y enseñaba más ropa interior. Amy se quedó embobada mirándolas, no le importaban los empujones ni los codazos que estaba recibiendo debido a lo abarrotado del local. Era lo más sórdido y alegre que había visto nunca: esas mujeres sí que eran libres de verdad, pensó. Vestidas con telas rojas translúcidas, plumas naranjas y azules, medias negras y zapatos de tacón, bailaban de forma frenética un compás de 2/4. Chillaban, animando al personal, levantaban la pierna mostrando sus muslos y portaligas. Hacían movimientos imposibles con sus pantorrillas y rodillas con la falda sostenida en alto llamados *rond de jambe*, como informó Frederic; también *port d'armes*, que consistía en girar sobre una pierna mientras mantenían agarrado el tobillo de la otra, como si fuese un fusil, y luego se abrían de piernas de golpe sobre el suelo, a lo cual los franceses llamaban *grand écart*. Amy se

mordió el labio por la emoción, deseando saber hacer todos esos movimientos e imaginándose a sí misma como bailarina. Maravillada y divertida, comenzó a seguir el compás con el pie y se unió a las palmas del público. Estaba más hipnotizada que sus dos amigos, ya acostumbrados, por aquel despliegue de muslos, pechos, medias, brazos, faldas y plumas. El ruido era ensordecedor. El corazón le latió más rápido.

A los pocos minutos, Frederic propuso que se sentaran entorno a una pequeña mesa. Cada mesita redonda se adornaba con una vela y un cenicero de latón.

—Os dejo aquí, tortolitos. Voy a traer una ronda de licores para todos.

Antes de que Amy pudiera decir que para ella no, Frederic ya había desaparecido.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó Pierre.

—¡No sé si alguna vez he estado más emocionada! —gritó Amy, para hacerse oír en medio del ruido. Sus ojos brillaban y no podía dejar de morderse el labio.

—Ya lo veo. Parece que vayas a saltar de la silla y subir al escenario.

Amy se asustó un tanto.

—Eso sí que no. Pero, ¿quién dice que no practicaré en casa?

Amy se animó a probar el licor de hierbas que trajo *Monsieur* Bazille, demasiado fuerte para su gusto.

—¿No podría tomar brandy? —preguntó.

—Créeme, el que sirven aquí es puro matarratas. Este licor es de las hierbas de los huertos de Montmartre, al menos sabemos que no es veneno —exclamó Pierre, alzando su voz por encima del ruido del ambiente—. Pero tampoco es mala su cerveza.

—Cerveza entonces —pidió Amy—. He oído que la emperatriz de Austria, Sissi, es aficionada a ella, aunque en la corte de Viena la obligan a tomar vino. Si a ella no le hace daño la cerveza, a mí tampoco me lo hará.

Pierre dudó de eso, pero pidió a Frederic que trajera una ronda de cervezas para todos, tras beberse el licor de hierbas de un trago.

—¿No sentiste lástima por perderte tu viaje a Viena? Parece que sabes mucho sobre esa emperatriz de la que se habla en los folletines.

—Me causaba curiosidad, pero era un viaje planeado por mi madrastra, no por mí. En París estoy mucho mejor. Y la vida que hubiera vivido tras el viaje... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. No estoy hecha para estar encerrada en una jaula de oro. Prefiero volar libre por lugares inciertos.

—Está claro que no eres una mujer hecha para estar enjaulada, así que yo nunca haría eso contigo; nunca cortarías tus alas, pero permíteme volar contigo.

Lo miró intensamente a los ojos.

—Sin duda, me haces volar.

La tentación de besarse se hizo patente entre los dos, pero entonces llegó Frederic con las cervezas, salpicando la mesa y las ropas de todos. Amy soltó un pequeño chillido al mojarse con la espuma. Luego agarró la jarra y probó por primera vez aquel fermentado amargo que le hacía cosquillas en la garganta. Le costó tragar al principio, pero en cuanto se acostumbró al sabor, participó en unas cuantas rondas más, hasta que la música se difuminó en su cabeza como si se le hubieran tapado los oídos y todo se volvió algo borroso.

Los tres rieron, hablaron, bebieron y gritaron, vitoreando a las bailarinas. Al final de la noche, algunos hombres se unieron al baile bajo el escenario y unas pocas parejas salieron a bailar. Amy se levantó y tendió una mano a Pierre.

—Vamos a bailar cancán —balbuceó mientras se levantaba la falda, llevada por la embriaguez, y movía los bajos de lado a lado imitando a las bailarinas.

Pierre, que toleraba mejor el alcohol, se la bajó de forma disimulada y salió con ella a bailar. Ambos giraron por la pista con las demás parejas, saltando y levantando las rodillas de tanto en tanto, sin llegar ni por asomo al nivel de los bailarines. Mientras giraban y giraban, a Amy le pareció ver a alguien conocido en un rincón, susurrando algo en el oído a una mujer rubia. Pero... era imposible. No podía ser él. Aquel hombre del fondo era idéntico a Johan, su ex prometido. El alcohol le debía estar jugando una mala pasada. Ese pelo pelirrojo y su talle delgado parecían inconfundibles. No era posible... Se apartó de la mujer con la que estaba coqueteando y ambos perfiles quedaron revelados: ¡Bárbara! Ella sí que no dejaba lugar a dudas. ¡La prometida de su hermano con Johan, en París! ¿Qué habría ocurrido en su ausencia? ¿Su hermano y Bárbara habrían roto?, caviló Amy desacertadamente. Entonces vio cómo entrelazaban las manos de forma inconfundiblemente romántica. Se comportaban como dos amantes clandestinos, es decir, como ella y Pierre. Sin duda, creerían encontrarse en lugar seguro, lejos de miradas conocidas. Pero erraban, pues muchos amantes de alta sociedad se habían dejado caer también por aquel agujero de moda. Amy no entendía qué ocurría: ¿Bárbara se habría casado con Johan? ¿Estarían de estar de viaje postnupcial o bien

estarían allí por negocios?

Todo eso pasó en un solo segundo por la rápida mente de Amy; estaba turbada. Eran solo especulaciones equivocadas. Ni por un momento podía pensar que ella era el objetivo. Ella y la venganza.

Se quedó paralizada, dudando sobre si saludarlos e indagar o no. Tendría que haber un buen motivo para que estuvieran allí, pero no le apetecía lo más mínimo ver a Johan ni tampoco revelar su acogedor escondite en París. Tan solo le intrigaba saber qué había pasado entre su hermano y Bárbara. Pero prefirió no desvelarse, era muy arriesgado. Y aún temía a Johan. Sacó a Pierre de la pista de baile. Cuando, agotados, volvieron a la mesa, vieron que Frederic estaba en la barra, hablando con una hermosa camarera.

—Pierre, tenemos que irnos.

—Con lo bien que lo estamos pasando, ¿por qué? ¿Estás cansada ya?

—Mi ex prometido está en aquel rincón. Johan. Y está con la antigua prometida de mi hermano. Es todo muy raro. Jamás hubiera imaginado encontrármelos en París y menos ver a ella en un lugar como este. Aunque tampoco me imaginaba a mí misma aquí solo unos meses atrás. No sé qué hacen aquí y juntos, pero no quiero tener que dar explicaciones. No quiero que les digan a mis padres dónde estoy. Por favor, vámonos.

—Bien, voy a avisar a Frederic. Te sacaré de aquí.

Pierre cubrió con su brazo y su sombrero la cabeza de Amy mientras salían del local y ambos se apresuraron a salir también de aquella calle y volver a casa. Amy contó a Pierre la situación y lo que ella suponía que podía haber pasado entre Bárbara y su hermano.

—Es todo bastante extraño —observó Pierre—. Pero puede que se atrajeran en secreto con anterioridad y al quedar Johan soltero intentara cortejar a Bárbara, arrebatándosela a tu hermano. Es poco caballeroso, pero...

—Es realmente raro. Me gustaría saber qué ocurrió en realidad, pero no me voy a arriesgar a exponerme.

—Yo lo prefiero. Por un lado, Johan aún puede estar herido en su orgullo y resentido contigo por abandonarlo antes de la boda, y, por otro lado, no quiero que tu familia te lleve de mi lado. Aunque entendería que quisieras verlos de nuevo, temo que te recluyan en tu casa de Londres como castigo.

—O que me tengan preparado un nuevo y horrible pretendiente.

Pierre la miró con tristeza, con la contradicción pintada en el rostro: no podía impedir que ella volviera algún día con su familia, pero la quería retener con él para siempre.

—Quédate conmigo —le pidió cuando llegaron a su portal, dándole un dulce y largo beso.

Capítulo 20

El baile de La Galette.

Durante los días siguientes, Amy sintió algo de angustia e inevitable desazón por el resultado final de la obra y porque finalmente fuese aprobada para la exposición. Otros años, las obras de Pierre y otros compañeros no lo habían conseguido. Finalizaron el cuadro titulado *La Esmeralda*, con el cual Pierre quedó bastante satisfecho aunque siempre había algún detalle que lo hacía sentir inseguro. Mostró el cuadro para su aprobación definitiva a sus profesores y a los responsables de la exposición y ellos sí que estuvieron seguros: era una obra maestra, un orgullo para la Academia y, además, sobre un libro patriótico que había fomentado el turismo en París. Muy original y viva, habían dicho. Merecía estar entre las seleccionadas para ser expuestas en las paredes del Salon. Era la primera vez que Pierre exponería en él. ¡Lo había conseguido! Era una Esmeralda colorista, vital, brillante, en movimiento. Amy también estaba fascinada por el resultado final, por su manejo del pincel y, en especial, de la luz.

Al fin llegó el día previo a la gran muestra de pintura y arte que se celebraría en el afamado Salon de París y donde acudiría incluso la prensa. Era el día del baile en el jardín del molino La Galette. Estaban invitados todos los conocidos de Amy: Kieran, Blanche, Lonx y los niños. También acudiría Ellen, y, por supuesto, Bazille y el resto de amigos pintores de Pierre, todos alumnos de la Academia. Iba a ser un día emocionante.

Pierre regaló a Amy un hermoso traje blanco con volantes, ya que recordó que había mencionado que quería uno claro y veraniego el día que fueron a la biblioteca. También le regaló un sombrero de verano y un fajín rojos para completarlo. Amy parecía una linda pastora. Esa moda francesa tan campestre era bastante cómoda comparada con la rectitud inglesa, pensó. Era un estilo que ya María Antonieta había impuesto entre la nobleza de su época y que, décadas después, había llegado al pueblo. Se puso unas medias blancas, unos zapatos de tacón y sus guantes con mariposas azules. Le encantó ver que Pierre casi no se había arreglado, pues la gustaba verlo con sus pantalones ceñidos claros y en mangas de camisa, con el duro pectoral algo descubierto. Aunque antes de salir, Pierre completó su indumentaria

según la moda: con una chaqueta oscura, lazo negro al cuello, su reloj de bolsillo con la locomotora grabada en la tapa y un gracioso sombrero de paja con banda negra que hizo sonreír a Amy. Es cierto que él había insistido en que sería un baile muy informal. Al parecer, todos los hombres irían así, con esos graciosos sombreritos. Y así lo pudo comprobar Amy.

Cuando llegaron al huerto del molino, Amy se quedó sorprendida al ver cómo había cambiado el lugar para la ocasión. Estaba precioso. Se habían dispuesto pérgolas, bancos y lámparas blancas con farolillos de cristal por todo el jardín. También había mesas y sillas a la sombra de los grandes árboles. El molino, con sus aspas paradas, creaba un marco muy rústico. Una orquesta estaba tocando música animada y corrían la limonada y el ponche cuando Pierre y Amy llegaron. Los músicos de la banda también llevaban esos sombreritos de paja con banda negra, iguales al de Pierre y la mayoría de invitados. Los pintores se habían traído a sus familias y había niños y niñas en la pista de baile, girando y girando en brazos de algún familiar, por parejas.

La escena parecía cándida e inocente hasta que apareció Ellen con sus enormes labios rojos, cigarrillo largo en mano, pronunciado escote y su exagerado sombrero atado bajo la barbilla con un gran lazo de seda. A Amy le caía bien pese a lo excéntrica que era y a sus escenitas de celos, no podía evitarlo.

—Saludos, queridos. ¡Amy, me alegro de verte! —mintió Ellen.

—Saludos, Ellen —respondió Pierre, secamente.

—Ya no te alegras tanto de verme como antes, querido mío. Como tienes nuevo juguete...

Amy se tomó la escenita a risa, pero Pierre se enfureció tanto que Amy pensó que iba a abofetear a la actriz. Se encaramó a ella entornando los ojos siniestramente. Afortunadamente, la tensión se cortó cuando apareció el resto de la pandilla del pintor. Todos se saludaron de forma alegre y distendida, mezclándose, separando a Pierre de Ellen sin percatarse de lo que había ocurrido. Enseguida llegó Blanche, con sombrero negro y su mejor traje, de rayas grises y naranjas. Iba acompañada por su marido y los niños; y Amy corrió hacia ellos.

—Esto es fantástico, niña —agradeció Blanche—. Estás preciosa, te falta la cestita y un rebaño de ovejas —bromeó la mujerona.

Amy y los niños rieron y luego fueron todos a por limonada. Mientras la bebían en una mesa apartada, bajo un gran cedro, llegó la primera sorpresa

del día: Kieran apareció con Véronique. Ella marchaba con la cabeza algo gacha, como tímida o avergonzada, vestida de azul, y él pletórico de su brazo.

—Vaya, veo que su relación ya es pública —susurró Blanche a Amy, con retintín.

Amy se acercó a saludarlos con normalidad, y era cierto que pese a todo se alegraba por él. Aun así, se sintió un tanto incómoda y extraña cuando Kieran le presentó formalmente a la tímida y vergonzosa Véronique. Visto su carácter, le habría costado horrores informar a sus padres de que un empleado la estaba cortejando. Pero por algún motivo, lo habían aceptado. Puede que fuese por simpatía, Lonx había dicho en alguna ocasión que Kieran era para los dueños de la *boulangerie* como de la familia. París, a esas alturas del siglo XIX, estaba más evolucionado que ningún lugar del mundo y ya comenzaban a abundar las familias que casaban a sus hijos por amor y no solo por beneficio económico. Mientras tanto, Ellen había apartado a Pierre para hablar a solas con él:

—Pierre, necesito verte. Te echo muchísimo de menos.

—Ya me estás viendo. Y nos vemos de tanto en tanto en el café.

—No te hagas el ingenuo, querido. Tú me entiendes... Antes nos entendíamos tan bien los dos... Lo gozaba tan increíblemente contigo. ¿No vamos a repetir?

—No, Ellen. Lo siento. Te aprecio como amiga, pero ya no puede ser. Y no me gustan esas cosas que dices delante de Amy. No siento nada por ti.

—Seamos sinceros, nunca has sentido nada por mí, todo fue muy físico y salvaje. Soy perfectamente consciente —Pierre asintió, encogiéndose de hombros—. Pero disfrutabas, no puedes negarlo. Nadie te hacía el *pompoir* como yo. Y no puedes decirme que nunca más te sentiré entre mis piernas porque no puedo aceptarlo. Eres el mejor amante que he tenido. Cuando me rechazaste en la fiesta necesité a dos jóvenes mancebos para sustituirte y aun así no estuvieron a la altura del placer que me sabes proporcionar.

Pierre se sintió realmente incómodo y miró alrededor.

—Ellen, encontrarás a alguien como yo. No sé si mejor... —se sinceró, arqueando las cejas.

—Claro que no será mejor. Hay muchos hombres dispuestos a amarme, les firmo autógrafos a diario y muchos han pasado por mi cama, dejándome a medias. Pierre... como sé lo que sientes por Amy, haremos un trato: una única cita más. No me tocarás con tus manos, tan solo con tus pinceles — Ellen se excitó. Movi6 los hombros sensualmente y se lami6 los labios—.

Uno en mis partes íntimas y otro sobre mi pezón, al tiempo, hasta que llegue al clímax. Y te pagaré. Y si me dejas tocarte te pagaré el doble. Tocarte me excita tanto que creo que solo así podría llegar al éxtasis. Solo con la mano. Seguro que ahora mismo debes de estar muy duro. En el fondo lo deseas y no sería nada comprometedor. Te compensaré con un buen importe para que puedas comenzar una vida más digna.

—Una vida más digna para mí significa no serle infiel a Amy —dijo, retirándose.

—Me parece muy bien que ahora estés encaprichado de Amy, pero eso nunca te ha impedido estar con varias mujeres a la vez.

—Ahora es distinto. No estoy encaprichado, estoy enamorado. Parece ser que no entiendes lo que es eso. Ofrécele a otro ese pago, Ellen.

La despidió levantando su sombrero de paja, y volvió con el grupo. Ellen lo vio alejarse mirando su trasero, frustrada, mordiendo los labios. Sentía a Pierre como suyo y no podía concebir la idea de no volver a tenerlo. Había que librarse de Amy si quería tornar a sentirlo dentro de sí, pensó, convencida. Y alguien le había puesto en bandeja la manera de hacerlo: la extraña y peligrosa pareja inglesa que conoció en la fiesta. Habían estado en contacto desde entonces, pero Ellen aún no se había decidido a colaborar con ellos. Ella misma se preguntaba si sería capaz de llegar a tanto como le pedían. ¿Se atrevería?

El resto del día pasó tranquilo y ameno, entre las presentaciones de todas las modelos, incluyendo a Amy como modelo de Pierre, cotilleos, almuerzo, limonada, ponche, vino, baile y humo de cigarrillos. Amy pensó que era una delicia ver a Jean Paul, Jean Pierre y Jean Albert; los niños de Blanche y Lonx, corretear y hacer de las suyas por el jardín, trepar a los árboles, ponerse perdidos...

Pierre observó con ternura cómo ella los miraba.

—¿Te gustaría tener los tuyos propios algún día? —le preguntó.

—Algún día —dijo ella con un atisbo de incertidumbre.

Él le acarició la mano queriendo decirle muchas cosas. De no haber estado en un lugar público familiar, a plena luz del día, la habría besado.

—Recuerda que me ofrezco como candidato a padre. —La miró de reojo —. Cuando llegue ese día.

—Tendrías que pedir mi mano antes, si esa intención es sincera. Y la situación no está ahora mismo como para hacerlo.

—No hay ninguna prisa. También podríamos celebrar una boda secreta.

Estamos destinados a la clandestinidad.

Ella alzó los brazos y le puso las manos en la nuca. Lo miró a los ojos, alzando la cabeza. Sus ojos verdes brillaban con una mezcla de nervios y felicidad.

—Quizá mañana te conviertas en un pintor muy famoso tras exponer nuestro cuadro y ya no puedas hacer nada de forma clandestina. Todos los ojos estarán sobre ti. Verán tu talento y tu atrevimiento. Esmeralda parece que vive, que baila, que se sale del lienzo. Sus ojos verdes brillan, esos ojos que son los míos. Aunque en el cuadro estoy ciertamente morena —bromeó, pues Pierre había tenido que oscurecer la piel y el pelo en su Esmeralda—. Será un éxito.

—¿Sabes? El año pasado tuve que exponer en el Salon des Refusés, es decir: de los rechazados. Y mira este año: exposición, elogios, prensa, este baile... Me has traído suerte, Amy —afirmó, con voz muy cálida y gesto seductor—. He estado pensando: ya no tiene ningún sentido que sigas compartiendo techo con Kieran y menos ahora que su relación con Véronique se ha hecho pública y los rumores sobre la nuestra corren como la espuma. Súbete conmigo a vivir a la buhardilla, al menos hasta que decidas qué harás en el futuro. ¿Volverás a casa un día o irás a una universidad del norte de Italia, como es tu sueño?

—Mi sueño imposible. No veo posibilidad de pagar una universidad si primero no vuelvo a casa, cosa que no quiero hacer. O bien tendría que trabajar antes durante muchos, muchos años como institutriz... o como bailarina de cancan —se mofó.

—Se te daría bien.

—De momento, quiero quedarme en París. Pero es cierto que no tiene ya sentido vivir con Kieran. ¿Me estás pidiendo que viva contigo en concubinato?

—Esa palabra nunca me sonó bien. No eres mi concubina, eres mi amor, y quiero compartir mi día a día contigo. Despertarme abrazado a ti cada mañana.

Se escondieron tras un árbol y Amy le dio el «sí, quiero» con un beso.





Al atardecer, Ellen acudió a una reunión pactada en una esquina muy cercana al lugar donde se estaba celebrando el baile. Estaba más segura que nunca de lo que hacía; aunque al principio había tenido sus reticencias, su conversación con Pierre las había disipado. Johan y Bárbara la esperaban en el interior de un carruaje cubierto. La actriz entró y Johan corrió las cortinillas opacas.

—Muy bien, ¿cómo piensan hacerlo? ¿En qué más puedo serles de ayuda?

—Hay que traer a Amy hasta aquí. Creo que el interior de este carruaje es el mejor lugar para «hablar» con ella —opinó Bárbara, retirándose hacia atrás su pelo rubio platino.

—¿La atraigo hacia aquí con algún pretexto? —preguntó Ellen, guardándose en su generoso escote el sobre con dinero que Johan le ofrecía.

—No, seguro que Pierre querrá acompañarla. Déjeme a mí. Haré acto de aparición en el baile. No soy una actriz de su talento, pero tengo preparada una pequeña escena —afirmó Bárbara—. Acompañeme para esta última representación, después ya no la necesitaremos. Johan, será mejor que esperes escondido fuera del carruaje y no entres hasta que Amy lo haya hecho. Si te ve aquí, no estará dispuesta a entrar, y Dios sabe que no eres tan hábil como yo para inventar subterfugios.

Bárbara se recolocó el vestido de tarde y descendió del carruaje. Alzando la barbilla, se internó entre el gentío del baile junto a Ellen hasta que dieron con Amy.

—Está acompañada por ese pintor. Ellen, entreténgalo a él, yo necesito hablar con ella a solas un momento. Le daré una triste y urgente noticia familiar falsa como pretexto para apartarla de la multitud y hablar con ella. Esa es mi coartada. Quiero que la respalde en caso de que sea necesario, no que invente otra alternativa. Encárguese de que ese amigo suyo pintor no nos siga. Ahora nos separaremos.

La pareja se encaminó por separado hacia Pierre y Amy, que enseguida las divisó. Se tornó nívea y su alegría se esfumó visiblemente al ver a Bárbara. Era tarde para huir o esconderse. Por otro lado, estaba perpleja: ¿Qué hacía Bárbara en París, primero con Johan y ahora sola? Amy sintió un pequeño mareo debido al desconcierto, pero al fin tendría una oportunidad para preguntarle. Se moría de curiosidad. Tragó saliva. Sus manos comenzaron a picarle a causa de los nervios. Bárbara siguió andando hacia ella y sonriendo impasible. Pierre observó la transformación en la cara de Amy.

—Es Bárbara, la prometida de mi hermano —informó Amy, con ansiedad.

Pierre se puso alerta.

—¡Querida Amy! —dijo Bárbara—. Qué casualidad tan enorme y afortunada verte aquí.

Amy se quedó sin palabras.

—¿Qué-qué haces aquí, Bárbara? ¿Qué haces en París?

—Me encontraba visitando a un familiar cuando alguien informó sobre ti, querida futura hermana. Alguien nos dijo que estabas también en la ciudad. ¡Bendita casualidad! —Se puso la mano en el pecho fingiendo gran alivio y fortuna—. Tu familia y yo te hemos buscado por todas partes, Amy, y nuestras fuentes nos han traído hasta aquí, pues tengo algo sumamente importante que decirte: tu hermano está muy, muy enfermo —mintió.

—¿Cómo? ¿Qué le ha ocurrido? —Amy se sintió horriblemente culpable de no estar a su lado. Tal fue el shock que olvidó preguntarle qué hacía Johan también en la ciudad y qué ocurría entre ellos. Solo podía pensar en Hans.

—Si vienes un momento al carruaje, te mostraré las cartas de los médicos y la suya propia pidiendo verte una vez más.

—¿Una vez más? —tartamudeó Amy.

Sin apenas despedirse más que con un gesto de urgencia, Amy corrió tras Bárbara, indicándole a Pierre con la mano que esperara y que ahora volvía. Pierre informó a Ellen brevemente de la situación e hizo amago de seguir a Amy, pero Ellen lo detuvo.

—Seguro que necesitan hablar de asuntos familiares a solas. No has de molestar. Cosas de mujeres. ¡Oh!, *Monsieur* Bobois, quiere saludarte —cambió de tema para distraerlo.

Pierre trató de seguir atendiendo el evento social algo incómodo. Pero cuando la espera se hizo eterna y Amy y Bárbara no regresaban, comenzó a exasperarse.

—Iré un momento a buscarlas —se ofreció la actriz—. Disfruta de la fiesta con tus amigos, yo las encontraré.

—Está bien, gracias —dudó Pierre, algo desconfiado.

Ellen se escabulló, fingiendo ir a mirar a la zona de los baños públicos. Una vez allí, se escondió entre la multitud para dirigirse hacia el carruaje, en la calle contigua. En su interior, Bárbara sostenía a Amy, desmayada, entre sus brazos, con su sombrero rojo caído y su hermoso cabello avellana diseminado sobre los volantes blancos de su vestido y sobre el pecho de su agresora. Bárbara sujetaba un pañuelo mojado en dioximetileno todavía sobre su rostro. Sintió una punzada de miedo cobarde por lo que había hecho. Johan

se incorporó al pescante y dio orden de marchar rápidamente al cochero.

Capítulo 21

Amargo despertar.

Nada más comenzar a despertar, Amy tembló al recordar esa sensación que sienten quienes son asesinados justo en el momento en que son conscientes de que van a morir. Recordó cómo se transformaba la cara de Bárbara, su dulzura dejó paso a la faz del mismísimo demonio. A sus ojos asomó la urgencia y el miedo. Luego un pañuelo de horrible hedor le impidió respirar. Aspiró sin remedio esa sustancia corrosiva, ácida, que provenía del pañuelo, sintió cómo su estómago se revolvía. Trató de forcejear, pero ya era tarde, se sentía mareada. De nuevo inhaló ese olor parecido a una sopa amarga y tosió. Arcadas. Ahogo. Otra inspiración. Luego, solo sueño profundo.

Recordaba también que se había ido despertando de tanto en tanto para repetir varias veces la misma experiencia: ese pañuelo asfixiante en su cara, esa angustia. Le había parecido sentir movimiento, mareo, como si fuese transportada. A sus párpados habían llegado tanto luz como oscuridad. Recordaba que alguien le había dado un poco de agua y también haber vomitado. Nada más.

Ahora parecía que todo se había detenido. Estaba en un lugar quieto y cerrado, muy oscuro. Abrió los ojos, poco a poco, y entre la penumbra intuyó una pequeña puerta al fondo. Un burdo baúl borroso frente a ella... Un escritorio sencillo a la derecha. Palpó un colchón bajo su espalda, duro, de muy mala calidad. Por un momento creyó estar en alguna habitación de su finca de París, quizá en la de su austera casera. Aunque esas paredes de piedra tosca le decían que no.

Trató de levantarse, con gran esfuerzo, y volvió a caer hacia atrás a causa del mareo. Se tocó la ropa. Ya no llevaba su hermoso vestido sino una especie de tela fina y áspera. Estaba descalza y tenía el pelo suelto y enmarañado.

Hizo otro esfuerzo por incorporarse y consiguió quedar sentada. La cabeza le daba vueltas y el estómago le rugía como si no hubiese comido en días. Puso sus pies sobre las frías y rústicas losas del suelo. Ahora que podía enfocar mejor, le pareció estar en una casa de campo. Se encaminó hacia la puerta, a tientas, pues aún veía algo borroso. Tiró del picaporte. Estaba

cerrada. Apoyó la espalda contra ella e intentó respirar. Suspiró dejando la cabeza caer contra la madera del portón. Entonces vio que la habitación también tenía un pequeño ventanuco, justo sobre el escritorio. Estaba cerrado y un poco alto como para ver a través, más alto que su cabeza. Fue hacia el escritorio y trató de coger fuerzas para subirse a él de rodillas, apoyándose en la silla. Tosió y se levantó aquella horrible bata rasposa que alguien le había puesto. Se subió al escritorio y abrió la única hoja de la ventana, de apenas tres palmos de ancho. Lo que vio la desconcertó aún más. No lo esperaba para nada: era un gran patio exterior, con viejos y altos árboles y un sendero que lo cruzaba. Era sencillo, sin setos recortados dibujando formas geométricas, tan solo césped y múltiples flores salvajes. También identificó plantas de guisantes, berenjenas y judías. Todo ello rodeado por otra ala del edificio, de más vieja construcción, con ventanas decoradas con motivos florales en piedra. Al fondo se divisaba una especie de granero y algunos árboles frutales. Más allá, un lago.

No había nadie en el patio. Reinaba el silencio. Solo se le ocurrió chillar, pedir ayuda desde allí. Carraspeó, buscando su voz.

—¡Hola! —dijo, con la voz rota—. Hola, ¿hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta. Lo intentó de nuevo.

—¡Hola! ¡Estoy encerrada! ¡No se abre la puerta!

Suspiró profundamente. Estaba demasiado cansada como para seguir. Se bajó torpemente del escritorio y se sentó en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Aún sentía el estómago muy revuelto. Al minuto, escuchó pasos en el pasillo y cómo una llave se introducía en la cerradura de su puerta. Amy se alertó.

La puerta se abrió y ante ella apareció una mujer vestida de forma muy reconocible y al tiempo particular: un hábito negro y una toca blanca cubriendo su pelo y casi su barbilla. Era una joven monja de grandes ojos azules.

—Señorita Hampton —Hacía meses que Amy no escuchaba su verdadero apellido—, al fin despertáis.

—¿Quién sois? ¿Dónde estoy?

—Soy la Hermana Margaret. Estáis en la abadía benedictina de Minster, vuestra familia os encomendó a nuestra congregación tras rescataros en París.

—¿Rescatarme? —Se indignó Amy—. ¡¿Estoy en Minster, Inglaterra?!

La Hermana Margaret entró con calma y cerró la puerta tras de sí. Se acercó a Amy, que lucía bastante desaliñada. Juntó las manos sobre su

regazo.

—Sí, eso es; cerca de Canterbury. ¿No os alegráis de estar de nuevo en Inglaterra, cerca de casa?

—¿Alegrarme? —Amy estaba anonadada—. Yo huí de casa por claros motivos, ¡no quería volver a Inglaterra! Me han traído a traición.

—¿Estáis segura? No es eso lo que nos contó vuestra familia.

—¡Claro que estoy segura!

La Hermana Margaret le indicó que bajara la voz y se sentó frente a ella, en la silla.

—Lo cierto es que nos alertó que os trajeran en ese estado deplorable —confesó—. Estamos todas muy confusas y queremos conocer la verdad. Quienes os trajeron: vuestro prometido y vuestra inminente cuñada, dijeron que estabais enferma, pero nosotras tenemos conocimientos de enfermería y enseguida nos dimos cuenta de que estabais bajo el efecto de alguna droga. Os dimos infusiones de hierbas calientes para eliminarla y estuvisteis vomitando tanto, y con tanta fiebre, que pensamos que os perderíamos en algunos momentos.

—Muchas gracias por todo ello. Lo último que recuerdo es que Bárbara, la prometida de mi hermano, me puso un pañuelo con un olor muy ácido sobre el rostro, tanto que me mareé al instante. Perdí el conocimiento.

—Os han traído en barco desde Francia así, diciendo por doquier que estabais enferma, ha sido algo muy peligroso —meditó Margaret—. Si decís que era un olor ácido en un pañuelo, no es exactamente una droga, sino alguno de esos nuevos venenos de producción química que inventan los laboratorios. Podríais haber muerto de sobredosis.

Amy se asustó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y Pierre? ¿Cuántos días llevo aquí? ¿Y mi hermano Hans?! Bárbara me dijo que está muy enfermo.

—Tranquila, señorita, tenemos noticias de sus padres y hacen suponer que su hermano Hans está perfectamente. La señorita Bárbara Ludlow tampoco nos dijo lo contrario sobre su prometido, habló con normalidad de él y de sus planes de boda futura.

Amy suspiró un momento, aliviada, y se sintió engañada y miserable.

—Me he perdido la muestra de la academia por nada. ¡Jamás debí creer una palabra de Bárbara ni confiar en ella! —Se lamentó, apoyando su frente en las manos—. Pierre pensará que lo he abandonado. He arruinado el día más importante de su vida.

Amy trató de retenerse, pero rompió a llorar totalmente desconsolada, imparable. Su llanto retumbó en las paredes de la celda y fluyó hasta los pasillos. Las novicias que lo oyeron se asustaron un tanto, y al notar su intensidad se les encogió el corazón. La Hermana Margaret no sabía de qué Pierre estaba hablando ni de qué muestra, pero se le formó un nudo en la garganta al contemplar a esa pobre señorita bien a la que sus familiares habían intoxicado y abandonado allí. Cada vez sentía más intriga por conocer la historia completa.

Margaret consoló a Amy como pudo. En cuanto ésta se calmó un poco al fin, la invitó a bajar a las cocinas a tomar otra infusión de hierbas, con esa receta secreta que la había salvado, y algo de comer. Amy se calzó con las rudimentarias sandalias de piel que la monja sacó del baúl y respiró con alivio al salir al pasillo. Recorrió la vieja y austera abadía tras Margaret. El mayor atractivo de aquel lugar eran las vidrieras de sus hermosas ventanas, con esas volutas de piedra rematadas por una ojiva. Por lo demás, tan solo vio vacíos corredores, escasos en muebles, con cruces e imágenes religiosas aquí y allí. Llegaron a la planta baja y entraron en las rudimentarias cocinas, grandes y campestres. Amy se sentó en la zona de comedor y, mientras la Hermana Margaret iba a buscar sus hierbas, otra monja anciana se le acercó para ofrecerle unas pastas.

—Soy la Madre Superiora, Mildret, encantada de conocerte —dijo con ternura.

—Agradecida, Madre Mildret —susurró Amy, con la voz rota de tristeza.

—Me alegra mucho que te hayas recuperado —afirmó, hablándole sin tratamientos de cortesía, como a una vieja conocida—. Prueba mis pastas, debes de tener mucha hambre. Son de mantequilla —sonrió.

El estómago de Amy luchó entre el hambre y la angustia, y finalmente ganó el hambre. Aquellas pastas caseras estaban deliciosas. Enseguida llegó Margaret con su infusión mágica y algunas frutas del huerto. Y después, más hermanas de la pequeña congregación se acercaron a saludarla mientras Amy comía. Todas se fueron sentando en torno a la mesa, degustando también pastas e infusiones distintas. Cuando acabaron aquel almuerzo, la miraron expectante. La Madre Mildret habló:

—Amy, en esta congregación no queremos tener a nadie en contra de su propia voluntad, pero al ser la más cercana a Calais, desde donde te trajeron en barco, a nosotras te encomendó tu familia. Quiero que conozcas tu situación actual —El resto la miraron con algo de pena—, pero también

nosotras queremos conocer tu historia: tu versión de la historia. Según tu familia, tu preocupada cuñada y tu prometido te rescataron de París, donde te encontraron azarosamente mientras se alojaban allí por motivos familiares y de negocios. Al parecer, uno de tus antiguos empleados, un tal Kieran, te embaucó y te secuestró antes de tu boda y te llevó allí. Al menos esa es la versión oficial que tu familia ha hecho correr por Londres para proteger tu honor y el de tu prometido.

Amy se quedó atónita: ¡había hecho correr el rumor de que Kieran la secuestró! ¿Para proteger su honor? Esa versión solo protegía el honor de Johan.

—¿Cuánto llevo aquí y cuánto tiempo me tengo que quedar? No se ofendan.

—Llevamos tres días cuidándote.

Amy volvió a suspirar, pensando en Pierre y en que la muestra ya había pasado. Las lágrimas volvieron a sus ojos.

—Parece ser que casi te pierden durante el viaje en barco —continuó Mildret—. Y en cuanto al tiempo que te debes quedar... Nos ha llegado una misiva de tus padres, tu familia quiere que te unas a nosotras. No ven conveniente que vuelvas a Londres pues todo el mundo piensa que Kieran te ha deshonrado. No te permiten volver a casa —A Amy se le vino el mundo encima de nuevo. Algunas hermanas bajaron la cabeza, empatizando con ella—. Si accedes a quedarte con nosotras, ya sabes lo que suele suceder: se te privará de tu herencia, ya que aquí no te hará falta. Por eso muchas familias encomiendan a sus hijos e hijas pequeñas a congregaciones religiosas. Será todo para vuestro hermano Hans —Ahora Amy vislumbraba el plan de Bárbara. Se la imaginaba perfectamente convenciendo a sus padres de que era lo mejor para proteger el honor y el nombre de la familia. Y así, al casarse con Hans, tendría toda la herencia para ella—. Aun así, hay una alternativa.

—¿Cuál?

—Johan aún es tu prometido. Pese a que tu honor está manchado en sociedad, todavía está dispuesto a casarse contigo. Y tus padres han dado su permiso. Esas son sus dos opciones: matrimonio o reclusión en esta pequeña comunidad.

Y este sería el plan alternativo de Johan para no quedarse sin nada. Vaya dos... pensó. Y vaya con sus «amantes» padres. Pero no la sorprendía, tan solo la hacía morir de pena.

—Antes muerta —declaró—. Mi prometido estaba con mi cuñada Bárbara

en París, la ayudó a secuestrarme, intoxicándome, en contra de mi voluntad. Y no solo eso, sino que los vi antes haciendo manitas en un salón de cancan —Se escuchó un sonoro «Oh» de sorpresa general—. Yo huí a París porque quería escapar de un matrimonio muy indeseado. Ya veis con qué clase de hombre me prometieron mis padres, era muy conocido en los burdeles de Londres y nunca me trató bien. Solo quiere mi fortuna. Kieran me acompañó, pero es inocente.

Amy comenzó a contar a las monjas la historia completa, con jugosos detalles. Las hermanas la escuchaban, totalmente embelesadas. Era lo más interesante que habían escuchado en mucho tiempo. Sintieron lo que Amy sintió a cada paso de su aventura y la escucharon volver a enamorarse mientras hablaba de Pierre. Sintieron la alegría, la incertidumbre y el miedo junto a ella. Y se quedaron desoladas cuando se enteraron de la noticia final: Amy se había perdido la gran exposición y el pobre Pierre pensaría que lo había abandonado justo el día antes para volver con su familia. Estaría desolado.

Las hermanas, entristecidas, decidieron que no podían permitir un final tan aciago. Aunque no eran monjas de clausura total, la norma era eludir casi toda información del exterior. Pero tenían permitido bajar al pueblo, así que irían y buscarían un periódico francés para ver si traía noticias sobre la gran exposición de la Academia de arte. Aún era pronto, así que, con permiso de la Madre Superiora Mildret, Margaret salió hacia el pueblo, acompañada de otra monja joven. Todas las esperaron, ansiosas.

Cuando al fin volvieron, traían caras largas que no presagiaban noticias jubilosas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mildret, poniéndose en pie—. ¿No aparece nada en los periódicos internacionales sobre el tema?

—Sí, sí que aparece. Sección de cultura de *Le siècle*.

Margaret se lo tendió a Amy. Cogió con miedo el periódico amarillento y buscó la sección indicada. Allí estaba la noticia, acompañada por una burda ilustración en tinta:

La gran muestra de pintura de la Academia de arte de París: éxitos y escándalos

El periodista comenzaba el artículo, de pomposa escritura, con un breve repaso a las obras más exitosas de la exposición, entre las cuales estaba *La Esmeralda* y también las de muchos compañeros de Pierre que Amy había conocido:

La exitosa obra pintada en secreto: La Esmeralda, de Pierre Renoir, basada en la afamada novela Nuestra señora de París, del autor nacional Víctor Hugo, ha levantado gran expectación incluso entre los veteranos genios de la Academia.

Amy sonrió abiertamente, nuevamente apenada por no estar allí para ver el triunfo de Pierre durante su primera exposición en el Salon. Después, halagos para la Academia, para sus profesores, para sus alumnos, para París, exaltación patriótica de sus artistas... Y, al final del texto, mencionaban el escándalo:

Para sorpresa de todos los asistentes, tras su exposición y éxito en el Salon, el misterioso óleo La Esmeralda fue destruido por su autor, Monsieur Renoir. Según fuentes cercanas al artista, el motivo de tal despropósito fue la súbita desaparición la que fue su modelo para dicha tarea.

Amy volvió a leerla en voz alta una vez más, para que las monjas la escucharan también y para acabar de asimilar ella misma la noticia. No podía creerlo, Pierre había destruido su Esmeralda, el trabajo que los unió. Ahora estaba segura: sin lugar a dudas, él debió creer que ella lo habría abandonado sin mirar atrás debido a alguna noticia familiar. Quizá Bárbara le dijera también aquella mentira sobre que Hans estaba muy enfermo. Pero, aun así... Ella nunca se hubiera ido sin despedirse, por muy urgente que fuese esa noticia. Tenía que hacérselo saber.

—¡Tengo que contarle lo que ocurrió en realidad! ¡Tengo que comunicarme con él de alguna manera!

Así, aunque la correspondencia estaba limitada a situaciones de urgencia, las hermanas consideraron que ésta era una de ellas. Bajo la supervisión de la Madre Superiora, se le permitió escribir una carta a Pierre contándole toda la verdad sobre el engaño que la arrancó de su lado en un día tan inoportuno. Le prestaron un estuche de madera con viejos útiles de escritura un tanto difíciles de manejar, pues el tosco plumín creaba borrones sobre el papel cada tanto. Amy besó la carta y la estrechó contra su pecho antes de mandarla. Dos nuevas lágrimas se derramaron sobre ella. Las monjas la observaron con ternura; aquello era tan entretenido como leer una novela prohibida. Y les gustaba ser partícipes de ese amor.

El correo tardaría unos cinco días en llegar a París. Más los días que habría que esperar por respuesta, si es que Pierre se dignaba a leer aquella carta y contestarla.

Amy tenía una decisión inmediata que tomar:

—Entonces —preguntó la Madre Superiora—. ¿Cuál es tu decisión, querida Amy? ¿Aceptas el matrimonio con Johan o te unes a nosotras?

Amy lo tenía bastante claro. No era su deseo, pero no veía otra salida ni ninguna otra opción. Llena de tristeza, con el corazón roto por renunciar a Pierre y a su libertad, confirmó:

—Me quedaré en Minster, con vuestra congregación.

Capítulo 22

Mientras tanto, en París.

La lluvia caía como una cascada de afiladas agujas derramadas sobre mármol cuando Ellen llegó a casa de Pierre. Tras la exposición, se había desencadenado una tormenta de primavera. La actriz bajó de su carruaje cubierta por un robusto paraguas negro con mango de marfil, ataviada con un escotado vestido oscuro y una capa de entretiempo. Saludó a la casera y subió los ruidosos escalones de madera. Sabía que Pierre estaría preocupado por la súbita marcha de Amy.

Ellen se sentía más culpable de lo acostumbrado. No esperaba sentirse tan mal por lo que había hecho. Que Amy no asistiera a la exposición había sido un revés que Pierre no se merecía. Lo había observado durante la muestra: serio y taciturno, sin disfrutar su triunfo. La reconcomía el remordimiento por haberlo dañado así, no había contado con ello. Por otro lado, al fin se había librado de esa mujercita que lo había obnubilado. Tenía vía libre. Tocó con los nudillos y Pierre abrió casi sin mirarla. La estaba esperando, Ellen le había prevenido de su visita al despedirse de él en el Salon.

En silencio, Pierre volvió a sentarse en el diván bajo la ventana y miró la lluvia caer a través del cristal. La actriz se quedó dubitativa; ¿no la iba a invitar a pasar? Suspiró y tomó la iniciativa. Buscó un paraguero y cerró la puerta. Luego se sentó junto a él en el diván y lo obligó a mirarla.

—Pierre, lo de esa niña era algo anunciado. Era demasiado voluble. Dejó a su prometido el día antes de la boda y contigo ha hecho lo mismo. ¡Oh, pobre Pierre! —fingió y trató de apoyar la cabeza del pintor en su escote, en actitud maternal.

Pierre giró la cara y se reincorporó.

—No es posible que Amy me haya hecho eso —contestó él—. Confío en ella. Tiene que haber pasado algo grave. Cuando su cuñada apareció en el baile, seguro que le dio alguna mala noticia. Lo leí en su cara. Tiene que haber vuelto a casa por alguna urgencia.

—Entiendo que quieras pensar así, pero ni siquiera se despidió —dijo Ellen con malicia—. Fue ver a su cuñada y huyó con ella como si un héroe la rescatara en su caballo blanco. Se hubiera despedido sino, Pierre. Pierre... Yo

siempre he estado a tu lado —susurró, insinuante, colocando despacio una mano en su nuca—. Yo nunca te hubiera fallado. Te echo tanto, tanto de menos.

Trató de besarlo. Pierre no reaccionó. Ellen puso los labios sobre los de él, que permanecieron inmóviles. Ella no se rindió. Se quitó la capa de un solo golpe y comenzó a bajarse los tirantes del vestido para dejar al descubierto sus pechos, pero Pierre la detuvo.

—Ellen, no te humilles.

La cara de Ellen se puso roja a causa del bochorno y la furia.

—¡Qué no me humille! ¿Dónde está el Pierre que yo conocía? El antiguo Pierre olvidaría a esa niñata en dos segundos, consciente de que tiene el mundo a sus pies y a la mujer que él quiera. El antiguo Pierre me arrancaría ahora mismo el vestido y me llevaría en volandas hacia la cama, haciéndome el amor ya durante el trayecto.

—Eso lo haría el antiguo Pierre, como dices. Necesito tiempo, pero creo que he cambiado. No quiero ni tocar a otra, prefiero acariciar su recuerdo.

Ellen se arrodilló frente a él.

—Pero te ha dejado. No puedes seguir así para siempre. Enfádate. ¡Grita! Saca toda tu rabia y castígame a mí, págalo conmigo, dame unos azotes mientras me penetras salvajemente como solías hacer, pero no cambies, no te apagues. ¡El mundo sigue!

—Mi mundo no. Respétame —concluyó—. Te enseñaré algo —dijo, levantándose para señalarle un cuadro destrozado, arrojado a un rincón: era La Esmeralda. ¡La había destruido!—. Ya lo he pagado con quien debía. Mi furia se ha llevado por delante mi trabajo, no quiero que se lleve nada más. Déjame solo.

En ese preciso instante, Ellen se dio cuenta de que Pierre no volvería a ser suyo y de que el recuerdo de Amy lo acompañaría durante mucho tiempo. De poco había servido ayudar a deshacerse de ella. ¡Había roto su obra maestra por su culpa! Era desolador ver en qué había quedado aquella valiente pieza de arte. Se sentía una traidora. Abrió la boca para hablar, pero titubeó y se marchó con la cabeza baja.

Ya al otro lado de la puerta, volvió a dudar. ¿Debía contarle la verdad a Pierre? De todas formas, lo había perdido. Y no la iba a respetar mucho menos de lo que ya lo hacía, aunque Ellen era esa clase de mujer a la que poco le importa el respeto. ¡Además, había olvidado su paraguas! Volvió a tocar.

Pierre abrió solo una rendija y le dio su paraguas a través de ella, se había percatado del olvido.

—Pierre, Amy no huyó, no te dejó. La secuestraron.

Tras unos largos segundos, Pierre abrió la puerta un poco más.

—¿Qué has dicho?

—La secuestro su propia familia. Su cuñada Bárbara y su ex prometido la sedaron para llevarla de vuelta a Londres. No sé nada más, te lo juro. Es todo cuanto sé —repitió nerviosa—. Esos dos se pusieron en contacto conmigo el día de la fiesta para sonsacarme... y ¡me arrepiento! ¡¿Oh, qué he hecho?! No quiero verte sufrir tanto. Perdona por querer intentar reconquistarte hace un momento de esa forma, pero no puedo soportar estar sin ti.

Ellen le dio tanta pena en aquel momento, que ello atenuó su creciente enfado.

—No voy a perder ni un segundo más contigo. No me importan tus malvadas triquiñuelas ni cómo han acabado así. ¿Dónde está Amy? ¿Dónde la han llevado?

—Supongo que a su casa de Londres. De verdad que no lo sé. No sé nada más.

Pierre le cerró a Ellen la puerta en las narices y comenzó a meter lo imprescindible en su bolsa de viaje. ¡Tenía que ir a buscar a Amy!

Capítulo 23

La visita.

Los días pasaron en el pequeño convento, llenos de paz, honda tristeza y un exceso de calma. Todo era silencio y días demasiado largos: demasiado tiempo para pensar. Amy no se arrepentía ni por un momento de su aventura. ¿Qué es la vida sino una aventura; un conjunto de experiencias sorprendentes que puedes encontrar si estás dispuesta a renunciar a la comodidad? ¿Qué nos queda de ella al final sino nuestros recuerdos, nuestras pasiones y a quienes conocimos en ese camino? Cómo arrepentirse de todas las cosas increíbles que había visto y aprendido. Prefería haber acabado así mil veces antes que haber aceptado un matrimonio anodino que la haría infeliz. No quería ni imaginar no haber conocido París, a Blanche y su familia, a Pierre, incluso a Ellen.

Era el cuarto día que Amy pasaba allí por voluntad propia, despierta y consciente. A esas alturas, se había resignado a su destino. Había escrito a Pierre y vivía con la esperanza diaria de recibir su respuesta, pero ni siquiera estaba segura de que él quisiera leer su carta, debido al grandioso enfado que aún sentiría. No esperaba nada. No esperaba respuesta, ni cumplir ya sus sueños, ni esperaba nada en general de la vida. Se sentía feliz por lo vivido en París y por haber conocido el amor, y daba gracias por ello. A pesar de esa conformidad, causada por su agotamiento vital, no podía evitar llorar a menudo en su celda. Había decorado esa pobre estancia con hermosas flores frescas puestas en un vaso, como le gustaba hacer en su pequeño apartamento de París.

Debido a que necesitaba entretenerse y no pensar, se había adaptado rápido a la rutina de la congregación: rezos matutinos, desayuno; trabajo en la casa, en las cocinas, en la granja, en el huerto; almuerzo; retiro; rezos vespertinos... Los reproducía de forma automática, tratando de encontrar la paz. Sus tareas preferidas eran la repostería, el cuidado de los animales y del huerto. Recordó a la familia de gatos parisina a la que solía alimentar: Lord Byron, Belle y sus gatitos. Estaba segura de que Pierre seguiría haciéndolo por ella, sin duda. Pensaba en él casi a todas horas; día y noche, de forma inevitable. Escribió también a Blanche, contándole su nueva situación.

Necesitaba saber de ella, de Lonx y de los niños. Sentía que a ellos también los había abandonado. Esperaba que siguieran aprendiendo y que tuvieran un buen futuro. Tan solo una persona más ocupaba sus pensamientos: su hermano Hans. Se preguntaba qué sabría de su situación, cuántas mentiras le habría contado Bárbara y si algún día se dignaría venir a visitarla. Hacía mucho que no veía a su apuesto y simpático hermano.

Y justo ese día, como si Dios o alguna otra fuerza superior la hubiese escuchado, recibió su esperada visita. Vestida de novicia y con evidente nerviosismo, acudió a la sala de visitas. Allí podría hablar con él a través de una rendija de madera entrelazada.

—¡Amy! —exclamó Hans, con sorpresa, al verla vestida así. Colocó su mano en la rendija, buscando la de ella. Se acariciaron a través de la madera.

Los ojos preciosos de Hans se llenaron de lágrimas. Los tenía tan verdes como su hermana, pero más claros, casi amarillos, como los de Pierre. Amy se dio cuenta en ese momento de que Pierre siempre le había recordado a su hermano. Hans iba elegantemente ataviado con una casaca negra de lana inglesa y un pañuelo blanco al cuello. Sus profusas patillas y su mirada intensa eran dignas de los galanes que nombraba en sus novelas su compatriota Jane Austen. Era todo un *Mr. Darcy*.

—¿Qué has hecho, pequeña mía? ¿Qué has hecho? —dijo, abatido—. Mírate.

Amy emitió una melancólica sonrisa.

—He vivido.

Hans también esbozó una sonrisa, moviendo la cabeza.

—Y veo en tu mirada que has crecido como persona. Pero has debido de pasarlo mal y te has quedado en los huesos. Me muero por conocer toda la historia. ¿Cómo se te ocurrió escaparte antes de la boda? Y, sobre todo, ¿cómo no se te ocurrió esconderte en mi casa de Londres? Yo te hubiese ayudado.

—Ni siquiera lo pensé, pero quería huir más lejos. Kieran y yo soñábamos ambos con París. Además... por tu casa de Londres podía aparecer Bárbara en cualquier momento y ahora sé que ese hubiese sido el fin de mi aventura.

—¿Bárbara? Si ella se volcó en tu búsqueda.

—Por evidentes motivos —dijo, señalando su hábito de novicia—. ¿No sabes que fueron ella y Johan quienes me trajeron desde París hasta aquí, sedada, intoxicada, poniendo en peligro mi vida? De Johan me lo esperaba, pero no de ella. Es evidente que no quiere compartir tu herencia cuando seáis

marido y mujer.

A Hans le costó reaccionar. Pero lo cierto es que algo sospechaba desde había tiempo. Se quedó pensativo, boquiabierto. Su mente estaba atando cabos.

—Si no me crees, habla con las monjas que me atendieron. Ellas te lo contarán.

—Claro que te creo. ¿Crees que soy tan ingenuo? La forma en la que ella hablaba de ti a nuestros padres me hacía sospechar desde hacía tiempo, y esa larga escapada a París... Yo llegué a saber que la historia de su familiar enferma no era verdad. Me enteré por pura casualidad, charlando con un amigo de su familia en un salón de Londres. Durante esos meses, Bárbara, volvió a Londres en algunos momentos y sentí cómo me mentía al preguntarle por ciertos temas. Aunque solo eran sospechas hasta este momento. No puedo creer que te hiciera eso.

—Y eso no es todo... No puedo estar segura del todo... pero, has de saber que la vi en un cabaret, en actitud... —explicó con cuidado, no quería dañar a su hermano—. En actitud demasiado cariñosa con Johan.

El pecho de Hans subió y bajó de golpe en un solo momento. Movi6 la cabeza y la colocó entre sus manos. Resopló. Amy se mordió el labio, no sabía qué decir.

—Lo siento.

—No importa —dijo reponiéndose—. Es algo que en el fondo tampoco me extraña, no sé porqué. De todas formas, no te preocupes, no es el gran mazazo a mi corazón que quizá imaginas. Bárbara me generaba dudas desde hace mucho. Cuando la conocí, vi a una chica alta, rubia y preciosa que me hacía ojitos. Encandilado, enseguida le pedí matrimonio. Pero luego fui conociendo su actitud. Su frialdad me hizo dudar de ella muchas veces y fue matando mi encaprichamiento. Por eso he ido postergando la boda, algo que la estaba enervando. Y por eso yo también huí a Londres —Amy lo miró inquisitiva—. Sí, yo tampoco soportaba estar en casa por más tiempo. Aunque sé que para los hombres es más fácil y justificable huir. Solo tuve que independizarme en Londres, en un estudio céntrico precioso y a gastos pagados, algo impensable para una mujer. Lo sé, sé que no tenías mis alternativas. Perdona por dejarte allí y no ocuparme más de ti.

—Tú eras mayor que yo y tenías que vivir tu vida, no hay nada que perdonar.

—Pero esto lo tengo que arreglar. Aún estoy a tiempo de cuidarte.

Cuéntame toda tu historia y dime qué puedo hacer por ti. ¿O acaso quieres quedarte en este convento toda la vida?

Amy relató a su hermano todas sus peripecias y sentimientos, desde el mismo día en que escapó hacia París hasta aquel momento. Hans escuchó, encantado con conocer de verdad, con redescubrir a su hermana pequeña. Se había convertido en adulta de una forma muy inusual y, a su entender, muy peligrosa y valiente. Era ya una mujer; una mujer fuerte, que incluso aceptaba aquel destino de confinamiento de forma pragmática. Pero él no podía permitir que un alma libre como la suya se quedara encerrada hasta los restos. Era un pájaro y debía seguir volando. Quizá, hasta encontrar otro nido; o quizá volando, solo volando, para siempre.

—Quiero ayudarte a salir de aquí. Pero no es fácil.

—No es necesario.

—No seas tan humilde. He dicho que voy a ayudarte y cumpliré mi palabra. Me lo debo a mí mismo. Padre y madre no permitirán otra alternativa que no sea el matrimonio con Johan, cualquier otro matrimonio lo humillaría y eso sería fatal para los negocios que tienen en común. Así que, si descartamos el matrimonio, solo queda este convento. Veamos: según el protocolo, estamos obligados a donar a la abadía la parte de tu herencia que te correspondía como dote en tu boda. El trámite está en marcha. Puedo intentar ocuparme de él. Diré que he venido a verte, que has decidido quedarte y que me has nombrado tu administrador. Tengo que hacerme cargo de esa transferencia e interceptarla... Cuando lo haga, te la daré a ti. Te liberaré y huirás. Es lo único que se me ocurre.

—Huir otra vez... —repitió Amy, con agotamiento.

—Ese plan solo tiene un inconveniente. Un gran inconveniente.

—Lo sé —dijo Amy, consciente de cual era—: mi identidad. Si huyo así, perderé de nuevo mi identidad.

Hans asintió, melancólico.

—La perderás para siempre. El resto del mundo debe seguir pensando que estás recluida. Así que, si quieres empezar de cero una verdadera vida, has de cambiar oficialmente tu apellido y falsear tus orígenes. Sabes que es algo que puedo conseguir. Es más, es un acto que se realiza más de lo que puedas pensar. Conozco casos de nobles enamorados de prostitutas que les han conseguido una falsa identidad y un pasado nuevos para poder casarse con ellas, incluso casos de familias enteras que lo han hecho al cambiar de ciudad o de país tras la ruina económica o social.

—Y yo he sido la ruina social para la nuestra... —dijo Amy, tristemente.

—Madre no quiere siquiera venir a verte. Es horrible su actitud, pero ya sabes cómo es su mundo. Tan solo piensa en medrar en la escala social y en el qué dirán.

—Lo sé perfectamente y no me sorprende. Por eso huí de «su» mundo. Y, por favor, delante de mí no la llames «madre», me hace daño. Tú sí que conociste a nuestra verdadera madre, no entiendo cómo puedes llamar así a Lady Rose.

—Yo era pequeño cuando nuestra madre murió —suspiró—. Su marcha dejó un enorme vacío en mi vida. Soñaba egoístamente con que alguien viniera a ocupar de nuevo ese papel, a rellenar ese hueco, así que acepté a Lady Rose con más facilidad. Aunque nunca he olvidado a mamá.

—Comprendo.

—Entonces, ¿qué dices, pequeña? ¿Quieres que intente interceptar tu parte de la herencia, que básicamente es tu dote, antes de que llegue a la congregación y conseguirte una identidad nueva? ¿O quedarte aquí y seguir siendo Amy Hampton?

Era una difícil decisión: renunciar a quien era antes de París, antes de todo; renunciar a su apellido, a relatar libremente su infancia... Por un momento, no vio el matrimonio con Johan como una opción tan descabellada, hasta que recordó lo que le había hecho.

Tomó una decisión:

—Hagámoslo. He sido Amy O'Connell durante algunos meses, puedo volver a hacerlo, aunque esta vez sea para siempre —tragó saliva—. Eso sí, yo misma donaré una parte de lo que me corresponde a las hermanas de la congregación. Se lo merecen. Han sido protectoras y comprensivas conmigo. Luego viajaré a Italia para estudiar, pero antes, tengo asuntos que arreglar en París. Gracias, Hans.

Capítulo 24

Un final feliz.

Sendas cartas de Amy llegaron a la buhardilla de Pierre y a casa de Blanche, con remite de un pequeño convento situado en Minster, Inglaterra. Blanche la leyó en voz alta para toda su familia, llena de honda emoción. Pierre no vería a tiempo su carta, pues hacía días que había partido hacia Londres.

Tras casi cuatro días de duro viaje, llegó hasta Hampton's Manor, siguiendo las indicaciones de Kieran. Lo había despertado tras marcharse Ellen, para informarle de todo lo que había ocurrido y anunciarle que iría a su rescate. Kieran lo había prevenido y avisado de que de poco serviría ese viaje. Pero allí estaba al fin. Ante las puertas de la casa de la infancia de Amy, con su mejor traje de día.

Por un momento se sintió pequeño. Se quedó algo impresionado ante la gran mansión de ladrillo rojo y ventanales blancos que se divisaba al final de un largo camino delimitado por altos cipreses. Se advertían fuentes y flores salvajes, así como grandes árboles diseminados por todo el jardín. Se anunció al personal de guardia.

Lo hicieron esperar durante una cantidad descortés de tiempo. Cuando al fin lo hicieron pasar y traspasó las puertas del edificio principal, cuál fue su sorpresa al encontrar ante él tanto a los padres de Amy como a Johan.

—¿Con qué cara te presentas ante nosotros después de contribuir a deshonar a esta familia y su pobre ex prometido? —preguntó, indignado y altanero el señor Hampton, atusándose el bigote.

—¿Dónde está Amy? ¿Cómo está? —preguntó Pierre, impertérrito—. Me han informado de que fue intoxicada durante su vuelta. Quiero saber si está bien de salud y qué tipo de padres aprueban la práctica de drogar a su hija.

—¿Drogar; intoxicada? —preguntó la madrastra de Amy, que no conocía los detalles. Aunque conocerlos nunca hubiese cambiado su decisión de internarla en un convento.

La señora Hampton miró un momento a Pierre: ese artista alto y atractivo había robado el corazón de su hija. Por un momento lo comprendió. Luego se obligó a pensar en el decoro y en el honor de su apellido.

—Simplemente tuvimos que sedar un poco a Amy —se defendió Johan—. Estaba muy nerviosa y algo indispuesta durante el viaje, ella misma lo solicitó —mintió—. No saquemos las cosas de quicio.

—Mis fuentes no lo cuentan de forma tan eufemística, pero eso no importa ahora. Necesito saber que está bien.

Lady Rose volvió a quedar impresionada por la resolución de ese hombre. Se adelantó para hablar con él más cerca.

—Está perfectamente, al cuidado de las hermanas benedictinas de la congregación de Minster. Donde daré orden de que prohiban toda visita. Donde estará al fin en paz.

—¡Querida, no lo informes de su situación! —advirtió el señor Hampton, agresivo.

—Qué más da. Nada puede hacer. Amy está donde corresponde. Ha hecho el viaje en vano —dijo, como si Pierre no estuviera delante, demostrando una pésima educación.

Estaba casi segura de que era lo que debía hacer. Pero, por primera vez, solo «casi».

Pierre se llevó la mano al corazón: Amy, recluida en un convento. Ahora sí que la había perdido... O no. ¿Por qué se iba a rendir ahora? Averiguaría el paradero de ese convento en Minster y trataría de verla. Había llegado hasta allí, debía de intentarlo. Ella no merecía ese destino; ella amaba la libertad. Intentaría rescatarla.

Como si leyera sus pensamientos, Mister Hampton intervino:

—¿Cuánto queréis?

—¿Cómo? —preguntó Pierre, incrédulo.

—Que cuánto queréis por marcharos a Francia en este momento y dejarla en paz para siempre. Hemos de limpiar su nombre y no quiero intromisiones. Decid una cifra.

Pierre se quedó estupefacto y pensativo. Sus ojos reflejaron su decepción.

—Mister Hampton, quizá vos no lo sentís así, pero hay muchas cosas en esta vida que valen más que el dinero y Amy es una de ellas.

Se despidió con una rápida reverencia y salió de la casa sumido en sus pensamientos, con el corazón latiéndole con fuerza desbocada en el pecho. Una vez estuvo casi fuera de la casa, escuchó una voz tras él:

—Guardas, ¡apresadlo! Ha intentado atacar al señor Hampton —mintió—. ¡Reducidlo antes de que pueda escapar, es muy fuerte!

La maldad de Johan no tenía fin y estaba aprendiendo a improvisar. Su

labia y capacidad para convencer a los señores Hampton de que sus estrategias eran las correctas para sus intereses también había mejorado con creces. Pero lo cierto era que, como en la mayoría de casos de manipulación, Johan no velaba por el interés de la familia Hampton, sino por el suyo propio. Todo de forma disfrazada e inteligente. Por su propia venganza.

Pierre no se lo esperaba y no lo vio venir. En un momento, tuvo a los dos guardas encima, dos hombretones escoceses que no entendían más que de órdenes. Notó cómo varios puñetazos golpeaban su cara y luego una fuerte patada en sus costillas, que lo derribó. Trató de defenderse, desconcertado, pero fue peor: lo agredieron aún con más fuerza. Acabó perdiendo el conocimiento. Sin él saberlo, su maltrecho cuerpo dio contra el suelo del calabozo.





Cuando la carta de respuesta de Blanche llegó hasta el convento, Amy descubrió en ella una información sorprendente: ¡Pierre había ido a Inglaterra, en su búsqueda! Pero ya habían pasado demasiados días, Pierre ya debía de haber llegado hasta ella. Tenía que hacérselo saber a su hermano. Hans, que ya había empezado los trámites para desviar su herencia y para el cambio de identidad, era su única baza. ¡Tenía que buscar a Pierre! Le escribió de forma inmediata y contó a la Madre Superiora lo que había descubierto, así como sus miedos porque Pierre aún no estuviera allí. ¿Dónde se habría metido? ¿Le habría pasado algo durante el viaje? ¿Cómo sabría él de su paradero si, según Blanche, había partido antes de que pudiera recibir su carta?

Todas esas preguntas se agolpaban en su cabeza.

La preocupación creciente y el nerviosismo hicieron mella en su cuerpo: esa misma tarde enfermó. Sentía que se ahogaba, que no podía respirar, su estómago se encogió y dejó de aceptar comida. Sentía que algo no iba bien. Las monjas volvieron a preocuparse por ella y a cuidarla con tisanas, aunque esta vez sabían que la causa de su malestar no eran más venenos que el amor y el miedo. La dejaron descansar. Durmió toda la tarde y toda la noche. Por la mañana, Margaret la despertó. Esa tarde esperaba la visita de su hermano con más noticias sobre los trámites. Se tomó el día con la calma que le reclamaba su salud. Salió al huerto a regar y a ver cómo estaban los animales, pero tuvo que detenerse y poner las manos sobre sus rodillas. Estaba evidentemente agotada. Cuando acabó de comprobar que todo estaba en orden, fue a sentarse cerca del apartado lago. Nunca había ido tan lejos. Unas vallas de madera hacían de límites laterales del recinto de la abadía y ese lago lo delimitaba por detrás. Observó a los cisnes formar corazones al unir sus cuellos y nadar relajados por las oscuras aguas, como si patinaran artísticamente sobre ellas. Comenzó a mirar el reflejo del cielo en el agua y a tirar a ella pequeñas ramitas que, al caer, emitían hipnóticas ondas. Respiró profundamente, pero su preocupación no desaparecía. Entonces escuchó un crujido lejano. Miró hacia el lateral y ¡había un hombre saltando la valla tras unos árboles! Un hombre alto y extrañamente vestido, con un traje roto... que le sonaba demasiado. No podía creerlo: ¡era Pierre! Se levantó y corrió hacia él, con su hábito al viento.

Con el corazón en vilo, dudó un segundo al mirarlo. Pero sí, era él. Tenía la cara amoratada. Él se sobresaltó al ver a una novicia que no podía identificar corriendo hacia él.

—¡Pierre! —gritó ella, al percatarse.

Llegó hasta su estupefacto y maltrecho Pierre y lo abrazó. La fuerza del abrazo presionó sus costillas, doloridas a causa de la paliza recibida hacía días.

—Amy... —consiguió decir—. No puedo creerlo, al fin te he encontrado.

Se besaron apasionadamente, sin poder creer que estuvieran juntos al fin. Se sentían como en una de sus novelas.

Pierre se sintió un tanto raro por besarla con aquel atuendo de novicia, como si estuviera cometiendo sacrilegio. Y Amy se preocupó por su estado desastroso y sus heridas. Tenía una cicatriz en la ceja y parte del labio y un ojo hinchados.

—Pero, ¿qué te ha pasado? —preguntó ella, observando su ropa y su cara.

—Es una larga historia que no te va a gustar. Ahora, ¡vámonos de aquí! Me he escapado de una comisaría de Londres. ¡Vamos, salta la valla! Te llevaré conmigo a Francia. Ahora yo también soy un prófugo en tu país.

Amy lo miró, paciente, y negó.

—No necesitamos huir ahora sin más. Mi hermano va a ayudarme, así que, ¡sí, voy a volver a Francia contigo! —afirmó, lanzándose a su cuello una vez más—. Pero no así, clandestinamente. Hans tiene un gran plan, solo debemos esperar a esta tarde y nos lo contará. Me traerá los papeles para empezar mi futuro, mi nuevo futuro. Y las hermanas lo saben. No tengo que huir de ellas, me van a ayudar.

Pierre no acabó de comprender del todo, pero observó en las palabras de Amy una confianza que lo tranquilizó.

—Si estás segura, esperaremos a tu hermano. Has de contarme muchas cosas, preciosa, mi patito —dijo besándola—. Es paradójico que te encuentre al lado del lago de los cisnes. Mi gran y precioso cisne gris —dijo, aludiendo a la fiesta en Sens.

—Nunca te había visto tan tierno —dijo mirándolo a los ojos.

—Y lo que te espera.

Se besaron una vez más y se dirigieron hacia el edificio para hablar con las hermanas. ¡Cuántos enredos estaban provocando! Ahora tenían que esconder a Pierre hasta la tarde.

—Hace mucho tiempo que no entran en esta congregación más hombres que el párroco y el jardinero —dijo la Madre Mildret—. Pero dar asilo al herido es un deber cristiano, así que, pasa a las cocinas. Has de probar las pastas que hemos enseñado a hacer a Amy.

Esa tarde, Hans trajo los papeles, en blanco pero sellados y firmados, que le daban un nuevo apellido a Amy. Eligió el apellido que ya le era familiar: O'Connell. Inventó una ascendencia irlandesa y un linaje de baja nobleza, cosa que le daría facilidades a la hora de entrar en una universidad. Acordaron que más tarde, una vez Hans los despidiera en el puerto, iría a Londres para desmentir la falsa acusación contra Pierre y, además, denunciar a Johan por todo lo que había hecho.

Relató a Amy que ya había zanjado definitivamente su relación con Bárbara, que, histérica, le había lanzado un caro jarrón antiguo a la cabeza. Y había comenzado a contar a sus padres parte de la verdad, aunque estos, no quisieron escuchar demasiado ni cambiaron de opinión sobre los destinos que deseaban para sus hijos. Hans no quiso decirles nada sobre el nuevo destino de Amy: para ellos y para la sociedad londinense, Amy seguiría en el convento. El día en que reunieran fuerzas y valor para ir a verla, si es que ese día llegaba, las hermanas les contarían la verdad, ya que ellas no podían mentir. Pero, para entonces, Amy y Pierre ya estarían lejos.

Hans se había hecho con el dinero de la dote de Amy fácilmente, simplemente alegando llevarlo a la congregación en efectivo. Donaron una buena parte a las monjas, la que Amy creyó conveniente, y escondieron el resto en lugares seguros repartidos por sus ropas de viaje y por todo el equipaje. Pronto contratarían a una pareja de sirvientes, para ocuparse de su seguridad y servir de ayuda con el vestuario y la casa, como correspondía. Amy se despidió amorosamente de Mildret, Margaret y las demás; agradecida por su comprensión e implicación.

Una vez ataviados con ropas adecuadas, Hans los llevó al cercano puerto de Ramsgate, desde donde partirían hacia el puerto francés de Calais. Esta vez, Amy no lo haría como polizón, aunque recordó con cariño y añoranza esa locura.

Se despidieron de Hans en el puerto, delante del «Gaviota azul», el barco en el cual navegarían hacia el ya conocido Calais.

—¿Y cómo te vuelvo a ver, hermanita? Ahora que te he reencontrado en mi vida, no quiero perderte la pista nunca más. Y me gustaría visitarte a menudo.

—Mi destino final es comenzar una carrera en una universidad del norte de Italia, tengo que mirar mis opciones y si ofrecen estudios literarios. Estoy entre Bologna, Pavia y Florencia. Pero, antes de que eso llegue, vente a pasar el verano con nosotros, a París.

—Estaría encantado, te estoy muy agradecido —afirmó Pierre—. También podemos, además, ir a pasar los días más calurosos en una pequeña población costera que conozco y donde me gustaría comprarme una pequeña casa: Cagnes-sur-Mer.

—Es un plan fantástico.

Amy abrazó a Pierre sorprendida también por esa revelación.

—Me encantaría tener una casita en la costa. Ahora yo misma puedo contribuir a comprarla. Me encantaría tener un huerto y llevar allí a vivir a la familia de gatos que dejamos en París. Invitar algún día a Blanche y a los niños...

—¡Haremos todo eso y más! —afirmó Pierre, deteniendo el torrente de sueños de Amy, sueños que se cumplirían todos—. Y haré una escultura tuya para ponerla en ese huerto del que hablas. Algo imperecedero.

—¡Quieres decir algo que no puedas romper!

Los tres rieron.

—«La belleza perece en la vida, pero es inmortal en el arte» dijo el gran Da Vinci —ironizó Pierre, guiñando un ojo.

Y muchas más risas y aventuras les esperarían.

Pierre y Amy nunca se casaron, no consideraban que el matrimonio hiciera más maravilloso y puro al amor; aunque sí tuvieron dos hermosos hijos, además de su familia de gatos.

La fama de Pierre se hizo imparable tras el éxito de la exposición y la leyenda de su cuadro destruido, del que no había copia. Se mudaron, de alquiler, a una casa independiente de tres pisos y con un gran jardín para los gatos, en el barrio parisino de Le Marais, bien cerca de Notre Dame. Contrataron a Blanche y a Lonx como ama de llaves y mayordomo respectivamente; también como ayudas de cámara al principio, para contribuir a mejorar sus vidas y tenerlos cerca. Más tarde, sufragarían los sueños de cada uno de sus hijos. También compraron esa pequeña casa en la Costa Azul que quería Pierre, sita en los Alpes marítimos, con su huerto y su jardín de olivos centenarios. La bautizaron con el nombre de «Collettes».

Al principio, convivieron entre Cagnes-sur-Mer y París. Pasado el primer verano, Amy consiguió realizar estudios literarios y humanísticos en Florencia, ciudad donde pudo codearse con múltiples artistas y literatos; y donde creó su primer grupo de ayuda a mujeres, idea surgida durante una tertulia en un café. Su hermano Hans conoció allí a su futura mujer durante

una de sus visitas: una italiana de armas tomar que lo haría inmensamente feliz y le daría una gran familia. Hans, además, cursó estudios de Derecho, para el cual ya había demostrado desenvoltura y muchas dotes.

Amy y Pierre, como buenas almas libres, pasaron separados cierta parte de sus vidas, volviendo siempre a unirse después, pues más fuerte que su libertad era su amor. Aunque Amy no fue la única musa de Pierre, sí que fue esa mujer especial que a todo hombre cambia la vida y la convierte en una aventura.

Agradecimientos

Gracias a Gaspar, viejo marinero y alimentador de gatos con el que hablo a diario al salir de mi academia, por sus historias sobre la vida a bordo de un antiguo pesquero y por animarme a cuidar a los gatos de la calle con su ejemplo; cosas que quise incluir en esta novela. A Asunción Durá, parisina de adopción, por hablarme de las mejores bibliotecas y cafés de París. A Mohamed Radi, arqueólogo egipcio especialista en simbolismo copto, por informarme sobre el simbolismo de los pájaros. A mi tía Fini, por enseñarnos sobre vestidos de época y costura a toda la familia con su experiencia vital. Vosotros hicisteis que pudiera disfrutar al máximo escribiendo sobre todo ello.

A mi marido, por todo su amor diario y por recorrer junto a mí los lugares que inspiraron esta historia: el barrio de los pintores de París (Montmartre) y el museo impresionista de Orsay. A mi hermana Sandra Iñesta, a mis primas y amigas por su apoyo moral.

A la escritora Laura López Alfranca, por sus correcciones y por esos ratos locos de brainstorming. Fuiste fundamental para que yo acabara esta novela.

Al blog Promesas de Amor por ser un referente de elegancia y buen hacer en la blogosfera del mundo literario, por su profesionalidad y por valorar este manuscrito con un 9 cuando se lo encontraron concursando en un premio, como jurado. Aquello me subió el ánimo en un momento en el que yo era un mar de dudas.

A María Gardey, del club de lectura de Casa del libro Valencia, por su confianza en esta novela y por querer ser de sus primeras lectoras.

A las librerías Ali i truc (Elche), Cala (Granada), Corte Inglés (Alicante) y Guilló (Santa Pola) por apoyar tanto mis obras, llevarme a sus ferias y abrirme siempre las puertas.

Siempre, a Teresa, mi editora, por apostar de nuevo por una novela mía y acercarla en papel a los lectores de toda España (y en ebook, al mundo). Por su buena disposición para todo y por escuchar mis sugerencias.

A ti, lector/a, por pasear junto a mí por París y acompañar a Amy en esta aventura.

Table of Contents

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[10 años antes...](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Agradecimientos](#)